

Kris L. Jordan

El RENACER de
ROMAN

El fin de una era,
el comienzo de otra.



EL RENACER DE ROMÁN

KRIS L. JORDAN

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Todos los hechos y personajes que aparecen en esta historia son fruto de mi imaginación. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

©autor y año @Kris L. Jordan 2017

Diseño de portada: Marien F. Sabariego

Corrección: Carol RZ Correctora

Esta novela fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Madrid

ISBN—13: 9781973471561

Twitter: @Kris_L_Jordan

Correo electrónico: kris.l.jordan1@gmail.com

www.facebook.com/novelas.Kris.L.Jordan

Página web: <http://kris-l-jordan.webnode.es/>

Instagram: kris.l.jordan

INDICE.

Agradecimientos.

Prólogo escrito por Marien F. Sabariego.

El principio de todo.

1.-Este soy yo.

2.-El regreso.

3. El pasado.

4.-Ella.

5. Locura.

6. En casa.

7. ¡Sorpresa!

8. El pasado siempre regresa.

9. Locura.

10. Noa, siempre Noa.

11. ¡Soy tuyo!

12. Ahora y siempre.

13. Cuando regresó.

14. Mi playa.

15. Tiempo de rosas.

16. Sinceridad.

17. Obsesión.

18.Sanar las heridas.

19. Comienzo a caer.

20. Confesiones.

21. El recuerdo de aquella noche.

22. Comprensión.

23. Engaños y mentiras.

[24. Toda la verdad.](#)

[25. Para siempre, por siempre.](#)

[26. La despedida más triste.](#)

[27. Tribeca.](#)

[28. ¡Estoy en casa!](#)

[29. Las cartas sobre la mesa, el juego termina.](#)

[30. Confío en ti.](#)

[31. Mi hermana.](#)

[32. Otro capítulo cerrado.](#)

[33. Una pistola bajo mi almohada.](#)

[34. Un disparo al corazón.](#)

[35. Hasta pronto.](#)

[Fin.](#)

[Nota de Román.](#)

[Agradecimientos de Román.](#)

Agradecimientos.

La parte más complicada de un libro no es la sinopsis, ni el título, ni siquiera el llenar páginas y páginas, lo más complicado y laborioso, para mí, es la dedicatoria, los agradecimientos.

Todo el tiempo que llevo en este mundo de la escritura, voy conociendo a más y más personas auténticas, extraordinarias y únicas que van llegando y acomodándose en mi corazón y es tanto mi temor, es tanto mi miedo de olvidarme de alguna, que la hora de los agradecimientos se han convertido en la parte más dura de mis libros. Así que hace tiempo que he decidido nombrar a las personas que se han implicado en la novela, a esas que han ocupado su tiempo libre para que Román brille, para que sus palabras nos lleguen fuertes y nos enamore, a esas que han pasado parte de su tiempo sumergidas entre las páginas de este libro con el único propósito de hacer que una vez llegue al lector, este lo mejor posible, sin errores, sin fallos en la trama.

Y sin más, allá voy.

En primer lugar quiero darle las gracias a mi familia, mis padres, suegros, hermanos, sobrinos. A mi marido José Carlos y mis dos hijos Álvaro y Mirian, ellos son mi motor. Me aguantan día a día, me apoyan y no se extrañan de mis locuras. Están tan habituados a ellas que incluso no les pareció raro que tras terminar este libro, saliera de mi cuarto de trabajo, fuera al salón llorando y susurrando que Román se había marchado. Ellos saben lo que este mundo significa para mí, lo que amo la escritura y comprenden que pase horas y horas delante de un ordenador. Me perdonan cuando me tiene que llamarme a cenar un montón de veces, porque no soy capaz de soltar las teclas. Cuando les cuento entusiasmada una nueva trama, cuando hablo de los personajes de mis libros como si existirán de verdad.

Quiero darle las gracias a mis lectoras cero, a mi equipo, siempre dispuestas a encontrar cualquier fallo en la trama, meticulosas, perfeccionistas. Gracias por pasar horas y horas al teléfono, por aguantar mis dudas, miedos y ayudarme a superarlos. Gracias: Mónica QSan, Vanessa Valor, Noelia Moral y Carol R.Z

A mi hermana Charo que siempre, desde el primer libro ha estado a mi lado, domingo tras domingo leyendo mis historias, aportando sus ideas y planteándome cuestiones que luego he tenido que resolver.

A Beatriz Grant porque me echó una mano gigantesca cuando me sentí acorralada, cuando la trama me planteó dudas que yo desconocía y ella tuvo la enorme paciencia de aguantar varias llamadas telefónicas, explicándome,

asesorándome y ayudándome a que el libro fuese lo más real posible.

A mi correctora, y digo mí, porque me la quedo para siempre. Gracias por las horas que hemos pasado juntas mano a mano corrigiendo. Podría parecer que ha sido una labor tediosa, pero nada más lejos de la realidad, me lo he pasado muy bien y he disfrutado del proceso.

A Marien F. Sabariego la causante de que la portada sea tan maravillosa, tan única, tan Román. Gracias por tu infinita paciencia, por tus ideas tan geniales. Gracias por los carteles, el video promocional, el marcapáginas tu idea de utilizar el ave fénix y usarlo para distinguir los capítulos del presente y los del pasado.

A mis cotorras, mis chicas siempre a mi lado.

A las mosqueteras, qué haría yo sin vuestros sabios consejos.

A mis sonrisas enlatadas.

A tod@s mis soñador@s.

A mis compañeros de trabajo, a mis amigos de Ceres Madrid, a los blogueros, escritores, a toda esa gente que ha estado, que está y estará a mi lado y por supuesto a ti lector.

Mi aventura comienza cuando abres el libro, mis personajes cobran vida porque tú se la das, mis historias son tuyas, disfrútalas y por favor, recuérdalas.

Prólogo escrito por Marien F. Sabariego.

Había sido mi fiel compañero en los últimos días. Su aroma a vainilla seguía presente e impregnado en todos los cojines del sofá.

Desnudos, besándonos con una necesidad casi inhumana, mi pasado había vuelto para dejar sobre mi cuerpo una nueva cicatriz. Sus besos, con sabor a hiel, eran mi más ansiada droga. Su lengua rosada y anhelante, buscaba y luchaba ferozmente contra la mía que, sin miramientos, respondía de la misma forma enfermiza.

El vaivén de sus caderas sobre mi polla era la perfecta banda sonora para nuestro último encuentro, donde el único beneficiado de toda esta locura irracional era mi cuerpo traidor.

El sabor de su piel era tal y como mi lengua lo recordaba. Sabía a sexo, el mismo que desprendía cada poro de su piel.

Sus caricias seguían teniendo el mismo efecto de siempre. El vello de mi cuerpo se erizaba con cada roce. El contacto de sus manos en mi torso hacía que perdiera el control sobre mi cuerpo.

La obsesión y el deseo maníaco que tenía justo en ese preciso instante por hacerla mía me habían hecho perder la partida. Esa enfermedad con nombre de mujer acababa de marcar de nuevo un antes y un después en mi vida, haciendo resurgir esa necesidad imperiosa por volver a perderme en su interior.

Siempre que regresaba era para joderme en todos los sentidos. Había conseguido meterse en mi piel, en mi cabeza, y como no, hasta en mi cama. Estaba marcado por ella, y gracias a ella, acababa de perder lo único que me importaba en la vida.

Sus puños contra mi pecho o el fuerte tortazo contra mi mejilla fueron dolorosamente dulces, pues este sería el último recuerdo que tendría de sus manos sobre mí.

El principio de todo.

Oí un disparo. Un dolor lacerante en el abdomen me hizo lagrimear y soltar un gruñido.

Estaba en el suelo tumbado sobre ella, que había caído por el impacto de mi cuerpo. Mi espalda la oprimía sobre la alfombra, y sentí cómo se movía intentando quitarme de encima.

Davy gritaba. No entendía lo que decía. Me volví a mirarle, tenía que dejar espacio para que ella pudiese respirar, la estaba aplastando.

Me separé de su cuerpo dejándome caer sobre la alfombra, me dolía el lado derecho y llevé una de mis manos a esa zona. Sentí el calor de la sangre sobre ella, el olor metálico inundó mis fosas nasales. Estaba herido.

Cerré los ojos por un instante, no debía perder el control, y me centré en lo que en ese momento era de vital importancia. Teníamos que huir, irnos lo antes posible, seguro que la policía estaba en camino. El disparo habría alertado a los vecinos, no podíamos seguir allí.

Tuve que apoyarme en el quicio de la puerta por unos instantes para recuperar el aliento, mi herida sangraba y me dolía horrores. Mi abdomen palpitaba como si mi corazón ocupase ese espacio. Sentía que mi respiración se volvía costosa, lenta, y que me mareaba. Comenzaba a perder el equilibrio. Miré al suelo donde había estado tirado tan solo unos minutos y vi la causa de lo mal que me encontraba: había perdido mucha sangre. Un enorme charco manchaba la alfombra.

Luché por mantenerme en pie, a pesar de que las piernas me temblaban. Miré a Davy, actuaba como si el tiro lo hubiese recibido él, porque no se movía, ni siquiera pestañeaba. Estaba en shock, con la mirada perdida. Le grité, pero parecía no escucharme.

—¡Joder tío, vámonos ya!

Tenía que ser fuerte por mí, por Davy. Aspiré hondo, intentando que el aire llenase mis pulmones y, sujetando con fuerza el lugar donde había impactado la bala, comencé a caminar tambaleante hasta la salida del apartamento.

Davy reaccionó al verme salir y corrió a mi lado. Hizo un leve intento de ayudarme, pero le miré con rabia y odio, no quería que me tocara.

Entré en el ascensor sin mirarle y él se colocó a mi lado sin hablar. Antes de que las puertas se cerrasen vislumbré el camino de sangre que salía del apartamento de ella y llegaba justo bajo mis pies. Parecía la senda de miguitas que Hansel y Gretel dejaron para encontrar el camino hasta su hogar. Me hizo

gracia mi pensamiento y, apoyado en el cristal del ascensor, cerré los ojos con una sonrisa en los labios que no pasó desapercibida a Davy.

—¿Qué coño te hace gracia?

No le contesté, me limité a esperar a que el ascensor llegase a la planta baja.

Caminé hasta el coche arrastrando los pies. El mareo iba en aumento, pero llegaría, tenía que hacerlo.

Subí en el deportivo de Davy dejándome caer en el asiento y le miré.

—Manda a alguien a por mi Audi, que dejen todo limpio de huellas. Si encuentra alguna la poli, estamos perdidos.

1.-Este soy yo.



Todos tenemos recuerdos, la vida está compuesta por pequeños fragmentos de memoria. Algunos son tan preciados, que los guardamos como un tesoro. Otros tan dolorosos que, aunque queremos desprendernos de ellos, han causado una herida tan profunda que jamás llega a cicatrizar. Son estos los que guardo en un rincón de mi alma, que os abro en este libro.

Mi nombre es Román Aguado, nací en Mallorca, una preciosa isla del mar Mediterráneo, tengo treinta y siete años y esta es mi historia.

En este manuscrito os revelaré mis más oscuros secretos, mis miedos, mis esperanzas, lo que fui y en lo que me convertí. Mi pasado, mi presente, mi futuro, en resumen, mi vida. ¿Qué tiene de interesante?, eso solo lo podrás averiguar conforme pases las páginas, según termines los capítulos y vayas adentrándote en mi mundo. No quiero desvelarte nada, para que seas tú, mi querido lector, el que vaya descubriendo todos los acontecimientos que me marcaron, que dejaron esa huella indeleble tanto en mi alma como en mi cuerpo.

Llegué al mundo una mañana de primavera, un 18 de marzo exactamente, a eso de las dos de la madrugada. No conocí a mi padre y nunca he tenido curiosidad por hacerlo. Un hombre que abandona a su mujer embarazada sin preocuparse en absoluto del destino de ella, ni del de su hijo, no merece la pena.

Mi madre jamás se opuso a que indagara, a que averiguase qué fue de él, pero yo siempre me negué. No tenía ningún motivo para desearlo. Nada me unía a él salvo la carga genética que compartíamos.

Cuando contaba con la tierna edad de seis años, mi madre empezó a salir con un buen hombre, uno con el que se casó y que terminó siendo para mí el padre que no había tenido. Me enseñó a montar en bici, a atarme los zapatos, a peinarme con la raya al lado, a escuchar, a respetar, a amar a los animales... Con él aprendí todas esas cosas que no vienen en los libros, pero que son imprescindibles en la vida, y que solo pueden inculcar los padres con mucha paciencia y cariño, tal como él lo hizo. Por eso le llamo papá y por eso le quiero como si lo fuera.

Pero no venía solo, en el lote traía a su hija Lara. Así que de golpe me encontré con un padre y una hermana de once años. Sentí vértigo, seis años solos mi madre y yo y, de repente, éramos cuatro en la familia. Pero con ella fue mucho

más fácil. Mi suerte se multiplicó, pues encontré una aliada que me protegía, que me cuidaba como si fuese mi verdadera hermana. Lara se convirtió en mi ángel.

Con los años llegó a ser una mujer alegre, cariñosa, siempre pendiente de todo y de todos. Una con la que podías contar, a la que podías recurrir cuando estabas en apuros. Con ella todo eran risas y buenos momentos. Jugábamos, nos divertíamos y cuando empecé el colegio, se erigió en mi protectora de las bromas del resto de los niños.

Tenía un problema, y era mi estatura. No crecía al mismo ritmo que el resto de los niños de mi edad. Mi madre me llevó a infinidad de médicos, estaba muy preocupada, todos le decían que ya crecería, que no tenía nada anormal, pero ella no les creía y buscaba otros nuevos. Así me tiré parte de mi infancia, visitando consultas y haciéndome pruebas. Mientras, el resto de los niños se burlaban de mí, y mi hermana Lara se pegaba con medio colegio para protegerme. Por si esto no fuera suficiente, estaba también el problema de mi color de cabello. Según parecía, ser pelirrojo era sinónimo de burlas y mofas.

Pero este libro no trata de un pobre niño, apocado y lleno de complejos, marcado por una infancia solitaria. No, este libro trata de una obsesión, una que tiene su origen hace muchos años, cuando tan solo era un pequeño mocoso con pantalones cortos y las rodillas marcadas de cicatrices. Trata de la vida, en concreto, de mi vida.

Llevo años pensando en escribir sobre ello, pues necesitaba plasmarlo, darle forma, lanzarlo a las páginas en blanco. Pero el dolor de los recuerdos me lo impedía, ahora tú lector estás a punto de descubrirlo, sin tapujos, ni mentiras.

El mío fue, por llamarlo de alguna manera, un amor enfermo, obsesivo, que me llevó al declive. Uno que muchos no llegarán a comprender. Lo admito, incluso ni yo mismo lo entendí en su momento. ¿Por qué actuamos o hacemos ciertas cosas aun sabiendo que son erróneas? Es algo que todavía me pregunto.

Pero como en las historias de amor, todos los hechos que viví me marcaron, me tocaron. Dejaron en mí una huella que, a pesar del paso del tiempo, nunca podré llegar a borrar, ni siquiera a olvidar.

Ella me hacía ser otra persona, una que en nada se correspondía con la realidad. Mis inseguridades y mis miedos se volvían más fuertes en su presencia. Mi deseo me consumía y no me dejaba ser libre, no me permitía ser yo mismo, y estando a su lado me transformaba en un hombre nuevo, diferente, uno que apenas reconocía, que odiaba. Ella logró trastocar mi existencia. Se llevó todo lo que debía ser importante y me dejó soledad, temor. Pero a pesar de saber que era tóxica, que no debía exponerme a su poder, caía una y otra vez en sus redes,

como si fuese una araña y tejiera una tela pegajosa en la que me veía atrapado.

Mi vida entonces comenzó a ser un cúmulo de malos pasos, de errores, de supuestos amigos y de terror. Mis días y mis noches se transformaron en una montaña rusa en la que me subí sin pensar en las consecuencias.

Ella fue el detonante y yo encendía la mecha para que una enorme bomba de caos me estallase en la cara y me llevase a una decadencia total.

Espero que lleguéis a entenderme, a comprender mis decisiones y sintáis empatía.

Querido lector esta es mi historia, mi vida, una que expongo ante vosotros de manera libre y consciente de lo que puede ocurrir. Por favor no me juzguéis, intentad entenderme.

Me dejo ya de palabrería. Creo que lo mejor será comenzar por el principio.
¡Allá vamos!

2.-El regreso.



—Por fin en casa. —No espero su respuesta. Cuelgo el teléfono y lo dejo sobre la mesilla.

Estoy totalmente desnudo ante el enorme ventanal del hotel en el que me hospedo. No me preocupa que me vean, me es indiferente. Tan solo muestro el cascarón, mi traje de piel, y eso nunca me ha importado exhibirlo. El interior, mi esencia, eso sí que está escondido dentro, muy dentro, tanto que nadie, ni nada ha llegado jamás a vislumbrarlo.

Miro a través de la ventana, el paisaje me resulta familiar, por fin estoy en mi isla, en mi hogar y frente a este mar que tanto he añorado. Llevo más de siete años fuera de ella, deseando volver, esperando el momento de pisar la arena de la playa que me vio crecer, y por fin ha llegado ese día.

Regreso a España huyendo de una vida que, aunque yo he escogido, me ha atrapado y ha conseguido ahogarme. No ha sido fácil romper con todos los lazos que me unen a Manhattan porque son muy fuertes y apretados. Pero he tenido que escapar, que dejarlo todo, y regresar a mis raíces, a mi familia, a mi gente.

Por un momento la luz incide de tal manera que me permite contemplar mi reflejo en el cristal de la ventana y dejo de observar el paisaje para centrarme en mí, en mi cuerpo. He cambiado mucho desde que me fui, he sufrido una metamorfosis tanto física como mental, ya no soy el mismo. He madurado. He vivido cosas que me han hecho recapacitar, transformándome en un nuevo hombre, más completo, más seguro de mí mismo. Lo único que no ha variado, la única carga que sigo soportando sobre mi espalda, es la soledad. Esa fiel compañera me ha seguido en mi viaje, y junto a mí, ha regresado a mi tierra.

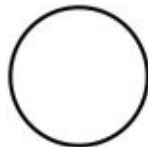
Observo las marcas, las cicatrices que mi trabajo ha dejado en mi piel. Una de ellas está aún abierta, sanando. Paso mi mano por mi abdomen, en el lado derecho, donde está la venda que tapa la sutura. Aún duele, aún palpita. Pero esa lacerante sensación también me oprime la mente, los recuerdos de cómo ha llegado esta herida son muy frescos y terroríficos, tanto que llenan mis noches de pesadillas.

Dejo de lado las huellas que la vida ha ido dibujando en mi cuerpo y presto atención a las que yo he querido lucir como un recordatorio de determinados momentos de mi existencia: mis tatuajes.

Delineo la enorme ave Fénix con sus alas extendidas que cubre mi brazo derecho, símbolo de mi resurgir, de mi renacer, del momento en el que decidí dejarlo todo, marcharme lejos y reinventarme. Fue lo primero que hice nada más llegar a Manhattan, incluso antes que buscar trabajo. Descubrí un tatuador en una pequeña calle de esa enorme ciudad, una poco transitada donde la escoria, los indeseables, deambulaban sin rumbo fijo, un barrio peligroso con la más alta tasa de delincuencia, pero donde se encontraba el mejor tatuador de todo Manhattan. Lo observo y admiro, es espléndido, realista. Es de un color rojo intenso y sus plumas están dibujadas con tal maestría que parecen formar parte de mi piel. Me acompaña desde hace siete años, justo los que llevo fuera de España. Soy como ese ave porque he conseguido arder, resurgir de mis cenizas y transformarme.

Entonces mis ojos se vuelven hacia mi hombro izquierdo donde tengo dibujado un círculo perfecto como representación de mi caída una y otra vez en sus brazos, sin tregua, sin descanso. Me lo hice una noche de borrachera, una en la que me sentía sucio, como un juguete roto que ella había usado y había dejado tirado. Lo acaricio, ya no me duele ver reflejada mi terrible decadencia en este símbolo, ahora todo es distinto.

Algo llama entonces mi atención. Observo la playa por la que un niño corretea feliz seguido muy de cerca por su madre. Un montón de recuerdos llenan entonces mi cabeza y comienzo a recordar...



Era tan solo un niño de ocho años cuando la vi por primera vez.

Estábamos a principios de curso y me sentía feliz con mi precioso estuche nuevo. Uno lleno de pinturas de colores Carioca, con diez rotuladores, una regla y una preciosa goma de borrar con forma de coche de carreras, era el borrador más bonito que había tenido. Aún recuerdo ese estuche. Lo deseé desde la primera vez que lo vi en el escaparate de la papelería junto a una mochila roja. Supliqué a mi madre y la miré con esos ojillos que tan bien sabía poner para dar lástima. Ella al final cedió y me compró ambas cosas. Y allí estaba yo, en la fila de entrada, con mi uniforme de pantalón corto y una corbata que se colocaba con una goma elástica, con mi mochila a la espalda y mi estuche de diez colores.

Esperaba impaciente. Clase nueva, nuevos compañeros, nueva maestra y una enorme cantidad de nervios, ilusión y miedo a partes iguales. Hasta entonces había asistido a otro colegio, pero al irnos a vivir con mi padrastro decidieron

meterme en el mismo donde mi hermana Lara cursaba octavo de EGB. Ya tenía trece años y para mí era mi ejemplo a seguir, mi guía y la persona a la que admiraba, incluso por encima de mi madre. No echaría de menos mi antigua escuela ya que había tenido varios problemas de acoso con algunos de los chicos.

Mi experiencia en la docencia no había sido muy buena. Mi baja estatura provocaba sornas y burlas entre mis compañeros, e incluso alguna que otra paliza. Pero yo siempre era positivo y pensé que quizá ahora sería distinto, quizá los chicos de mi nuevo colegio no fuesen unos matones, quizá, como ya había crecido un poco más no se notaría tanto la diferencia de tamaño y quizá al tener a Lara a mi lado todo sería mejor. ¡Bendita inocencia! Gracias a ella superé la primera fase, la más dura: llegar por primera vez y sin conocer a nadie a un colegio nuevo.

Con el tiempo, por desgracia, descubrí que allí encontraría más de lo mismo. Nada cambió, seguía siendo el “enano”, el “gnomo”, el “panocha”.

De momento estaba allí, plantado, firme, con la raya en mi rojo pelo en el lado derecho perfectamente trazada con pulso de hierro por mi padre, con mis pecas y mi nariz respingona, expectante y con ganas de iniciar una nueva etapa de mi vida, una que prometía ser diferente. Y lo fue, claro que lo fue.

A pesar de los años que han pasado jamás olvidaré el primer momento en que mis ojos la vieron, siempre recordaré las sensaciones que experimenté, sensaciones que ningún niño normal tiene, que no entendí y que yo con tan solo ocho años experimenté.

La vi pasar con Lara y un grupo de cinco niñas de su misma edad. Todas iban riendo y apenas reparaban en nosotros, los pequeños. Pero yo si me fijé en ella, me quedé totalmente absorto observándola caminar mientras la cola de caballo con la que tenía recogida su preciosa melena color trigueño, se balanceaba de un lado a otro. Llevaba la falda del uniforme más corta de lo que estaba permitido y dos botones de la camisa blanca desabrochados. Andaba contoneando las caderas y mascando chicle, cosa que también estaba totalmente prohibida, pero a Candela jamás le habían importado las restricciones, porque nunca se molestó en respetarlas, no iban con ella, pues se sentía superior al resto del mundo.

Me quedé mirándola tan extasiado que no me di cuenta de que la fila empezaba a moverse y de que el resto de mis compañeros entraban en clase.

—Román —me saludó Lara.

Yo levanté la mano y ella corrió a darme un beso en la mejilla.

—¿Quién es este enano? —preguntó Candela. Su voz sonó delicada, aterciopelada y consiguió que me pusiera tan colorado que sentía mi cara arder.
—Es mi hermanito Román.

Candela se puso a mi altura y me zarandé los mofletes.

—Es muy mono. Con su pelito rojo y esas pequitas. —Me sentí morir. No quería ser mono para ella. ¿Pequitas, pelo rojo?, lo odiaba.

—Vamos Román, llegas tarde —me alentó mi hermana y me dio un pequeño empujón para que entrase en el colegio.

Caminé despacio, mientras me volvía a admirarla de nuevo.

Ese fue nuestro primer encuentro, pero después vinieron muchos más pues Candela era la mejor amiga de Lara y pasaba muchas horas en casa. Siempre era simpática y cariñosa conmigo, pero me trataba como si fuese un bebé y eso me molestaba tanto que la rehuía. La observaba escondido durante horas, pero procuraba que ella no me viese.

Así comenzó todo, con tan solo ocho años la semilla de la obsesión echó sus raíces. Más tarde, iría creciendo, regada por las insinuaciones de Candela y mis inseguridades.



Cierro los ojos, me abrazo, siento frío. Tengo que irme, se me hace tarde, ella me está esperando y yo estoy quieto como una estatua mirando la playa. ¡Espabila!, me reprendo y me obligo a moverme.

Me visto deprisa de manera informal, con lo único que en estos momentos tengo, que son: unos vaqueros desgastados y viejos, una camisa vaquera azul oscura y mi cazadora de cuero. Me pongo mi gorro de lana, aunque mucha gente no lo crea aquí el clima en invierno es frío, no solo tenemos sol y costa.

He alquilado un buen coche, no quiero privarme de nada, para eso he ganado mucho dinero. Me subo en mi BMW negro y arranco. Me encanta el sonido que hace el motor, parece como si ronronease.

Circulo por las calles de la ciudad, donde cada rincón me trae millones de recuerdos. Cuando llego al lugar donde hemos quedado aparco cerca de la terraza, seguramente ella está sentada ya, esperando. A pesar de la baja temperatura veo que está llena, la gente siempre aprovecha las estufas que cada invierno colocan para poder estar al aire libre. Observo y la busco ansioso.

Mi boca se seca de golpe, empiezo a sudar y me arranco el gorro de la cabeza. Mi corazón galopa veloz y los ojos se me llenan de lágrimas, que por supuesto,

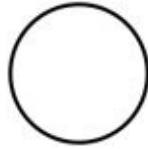
no pienso dejar escapar. Allí está, la miro, no puedo apartar los ojos de ella y me aferro al volante con fuerza.

Lleva una gabardina anudada a la cintura y el pelo suelto. Parece nerviosa, veo cómo enciende un cigarro, mientras su pie derecho no para de dar golpes en el suelo con un traqueteo incesante. Tiene su mirada clavada en la mesa donde reposa su Coca-Cola. Da una fuerte calada a su pitillo, ¿desde cuándo fuma? Es la primera vez que la veo hacerlo, claro que seguramente muchas cosas han cambiado en siete años.

No puedo apartar mis ojos de ella que, ajena a mi llegada, ojea una revista que saca del bolso, pero yo la conozco y sé que está tan tensa y nerviosa que no sabe ni lo que lee, simplemente pasa las hojas para distraerse.

Nuevos recuerdos me llegan como flashes de una vida anterior, como ráfagas, trozos de películas viejas pasadas por una cinta de esas antiguas en un cine de barrio. Trago saliva y me sumerjo en mi memoria, mientras la contemplo.

3. El pasado.



Mi infancia transcurrió entre burlas, médicos, estudios, deberes y Candela. Crecí esperando que llegase la hora de verla, que sonase el timbre para irme a casa y olvidarme de mis compañeros, y con unas grandes ganas de hacerme mayor. Y así fue, mi deseo se cumplió. A los quince comencé a desarrollarme, a estirar todo lo que no lo había hecho en los años de mi niñez, dándole la razón a cada uno de los doctores a los que me había llevado mi madre. Dejé de ser el más pequeño de la clase, del que todo el mundo se burlaba, para ser el más grande, del que todos huían. Ya no podían conmigo, era fuerte, muy fuerte y las horas que pasaba en el gimnasio, sumadas a mis clases de baloncesto y de karate, ayudaron a que el chico enclenque al que todos pegaban se convirtiese en el chico con el que nadie se atrevía a meterse.

Mi cuerpo se transformó, mis músculos se endurecieron y se hicieron evidentes, visibles. Pero mi carácter también asumió el cambio, así como mi manera de ver la vida. Ya no consentía que nadie se metiese conmigo, me defendía, y esto ocasionó más de un quebradero de cabeza a mi madre. Me volví rebelde, contestón y un poco cabra loca. Me gustaba salir a divertirme y a beber, intentaba vivir a una velocidad frenética.

En esa época conocí a gente que en su momento me pareció interesante, pero que mi madre definía, con toda la razón, como malas compañías. Me metía en líos, probé las drogas... Hice cosas de las que ahora me arrepiento, pero en aquel entonces, con unas ganas inmensas de encontrarme a mí mismo, de ser aceptado por los demás, me parecían las más correctas.

Lo que no había cambiado nada era mi locura por Candela, mi obsesión por ella había crecido de forma exponencial. Ahora era un proyecto de hombre, con las hormonas en plena ebullición y un pensamiento continuo en mi cabeza, un deseo que no podía controlar de ninguna manera. La observaba y a ella le gustaba, me provocaba, jugaba conmigo, me ponía al límite sabiendo que yo moría por tocarla, luego se reía coqueta y me dejaba con el calentón.

Con tan solo quince años en lo único que pensaba era en divertirme, en demostrar que nadie podía conmigo. Ya no era el enano enclenque del que se podían burlar. Ahora era fuerte y sabía usar los puños para defenderme, no necesitaba a mi hermana. Pero lo que llenaba mi cabeza, lo que hacía que mi

corazón se desbocase y que mi mano derecha jugueteara entre mis sábanas todas las noches en busca de un desahogo, era Candela.

Por aquel entonces me perdí, parecía que mi brújula señalaba el lugar erróneo, y mis pies me llevaron junto al que por un tiempo fue una especie de colega. Una persona que ninguna madre quiere para su hijo, pero que un chico de mi edad veía como un dios, un ejemplo a seguir. ¡Y menudo ejemplo! Ferrán vivía en la zona mala de la ciudad, donde solo puedes encontrar problemas y gente poco recomendable. Pero nuestra bonita amistad terminó al cabo de un par de años, cuando me cansé de ser el chico malo y él terminó dando con sus huesos en la cárcel.

Entonces llegó, como en las elecciones, mi periodo de reflexión. Dejé todos mis malos vicios de lado y me centré de nuevo en el deporte. Me reencontré con mis amigos de toda la vida, los de verdad, que me aceptaron sin reproches. Regresé al camino correcto. Volvió el chico bueno...

Pero si existe un antes y un después en mi historia, si hay un momento de inflexión que cambió mi vida, fue el día que cumplí dieciocho años. Mi madre quiso celebrarlo por todo lo alto, a pesar de los quebraderos de cabeza que le había dado y de los problemas que, por un tiempo, causé a la familia. Quiso hacer una gran fiesta para celebrar mi transición a la mayoría de edad, con la que suponía y ansiaba que asentara la cabeza y fuera más responsable.

Invitó a mi pequeño grupo de amigos, nunca he sido de tener muchos, sino pocos y buenos. Esos que me ayudaron a enmendar mis errores y que nunca me abandonaron a pesar de mis cagadas. Pero entre todos he de destacar a Gerardo, mi colega por aquel entonces y que ahora me ha demostrado muchas cosas. Nunca me ha fallado, siempre ha estado a mi lado pese a lo que hice, pese a la manera en la que me marché. Ha sido el único con el que me he comunicado todos estos años, porque las buenas amistades perduran con el tiempo y la de Gerardo es especial. Se presentó con su regalo dispuesto a celebrar los dieciocho del pequeño. Yo era el último de mi pandilla en alcanzar la mayoría de edad, pero no lo aparentaba. Cuando íbamos juntos, siempre pensaban que yo era el mayor por mi enorme tamaño y mi fuerte complexión, que contrastaba con la de Gerardo, con una estatura que rozaba la media y un cuerpo delgado, aunque fibroso. Por aquel entonces empezaba en la academia de policía, su sueño de toda la vida.

Un “¡sorpresa!” gritado a coro, se escuchó cuando abrí la puerta de la calle y entré en mi casa, que hasta entonces había permanecido en penumbras.

—¡Felicidades! —vociferaron todos juntos y uno a uno me estrecharon la mano

abrazándome con fuerza.

—Felicidades cariño —añadió mi madre mientras me abrazaba con los ojos llorosos—. Ya eres un hombre.

Rechiné los dientes, no me gustaba que dijera esas cosas y menos delante mis amigos. Ahora comprendo que ser un hombre no lo determina la edad, sino un compendio de cosas que en aquel entonces no conocía, pero que con el paso del tiempo descubriría por mí mismo, sin la ayuda de nadie.

—Felicidades hijo. —Mi padrastro me encerró entre sus brazos y palmeó mi espalda mientras me daba dos tiernos besos en las mejillas.

—Felicidades enano. —Lara se colgó de mi cuello, mientras me besaba.

—Muchas felicidades —dijo Candela y la boca se me secó por completo.

Perfecta, esa era la palabra que la definía en ese instante. Perfecta y preciosa. Llevaba una falda corta de volantes que dejaba ver sus bonitas y largas piernas, una camisa con un escote por el que asomaba un canalillo profundo, uno por el que más de una vez había soñado con pasar mis dedos, mi lengua. Sus enormes y voluptuosos pechos se marcaban, llenos, plenos... Me entró mucho calor y supe, por su forma de sonreír, que mi cara estaba roja, siempre se burlaba de mí por la facilidad con que mis mejillas se teñían de carmesí cada vez que me hablaba.

Se acercó muy despacio, insinuante, como una gata a un plato de leche. Lamió sus labios pintados de rojo y, poniendo una de sus pequeñas manos sobre mi torso, se puso de puntillas. Me ordenó con un sutil movimiento de pestañas que me encorvara con el fin de llegar a mis mejillas y yo obedecí al instante. Le acerqué la cara, pero ella con descaro evidente, sin importarle que mis padres nos mirasen, que mis amigos fuesen testigos y que mi hermana estuviese presente, me besó en la comisura de los labios, tan cerca de ellos que creí derretirme.

Cuando se separó y quitó su mano de mi pecho, tuve la sensación de que su huella había quedado impresa sobre mi piel, como si yo le perteneciese y en ese momento supe que estaba marcado, que yo era y sería suyo.

Comenzó la celebración. Mis padres nos dejaron solos, se excusaron diciendo que eso era una fiesta para los jóvenes y que ellos no pintaban nada. Sabían que no nos íbamos a desmadrar mucho, al fin y al cabo, estábamos en su casa y tan solo se ausentarían por un breve espacio de tiempo.

Estuvimos un par de horas, bebimos Coca-Cola y nos comimos todo lo que mi madre había preparado. Pero a eso de las nueve de la noche, cuando regresaron, decidimos irnos a continuar la juerga.

Caminamos hasta la playa, a esas horas muchos de nuestros amigos de clase y

de otros barrios se reunían allí.

Había bidones donde se guardaban las cervezas con hielos. Cada grupo llevaba las suyas y me sorprendí, pues mis amigos también habían planeado nuestra reunión en la playa con bidón incluido.

—Lo teníais todo preparado —dije riendo cuando nos acercamos y sacaron cervezas para todos.

—¿Pensabas que no lo íbamos a celebrar por todo lo alto? No todos los días se cumple la mayoría de edad. —Gerardo chocó su botellín con el mío y ambos le dimos un buen trago.

—Ten cuidado pequeño, si haces algo malo o prohibido ya puedes ir a la cárcel —dijo Candela con su peculiar tono insinuante, con su mirada conectada a la mía, y todos rieron menos yo, que ni siquiera era capaz de tragar saliva solamente con escuchar su seductora voz.

—¡Román! —oí detrás de mí. Alguien me tocaba el hombro. La conexión entre Candela y yo se rompió como si la hubiesen cortado con unas tijeras. Conté hasta cinco porque tenía unas ganas inmensas de abofetear al que había roto ese momento tan excitante, con febriles intercambios de miradas. Me volví despacio para ver quién era el indeseable, pero mi expresión furiosa se transformó en una enorme sonrisa al verla.

—Hola Noa. —Noa era la chica más bonita de la clase. De una belleza delicada, sutil. No tenía nada que ver con la exuberancia de Candela, con sus enormes pechos, o con su manera de caminar provocadora. No, ella parecía flotar, como si fuese etérea. Vestía siempre de forma discreta e informal, con largas faldas estilo hippy y pañuelos con todos los colores del arcoíris adornando su cuello. Ella era esa amiga de la guardería, y posteriormente del colegio, a la que todos tenemos un cariño especial por su dulzura y por lo bien que nos sentimos al estar a su lado.

Esa noche llevaba unos vaqueros ajustados, con chaleco a juego azul claro, una camisa con mangas anchas, largas, de un blanco intenso, y un pañuelo rojo anudado al cuello que combinaba con sus botas de tacón, que se hundían en la arena. Del moño con el que recogía su negro cabello, se escapaban mechones que enmarcaban su cara de facciones delicadas, nariz pequeña y respingona, labios finos y unos enormes ojos azules que brillaban chispeantes.

—Hoy es tu cumpleaños, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —contesté sin poder dejar de sonreírle, ese era un efecto que causaba Noa en mí. Me hacía sentirme en paz, feliz, como si fuese un bálsamo.

—¡Felicidades! —depositó dos dulces besos en mis mejillas.

—Gracias. ¿Has venido con alguien? —le pregunté.

—Sí, con Carmen. —Señaló con la cabeza a su pizpireta amiga que me saludó muy efusiva moviendo su mano. Me fijé que con ella estaban dos chicos.

—¿Y esos? —le pregunté un poco molesto, hecho que me sorprendió, porque no tenía motivos para estarlo. Entre Noa y yo tan solo existía una buena amistad, nada romántico, ni sexual.

—Son unos amigos de Carmen. Bueno te dejo, tan solo quería felicitarte. Pásalo muy bien...

—Hola Noa —la interrumpió Candela. Descarada se acercó a mí y me agarró del brazo, marcándome como una posesión y haciéndola sentir que no era bien recibida.

—Hola Cande. —Noa pareció transformarse, su preciosa sonrisa desapareció. Nerviosa se volvió a despedir de mí y casi a la carrera regresó junto a sus amigos.

Candela movió su dedo índice de la mano derecha indicándome que me pusiera a la altura de su boca pues me quería decir algo al oído. Por supuesto obedecí.

—¿Te gusta? —me preguntó señalando con un movimiento de cabeza a Noa.

Otra vez sentí cómo me ardía la cara. ¿Me gustaba Noa?, jamás me lo había planteado. Era una chica muy atractiva, con un bonito cuerpo y una sonrisa alegre. La verdad es que me sentía cómodo a su lado, pero...

—Ella jamás te dará lo mismo que yo —me susurró de nuevo al oído mientras acariciaba mi oreja con sus gruesos labios. La miré con los ojos muy abiertos por la sorpresa de sus palabras y ella me guiñó un ojo—. Es muy sosa para ti, tú necesitas a alguien como yo, una mujer de verdad, no una cría.

Si en esos momentos me hubiesen pinchado estoy seguro de que no habría salido ni una sola gota de sangre, pues toda se acumulaba en mi enorme y abultada erección, que por fortuna quedaba fuera de la vista, tapada por mi camisa.

—¡Cande! —gritó mi queridísima hermana—. Ven, te quiero presentar a alguien.

—No te vayas muy lejos hombretón. Tengo un buen regalo de cumpleaños para ti, más tarde te lo daré. —Candela pestañeó coqueta y comenzó a andar moviendo las caderas de manera que conseguía acaparar las miradas de todo el mundo que pasaba por su lado.

Necesitaba un trago, con esa mujer cerca siempre tenía la boca seca y mi polla dura como una piedra. Mi cerveza se había terminado, así que saqué otra del bidón y con ella entre mis manos me alejé un poco del jaleo. Me apetecía estar

solo.

Caminé unos metros hasta que el sonido del bullicio se escuchó lejano y me dejé caer sobre la arena.

Le di el último trago a mi botellín, la lancé a la papelera y encesté. Lo celebré lanzando un fuerte grito y un —canasta de tres puntos—, que por suerte nadie escuchó, pues estaba lejos de la gente.

Me dediqué a observar el mar. Podía pasar horas mirándolo. Era tan relajante ver cómo las olas besaban la playa y luego se marchaban.

—¿Qué haces aquí solo? —Me sobresalté, estaba tan concentrado que no me había dado cuenta de que Noa estaba a mi lado.

—Mirar el mar. —Elevé mis ojos buscando los de ella y le sonreí.

Noa se sentó a mi lado. Traía dos botellines en las manos y me ofreció uno. Ya llevaba muchos, no debía beber más pues comenzaba a sentirme un poco mareado, pero acepté la que Noa me traía, sería la última de la noche.

—A mí también me encanta mirar el mar —afirmó y bebió de su cerveza.

—¿Y Carmen?

—Se ha liado con uno de esos tipos y el otro se puso un poco pesadito, así que decidí escaparme de la fiesta.

Nos quedamos codo con codo, sin hablar, mirando cómo las olas se mecían.

—Mi madre me ha dicho que te vas. ¿Es cierto? —rompí el silencio.

—Sí. —Lanzó un fuerte suspiro y clavó sus ojos en los míos—. He encontrado trabajo en Barcelona. No se me dan muy bien los estudios y mi madre me ha lanzado un ultimátum: o estudias o trabajas. Y he decidido la segunda opción, creo que será lo mejor para mí.

—¡Caramba! ¿Tan lejos? —Una fuerte pena me embargó.

—Mi padre me lo ha conseguido, ya sabes que estuvo por un tiempo viviendo allí. —El padre de Noa era médico y ejerció en Barcelona—. El dueño fue uno de sus pacientes y agradecido, me buscó un puesto.

—¿Dónde trabajarás?

—En un hotel de recepcionista. Esto de saber idiomas me ha venido muy bien.

—Aquí también hay hoteles... —argumenté esperanzado—. ¿Qué necesidad tienes de irte tan lejos?

—Ya te lo he dicho, mi padre es el que me lo ha conseguido.

Otra vez el silencio llenó el espacio.

—¿Cuándo te marchas?

—El miércoles.

Abrí los ojos asombrado.

—¿El miércoles?! —Me volví por completo para poder mirarla bien. Dentro de cuatro días se iba, lejos, muy lejos, y solo Dios sabía cuándo la volvería a ver.
—Mi avión sale temprano.

Una inmensa pena me oprimió el corazón. Sin pensar en lo que hacía le tomé la mano y con cariño acaricié su palma.

—Te echaré mucho de menos —le dije con una triste sonrisa dibujada en mis labios.

—Yo también a ti.

Mi corazón saltó como si tuviera un resorte escondido que de repente se había activado con las palabras de Noa.

“¿Te gusta?”, me había preguntado Candela. ¿Me gustaba?

De nuevo no hubo palabras, nos quedamos mirando al mar y cada uno absorto en sus pensamientos. Yo decidiendo cómo gestionar lo que de repente empezaba a sentir al pensar que ella se marchaba lejos, muy lejos y ella quizá... quizá arrepintiéndose de su partida, me gustaba pensar que eso podría ser cierto y que de repente me dijese que ya no se iba, que se quedaba a mi lado. ¿A mi lado? Un escalofrío me recorrió la columna, no, no podía pensar en Noa de una manera, ¿cómo decirlo?, ¿romántica? No, ella era una amiga. Una que partía dentro de cuatro días, y yo me quedaba aquí en mi isla, con un futuro incierto. Tampoco era bueno en los estudios, más que nada por vaguería, y me estaba planteando muy seriamente buscar un trabajo, tal vez también salir de allí, pero...

—Tengo que irme, se ha hecho muy tarde. —Sus palabras me sacaron de mis pensamientos y se lo agradecí. Tanto darle vueltas a la cabeza, unido al alcohol, me estaba pasando factura y las sienes comenzaban a palpitarme.

Se levantó de un salto y yo con ella. Tiramos los botellines a la papelera, pero esta vez no intenté encestar.

—Te acompaño al coche —le dije y ella tomó mi mano.

Caminamos agarrados como si fuésemos pareja y yo me sentí un tanto incómodo, pero por nada del mundo la soltaría, esos pasos juntos eran los últimos que dábamos en mucho tiempo.

Nos costaba andar por la arena, sus tacones se hundían y yo tenía que tirar de su mano.

Cuando llegamos al coche se recostó sobre él y yo me coloqué frente a ella.

—Es raro —comentó arrugando la frente—, me parece extraño pensar que ya no te veré en mucho tiempo.

Siempre habíamos tenido una buena relación, éramos amigos, sin roce, pero buenos amigos y ahora de repente...

—¿Me llamarás? —le pregunté.

—¿Quieres que te llame?

—Sí, claro que sí.

—Entonces lo haré.

Inesperadamente mis ojos se clavaron en su boca, en sus labios pintados de rosa y, sin apenas pensar en lo que hacía, en el lío en el que me estaba metiendo, la besé. Fue un simple roce, no profundizamos en el beso, porque algo nos separaba, y era nuestro rechazo a comenzar una historia sin futuro, una que se tendría que basar en la distancia, difícil obstáculo para una pareja y más si acababa de surgir.

—Siento que te vayas —añadí separándome de su boca y poniendo mi frente contra la de ella.

—Yo también, no sabes cuánto.

Noa me besó otra vez, se separó de mí y entró en el coche.

—Espero que te vaya muy bien. Recuerda que prometiste llamarme —le dije a través de la ventanilla, que ella se había ocupado de bajar para poder mirarme de nuevo a la cara sin ningún tipo de barrera.

—Adiós Román —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

—Adiós Noa.

Sin más arrancó y yo me quedé quieto viendo cómo se marchaba, sintiendo cómo mi corazón se paraba. ¿Por qué no me había dado cuenta antes de lo que Noa despertaba en mí? Ya era tarde, ya no había nada que hacer. Olvidar, eso era todo, olvidar...

—Román, ¿estás bien? —me di la vuelta, Candela estaba detrás de mí. Me observaba como siempre lo hacía, parecía leer mi mente, saber lo que pensaba tan solo con mirarme a los ojos y eso me asustaba, no me gustaba que se metiese en mi cabeza.

Se acercó a mí y se abrazó a mi cuerpo. Pasó sus manos por mi espalda y apoyó su mejilla en mi pecho.

—Olvídala. —Levantó su mirada y buscó la mía—. Ella no es lo que necesitas y lo sabes. Ven, yo te haré sentir. Te daré tu regalo. —Me tomó de la mano y juntos regresamos a la playa.

Caminamos alejándonos de los demás. Me concentré en su perfume afrutado, sensual, sexual, uno muy diferente al olor a vainilla de Noa, delicado, suave, que aún flotaba en el aire.

Rodeó mi cintura con su brazo y se recostó sobre mí, yo posé una de mis manos en su cadera. Me excitó notar cómo las movía al andar con esa cadencia tan sexi

que me volvía loco.

Me dejé llevar, lo necesitaba.

En aquella época ya no era virgen, ni tonto, sabía lo que iba a suceder entre nosotros, lo deseaba y por nada del mundo lo rechazaría, pero tenía miedo. No guardaba un buen recuerdo de mi pobre experiencia sexual. Mi timidez con las chicas me había proporcionado escasos encuentros, para ser sincero, tan solo dos. Uno sin penetración porque me corrí en el mismo instante en que la chica me tocó el pene, y el otro un aquí te pillo aquí te mato, sin preliminares. Un momento que intentaba borrar de mi memoria, en el que ella quedó insatisfecha y yo con un gran resquemor.

Mi falta de conocimientos también me avergonzaba, no era lo más habitual que con dieciocho años tan solo hubiese follado una vez, en aquel entonces era algo inconfesable. Por supuesto lo oculté durante muchos años hasta que la madurez me hizo verlo como algo insustancial, sin importancia, la experiencia se adquiere con los años y ahora tengo de sobra.

Pero cuando se es tan joven todo se ve de diferente manera, y detalles como esos marcan. Estaba preocupado, temeroso, no quería que ocurriese lo mismo con ella, con Candela tenía que ser diferente porque ella era fuego, uno abrasador en el que sucumbiría hasta hacerme cenizas. Yo tenía que corresponderle, no quedarme a medias.

Las manos comenzaron a temblarme, ¿y si no daba la talla? Quizá no fuera suficiente para ella. Ella era pasión y yo no me consideraba a su altura.

Estábamos lejos, muy lejos de la fiesta. Me llevó entre las rocas, a una zona poco concurrida.

—Bésame —me dijo mientras se colocaba frente a mí y se mordía el labio de manera insinuante.

Obedecí sin pensar, pues era mi cuerpo quien había tomado el mando de mi mente.

Fue nuestro primer beso y con él sentí que me abrasaba la boca. Me ofreció sus labios, los abrió y dejó que entrase como si fuera mía, pero era solo un espejismo. Candela no le pertenecía a nadie, era ella la dueña y ama, la que mandaba y daba las órdenes, que los demás nos limitábamos a acatar.

Su boca era deliciosa y su sabor me embriagó. Recorrí cada recodo, saboreé y excité su lengua.

—¡Vaya, vaya, menuda sorpresa! —dijo separándose de mis labios—. Jamás hubiese imaginado que besaras tan bien. —Su sonrisa traviesa me hizo sonreír a mí también.

¿Le había gustado mi manera torpe de besar? Vaya, increíble. Entonces me volví más intrépido, estaba más seguro de mí mismo, ella me daba alas y regresé a sus labios. Los mordí, los lamí y entré de nuevo en su boca para arrancarle un fuerte suspiro.

Las manos de ella volaban por mi espalda y por mi pelo.

—Estoy muy caliente —susurró contra mi boca—. No puedo esperar.

¿Caliente? ¿Solo ella? Mi cuerpo ardía. Estaba convencido de que iba a sufrir una combustión espontánea de un momento a otro. Mi cabeza giraba y daba vueltas. Mi excitación aumentaba, y más cuando Candela buscó a tientas el cinturón de mis vaqueros, lo desabrochó, y despacio, como si el tiempo se hubiese paralizado, me bajó la cremallera, tiró de los pantalones y los deslizó hasta mis caderas. Introdujo su mano dentro de mi slip para deshacerse también de él y, después de dejarla libre de la atadura de la ropa, tocar mi polla que en esos momentos palpitaba impaciente, casi al borde del clímax. Eso me preocupó, no podía correrme como me sucedió con una de mis amantes, no. Cerré los ojos e intenté concentrarme en otras cosas como el sonido del mar, no en aquella mano que me apretaba el glande, que pasaba sus uñas largas sobre él y luego bajaba hasta tomar mis testículos fuertemente. En esos dedos que subían y bajaban a lo largo de mi falo, tentándome, excitándome, poniéndome frente al abismo. Imprimía una cadencia en sus movimientos tan estimulante. ¡Dios!, iba a terminar y eso me avergonzaba.

—¡Para! —le grité e intenté separarme, pero ella no me lo permitió—. ¡Joder Candela, me voy a correr!

—Hazlo, es lo que quiero. —Sus palabras me sacudieron por dentro. Una gota de sudor resbaló por mi frente, yo estaba intentando no llegar, no quería terminar, era tan pronto...

—Pero...

—Shhh —me besó para callarme—. Vamos Román córrete en mi mano.

La simple visión dentro de mi mente de esas palabras me llevó al clímax. Mientras que sus dedos seguían recorriendo mi polla, acariciando, arañando. Las palpitaciones eran fuertes, intensas y me dejaron agotado. Parecía que, con sus caricias, no fuese mi semen el que se hubiera derramando sobre sus manos sino mi esencia, mi fuerza vital.

Apoyé mi cabeza sobre su hombro, estaba desmadejado, las rodillas me temblaban y me tambaleé hasta caer sobre la fría arena de la playa. Ella se sentó a mi lado.

Me tumbé todo lo largo que era, sentí el frescor de la noche sobre mi pene que

aún se agitaba saciado. Cerré los ojos y suspiré feliz.

—Comienza el juego —me dijo, yo giré mi cabeza y abrí los ojos sorprendido por sus palabras.

—¿Cómo? —pregunté.

—Ahora que sé cómo besas, que te he acariciado, que he sentido cómo te corrías, no pienso soltarte Román.

Escuchar esto me provocó cierto desasosiego, parecía una amenaza.

Volví hacia el otro lado mi cabeza. ¿Qué estaba intentando decirme? En esos momentos no lo entendí, pero con el tiempo ella me fue descubriendo el auténtico sentido de sus palabras.

Cerré de nuevo mis ojos, no quería pensar en nada más que no fuese lo bien que me había hecho sentir, las emociones tan placenteras que había provocado en mi cuerpo. Error de juventud, fascinarse con las sensaciones y no centrarse en las palabras y en lo que conllevaba su advertencia. En aquel instante, lo mejor para mí era dejarme llevar sin pensar en las consecuencias. ¡Bendita locura! ¡Maldita locura que me llevó al borde del abismo!

Percibí cómo ella se movía cerca de mí, no abrí los ojos, no quería despertar de esa maraña de estímulos excitantes que estaban poseyendo mi cuerpo, mi piel. Noté cómo se sentaba a horcajadas sobre mi polla, que de nuevo estaba comenzando a ponerse dura. Solo entonces abrí de nuevo los ojos y lo que vi me dejó sin aliento.

Candela se había quitado su camiseta y el sujetador dejando ver sus pechos, sus enormes tetas que parecían llamarme a gritos. Una agradable sensación en mi pene me indicó que tan solo le quedaba puesta la falda corta de volantes, ya que advertí cómo su sexo, su carne, me cubría libre de su tanga, uno de color rojo pasión que pude vislumbrar cuando eché una ojeada a su ropa tirada sobre la arena de forma descuidada.

—Tócame —me dijo mientras se estiraba de forma perezosa, mostrando sus pechos, incitándome mientras pasaba sus dedos por los pezones pellizcándolos y consiguiendo ponerme a cien.

Obedecí, como siempre. Aparté sus propias manos para enredar mis dedos sobre sus duros pezones. Ella se retorció muy receptiva a mis caricias, aparentaba estar mucho más excitada que yo. Era tan sensible, mucho más que el resto de las mujeres, más que ninguna con la que haya estado en toda mi vida. Candela era sexo, pasión. Candela necesitaba ser acariciada tanto como el respirar.

—Lo haces muy bien. —Parecía conocer mis miedos y quería alentarme con

sus palabras.

Gozaba de mis manos y se agachó para dejar sus pechos sobre mi boca.

—Hazlo, lo necesito —susurró mientras colocaba uno de sus senos sobre mis labios incitándome a tomar su ansioso pezón dentro de mi boca. Lo hice y ambos gemimos al unísono con fuerza. Sabía a lujuria, a pasión. La lengua me ardía con cada lametazo, y sentir cómo frotaba su sexo contra el mío mientras que yo saboreaba uno de sus pezones me estaba llevando al clímax de una manera loca, abrasadora.

—Tómame Román, ya no puedo esperar más.

Dirigí mi mano hacia mi polla y busqué a tientas esa abertura caliente y mojada en la que deseaba hundirme. Pero una ráfaga de conciencia y de sensatez se coló en mi cabeza antes de empujar mi glande hacia el paraíso.

—Sigue —me alentaba—. ¿Qué pasa?... ¿por qué paras? —Estaba molesta, enfadada, como un niño al que le quitan su juguete preferido. Intentaba obligarme a seguir, a entrar, pero yo no podía.

—No llevo condón —le dije y mi voz me sorprendió, estaba tan excitado que sonó ronca, jadeante.

—No pasa nada, sigue, tomo la píldora.

No pude evitar que una enorme sonrisa se dibujara en mis labios. El paraíso se abría para mí y yo entré en él sin pensar más, solo con mis terminaciones nerviosas a punto de explotar al sentir su humedad, su estrechez, que me absorbía como en una trampa, que me engullía y me hacía volar, gozar.

Comencé a bombear de una manera frenética, descontrolada.

—Despacio, despacio. —Ella me guio, era la experta, yo apenas sabía qué tenía que hacer.

Me enseñó a ir lento, a moverme con sensualidad, a excitar su clítoris con movimientos circulares de mi pelvis, a salir de su interior hasta que solo quedaba mi glande dentro de ella y con una estocada brusca y rápida entrar en ella hasta el fondo. Me instruyó en el arte del sexo, de ser buen amante y yo aprendía rápido, encantado, deseaba que gozase, necesitaba verla correrse, y lo hizo un par de veces antes de que yo alcanzase mi propio orgasmo.

Grité, gemí y me derramé dentro de ella, dejé en su interior hasta la última gota de mi placer.

Candela se dejó caer sobre mi cuerpo, a pesar del frío, ambos sudábamos, estábamos pegajosos por los fluidos que apenas hacía unos instantes los dos habíamos vertido en nuestro baile de pasión.

—Me gustas —dijo Candela buscando mi boca y mordiendo mi labio inferior

con la suficiente fuerza como para hacer que brotase una pequeña gota de sangre. Protesté dolorido, eso no me había gustado nada, no me dejó tocar mi boca para quitarme la sangre, fue ella quien con un lametazo de su rosada lengua la retiró despacio, muy despacio—. Ahora eres mío, solo mío, recuérdalo Román.

4.-Ella.



Regreso al presente con tan solo abrir los ojos y mirarla sentada frente a su Coca-Cola, con el cigarro entre sus dedos y un incesante movimiento del pie derecho que, al permanecer con las piernas, cruzadas se encuentra en el aire. Observo hipnotizado ese ir y venir de su zapato de tacón negro. ¡Basta!, me digo. Es hora de enfrentarme a la realidad, es hora de pedir perdón. Las cosas que me han traído de regreso a España, las heridas, me han hecho recapacitar, darme cuenta de que la vida es corta y de que en un instante todo se puede terminar. Así que lo mejor para mí es ponerme a bien con la gente que lo merece, con las personas que siempre han estado a mi lado intentando hacerme mejor hombre de lo que soy. Tienen derecho a conocer al Román que huyó de España y a una explicación.

Por un momento me siento flojear en mi férrea determinación, ¿y si no me perdonan? Este simple pensamiento me lastima de forma lacerante, y toco el lugar donde mi corazón palpita porque siento de repente un enorme vacío. ¡Joder!, cabe esa posibilidad, ha sido mucho dolor, mucho sufrimiento.

¡Debes intentarlo!, me doy fuerzas, energías, es necesario, absolutamente necesario. Tengo que cerrar una etapa, de nuevo el ave fénix resurgirá de sus cenizas como un hombre nuevo.

Abro la puerta del coche y al cerrarla percibo como un escalofrío, siento que ella me está mirando. Creo que me he vuelto loco, pero al girarme efectivamente ella tiene sus ojos clavados en mí.

Me quedo paralizado, muchos sentimientos me atraviesan a la velocidad del rayo: miedo, alegría, incertidumbre, dolor, pesar... Todos mezclados como un combinado de sabores diferentes.

Logro hacer reaccionar a mi cuerpo y le doy la orden explícita de moverse. Mis piernas, torpemente, la ejecutan y comienzo a andar lentamente hacia ella con nuestras miradas conectadas.

Llego a su lado y ella se pone de pie, frente a mí, con una sonrisa y los ojos brillantes por las lágrimas que pido a Dios que no derrame, pues sería mi absoluta perdición.

—Hola Román —dice con voz temblorosa.

¡Vainilla!, mis fosas nasales se llenan de su aroma. Nunca lo he logrado olvidar,

se ha quedado grabado en ellas y cada vez que me inundaba ese peculiar olor me acordaba de ella, de su sonrisa, de sus pañuelos de colores anudados de diferentes maneras en su cuello estilizado, de nuestros momentos de pasión y de nuestros desencuentros, de nuestra dolorosa separación y del amor que dentro, muy dentro de mí le he guardado todos estos años.

—Hola Noa.

Está preciosa. Lleva su gabardina fuertemente anudada a su estrecha cintura. Medias negras y un pañuelo rojo como sus labios, atado en el cuello.

Me doy cuenta de que ambos no sabemos muy bien qué hacer: darnos dos besos o estrecharnos la mano. Una cosa sería demasiado amistosa y la otra muy formal. Dudamos, y finalmente me decido. Noa ante todo ha sido una buena amiga, una que ha intentado ayudarme siempre, en todo momento. Así que me adelanto, pongo una de mis manos sobre su brazo y le doy dos besos en ambas mejillas, a los que ella corresponde con dos en las mías.

Nos sentamos y pido al camarero que me traiga un café con leche. Me mira, me estudia, lo sé porque sus ojos repasan cada parte de mi fisonomía. Busca algo y yo sé muy bien qué es. Quiere ver a un hombre nuevo, uno diferente al que hace siete años le rompió el corazón. ¿Lo estará encontrando?

—¿Cuándo has vuelto? —Rompe el silencio que nos está ahogando y del que yo no soy capaz de escapar. La sonrío, pues me siento agradecido.

Callo, el camarero llega con mi café y cuando nos deja a solas le respondo.

—Anoche. De madrugada.

Me observa otra vez. Estudia mis movimientos mientras yo abro el sobre del azúcar, lo vierto dentro de mi taza y remuevo con la cucharilla.

—¿Les has visto?

—No —niego un tanto avergonzado—. Ellos no saben que he regresado.

Me mira sorprendida.

—Debes decírselo, tu madre está deseando verte. —Duda, pero decide ser sincera—. Lo ha pasado muy mal.

—Lo sé. —De nuevo huyo de su mirada por vergüenza. Mis padres y ella estaban y están muy unidos. Sé que para mi madre ha sido un gran apoyo, igual que sé que yo he sido un mal hijo porque durante estos siete años apenas he mantenido contacto con ellos. Me arrepiento, odio haber estado ausente, pero por desgracia ha tenido que suceder un hecho terrible en mi vida para darme cuenta de lo que les quiero y lo que les he necesitado todos estos años—. ¿Crees que me perdonarán? —le pregunto, pues una terrible sensación de pánico se apodera de mí.

—Claro, por supuesto que sí. —Noa hace algo que me incomoda y me parece extraño, pero lo acepto porque necesito su calidez: atrapa una de mis manos, la que tengo colocada sobre la mesa, y me la aprieta como intentando infundirme ánimos—. Una madre siempre perdona a su hijo.

—¿Pase lo que pase?

—Pase lo que pase.

Me suelta con rapidez, toma su vaso y le da un buen trago a su Coca-Cola. Saca otro cigarro de su cajetilla, lo enciende y le da una larga calada.

—Antes no fumabas, es más, detestabas el olor del tabaco.

—¿Y qué esperabas? —responde con tono seco—. ¿Creías que regresarías, después de siete años, y todo estaría exactamente igual a como lo dejaste? —Suen a reproche, me lo merezco.

—Tienes razón, disculpa.

Miro a mi alrededor huyendo de sus ojos y recapacito. La verdad, aunque me moleste, es que todo se ve diferente, hasta el paisaje que nos rodea. Pero siendo sincero en el fondo nada ha cambiado, tan solo la manera en la que yo veo las cosas, porque lo hago desde otra perspectiva, la de la madurez que me ha aportado pasar por tantos acontecimientos que han cambiado mi forma de ver la vida, mi propia vida.

—¿Cómo te va? —Es una pregunta simple con la única pretensión de saber de ella, pero a la vez está llena de una enorme carga sentimental porque desde hace siete años no he vuelto a saber nada de ella. Siete largos años. Bajo mi mirada avergonzado.

—Bien. Trabajando. —Escueta, está molesta y es normal. No esperaba que me recibiera con los brazos abiertos.

—¿Dónde trabajas?

—En el mismo sitio que lo hacía cuando te marchaste, eso no ha cambiado. —Más reproches merecidos.

—¿Estás?... —dudo—. ¿Estás con alguien?

—¿Te importa? —Da otra larga calada a su cigarro y me mira airada.

Hace... años que no fumo, pero me está apeteciendo tanto darle una chupada al pitillo que, señalándolo con la mano, le pregunto.

—¿Me das una calada?

Me mira con los ojos abiertos por la sorpresa. Mi pregunta que nada tiene que ver con lo que en estos momentos estamos hablando, pero creo que agradece el inciso. Nuestra conversación se está volviendo demasiado... incómoda.

—Coge uno. —Me ofrece la cajetilla y yo niego con la cabeza.

—No fumo, tan solo necesito una calada.

Le arrebató en un descuido el cigarro y le doy una fuerte chupada. El humo entra en mi garganta como si fuese lija, dañándola. Hace mucho que no fumo, no me gusta nada en absoluto el sabor que me deja en la boca y la manera en que mis pulmones se quejan al sentir la intrusión del aire sucio. Toso y le doy un trago a mi café.

Noa me arranca el pitillo de la mano y lo apaga con saña en el cenicero que está sobre la mesa.

—Estoy sola, me divorcié hace dos años y tengo una niña de cinco ¿Estás tú con alguien?

Me quedo en shock ante su apresurada confesión. ¡Una hija!, nunca ha pasado por mi cabeza que eso podría ocurrir y la verdad es que ahora que lo sé, en frío, esa posibilidad existía, al fin y al cabo, yo me fui y ella rehizo su vida. ¿Qué pensabas, que te iba a esperar? No, nunca he pensado tal cosa, pero sí he saboreado el estúpido e infantil sueño de que el tiempo en mi isla se hubiese quedado congelado esa mañana de primavera en la que tomé un avión y que ahora al regresar nada hubiese cambiado. ¡Estúpido!, me insulto.

—No hay nadie en mi vida.

—¿Candela...?

—¡No! —la interrumpo, ese nombre aún me hace daño. No estoy preparado para hablar de ella, llegará el momento, pero en nuestro primer encuentro después de siete años no.

Noa mira su reloj de pulsera.

—Tengo que irme —me dice, parece nerviosa. Pero yo deseo estar más tiempo a su lado, quiero saber de su vida. ¿Cómo se llama su hija?, ¿quién es el padre?, ¿tiene contacto con él?, ¿es buen padre?, ¿la trató bien?, ¿por qué se separaron? Miles de preguntas se agolpan en mi cabeza en fila, deseando salir y conocer las respuestas.

—Pero..., apenas hemos hablado. Yo... —Intento retenerla, pero ella niega con la cabeza.

—Lo siento, otro día será. Tengo que ir a buscar a Laura al colegio.

Al menos, sin pretenderlo, ha contestado una de mis dudas. Ya sé el nombre de su pequeña hija: Laura.

Coge la cartera del bolso y busca dentro, pero yo pongo mi mano sobre la de ella impidiéndola sacar un billete de cinco euros que ya tiene casi fuera.

—Yo te invito —le digo.

—¡No!, cada uno pagará lo suyo. —Realmente está enfadada, y lo peor de todo

es que intenta esconder su ira contra mí.

Con sinceridad, prefiero que me grite, que incluso me golpee. Deseo que saque toda la inquina que guarda en su interior, porque quizá después de hacerlo podremos comenzar de cero. Pero con toda esa rabia consumiéndola desde hace siete años, el regreso a una amistad cordial está totalmente fuera de lugar. Imposible, es la palabra que me llena el corazón.

—Como quieras —cedo, de nada sirve discutir por un tema tan absurdo.

Noa llama al camarero y le tiende el billete.

—Cóbrese mi Coca-Cola por favor —le dice.

Él toma el dinero y se dirige al local para darle el cambio.

—¿Cuándo te veré? —Sé que mi voz suena triste y apagada, no puedo disimular cómo me siento en estos momentos.

—Ya te llamaré.

Nada más puedo hacer. Así que me pongo en pie para despedirla.

Noa recoge las monedas que ha traído el camarero guardándolas en su cartera, se coloca el bolso en el hombro, con gesto nervioso se ajusta el nudo de la gabardina y me tiende la mano de modo formal.

—Nos vemos Román —se despide aguardando a que yo se la estreche.

—Eso espero —respondo, pero en vez de tomar su mano, le asesto dos besos en las mejillas.

Su mirada expresa, sin dudas, que le ha molestado mi reacción tan espontánea. Sin más se da la vuelta y se marcha.

Me quedo de pie, observando cómo Noa se aleja a paso rápido hacia la esquina de la calle, parado como un pasmarote hasta que la veo desaparecer, girar y hasta que ya no oigo cómo sus finos tacones traquetean sobre el asfalto. Solo entonces me dejo caer en la silla.

Me siento agotado, como si hubiese hecho un enorme esfuerzo. Suspiro, ¿qué esperaba? ¿abrazos y besos? Después de cómo me marché, de cómo la dejé, bastante es que haya aceptado tomar un café conmigo.

Termino mi bebida a pequeños sorbos, observando a las gentes que me rodean y parecen felices. ¡Felicidad!, preciosa palabra de la que tan solo conozco el significado por el diccionario. Aunque siendo sincero, por un corto espacio la paladeé, hasta que mi estupidez la apartó de mi vida como si fuese algo inútil, inservible.

¡Idiota!, me insulto. Quizá es tarde para recuperar todo lo que he perdido, todo lo que he dejado pasar.

Pago mi café al camarero y me voy al hotel. Necesito una ducha y descansar.

Aún no estoy recuperado de mi herida. El encuentro con Noa, los nervios por volver a verla, la emoción y ese terrible sentimiento de culpa que me oprime el pecho, han afectado en demasía a mi cuerpo, todavía en proceso de cura.

Cuando llego subo a mi suite de lujo, me desprendo de la ropa inmediatamente y de la gasa que cubre mi herida.

Me doy una ducha larga con agua muy caliente, mientras dejo mi mente en blanco y la vacío de cualquier pensamiento que pueda alterar un instante tan placentero como el que estoy viviendo en estos momentos, con el agua resbalando por mi cuerpo y relajando cada uno de mis músculos agarrotados.

Salgo porque mis dedos ya comienzan a arrugarse. Me envuelvo en la enorme toalla del hotel y me seco. Después de limpiar el vaho que oculta mi imagen del espejo, me pongo de lado y observo la herida que cubre la parte derecha de mi abdomen. Dentro de poco debo quitarme los puntos. Me he marchado con tanta prisa de Manhattan, que ni siquiera he esperado a deshacerme de la costura. En cuanto recuperé las fuerzas lo suficiente como para levantarme de la cama del hospital, hui como alma que lleva el diablo.

Aplico sobre la sutura un desinfectante que he comprado en la farmacia del aeropuerto nada más poner los pies en mi isla. Con pequeños golpes de la gasa voy recorriendo toda la superficie, ¡joder!, ¡qué dolor! ¿Es normal que duela así? No tengo ni idea, solo espero que esté cicatrizando correctamente. Un siseo se escapa de mis labios cada vez que el apósito impregnado en Betadine toca la herida. Termino y la cubro con una gasa como hacían las enfermeras que todos los días me curaban.

Salgo del baño y rebusco en mi maleta abierta, ni siquiera he sacado las pocas pertenencias que me he llevado. Con las prisas por irme tan solo pude coger lo imprescindible: mi documentación, las tarjetas, dos pantalones vaqueros, un jersey, un par de slips, mi cazadora, unas botas y mi gorro. Tengo que ir de compras, necesito más ropa. Decido hacerlo al día siguiente. Por el dinero no tengo que preocuparme, desde que empecé a trabajar de forma ilegal, he sido precavido y lo he guardado todo en cuentas a mi verdadero nombre, uno que tan solo conocían mis dos únicos amigos en Manhattan, las únicas personas que hasta entonces habían demostrado merecer mi confianza: Davy y Nancy. Para el resto del mundo, mi identidad real y mi procedencia, al igual que todos mis datos privados, les eran totalmente desconocidos. No quería dejar pistas a la hora de desaparecer, hecho que sabía desde un principio que tarde o temprano ocurriría.

Me coloco un slip limpio y me tumbo en la cama *king size* del hotel.

Tomo el móvil entre mis dedos, debo hacer una llamada, no puedo postergar

más el momento. Tengo miedo, mucho miedo al rechazo, pero no puedo acobardarme, uno de los principales motivos de mi regreso es dar explicaciones, retomar la relación con mis seres queridos.

Acaricio la pantalla táctil de mi iPhone y marco con esfuerzo, pues me tiemblan las manos, el número de casa, de mi casa, un hogar que abandoné y que añoro.

Aprieto con fuerza en el icono de llamada. Si espero un solo segundo, si dudo un solo instante, estoy seguro de que me acobardaré y dejaré el teléfono.

Un tono, dos tonos, tres...

—¿Sí? —contesta la dulce voz de mi madre. Cierro los ojos que se están empezando a nublar por las lágrimas acumuladas y que me he guardado muy mucho de derramar durante todos estos años—. ¿Hola? —pregunta insistente al ver que yo no contesto. Quiero, deseo hacerlo, pero no me sale la voz, parece que de repente mis cuerdas vocales hubieran desaparecido. La escucho suspirar fuertemente, la oigo sollozar y de su boca sale mi nombre entre susurros y quejidos—. ¿Román?...

¿Cómo sabe que soy yo? No tengo ni idea y la verdad es que me sorprende.

—Mamá —sale de la mía por fin después de un esfuerzo casi sobrehumano. Dejo que mis lágrimas salgan libres, que mojen mis mejillas, mi barbilla y mi pecho desnudo. Nadie puede verme, nadie sabe que estoy llorando y me permito ese lujo.

—¿Román, eres tú hijo?

—Sí, mamá, soy yo.

Silencio, solo roto por más sollozos.

—¡Oh, Dios mío, Román! —grita esta vez con alborozo—. Hijo, ¿estás bien? —Su tono cambia de la alegría a la preocupación—. ¿Ha ocurrido algo malo? Por Dios hijo, ¿qué pasa?

—Todo está bien —contesto rápidamente—. Yo estoy bien.

No se escucha nada, excepto los sonidos que emite al llorar.

—Oh, Román, mi niño.

—Mamá... —carraspeo, el nudo en mi garganta me impide hablar—. Estoy en nuestra isla.

—¡Oh, Dios mío! —chilla. Entonces oigo su voz lejana, como si se hubiese apartado el teléfono de la boca—. José, corre, ven. Román está en casa.

Llama a mi padrastro a gritos, entusiasmada, feliz, y eso me quita un gran peso de encima, según parece no siguen molestos conmigo. Quizá logre su perdón.

—Román, Román, ¿estás ahí? —escucho la voz de mi padre llamándome.

—Quita, dame el teléfono —le regaña mi madre.

—Espera, no me contesta —protesta él.

Ambos se están peleando por el teléfono y a mí me dan unas ganas inmensas de reír.

—Papá —digo entre sollozos—. Estoy aquí.

—¡Oh, Eva, es él, es Román! —vocifera José entusiasmado.

—Román, tienes que venir a vernos. —Según parece mi madre le acaba de arrebatar el teléfono ya que papá protesta al otro lado de la línea.

—¿De verdad? ¿De verdad queréis que vaya?

—¡Pues claro que sí! —grita mi madre con tal ímpetu que me tengo que retirar el aparato del oído—. ¿Pero cómo no vamos a querer? Es lo que más deseamos en este mundo, abrazarte, volver a verte. Dios mío Román, te hemos echado tanto de menos.

—Yo también a vosotros.

—Oh, cariño. —Más llanto incontrolable—. Ven a casa. Tú habitación está conforme la dejaste, no hemos tocado nada.—Me sorprende. Hace muchos años que no vivo con mis padres. Con veinte me fui con mi hermana a un apartamento cerca de la playa, nos independizamos juntos y entre los dos pagábamos el alquiler. Esos años unidos a los siete que he estado fuera de mi isla, hacen un total de... diecisiete. ¡Dios mío, diecisiete años y todavía tienen mi habitación esperándome!

—Mañana iré a veros. —No me siento preparado para regresar a mi hogar, necesito mi espacio y ellos también el suyo para recapacitar a solas, sin ningún tipo de presión, sobre lo que está pasando.

—Pero... —insiste.

—Déjalo mujer, el chico necesita su tiempo. —Mi padre según parece se ha adueñado de nuevo del teléfono—. Ven cuando quieras hijo, ya sabes que las puertas están siempre abiertas para ti.

—¡Ven a comer mañana! —Otra vez es mamá la que tiene el inalámbrico—. Prepararé pasta carbonara, tu preferida.

—Mañana iré —digo entusiasmado. Las cosas marchan, un rayo de esperanza me ilumina.

—Perfecto hijo, aquí te estaremos esperando. Ven a la hora que quieras.

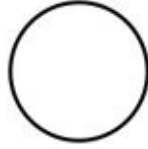
—Hasta mañana entonces. —¿Por qué de repente me siento tímido? Son mis padres, no unos extraños que no me conocen. Bueno, en realidad el Román que ellos han visto crecer y convertirse en un hombre no es el que ha regresado. Este Román que ha aterrizado hace tan solo un día en la isla es uno totalmente diferente, marcado y en cierto modo sucio. Me avergüenzo, no merezco tenerlos,

ellos son demasiado buenos para un tipo de mi calaña. Ahora más que nunca estoy decidido a abandonar definitivamente mi vida anterior. ¡Basta de meter la pata, de huir!

—Hasta mañana cariño —escucho la voz apagada de mi madre.

—¡Te esperamos hijo! —dice mi padre.

5. Locura.



Después del “regalo” de Candela en mi dieciocho cumpleaños ella me dejó solo en la playa. Me pidió que no la acompañase, no quería que nos vieses juntos y que nuestra desaparición diese lugar a murmuraciones. No tenía por qué, pero en cierto modo me molestó su desplante. Sabía que lo sucedido para ella era un simple polvo. Entre nosotros jamás habría nada más, pues Candela no buscaba pareja, no quería un hombre que le regalase flores y bombones, simplemente saciaba su apetito sexual, nos usaba para su placer. No era ningún tonto enamorado, pero su distanciamiento después de haber compartido un momento para mí tan especial, pues lo llevaba esperando desde hacía años, me enfadó tanto que me vestí con premura y me dejé caer sobre la arena con la mirada perdida en el mar y una extraña sensación de asco.

—Espera a que pase un rato y luego ven —me dijo.

Me sentí estúpido, como si yo no fuese suficiente para ella.

Miré de reojo cómo se vestía, cómo cubría su perfecto cuerpo.

—No te enfades Román. —Se agachó a mi lado en la arena y tomó mi barbilla entre sus manos buscando mi mirada—. Te prometo que otro día jugaremos más.

—Me besó y yo me dejé. ¿Qué tenía esa mujer que a pesar de estar enfadado con ella me moría por sus besos?

Se levantó de un salto y la vi correr hacia el lugar donde estaban el resto de nuestros amigos.

Me tumbé sobre la arena húmeda y fría. Tomé aire con fuerza por la nariz, dejando que mis pulmones se llenasen de la brisa del mar y mis fosas nasales del olor de la sal. Cerré los ojos y recapacité sobre todo lo que me acababa de pasar. Noa y su partida, su beso, mi corazón latiendo por ella. Candela, sus besos que me abrasaban, mi sexo dentro de ella, sus manos sobre mi polla, mi obsesión... Quería arrancarla de mi cabeza, pero no podía, siempre estaba allí, insinuante moviendo sus caderas, provocando en mí mis más bajos instintos.

Y ahora... ¡Joder, era un imbécil!, me trataba como basura y yo seguía suspirando por su boca. Me levanté enfadado y me sacudí la arena.

Tomé una decisión: ¡Se acabó, nunca más, jamás volveré a dejarla tomar el mando, jamás le permitiré acercarse!

El tiempo pasó y mi vida dio un giro de ciento ochenta grados.

Decidí estudiar un módulo de mecánica y a mi madre, que ya me veía como un médico o un abogado, casi le dio un síncope. Al final lo aceptaron y tras cursar mis estudios encontré un buen trabajo en un taller en el que me enchufó mi amigo Gerardo, pues el dueño pertenecía a su familia.

Sabía que no me iba a hacer millonario cambiando el aceite o arreglando el motor de arranque, pero me gustaba, disfrutaba y me hacía sentir bien, útil.

Candela continuó su juego durante una temporada, yo procuraba ignorarla, huía de su presencia y rechazaba cualquier acercamiento. Después de cómo me usó y dejó en la playa no me quedaban ganas de tener nada que ver con ella. Pero un buen día dejó de venir por casa y Lara me contó que había encontrado un novio con el que se había ido a vivir. Mis sentimientos ante la noticia fueron contradictorios: seguía deseándola, buscándola en otras mujeres, pero por otro lado me sentí aliviado, ella era tóxica, dañina y mi ego se empequeñecía en su presencia. Me volvía débil, blando, sin ningún tipo de orgullo y esa sensación me desagradaba. Además, estaba seguro de que Candela jamás duraría con ninguna relación estable, ella era fuego y necesitaba como el aire el sexo, le gustaba ser mirada y admirada, así que seguramente dentro de poco la tendría de nuevo merodeando.

Fue al cumplir veinte años cuando decidí independizarme. Como no contaba con mucho dinero, a pesar de trabajar de lunes a viernes en el taller y los fines de semana de camarero en una de las discotecas de la playa, uní mis ahorros a los de mi hermana y alquilamos una pequeña casa cerca de la mar.

Tenía dos plantas. Yo instalé mi refugio en la parte de arriba. Aquella pequeña vivienda con vistas al mar y un pequeño jardín fue por un tiempo mi castillo, mi refugio, mi humilde morada, donde me sentí independiente por primera vez, y donde aprendí que la vida no es tan fácil como cuando estás en casa de tus padres, pero que merece la pena empezar a caminar solo pues es la única manera de conseguir experiencia.

Mi soledad, por aquella época, me gustaba, la precisaba y en mi cuarto de la planta de arriba, donde tenía todo lo que necesitaba para sentirme cómodo, encontraba ese aislamiento que no oprime el corazón, ese que no pesa, ni duele. Nada que ver con la soledad que, con el tiempo, con el paso de mi vida, se coló dentro de mí, acompañó todos los pasos que di y me enfrió el alma, el corazón.

Nos mudamos acompañados por los reproches y llantos de mi madre. Los polluelos abandonaban el nido y eso le afectó, pero como siempre, ayudada por mi padre, lo llegó a aceptar y a comprender.

Recuerdo los años siguientes con mucho cariño, con nostalgia. Fueron sin lugar

a dudas de los mejores. Trabajaba duro, me divertía y dentro de las cuatro paredes de mi habitación hacía y deshacía lo que me daba la gana, sin tener que dar explicaciones.

Lara y yo teníamos un acuerdo, cada uno en su parte de la casa podía hacer lo que le se le antojaba, sin censuras, siempre que no supusiese una molestia para el otro. Las zonas comunes las respetábamos y ninguno, bajo ningún concepto, nos metíamos en la vida del otro.

Así que además de ser la etapa de mi independencia, también fue la de mi desmadre sexual. Trabajar en una discoteca me ayudaba a conocer a muchas chicas. Noche de sábado sí y noche de sábado también dormía acompañado. Por supuesto al día siguiente se marchaban, y no las volvía a ver. No quería atarme, no deseaba tener pareja porque no necesitaba a ninguna mujer a mi lado.

Esas mujeres que por aquella época pasaron por mi cama, nunca significaron nada, al igual que yo tampoco para ellas. Tan solo buscábamos follar, divertirnos.

El tiempo pasaba, los años pasaban y yo me dejaba llevar por una vida fácil, sencilla, sin complicaciones.

Noa me llamaba de vez en cuando. Hablábamos horas, nos hicimos mucho más amigos que cuando vivía en la isla. Se había adaptado perfectamente a su vida en Barcelona, incluso estaba saliendo con un chico y según parecía las cosas le iban muy bien. Yo me alegraba por ella, le tenía mucho cariño. Pese a la distancia, se había convertido en una persona muy importante para mí. Cuando regresaba esporádicamente en las fechas señaladas como la Navidad a la isla, quedábamos, salíamos a bailar, a divertirnos junto con el resto de nuestros amigos. Después regresaba a Barcelona y durante unos días yo me sentía raro, como si me hubiesen arrancado una parte de mí, pero me adaptaba y seguía con mi vida tranquila, fácil.

Hasta que mi balsa de aceite, mi existencia caótica, pero a la vez ordenada, mi mundo, mi microclima, ese que había creado para aislarme sentimentalmente de las mujeres, se rompió, quedó aniquilado en el preciso instante en que Candela regresó a nuestras vidas.

Cuatro años sin verla, cuatro años en los que pensé que había superado mi adicción a su cuerpo, cuatro años en los que había disfrutado de otras mujeres sin acordarme del sabor de su piel, de sus besos. En un segundo todo lo que había logrado en ese tiempo se derrumbó, estalló en mil pedazos y de nuevo mi obsesión, mi profundo deseo, me arrastró como el mar, mi precioso mar Mediterráneo, hace con las conchas que llegan a la playa.

Nunca olvidaré ese instante, pues a partir de entonces comenzó mi declive, la autodestrucción que me llevó al punto en el que me encuentro ahora, huyendo, herido y con el alma rota en mil pedazos.

Una mañana de domingo llamaron a la puerta y allí, plantada con descaro, con sus labios rojos, su minifalda y un profundo escote, estaba Candela.

Sin permiso entró en nuestra casa, como siempre lo hacía, caminando segura como si fuese su terreno. Mi hermana la recibió con un fuerte abrazo, con besos y con una enorme emoción. Pero yo no pude ni siquiera mirarla a los ojos pues su olor, su simple presencia, me traía recuerdos húmedos de sus labios, de sus manos tocándome. Como un chiquillo que descubre una peli porno por primera vez, ver a Candela me produjo una dura erección, y me puse colorado como hacía tiempo que no me ocurría.

—Román, estás muy guapo —me dijo con ese tono sensual de voz. Se acercó a mí y, antes de que pudiese reaccionar y salir huyendo de la sala, se me abalanzó y me abrazó.

Me quedé como un pasmarote, no supe responder y soporté sus duros pechos oprimiendo el mío.

—¡Ya era hora de que te dejases ver! —la regañó Lara—. ¿Y ese novio tan guapo que tienes, no ha venido contigo?

Candela se separó de mí y yo sentí alivio.

—¡Qué va! Se ha quedado en casa. —Caminó por la estancia observándolo todo—. Caramba, que casa más bonita tenéis.

—¿Te gusta? —preguntó mi hermana orgullosa.

—Sí, mucho.

—Cande. —Lara se acercó a ella y la rodeó con sus brazos—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también a ti. —Correspondió con un efusivo abrazo—. Te prometo que a partir de ahora pasaré más tiempo contigo —pronunció estas palabras con sus pupilas clavadas en las mías y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

¿Qué tenía esa mujer que me aterraba y me atraía a partes iguales?

Y así comenzó mi calvario. De nuevo el juego sexual de Candela, ese con el que le gustaba martirizarme, volvió a formar parte de mis días y los sueños eróticos con ella, de mis noches.

—¿Dónde vas Román? —Candela se había apoderado de nuestro comedor. Era sábado por la noche y Lara y ella habían quedado para ver películas e hincharse a palomitas dulces.

¿Es que no tenía casa?, me preguntaba. ¿No la echaría de menos el chulo de su novio? Sé que el apelativo, en mi boca, podía sonar como un hombre celoso, pero nada más lejos de la realidad. Aunque parezca extraño no me sentía así, tenía claro que Candela no era para mí, ni para nadie. Ella jamás pertenecería a ningún hombre, y lo mejor para mi salud mental era permanecer alejado, por más que mi cuerpo me pidiese otra cosa. Celos no era la palabra que definía lo que sentía, sino envidia, pues yo también deseaba volver a saborear el manjar que una noche ella me entregó.

Candela había pasado de estar cuatro años desaparecida a pasarse casi todo el día y alguna que otra noche en casa, parecía una inquilina más. Eso me enfurecía, aunque no le decía nada a Lara por dos razones. Una era nuestro acuerdo, ella podía traer a quien le apeteciera a casa y yo hacía lo mismo con mis ligues. Y la otra era que no le podía explicar lo que Candela le provocaba a mi libido, lo que me hacía sudar con el simple hecho de encontrarse en la misma sala que yo, con oler su perfume, escuchar su voz...

—A trabajar, como todos los sábados. —Mi tono desagradable recibió una mirada airada de mi hermana. Más tarde tocaría charla. Para Lara, Candela era su mejor amiga, su apoyo, la quería como a una hermana y mis desplantes la cabreaban.

Salí a la carrera, lo mejor era desaparecer de la vista de las dos.

La jornada se pasó rápida, entre copas, risas y algún que otro baile. Trabajar de camarero en una de las mejores discotecas de la isla no era para nada una labor tediosa o aburrida, era una manera de conocer gente, de disfrutar de la noche y sacarse algo de dinero. Aunque siendo sincero había ciertas horas, cuando se llenaba hasta los topes y tenía la barra llena de gente pidiendo sus bebidas a gritos, que resultaba un tanto estresante. Pero una vez pasado el momento, el resto del tiempo disfrutaba.

Aquella noche volví a casa un poco bebido acompañado de una rubia ebria, espectacular y con un nombre extranjero impronunciable que estaba pasando unos días de vacaciones.

Subimos a mi habitación y follamos. Pero el olor de Candela que impregnaba toda la casa hizo que fuera el peor polvo que había echado en mucho tiempo, y al final terminamos dormidos, desnudos, con nuestras piernas entrelazadas, más insatisfechos que saciados, y roncando como solo los borrachos saben hacerlo.

Una fuerza extraña, como un sexto sentido, me obligó a abrir los ojos. Ella, Candela, estaba de pie viéndome dormir con una sonrisa extraña en sus labios. Las sábanas me cubrían, tan solo mi torso estaba a la vista de esos ojos negros

que parecían poder devorarme. Noté cómo una mano caía pesada sobre mi torso y volví la mirada para descubrir horrorizado a la rubia con la que había pasado la noche. Ella estaba como Dios la trajo al mundo y sin sábana para tapar sus abultados y blanquecinos pechos.

Mi cara se tiñó de un rojo intenso y miré a Candela, esta vez no estaba azorado, esta vez lo que estaba era muy cabreado.

—Sal —le dije en tono muy bajo para no despertar a mi aventura, lo único que me faltaba es que viera a Candela observándonos. Me levanté, me envolví la sábana a la cintura y le señalé la salida.

Candela lanzó otra de sus sonrisas pícaras y, con su peculiar contoneo de caderas, caminó sin quitarme el ojo de encima hasta la puerta de mi habitación. Salió muy despacio y cerró dejándome dentro con la rubia tetona, un cabreo de tres pares de narices y su olor, su dichoso olor flotando en el aire, como un afrodisiaco potente que embotaba mis sentidos.

—¡Joder! —grité y, sin querer, la alemana que ocupaba mi cama abrió los ojos y me miró un tanto sorprendida. Quizá no recordaba lo que había ocurrido y yo recé porque fuese así. Estuve fatal, se durmió antes de llegar al orgasmo, creo que la aburrí con mis embestidas sin ganas, sin pasión. Siendo sincero me cansé hasta yo y tampoco llegué al clímax. En fin, un polvo para olvidar.

—Hola —me dijo con el inconfundible acento extranjero.

—Hola. —Levanté mi mano derecha a modo de saludo, mientras con la otra aferraba la sábana.

La rubia se levantó y cubrió avergonzada sus pechos con uno de sus brazos y su sexo con su otra mano. Esa era una de las consecuencias que tenía el alcohol, noches en blanco, locuras de las que al día siguiente y por norma general te arrepientes, y gente extraña en tu cama de la que debes deshacerte de manera sutil, pero contundente.

—Te dejo..., te dejo sola. —Arrugó la pequeña nariz—. No entiendes nada de español —afirmé, su cara lo decía todo.

Lo intenté hablándole en inglés, idioma que dominaba a la perfección, y ella me entendió.

Le dejé intimidad para que se vistiese tranquila entrando al baño. Yo también me vestí, me puse una camiseta y un vaquero. Cuando estuvo lista la acompañé hasta la puerta de la calle.

Nos despedimos dándonos la mano como lo que éramos, dos extraños que no se volverían a ver jamás.

Entré en la cocina en busca de un café bien cargado y me encontré a Candela

sentada en una banqueta saboreando una tostada.

Me acerqué a ella, estaba tan furioso, tan cabreado.

—¡Qué sea la última vez que entras en mi habitación! —Di un golpe en el mostrador que hizo que la taza de Candela se tambalease y cayese parte del contenido manchando la superficie laminada.

Ella me miró descarada y sonrió, hecho que me irritó mucho más.

—Hueles a sexo —me dijo con su boca a escasos centímetros de la mía.

—Y a ti, ¿qué cojones te importa?

—Mucho. Porque es conmigo con quien quieres estar y no con ninguna de esas guiris que traes cada noche. —Me dieron ganas de abofetearla hasta borrar esa sonrisa tan sensual—. Ninguna te dará lo mismo que yo.

No aparté la mirada de sus ojos, mi pecho subía y bajaba veloz por la furia, por la excitación que me provocaban sus palabras, su simple presencia.

—¿Por qué no te vas con tu novio? —pregunté con los dientes apretados.

—Porque él tampoco me da lo que necesito.

Mi boca se secó, mi corazón galopó acelerado.

—Pues búscalo en otro sitio. —Candela soltó una carcajada, sabía que era un farol. La deseaba y estaba a punto de romper mi resistencia, esa que creí férrea.

—No quiero a otro. —Apoyó su mano sobre mi pecho, lo acarició mimosa y se acercó más a mi cara, tanto que podía notar su aliento con olor a café recién hecho sobre mis labios—. Te deseo a ti. Quiero que me folles, que me hagas tuya, que me hagas gritar.

Sus palabras, dichas con ese tono tan sensual, eran un potente afrodisiaco que nublaban mis sentidos.

No pude más, no logré resistirme y me lancé sobre su boca con ansia, la devoré, la saboreé mientras mis manos recorrían cada parte de su cuerpo. Pero aún en mi locura, mi mente me obligó a parar. Con gran esfuerzo me separé de sus labios que estaban hinchados por mis besos.

—No pares —me dijo.

—Lara...

—Ella no está. Estamos solos.

No necesité más. La obligué a ponerse de pie, a enredar sus largas piernas en mi cintura y, con ella fuertemente agarrada, me dirigí hacia la mesa de la cocina donde la deposité. No había tiempo de llegar a mi habitación, no podía tomarla entre las sábanas en las que había estado con otra.

Subí su corta falda que se enredó en su cadera, me bajé los vaqueros, retiré su tanga y sin más la penetré. Entré hasta el fondo, sin preliminares, sin esperar.

Estaba preparada, excitada y eso me gustó, me hizo sonreír y comencé a moverme despacio, con estocadas profundas que hacían que su pequeño cuerpo se moviese sobre la mesa, obligándola a sujetarse en el borde. Miré goloso sus pechos, ¡Dios, los añoraba! Le subí la camiseta y descubrí lo que ya intuía desde que entré en la cocina: no llevaba sujetador.

Los acaricié con las palmas de mis manos, tiré de los pezones con mis dedos. Nuestras miradas permanecían conectadas mientras gemíamos al unísono y respirábamos entrecortadamente.

Tomé uno entre mis labios, succionándolo, lamiéndolo.

—¡Sí, sí! —gritaba excitada—. Más rápido, Román, más...

Obedecí. Entré con fuerza y aceleré mis embestidas, mis caricias, mis lametones, hasta que sentí cómo se convulsionaba, cómo su sexo oprimía el mío y hacía que me corriese yo también.

Disfruté del orgasmo como si fuera el primero en años, cuando había tenido tantos que apenas podía llevar la cuenta.

Solté un profundo gemido y me dejé caer sobre el cuerpo sudoroso de Candela.

Me quedé quieto mientras intentaba recuperar la respiración. Cerré con fuerza los ojos, me sentía sucio, como si hubiese hecho algo prohibido, algo inmoral.

En un solo instante pasé de experimentar un intenso placer a encontrarme mal, dolorido, con unas inmensas ganas de salir corriendo y ocultarme de la vista de Candela metiéndome en un agujero profundo y oscuro.

¿Por qué me hacía sentir así? Nuestra relación era extraña, atípica. No la amaba, pero la deseaba con tal fuerza, con tal ímpetu, que no podía resistirme a ella. Si me quería me tenía, me poseía.

Me levanté y la observé fijamente, estaba sonriendo, satisfecha, feliz. Me dio tanta rabia que me separé de su cuerpo, me subí el pantalón y caminé hacia la puerta sin dirigirle ni una sola mirada más, sin decir ni una palabra. Pero ella no se iba a quedar así, tenía que hurgar en la herida abierta y me gritó.

—¡Me buscarás Román, lo harás de nuevo!

Me giré a mirarla, seguía en la mesa, apoyada en ella, desnuda, con la falda retorcida en su cintura y una sonrisa cínica en los labios.

¿Caería de nuevo? Seguro que sí. Tuve ganas de chillar, de darme de bofetadas.

6. En casa.



Esta noche he tenido pesadillas, como todas desde que ocurrió...

Me levanto muy temprano y decido ir de compras. No es que me entusiasme la idea, pero necesito ropa y calzado, no puedo presentarme en casa de mis padres con pinta de pordiosero.

Cargado con mis bolsas, a eso de las doce, estoy en mi suite. Lo coloco todo, me doy una ducha, desinfecto mi herida y me visto con parte de mi ropa nueva.

Llego a mi barrio, ese que me vio crecer, sobre la una de la tarde. Decido aparcar lejos de casa para poder pasear y disfrutar de los lugares por los que de niño correteaba tras un balón.

Con las manos en los bolsillos recorro las calles reconociendo cada rincón, cada parque, cada acera. Miles de recuerdos saturan mi cabeza y sonrío porque, a pesar de todo lo que me ha pasado en la vida, en este barrio, en esta ciudad, en esta isla, he sido feliz.

Llego a la casa, a mi casa. Ya situado frente a la puerta, trago saliva, estoy nervioso y eufórico. Por fin después de siete años les veré de nuevo, y no sé cómo gestionar el cúmulo de sentimientos que me embargan. Mis manos tiemblan al tocar el timbre. Cuando ella abre, cuando la tengo frente a mí, mis ojos se llenan de lágrimas que no me permito derramar.

Lleva el cabello muy corto, va maquillada discretamente, como siempre, y conserva su elegancia. Sonríe y llora, se lleva la mano al corazón y se estremece. Me mira y siento que no se atreve a tocarme porque quizá piense que soy un fantasma, un espejismo que al intentar acariciar puede desaparecer de su vista.

—Mamá —sale de mi boca.

La tomo entre mis brazos y ella se deja llevar porque lo desea. Lloro sobre mi camisa blanca nueva y a mí no me importa nada que, al retirarse, queden marcas negras de su máscara de pestañas.

—¡Román! —escucho la fuerte y varonil voz de mi padre. Está detrás de mamá quieto, mirándome. Se le ve pálido y sus ojos parecen tristes.

Mi madre se hace a un lado para dejarme abrazarle, sentirle.

Permanecemos un buen rato en la puerta de entrada abrazados los tres, disfrutando de un reencuentro que, por mi culpa, por mis inseguridades y mis miedos, se ha postergado demasiado tiempo.

¡Cuánto daño he hecho! Me siento la peor persona del mundo, la más despreciable. No merezco su cariño ni su perdón.

—Lo siento, lo siento —repito una y otra vez. ¿Me creerán?

Entramos en casa y percibo ese aroma peculiar, ese que posee y caracteriza a cada familia, a cada hogar. Ese que tan solo se nota cuando, tras mucho tiempo fuera, regresas, aspiras con fuerza y te empapas de él. Porque es tan tuyo como tu piel, tu corazón o tu alma.

Todo está exactamente como lo recuerdo. Las altas estanterías plagadas de libros de mi madre, el comfortable sofá donde veíamos los partidos del Atleti y las películas con palomitas. El jardín, donde más de una vez rompí las rodilleras de mis pantalones jugando al fútbol con papá. La pequeña piscina, donde nos dábamos el chapuzón al regresar de la playa. Nada ha cambiado, parece que el tiempo se hubiera congelado.

Mi madre ha cocinado mi plato preferido, pasta carbonara. Todo está preparado: la mesa, el vino, el pan...

Nos sentamos y saboreo la deliciosa receta de mamá, la mejor del mundo. Descubro lo mucho que he añorado este sabor tan delicioso.

Apenas hablamos, nos limitamos a comer, a mirarnos y a sonreírnos felices.

Después de recogerlo todo entre los tres, pese a la insistencia de mi madre de que ella lo puede hacer sola, salimos al jardín a tomar un café.

Han colocado un cenador, esto es nuevo, y unas cómodas butacas con una mesita central. Nos acomodamos, ellos juntos, yo frente a ellos.

Miro el suelo, ¡es césped! Me asombro, mi padre lo ha plantado en todo el terreno. Lo contemplo sonriente, hace años que desea ponerlo, pero por aquel entonces nunca tuvo tiempo. Él entiende a la perfección mi expresión de asombro, como cuando era niño y con tan solo mirarnos sabíamos lo que pensábamos.

Deseo descalzarme para sentir las cosquillas y la suavidad de las briznas sobre mis pies desnudos. Pero no es el momento, ya habrá más ocasiones de disfrutar de mi casa, de mi jardín.

—¿Por qué? —pregunta mi madre de golpe. Ambos la observamos sorprendidos, pero yo sé a qué se refiere.

—Es una historia muy larga. Yo... —No soy capaz de decirles la verdadera razón por la que un buen día decidí huir, alejarme de ellos, de mi familia.

—Tenemos mucho tiempo.

—No lo presiones —dice José—. Cuando esté preparado nos lo contará.

Lo miro agradecido, ¿cómo puedo ser tan afortunado? Continúo contando con

su apoyo, sin merecerlo.

—No te estoy pidiendo que me cuentes los motivos que te llevaron a hacer lo que hiciste..., imagino que son muy personales y te hacen sentir avergonzado. — Por la expresión de su cara sé que ella los conoce. No mi adicción a Candela, pero sí que me dejé llevar por mi libido—. Solo quiero que me expliques por qué rompiste todo contacto con nosotros.

—Yo... —No sé qué decir, no tengo ninguna excusa—. No puedo...

—Lo sé. Sé que estás arrepentido hijo, pero... —Las lágrimas de nuevo resbalan por las mejillas de mi madre y me siento un ser ruin, despreciable.

—Ha sido muy duro Román. —Mi padre la toma por los hombros y ella se recuesta buscando su cuerpo, su calor y su apoyo—. No sabíamos nada de ti. Tres llamadas en siete años, es muy poco hijo. Solo nos enterábamos de cómo te iba a través de Gerardo y tu hermana. Nosotros nunca te cuestionaríamos. Al fin y al cabo, es tu vida...

Avergonzado bajo la mirada. Pongo los codos sobre las rodillas y me miro las manos por el simple hecho de no ver sus ojos llenos de pena.

—No puedo..., no tengo excusa que daros. Tan solo puedo pedir perdón y esperar que me lo concedáis. Sé que no lo merezco, he sido..., he sido... Me sobrepasó todo lo ocurrido y no sabía cómo... —balbuceo como un niño al que han pillado haciendo una trastada.

—No podemos hacer nada para volver atrás en el tiempo —dice mi padre al verme tan desesperado—. El pasado, pasado está, es hora de olvidarlo. ¿No crees? —pregunta clavando sus pupilas en los ojos llorosos de mi madre.

Ella asiente esperanzada.

—Lo importante es que has vuelto, que estás aquí con nosotros. Porque... ¿te quedas verdad?

Me atrevo a levantar la mirada y ambos están esperando mi respuesta con expectación y miedo.

—Sí, sí. Yo..., no puedo volver. —Este es otro punto caliente.

—Bien, eso está bien. Ahora todo será diferente. —El brillo en los ojos de mi madre me hace pensar que eso puede ser posible, quizá pueda recuperar todo el tiempo perdido. Tal vez, logre el perdón de Noa.

Nos quedamos de nuevo en silencio y se escucha el sonido inconfundible de mi móvil que me indicaba la entrada de un *wasap*.

Mi madre mueve la cabeza animándome a que lo mire. No me atrevo a hacerlo, no quiero romper el momento que estamos viviendo con cosas que nada tienen que ver con nosotros. Pero ella insiste, por lo que al final lo saco de mi bolsillo y

leo los mensajes. Es Noa.

Hola Román. Sé que estás en casa de tus padres, vivo cerca, si te apetece podemos quedar.

—Es Noa —cuento en voz alta. Dos pares de ojos me observan expectantes—. Dice que vive cerca y quiere que nos veamos.

Un fuerte suspiro sale de la boca de mi madre, parece esperanzada. A ella siempre le gustó pensar que Noa y yo terminaríamos juntos.

—Pues dile que sí —me alienta efusiva.

La miro y le sonrío, siempre le ha gustado meterse en mi vida. De niño me fastidiaba, de adolescente lo odiaba, pero ahora, de adulto, lo echo de menos.

Me pongo a escribir bajo la atenta mirada de los dos.

Hola Noa. Estoy deseando verte de nuevo. ¿Dónde quedamos?

A eso de las siete voy de camino a casa de Noa. Me ha costado despedirme de mis padres, pero más difícil ha sido que aceptaran que de momento me quedo en el hotel. No puedo regresar a casa sin resolver todos los frentes que tengo abiertos.

Camino despacio, reposado y aceptando lo que acaba de ocurrir. Mis padres me han perdonado ciegamente, sin llegar a conocer ni un solo detalle de mi vida pasada, ni de los motivos que me han llevado a regresar. Noa quiere volver a verme y eso es bueno, muy bueno. He de ir muy despacio con ella, darle tiempo y tener mucha paciencia, cosas que me sobran.

Llego a la dirección que me ha dado. Toco la puerta mientras observo la casa. Es nueva, recuerdo que el terreno donde está construida junto con muchas más cuando yo era adolescente estaba baldío, y ahora rebosa de vida. Varias viviendas unifamiliares lo llenan, entre ellas la de Noa.

Abre. Está guapísima. Lleva unos vaqueros oscuros y una enorme camiseta que oculta su precioso cuerpo.

—Entra —me dice con tono seco.

Su aroma a vainilla me golpea con fuerza y me hace recordar muchos momentos buenos.

Entro en el salón, acogedor, limpio, lleno de juguetes, se nota que en esta casa vive un niño.

—¿Dónde está? —Señalo una muñeca con mi cabeza y ella inmediatamente sabe a quién me refiero.

—Con mi madre. ¿No pensarías que la ibas a conocer? —Su tono irónico me duele, pero lo merezco.

—No, claro, lo entiendo.

—¿Te apetece tomar algo? —Por su forma desagradable de hablar deduzco que no me va a dar ninguna tregua.

—Una cerveza, si tienes.

—Sí, claro. Siéntate.

Lo hago y ella se dirige a lo que supongo es la cocina.

Me quedo solo y puedo observarlo todo. Tiene una gran estantería llena de libros, a Noa siempre le ha gustado leer. Fotos de la que deduzco es su hija adornan un montón de estantes.

Me gusta su casa, es acogedora, en ella me siento cómodo, pero en cuanto Noa regresa con las cervezas el ambiente agradable desaparece y se transforma en frío.

Me tiende el botellín abierto y yo le doy un largo trago, tengo mucha sed, mi garganta está seca y siento la lengua como un estropajo; seguro que es por los nervios.

—Noa... yo... —Trago con dificultad el nudo que tengo en mi garganta—. ¿Por qué me has invitado a tu casa?

—¿Cómo? —Parece confusa.

—Estás fría conmigo, parece que te resulto molesto, pero me invitas a entrar, no lo entiendo.

La expresión de su cara cambia. La tristeza asoma a su mirada, ya no parece furiosa, ya no se la ve con unas ganas atroces de golpearme. Ahora parece al borde de las lágrimas y yo siento que prefiero verla enfadada, que deseo que me golpee con fuerza antes que verla llorar.

—He sufrido mucho. —Se pone de pie y anda hasta la puerta de la terraza que da a un pequeño jardín. Se apoya en la jamba y contempla el horizonte. Yo sé que su pretensión no es observar el césped recién cortado, ella me da la espalda, no quiere mirarme a los ojos—. Lo que me hiciste me marcó. Yo... —Un sollozo sale de su boca—. Te amaba, confiaba en ti.

—¡Joder, lo siento! —Me levanto y sin pensar lo que hago corro hasta su lado. La tomo por la cintura. Espero que su reacción sea de rechazo, que se separe de mí e incluso me dé una bofetada. Pero no estoy preparado para lo que en realidad ocurre, ella se recuesta contra mi cuerpo mientras solloza y cruza sus brazos posando sus manos sobre los míos.

—Lloré tanto..., días, noches en blanco preguntándome: ¿por qué? Lo teníamos todo, todo. Y tú, tú lo destruiste en un instante.

—Lo sé, lo sé. —Beso su coronilla—. No sabes lo arrepentido que estoy. Si tan solo pudieras..., si pudieras perdonarme.

—Eso ya lo hice Román. Te perdoné hace mucho. Pero lo que no hice, ni puedo hacer es olvidar y confiar.

La suelto furioso conmigo mismo. ¿Cómo he sido tan imbécil?

Me siento de nuevo en el sofá. Estoy roto, abatido. Escuchar que me ha perdonado me hace tener esperanzas, pero el resto de sus palabras me hieren por dentro.

—¿Qué puedo hacer?

Noa se gira y me mira, está llorando y su máscara de pestañas se ha corrido dejando surcos negros por sus mejillas.

—No lo sé —niega con vehemencia—. Yo deseo hacerlo, pero cada vez que te veo recuerdo ese día y me... —Se tapa la cara con las manos y solloza con fuerza.

Ya no puedo más, me está destrozando verla así.

Me levanto y de nuevo la tomo entre mis brazos, pero esta vez de frente.

—Si tú quieres..., me iré y no volverás a verme. —Solo pronunciar estas palabras duele, pero si ella me lo pide partiré lejos, muy lejos.

Levanta su cabeza que había ocultado en mi cuello.

—¡No! —grita—. Tan solo quiero olvidar, zanjar lo que pasó y poder volver a ser amigos. Solo amigos —recalca.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? Te juro que haré lo que me pidas, lo que quieras.

Se zafa de mi agarre.

—No sé, de verdad que no sé qué decirte. Poco a poco, quizá con el tiempo... —Me mira a los ojos con la cabeza muy alta—. Demuéstrame que puedo confiar en ti, hazlo, hazlo...

Afirmo con la cabeza. Tomo una decisión, la más importante sin duda: a partir de este día haré todo lo que esté en mi mano para que Noa vuelva a confiar en mí, ¡lo que sea necesario!

—Ahora vete —continúa—. Por favor, necesito estar sola.

Asiento, deseo seguir a su lado, consolarla, pero respeto su decisión. Noa me ha pedido tiempo y espacio, y se lo voy a dar.

Camino hacia la puerta de salida. Visita corta, pero intensa.

—Llámame cuando quieras, a la hora que quieras —indico con mi mano sobre el pomo.

Abro y cuando mi cuerpo está fuera de la casa, la escucho decir entre sollozos:

—Nos vemos Román.

Cierro y sonrío. Mal final, pero un buen principio. Sus últimas palabras son una

promesa, y eso me da alas y esperanzas.

7. ¡Sorpresa!



Llego al hotel con una pequeña chispa de ilusión en el corazón y con muchas ganas de dormir. Estoy agotado y la herida me duele.

Me quito la camisa y entro en el baño. Me miro la sutura, tiene un aspecto extraño, pero quizá es lo normal. Me encojo de hombros. Dentro de poco debo quitarme los puntos, no puedo ir al médico, seguramente querrán saber cómo me la he hecho y eso es algo, si no quiero tener problemas con la policía, que he de mantener en secreto.

La curo y la dejo al aire. Me pongo el pantalón de mi pijama nuevo y me tumbo en la cama.

El sonido insistente del teléfono me sobresalta, me he quedado dormido. Lo cojo de la mesilla. Son tan solo las diez y Gerardo me está llamando, seguramente para que le cuente las novedades. Confío en él, ha sido la segunda persona a la que he llamado. Sabe que he regresado, pero por supuesto, como buen amigo que es, me guarda el secreto. Mi primera llamada fue a Noa. Necesitaba verla y sorprendentemente no se opuso a un encuentro.

—Hola poli —mi voz suena somnolienta.

—A las diez y en la cama. Ya estás viejo tío.

—Si llamas para tocarme las pelotas...

—¿Cómo fue? —me interrumpe.

—¿La visita a mis padres? —Al otro lado de la línea suena un «aja»—. Bien, muy bien.

Silencio.

—Me alegro mucho. Te lo dije, lo único que ellos quieren es recuperarte, lo demás lo olvidarán.

—Sí, eso parece...

—¿Qué pasa? Te noto raro, tenías que estar más contento.

Silencio. Carraspeo.

—He visto a Noa.

Un fuerte suspiro por parte de Gerardo.

—Cuenta.

—Me perdona, pero no puede olvidar y yo...

—Deja pasar el tiempo.

—¿Más? Han pasado siete años.

—Pero no te ha vuelto a ver. Ya verás cómo, si le demuestras que eres otro, que puede confiar en ti, cambiará de opinión.

—No sé Gerardo, creo que es muy difícil.

—Tío, la cagaste. Joder, ¿quién no mete la pata alguna vez en su vida? Las heridas se curan con el tiempo y si hay amor más.

—¿Amor? —pregunto irónico.

—Mira Román —dice enfadado —, yo he estado con ella, la he consolado, la he visto llorar por ti. Sé que no te ha olvidado, intentó recuperar su vida, se casó, pero siempre estaba tu recuerdo con ella.

—Yo tampoco la he olvidado.

—Lo sé. —Los siete años que he estado fuera de mi hogar, Gerardo ha sido el ancla que me amarraba a mi mar, a mi isla. Procuraba llamarle y charlábamos, me ponía al día, me alentaba a que hablase con mis padres. Sin Gerardo, mis días de exilio hubiesen sido mayor tortura de lo que fueron—. Dale tiempo.

—De eso tengo mucho.

—Por cierto. Has visto a Noa, a tus padres y no a tu hermana. Sabes lo que te hará cuando se entere, ¿verdad?

—Me cortará las pelotas.

—Exacto —afirma con tono burlón.

—Lo siento, lo siento, no he podido. Prometo...

—No digas nada más. Vente mañana y mantendré la boca cerrada.

—Eres un chantajista —me mofo—. Está bien, mañana voy a veros.

—Te dejo dormir, los ancianos como tú necesitan mucho descanso.

—Vete a la mierda poli.

Escucho una profunda carcajada que se me contagia.

—Buenas noches Román, hasta mañana.

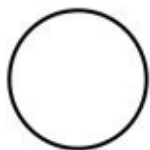
—Buenas noches.

Cuelgo y dejo el iPhone sobre la mesilla. Suelto un fuerte suspiro. Aún me queda mucho por hacer.

Mi hermana Lara, ella también ha estado a mi lado, apoyándome. Deseo tanto volver a abrazarla.

Cierro los ojos. ¡Qué curiosa es la vida! ¿Destino o azar? ¿Qué es lo que une a las personas?

Arrugo la frente y me sumerjo en el recuerdo del día que descubrí que mi mejor amigo y mi hermana estaban locamente enamorados.



Era un sábado de invierno. La discoteca en la que servía copas a los guiris de once a tres de la mañana no estaba muy abarrotada, era temporada baja. Últimamente en mi isla siempre había turismo, aunque esa noche estaba más apagado de lo normal. Seguramente la tormenta que había caído hacía unas horas era la culpable. Solo unos pocos locos con ganas de fiesta se aventuraban a salir con ese tiempo.

Yo estaba en la barra preparando un combinado a una preciosa morenita a la que le había echado el ojo, ella parecía encantada y me miraba con ojos golosos.

—¡Román! —Mi amigo Gerardo me sacó de mis pensamientos calenturientos con su grito casi en mi oído.

—¡Joder tío, me vas a dejar sordo! —lo regañé.

—Ponme algo de beber.

Terminé de preparar su bebida a la morena y se la dejé sobre la barra. Ella pareció entender que ya no estaba disponible, la tomó y se marchó contoneando las caderas.

Suspiré y la contemplé con pena. ¡Esta noche no toca! Gerardo me necesitaba, su cara era todo un poema.

—¿Qué te pasa? —pregunté mientras abría un tercio y lo dejaba en la barra frente a él.

—Nada. —Se movía nervioso y miraba hacia la puerta de entrada.

—Vamos poli, suéltalo. —Desde que había ingresado en el cuerpo de seguridad del estado, había dejado de ser Gerardo el patoso para transformarse en el poli que rescataba a los ciudadanos de los peligros de la calle.

—He quedado con una chica.

Lo observé con asombro.

—No me habías dicho nada de una chica.

—Llevo poco tiempo con ella.

—¿La conozco?

Apartó su mirada de la puerta y la posó sobre mis ojos. ¿Era miedo lo que veía?

—Sí —contestó tajante—. Ya viene.

¡Pues sí que estaba raro! Miré al fondo de la sala para ver quién entraba y a la única que vi fue a mi hermana, seguida de cerca por Candela, que venía

agarrada a un tipo alto y moreno, con muy malas pintas. Supuse que sería su famoso novio y me sorprendí gratamente. Siempre pensé que al verles juntos me moriría de celos, pero no era el caso, no sentía nada en absoluto. Se fueron derechos a la pista y de reojo los vi muy acaramelados bailando reguetón como si les fuera la vida en ello.

—¿Dónde está? —Seguí buscando, pero no había entrado nadie más. De pronto mi mente se iluminó—. ¡No me jodas! —Lo miré sorprendido, con los ojos abiertos como un búho.

Gerardo asintió. Parecía asustado, ¿temía mi reacción? Eso me asombró más aún, ¿daba aspecto de ser de esos tipos que se pegan por la virginidad de su hermana? Yo la quería con locura, pero nunca me metería en su vida. La cuidó, pero desde la distancia, sin imposiciones ni exigencias, somos amigos, nos apoyamos y respetamos.

—Hola —dijo con tono alegre al llegar donde estábamos los dos, yo con mi cara de sorpresa y Gerardo a punto de echarse a temblar.

Le arreó un sonoro beso en la boca y él la reprendió con una severa mirada a lo que Lara replicó contundente:

—¡Qué se vaya acostumbrando!

—Pero... —balbuceé —, ¿desde cuándo vosotros...? —Lara iba a contestar, pero yo la interrumpí—. Bah, me da igual. Tenemos que celebrarlo. Esperad un momento que hablo con el jefe y nos tomamos algo juntos.

Lo organicé todo. Busqué a mi superior y le pedí permiso para ausentarme un rato de la barra. Como era un buen tío, me lo dio.

Preparé tres combinados y nos sentamos en uno de los reservados.

—¡Menuda sorpresa! —exclamé mientras dejaba las bebidas sobre la mesa y me sentaba al lado de mi amigo.

—Queríamos decírtelo, pero no encontrábamos el momento —se excusó Gerardo avergonzado.

—No ha sido así —lo interrumpió Lara—. El muy tonto pensó que te enfadarías y te liarías a puñetazos por mi virtud.

Me dio tal ataque de risa que incluso lagrimeaba.

—Pero qué chorrada. Mi mejor amigo y mi mejor hermana juntos, eso es la hostia.

—Eres tonto, solo me tienes a mí como hermana.

—Claro y por eso eres la mejor. —Le sonreí con ironía y ella se carcajeó.

—Desde cuándo me llevaréis engañando..., qué cabrones —dije con sorna.

—La verdad, no sé cómo no te dabas cuenta, eres muy inocente hermanito. —

Me movió los mofletes como cuando era pequeño—. Mi querido novio pensó que si te lo decía, aquí, en tu trabajo, delante de tanta gente y de tu jefe, no montarías un espectáculo.

—Ay, Gerardo, Gerardo. —Lo tomé del cuello y lo zarandeeé—. ¿Qué pasa?, ¿me tienes miedo poli?

—A ti no, a tus puños.

Nos reímos, la verdad es que esa noche fue especial y única. Bebimos y hablamos. Por primera vez en mucho tiempo no me sentía agobiado ni tenía esa desagradable sensación de opresión en mi pecho. Éramos tres amigos pasando un buen rato.

Pero ese instante se rompió en el momento que Candela entró de nuevo en el juego. Llegó de la mano de su chico, con su inconfundible movimiento de caderas, y se dejó caer a mi lado.

—Hola Román. ¿Qué haces que no estás trabajando?

—Estoy de celebración —le contesté de mala gana y aparté mi pierna que rozaba la suya, no deseaba ningún tipo de contacto con ella y menos delante de su chico. Me molestaba su interrupción. Cuando la tenía cerca, me parecía que el aire escaseaba haciendo que mi respiración se alterase, me costaba meter oxígeno en mis pulmones.

Hasta que esos dos decidieron unirse a nuestro grupo todo había sido cordial y divertido, pero ahora me sentía molesto, incómodo. ¡Maldita Candela y su manía de revolucionar mi vida!

—Te voy a presentar a mi chico.

La miré con asombro. ¡Joder, le había puesto los cuernos conmigo!

¡Alucinaba! Tenía el descaro de presentarse en la discoteca donde sabía perfectamente que trabajaba esa noche, se sentaba a mi lado y encima me lo quería presentar.

¡Qué cojones me importaba a mí ese tío!

—Cariño —dijo mirando al tipo moreno con aspecto de delincuente—. Este es mi amigo Román del que tanto te he hablado.

En ese momento estaba tomando un trago y con sus palabras me hizo atragantarme. ¿Le había hablado de mí?, ¿qué le había dicho?, ¿quizá que habíamos follado sobre la mesa de mi cocina?

—Vaya tío —se dirigió a mí con una sonrisa de oreja a oreja que me dio a entender que no sabía nada de lo nuestro. Eso o le iba el rollo de los tríos, y la verdad es que no tenía pinta de ser de esos tipos que aceptan que su chica se acerque a otro—. Candela habla mucho de ti. Encantado de conocerte. —Me

tendió la mano causándome una grata sorpresa, por lo menos era educado.

—Igualmente. Esto... —Le agarré la mano y me la apretó con fuerza, quizá demasiada para mi gusto, pero yo no me quedé corto, no me iba a amedrentar.

—Perdona, es verdad, no te he dicho su nombre. ¡Qué tonta soy! —Le lanzó una sonrisa bobalicona y el moreno cachas la miró como si fuese un ángel caído del cielo—. Mi chico se llama Carlos.

—Mucho gusto Carlos —dije.

—Edu ya no puede más —intervino mi jefe que se había acercado a la mesa en mi busca—. ¿Piensas volver a tu puesto o te descuento la noche completa? —Di las gracias en silencio por la interrupción de mi jefe. No me gustaba Carlos, no quería mantener ningún tipo de relación con él, y no me apetecía ser cortés y charlar como si no me hubiese tirado a su novia hacía tan solo unos días.

Candela estaba jugando con fuego. Por su mirada parecía ser consciente de ello y disfrutaba con la situación.

—Chicos —me dirigí a mi hermana y a Gerardo, los únicos que en esos momentos me importaban—. Os dejo, voy a trabajar. Adiós Carlos. Candela.

Regresé a mi tarea. La barra estaba llena de gente gritando, pidiendo sus bebidas que no terminaban de llegar, mientras el pobre Edu, el compañero que se había quedado sustituyéndome y que no estaba acostumbrado a preparar copas, parecía al borde de las lágrimas. No todo el mundo puede soportar la presión de veinte personas gritándote a la vez. Estuvo a punto de darme un abrazo de agradecimiento cuando le dije que ya se podía marchar y que yo me haría cargo.

—¡Nos vamos! —me gritó al cabo de un rato Gerardo para dejarse oír sobre el sonido atronador de la música.

Saqué medio cuerpo fuera de la barra para besar a mi hermana.

—Sé buena —le susurré al oído y ella me guiñó un ojo.

Me despedí con la mano de Gerardo, Carlos y Candela, que antes de salir por la puerta me lanzó una mirada cargada de deseo. ¡Increíble!, no se cortaba ni delante de su chico.

Continué con mi labor, quedaban un par de horas para el cierre y luego media más para dejar todo recogido y preparado para la noche siguiente.

Casi a último momento llegó un grupo de amigas con ganas de fiesta. Entre copa y copa que les servía, ellas no dejaban de insinuar, y yo por supuesto, me dejaba llevar. Me invitaron y no lo rechacé. Mientras yo bebía una, ellas bebían dos y eso le encantaba a mi jefe. Siempre me repetía que agrandar a las clientas era parte de mi trabajo, una que yo asumía, por aquella época, encantado.

Hora del cierre, y las chicas estaban tan borrachas que no nos quedó más remedio que llamar a un taxi y meterlas a todas juntitas destino a su hotel para dormir la borrachera.

La caja estaba a tope de billetes y mi estómago revuelto, había bebido mucho y lo único que quería era llegar a casa, darme una ducha y meterme en la cama.

Recogimos rápido, todos estábamos agotados. El jefe estaba contento, según decía tenía los mejores camareros y gogós del mundo. Nos daba la charla todas las noches sobre lo buenos que éramos. Había leído en “no sé qué” libro que alentar al empleado era muy bueno para el negocio. Me lo fue explicando conforme salimos, mientras a mí se me cerraban los ojos.

Pedí un taxi, estaba un poco ebrio. Por aquel entonces era un loco, pero no un irresponsable. El coche se quedaba en la discoteca y al día siguiente volvería a por él.

Llegué a casa, ¡por fin! Me fui desvistiendo conforme entré en mi habitación, de tal manera que cuando llegué al baño estaba totalmente desnudo y mi ropa yacía tirada por el suelo dejando una especie de camino hasta la ducha. Me quedé un buen rato bajo el agua caliente. Hacía frío y así mi cuerpo se templaba.

Me sequé, me puse un pantalón viejo de chándal, amplio y desgastado que hacía las funciones de pijama, y me dejé caer sobre las sábanas que olían a suavizante. Aspiré el aroma, me gustaba, me hacía sentir en casa, limpio y bien.

Me dormí nada más poner la cabeza sobre la almohada y tuve un sueño, uno húmedo, excitante que me puso a cien.

Unas manos me desnudaban, me quitaban el pantalón y unos labios carnosos apresaban mi polla ya dura, preparada para disfrutar. Me lamía, me mordisqueaba, yo no paraba de gemir y de hundir los dedos entre su pelo para obligarla a acercarse más. Me movía buscando profundizar mientras ella usaba sus dientes, su lengua. ¡Dios! Me retorció de placer, me iba a correr y de repente abrí los ojos.

¡Joder!, no había sido un sueño. Candela estaba entre mis piernas con su boca subiendo y bajando por mi miembro. Me retiré con premura.

—¡¿Qué coño haces?! —le pregunté enfadado. Mi excitación se cortó de golpe y toda la sangre de mi pene ahora se acumulaba en mi cara, estaba enfadado, muy enfadado.

—Darte placer —contestó ella, mirándome con una de esas sonrisas sexis que tanto me excitaban y con ojos inocentes.

—¿Y tu novio?

—En casa.

Me levanté de la cama. Estaba completamente desnudo, pero no me importó.

—¡Vete! —le dije señalando la puerta.

Ella se tumbó boca abajo sobre mis sábanas calientes, puso sus manos en su mentón y me miró de manera lasciva.

—Vamos Román, no vas a empezar como siempre. Sabes lo que quieres, me deseas, no lo niegues. Anda tonto. —Se puso de rodillas en la cama, se quitó la camiseta que llevaba puesta dejando ver sus pechos, no llevaba sujetador y me provocaba acariciándolos y pellizcándose los pezones—. Ven, tócame, fóllame.

¿Estoy loco? o ¿más bien enfermo? Claro que la deseaba y mi polla se lo mostraba con total desvergüenza. Ella la contemplaba y pasaba su lengua por sus labios. Gemía al mismo tiempo que se tocaba y me excitaba bajando una de sus manos hasta introducirla bajo su tanga. Comenzó a jugar con su clítoris mientras me miraba con los ojos vidriosos y jadeando sin control. Su aroma, los ruidos que emitía y ver cómo se daba placer, hacían que mis terminaciones nerviosas se alterasen, que mi corazón galopase y mi cabeza dejara de pensar, de ser racional, hasta convertirme en un ser ávido de sexo, sediento de su piel, de su cuerpo.

—¡Joder! —grité enfadado, cabreado conmigo mismo, con mi debilidad, porque sabía que iba a caer de nuevo y que luego me sentiría como una puta mierda, pero en ese momento no me importaba, todo me daba igual, tan solo quería sentirla, tocarla, follarla.

Me lancé como un depredador haría con su presa, esa que va a devorar en un instante. La obliqué con rudeza a ponerse a cuatro patas, le arranqué el tanga y entré sin más. Estaba tan húmeda que no encontré ninguna resistencia. Me deslicé una y otra vez, despacio, sintiendo su roce. Ella no paraba de gemir, se retorció de gusto y se tocaba el clítoris con movimientos circulares que la acercaron al orgasmo y yo intensifiqué su placer, nuestro placer, entrando más adentro, más fuerte y mucho más rápido.

Me corrí y ella conmigo. Gritó, le tapé la boca con la mano, pero me mordió. No me importó, dolía, pero nada podía impedir que continuase bombeando hasta sentir los últimos coletazos, las últimas sacudidas de mi pene.

Me dejé caer de lado sobre la cama, su contacto me molestaba, no quería que me tocara. Ella se tumbó sobre mis sábanas manchándolas con nuestros fluidos, empapándolas.

—Ya has tenido lo que querías, ahora vete. Déjame solo. —Me tapé la cara con el brazo. No quería ni verla.

Pude sentir cómo se movía el colchón según se levantaba y percibí ruidos que deduje eran los que provoca al ponerse la ropa.

Oí con claridad el sonido de sus tacones según se dirigía a la puerta. El inconfundible crujido de las bisagras, me indicó que la había abierto.

—Volveré —prometió antes de que pudiera escuchar cómo cerraba.

¡Solo ha sido un polvo!, me dije. Pero, entonces, ¿por qué me encontraba tan mal?

Me levanté y arranqué las sábanas de la cama. Estaban sucias. Abrí la ventana para ventilar. Mi cuarto olía a sexo, a ella y me revolvió el estómago.

Necesitaba un psicólogo porque la deseaba y la detestaba a partes iguales y no lo entendía, no lograba comprender qué era lo que me pasaba.

Un día leí un artículo sobre el amor tóxico. En él describían a la perfección lo que yo sentía. Candela era para mí como una droga. Yo quería desvincularme de ella, olvidar el sabor de su piel, pero no podía. Y cuando mejor estaba, cuando parecía curado, ella regresaba y se metía en mi cama para hacerme ver que yo le pertenecía, que era suyo y nada podía hacer para terminar con esa adicción dañina. Tenía sexo con otras mujeres, pero ninguna me saciaba como Candela. Eran sucedáneos, meros entretenimientos mientras esperaba que ella volviese.

Me di otra ducha. Siempre me hacía sentir sucio. Puse sábanas limpias y cerré con cerrojo mi habitación, sabía que no iba a volver, pero me sentía mejor con la puerta bien cerrada.

Ya casi de madrugada logré dormir y Candela se coló dentro de mis pesadillas.

8. El pasado siempre regresa.



Cumplo mi promesa y al día siguiente acudo a casa de mi hermana y su marido, Gerardo. Paso el día con ellos, y por la tarde todos juntos visitamos a mis padres. Parecemos una familia normal, con vidas normales, pero nada más lejos de la realidad. Mi pasado pesa, mis secretos me oprimen el corazón. Mirar a Gerardo, mi mejor amigo, y saber que hay una parte de mi existencia que me cuesta mucho revelar, me duele.

Quiero pasar página, olvidar todo, pero es imposible si no me sincero, si no termino con todos los secretos.

Ya en el jardín nos sentamos a charlar.

Mi madre explica a Gerardo lo que tiene que hacer para conseguir un jardín como el suyo, cuajado de flores y árboles. Mi padre interviene de vez en cuando en la conversación y yo observo a mi hermana. Está un poco retirada, parece querer estar sola pero su mirada triste, melancólica, me hace acercarme a ella y sentarme a su lado. Le echo un brazo por encima de los hombros atrayéndola hacia mi cuerpo, ella se deja. Me recuerda a las tardes en nuestro propio jardín, en la casa de la playa. Ella con su cabeza sobre mis piernas y un libro entre sus manos, y yo con la mía recostada sobre el sofá de mimbre que compramos con nuestros primeros ahorros, uno que nos costó una pasta, pero como decía Lara “dinero bien gastado”. Podíamos estar así horas, sin hablar, simplemente juntos.

—¿Qué piensas? —le pregunto. Ella me mira y se queda por un largo rato sin decir nada. Está analizándome, observándome con detenimiento.

—Estás muy guapo Román. —Toca mi pelo.

—Gracias.

—También estás muy fuerte.

—Hago mucho ejercicio.

Se queda en silencio, pero su cabecita no deja de pensar. Me da terror, ella me conoce mejor que nadie y seguramente se está planteando un millón de preguntas que por supuesto no se callará por mucho tiempo.

—Nunca nos hablas de tu trabajo. ¿Qué hacías en Manhattan? ¿A qué te dedicabas? —Ha llegado el momento.

Sabía que tarde o temprano alguien me haría esa pregunta, y también sabía que seguramente sería mi hermana, siempre tan curiosa.

—Jefe de seguridad en unos locales. —Es lo más parecido a la realidad.

—¡Vaya! Jefe de seguridad... ¿y cómo se pasa de ser un simple mecánico a jefe de seguridad? —Lara siempre tan cotilla, no puede evitar preguntar de más.

—Por casualidad. —Me observa arrugando el entrecejo con esa cara tan suya de no-me-creo-nada. A ver cómo salgo de esta.

—¿Qué pasó? ¿Viste un anuncio en un periódico?

—Conocí a alguien que me presentó a alguien, y ya sabes... —Me encojo de hombros esperando que deje el tema, pero ella me mira levantando una ceja.

—Y... ¿en qué clase de locales ejercías de “jefe de seguridad”? —El énfasis con que ha dicho estas últimas palabras me da a entender su total incredulidad. Debo ser más persuasivo, Lara es demasiado inteligente y sabe que no le estoy contando todo.

—Clubs.

—¿Clubs? ¿Qué tipo de clubs?

—De copas, ya sabes, esos donde suena música, hay gente bailando, una barra con camareros sirviendo bebidas...

—Y claro, con tu amplia experiencia, pensaron que el trabajo de camarero o vigilante era poco para ti y decidieron que encajabas perfectamente en “jefe de seguridad” —dice con ironía—. Te pagaban bien ¿no? Porque está claro que dinero no te falta: hotel de cinco estrellas, BMW...

—No me puedo quejar. Oye, ¿cuándo me daréis un sobrinito? —Necesito cambiar de tema, evadirme de alguna manera del interrogatorio al que estoy siendo sometido. No quiero decir más mentiras.

Percibo que la he incomodado, de repente se queda muy pálida, luego sacude la cabeza como descartando pensamientos dolorosos y me contesta:

—No creas que soy tonta. —Se cruza de brazos y me mira de reojo—. Pero bueno, acabas de llegar y no quiero presionarte. Tenemos tiempo... —¿Esto es una amenaza?

¿Por qué le ha afectado mi pregunta? Más adelante indagaré sobre el asunto.

Se queda de nuevo en silencio y esta vez dura más tiempo de lo normal en ella, que nunca puede estarse callada.

—Sé que has visto a Noa.

—Sí.

—Durante estos años le hemos cogido mucho cariño.

—Eso está bien.

—Piensa bien lo que haces Román.

La suelto y me inclino hacia delante sosteniendo su mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Ella no soportaría que le hicieras daño de nuevo. Lo ha pasado muy mal, ha superado tu marcha, un divorcio y ahora tiene una vida estable junto a su hija.

—No pienso hacerle daño, eso te lo prometo.

—No Román, a mí no es a quién debes prometérselo. Prométecelo a ti y a Noa.

—Lo haré.

De nuevo la envuelvo entre mis brazos. Mi hermana mayor, tan sabia. Beso su coronilla y ella se acurruca.

—Lara... —Temo hacerle la pregunta, más aún después de la conversación que acabamos de tener, pero para cerrar esa parte sucia, mala de mi vida necesito saber de ella.

Levanta su mirada para clavarla en la mía.

—¿Sí?

—¿Qué sabes de Candela?

Noto cómo se pone rígida. Otra pregunta molesta, pero esta vez entiendo los motivos.

—¿Qué quieres saber?

—No sé, lo normal. ¿Qué tal le va?

—No tengo ningún tipo de contacto con ella. Cuando me enteré de todo..., de lo que había pasado... Yo..., si me lo hubieras dicho antes... —me reprocha, está enfadada.

—Ya hemos hablado mucho de eso Lara. Sabes lo que sentía, por qué callé, por favor dejemos el tema. —Hemos tenido muchísimas conversaciones por teléfono, en ellas le he contado todo lo que me pasó, lo que sentí y la enfermedad que era Candela para mí.

—Tienes razón. Lo siento. —Baja los ojos, pero enseguida los levanta—. Lo último que sé es que se casó con Carlos y que trabaja en un supermercado.

¿Casada? Esto es lo último que esperaba, y más sabiendo cómo es Carlos. ¡Joder, mierda! De nada ha servido todo lo ocurrido, ella no me hizo caso. Me siento furioso, pero disimulo. Cierro los ojos y apoyo mi barbilla en la cabeza de Lara, aspirando su perfume afrutado, buscando el equilibrio en mi mente. Ya nada puedo hacer por Candela, es ella la que tiene que salir de ese infierno.

Silencio de nuevo. Lara acaricia distraída la cicatriz de mi mano derecha, seguro que recordando la manera en la que me la hice.

—¿Vas a verla? —pregunta.

—No lo sé.... Creo que debo hacerlo, pero... aún no.

—Creo que debes.

La conversación se acaba, mi madre se sienta a mi lado y cariñosa me toma la mano.

—Qué alegría tenerte en casa Román.

Paso mi otro brazo sobre sus hombros y la acerco a mi cuerpo. Así, con una a cada lado, me siento el hombre más feliz del mundo. ¿Cómo he podido vivir sin estos momentos?

Ya tarde, regreso solo a mi hotel y recibo una llamada, una que esperaba. No me pilla por sorpresa, sabía que tarde o temprano se iba a producir.

—¿Dónde cojones estás? —La profunda voz que me habla en un perfecto inglés con acento texano es la del que hasta entonces ha sido uno de mis únicos amigos en Manhattan. El hombre que me ayudó a encontrar trabajo, la mano derecha de mi jefe, Davy.

—No creo que sea de tu incumbencia —contesto molesto y también en inglés. No me gusta su tono cuando por su culpa me encuentro en un lío tremendo.

—Yo creo que sí, lo es desde el momento en que te largaste y nos dejaste tirados.

—Mira tío, no tengo ganas de hablar contigo y más después de lo que pasó. —Estoy muy decepcionado, molesto, nunca pensé que Davy me engañaría.

—Ryan...

—¡No me llames así, soy Román! —Ryan es el nombre por el que todos me conocen allí, pero después de lo ocurrido me incomoda escucharlo. Nunca más seré esa persona, jamás volveré a ser quien no soy.

—Está bien Román. —Davy suelta un fuerte suspiro. Parece estar tranquilizándose, aunque, la verdad, me importa una mierda su estado de ánimo.

—Yo confiaba en ti y tú me la has jugado —le reprocho cabreado. Lo que más duele es la traición y yo de eso sé mucho, por desgracia. He estado al otro lado y el experimentarla en mis propias carnes me ha ayudado a darme cuenta de lo terriblemente dolorosa que es, haciéndome sentir ruin.

—¡No digas más tonterías! —grita y me dan ganas de colgar el teléfono—. Sabías perfectamente en lo que te metías. Sabías que lo que vendían los chicos en el local no eran caramelitos y que las chicas que exhibían sus cuerpos con poca ropa no eran camareras. Has estado a mi lado, nos hemos cubierto la espalda, hemos corrido por las calles perseguidos por la policía, nos hemos emborrachado juntos. ¡No puedes largarte tío! —escupe sus palabras con rabia.

—No soy tonto, no me trates como si lo fuera. Una cosa es vender droga y otra muy diferente secuestrar y disparar... No intentes hacerme sentir culpable. —Cierro los ojos con fuerza, todavía tengo en mi mente el sonido atronador de la

bala, el aroma a la carne perforada por el proyectil, los ojos de ella mirándome sin entender qué pasaba... Los recuerdos son tan dolorosos...

—Vale tío, cálmate... —Su tono cambia radicalmente. Está más sosegado e intenta transmitirme tranquilidad, cosa que no me creo ni por asomo.

—Estoy tranquilo y más ahora que me he alejado de todo, de ti, de la organización.

—¡Venga hombre! Sabes que estábamos a punto de hacer algo grande que nos iba a dar mucho dinero y podríamos volar nosotros dos solos. Regresa a casa, te perdono, lo olvidaré. Volveremos a ser un buen equipo.

¡Menudo cara dura!, que me perdona dice, vaya jeta.

—Ya estoy en casa —es mi escueta respuesta. Para qué molestarse.

—Sabes que esta vida te gusta. Estar al límite, la adrenalina... Estás hecho para esto, nunca serás un niño bueno. Hacemos un gran equipo. ¿Recuerdas?, tú y yo contra el mundo.

Reflexiono por un instante. Esa vida me atrajo durante un tiempo. Ganaba mucho dinero, era respetado, me sentía parte de una enorme familia en la que cuidábamos los unos de los otros. Pero también tenía su lado oscuro, siempre debía estar alerta, dormía con una pistola cerca y no podía confiar en nadie del exterior. ¿Atractiva?, ya no, ahora quiero estabilidad y no estar mirando siempre a mi espalda cuando ande por la calle.

—Mira Davy te agradezco todo lo que hiciste por mí. Yo llegué perdido, sin dinero, ni donde caerme muerto. Tú me diste un sitio donde dormir, un trabajo que por un tiempo me ha servido de vía de escape. Pero..., ya no sigo, lo dejo. Dile al jefe que no pienso volver.

—Estás muy equivocado Ryan. —Usa ese nombre con tono despectivo—. Este trabajo nunca se deja, la familia nunca se abandona. Estás metido hasta las trancas y no te creas que te será tan fácil desvincularte.

—¿Es una amenaza?

—Tómatelo como quieras.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Los tentáculos de la organización son largos y me aterra el pensar que pudieran incluso llegar a España. Pero ¿tan importante soy yo como para molestarse en enviar a alguno de sus matones a mi isla? Espero que no sea así, lo único que me faltaba es que mis seres querido se vieran implicados.

—Piénsatelo por un tiempo. Tómate unas vacaciones, te las mereces, has trabajado muy duro. Cura tus heridas, pero... —añade— dentro de unas semanas te llamo otra vez y espero que me digas que tienes el billete de regreso.

Empezaremos de cero, sin rencores. Seguimos siendo colegas, ¿verdad?

¡Una mierda!, un colega no hace lo que él me ha hecho. No contesto, no me niego. Tengo que reflexionar, si mi familia está en peligro no me quedará otro remedio, regresaré, pero quizá encuentre una salida. Me siento acorralado y esa sensación me agobia.

—Sí, claro que lo somos —miento, no quiero cabrearlo más, le conozco lo suficiente para saber manejarlo.

—Bien tío. Así me gusta. Por cierto, Nancy te manda recuerdos.

Cuelga sin más y me quedo con el iPhone en la mano. Las cosas se están complicando. Puede que al final tenga que volver, pero... ¡Joder! No me apetece nada la idea. Me arrepiento de haberle contado mi historia, de que sepa mi procedencia y de haber confiado en él. Sin embargo, al principio todo era distinto, Davy era diferente o tal vez fuese todo fachada, me ha demostrado que debajo de su entrega, de su amistad que creía incondicional, se esconde su verdadera naturaleza ruin y despiadada.

Pongo el móvil sobre la mesilla y tumbo sobre la mullida cama de sábanas blancas con el logotipo del hotel. Miro al techo. Tengo que tomar nuevas decisiones, esta llamada lo cambia todo. Hace que mi libertad se tambalee, que mi nueva vida, esa en la que prometo ser un hombre diferente, uno que viva en la legalidad con un trabajo que no conlleve cargar con una Beretta, se vaya al traste.

Una llamada al teléfono de la habitación me sobresalta. Me incorporo y descuelgo.

—Buenas noches señor Aguado, soy Carolina de recepción.

—Buenas noches.

—La señorita Noa desea subir a su suite.

Me quedo agarrado al auricular con fuerza.

—¿Señor? —Sacudo la cabeza.

—Sí, sí, claro, puede subir.

Cuelgo y espero impaciente. ¿Habrá ocurrido algo malo? Noa en mi hotel, nunca lo hubiese pensado. Me pidió tiempo y es lo que le estoy dando, espero paciente, sin meterle prisas. No quería llamarla por no forzar, aunque lo deseaba. Y ahora está aquí.

Miro cómo mis manos tiemblan, estoy nervioso.

Suenan unos golpes en la puerta y corro a abrir, pero me doy cuenta de que estoy medio desnudo. No puedo recibirla así, se asustaría. Me coloco lo primero que pillo de encima de la silla. Una camiseta blanca y unos vaqueros claros. No

me calzo, me encanta caminar descalzo por el suelo de moqueta.

—Hola —le digo al verla en el umbral de la puerta. Me paso las manos por el pelo intentando peinar la maraña que es mi cabello.

Lleva puesta la misma gabardina del día que quedamos en la terraza. Tiene las mejillas sonrojadas por el frío y la mirada vidriosa.

—Pasa —la invito y me retiro para dejarle espacio.

Camina con la cabeza baja, mirando el suelo.

—¿Estás bien? —pregunto preocupado. Sin esperar lo se arroja a mis brazos llorando.

Me quedo paralizado, me pilla por sorpresa y hago lo único que puedo hacer: abrazarla y susurrarle palabras de aliento.

Sus lágrimas mojan mi camiseta y se aferra a ella con los puños cerrados, mientras solloza e hipa.

—Dios Noa, ¿qué ha pasado? —Me asusto e intento separarla de mi cuerpo para ver sus ojos, pero ella me lo impide, se acurruca contra mi torso y hunde su cara en mi pecho.

La tomo entre mis brazos, las piernas casi no la sostienen y me dirijo con ella hacia el sofá de mi suite. Me siento colocándola en mi regazo y la dejo llorar, desahogarse, hasta que el llanto va remitiendo y empieza a relajarse.

—¿Por qué? —pregunta de repente sobresaltándose—. Es algo a lo que no puedo dejar de dar vueltas. ¿Por qué?

Sé perfectamente a qué se refiere. Le acaricio el cabello que tiene revuelto.

—Lo siento. Lo siento tanto —repito las mismas palabras de hace siete años, las de hace dos días y las que le diré toda la vida hasta que logre su perdón.

Eleva su cabeza, que está apoyada en mi pecho, y seco sus lágrimas con mis dedos, mientras ella clava sus ojos en los míos.

—Quiero probar algo —mira mi boca—. Necesito...

—Dime qué necesitas, lo que sea, yo...

Me besa acallando mis palabras. Sus labios contra los míos me hacen sentir tantas cosas olvidadas que tiemblo. Pongo mis manos sobre su cabeza, aferrándola para que no se separe de mí, la necesito. Entonces abre la boca y yo entro de nuevo en el paraíso. Gimo al sentir cómo tímidamente pasa su lengua sobre la mía. Profundizo en el beso y ella me deja, pero sus lágrimas mojan mi cara y me separo.

Apoyo mi frente contra la suya con mis ojos cerrados, mi respiración alterada y mis ganas por ella matándose, pero no es el momento. Poco a poco, me repito una y otra vez para no regresar a ella y devorarla como deseo.

—Creo... —dice y abro los ojos para poder mirarla—. Tengo que irme. Yo..., lo siento.

—No, no —suplico, le acaricio el pelo, las mejillas—. No por favor, no me digas que te arrepientes de este beso. No, te lo suplico.

Ella niega con la cabeza, también busca con sus manos mi pelo, ávida de caricias.

—Pensé que nunca podría volver a besarte y deseaba probar que yo..., que no sentía nada. Yo vine...

—Viniste con la idea de averiguar qué sentías —la interrumpo. Es tan solo una prueba, eso duele, pero si es lo que necesita quién soy yo para juzgarla.

—Sí. Lo siento.

—No lo hagas. Te entiendo. —Temo hacerle una pregunta, pero necesito saber la respuesta—. ¿Qué has sentido?

Noa se levanta de mi regazo y deja mi cuerpo helado sin su calor. Casi tiro de nuevo de ella para sentirla otra vez sobre mis rodillas, pero me resisto. No quiero ceder a mi impulso, así que me agarro con fuerza a los brazos del sofá hasta que mis nudillos se ponen blancos.

—Lo que temía. Sigo deseando tus besos como el primer día. Nadie puede hacerme sentir lo mismo que tú con tan solo poner tus labios sobre los míos. — En un acto reflejo se los acaricia con uno de sus dedos—. Estuve casada cinco años y te buscaba en él, deseaba, soñaba que eras tú y viví una mentira. —Sus lágrimas caen y mi corazón se rompe en mil pedazos.

—Noa, yo...

—No, no digas nada, lo sé. Sé que lo sientes y sé que es verdad porque lo veo en tus ojos.

Se arrodilla entre mis piernas y toma mi cara entre sus manos.

—Ya no puedo guardar más este rencor que me ha estado consumiendo estos siete años. No puedo más... —Coloca sus manos sobre mis mejillas, pasa sus dedos por ellas acariciándome y cierro los ojos disfrutando de ese contacto que tanto he añorado—. Román déjame quedarme esta noche a tu lado. Quiero dormir entre tus brazos y mañana empezaremos de cero. Paso a paso, sin prisas.

Asiento como un loco. ¡Dios!, eso es más de lo que esperaba, más de lo que merezco.

Me levanto y la ayudo a ponerse de pie. Le desabrocho la gabardina, debajo lleva un jersey fino de lana y una falda de tubo. La tomo entre mis brazos, ella se deja, enrosca sus brazos alrededor de mi cuello y suspira con su cabeza sobre mi hombro.

La deposito sobre la cama y le quito los zapatos de tacón. Saco una manta del armario y la cubro con ella. Me acuesto a su lado sin tocarla, pero ella busca mi cuerpo y se abraza a él con fuerza. En pocos minutos se queda dormida con una sonrisa melancólica en los labios.

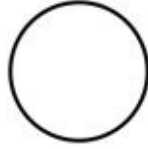
Yo también caigo en los brazos de Morfeo, pero mi sueño dura poco. Abro los ojos con temor, pensando que quizá ha sido solo un sueño, pero no. Noa está allí tumbada a mi lado, con sus piernas sobre las mías y acurrucada contra mi pecho. La miro y aprecio su belleza, tan sutil, tan natural.

Mi corazón late con fuerza. La amo, siempre la he amado, con un amor puro, limpio.

Me separo de su cuerpo, necesito un poco de espacio, me ahogo. Ella protesta e intenta aferrarse de nuevo a mi camiseta, pero como está dormida profundamente, se da la vuelta, suelta un suspiro, y se agarra a la almohada como si fuese yo.

Camino hasta el enorme ventanal desde el cual se ve el mar. Pongo las manos sobre el frío cristal y apoyo la frente. Otro de mis muchos recuerdos se cuela dentro de mi cabeza.

9. Locura.



Estaba en el taller metido en el despacho entre papeles. Las facturas se acumulaban sobre la mesa y el único que las archivaba era yo. Mi jefe Manu era un auténtico desastre. La verdad es que no era capaz de imaginar cómo se las había apañado hasta que entré yo a trabajar.

Me pagaba muy bien, pero también me explotaba. Tan pronto cambiaba una batería o las ruedas de un coche, como mantenía en orden los archivos, barría la nave, cambiaba una bombilla o limpiaba los baños. “El chico para todo” me llamaba mi jefe.

—¡Román! —gritó desde la otra punta de la nave. Esa también era una de sus costumbres, llamarme a voces, y yo tenía que dejarlo todo para atender su demanda.

Pero esta vez pasaba, no pensaba moverme del sitio, si quería algo que se acercase hasta la oficina y me lo pidiese como las personas civilizadas sin chillar, en un tono tranquilo y sosegado.

—¡Román! —voceó con más fuerza, se estaba enfadando. Si no acudía a la primera iba subiendo el tono hasta casi desgañitarse. Los vecinos de arriba debían estar hasta las narices de él y sus berridos.

Seguí a mi ritmo. Escribiendo en el ordenador a unos proveedores.

—¡Joder, Román, es que no me oyes!

Entró en el despacho y se plantó delante de mí, congestionado por el cabreo que tenía. Yo levanté la mirada de las teclas del ordenador por un segundo, la volví a bajar y le pregunté, calmado:

—¿Cómo no te voy a oír con las voces que das? Te escucha medio barrio.

Se limpió las manos que llevaba manchadas de grasa en un trapo.

—Entonces, se puede saber, ¿por qué coño no me contestas?

Dejé de teclear, puse los codos sobre la mesa y lo miré con mucha atención. Sabía que mi gesto lo enfadaría aún más y a mí me encantaba, me divertía picarle.

—Porque no me gusta que me grites —dije con toda tranquilidad.

—¡Qué cojones me importa lo que a ti te guste! —Dio un fuerte golpe con el puño sobre la mesa—. ¡Cuándo te llame vienes y punto, para eso soy tu jefe!

El dicho “perro ladrador poco mordedor” se le podía aplicar perfectamente a

Manu, porque en el fondo tenía un gran corazón, y aunque a mí me gustaba ponerle al límite de su paciencia y a él amenazar incluso con echarme, al final se quedaba en nada. Al poco rato lo olvidaba todo y volvía a ser el tío bromista de siempre.

—Manu, relájate. Se te va a romper la vena del cuello, la tienes muy hinchada.

—¡Lo que tengo hinchados son los cojones! —Esa era su frase preferida.

Me daban unas enormes ganas de reír a carcajadas, pero no lo hacía porque eso era lo único que le faltaba y la vena se le reventaba seguro.

—Anda Manu, no te enfades tío, sabes que eres el mejor jefe del mundo. — Unas palabras cariñosas y se le pasaba enseguida.

—Ahora no me pelotees. —Ya lo sabía yo, le adulaba un poco y se relajaba.

—¿Qué es lo que querías?

—¿De qué? —El color de su cara había regresado, ya no estaba rojo.

—¿Por qué me llamabas?

Se dio un fuerte golpe con la mano abierta sobre la frente.

—¡Joder, es verdad! Hay un tipo fuera preguntando por ti.

—¿Por mí?

—Sí, coño, por ti. ¿Es que no me expreso bien?

Ya empezábamos otra vez.

—Vale, vale. Relaj...

—Ni si te ocurra decirme que me relaje. ¡Mira que te arreo! —me interrumpió.

Necesitaba paciencia y la verdad es que nunca he tenido mucha.

—Manu, ese tío.

—¿Qué tío?

Miré al cielo implorando ayuda. Cada día era más complicado entenderse con él.

—El que me está esperando.

—Ah. Yo que sé. Entró y preguntó por ti. No me gusta la pinta que tiene. ¿No andarás metido en líos?

Me levanté de la silla y caminé hacia la nave en busca de ese tipo.

—Mira que no pienso cubrir tus cagadas. —Manu me seguía muy de cerca dándome la murga—. Si te metes en follones sales tú solito, y no me pidas dinero que yo para vicios no pongo.

Llevarle detrás de mí parloteando sin parar y poniéndome la cabeza como un bombo era otra de sus manías. Muchas veces pensaba que tenía dos padres, el adoptivo y Manu.

Si yo andaba rápido él lo hacía más, y al ritmo de sus pasos se unía el de las

palabras que lanzaba a cien por hora.

Me paré en seco y Manu chocó con mi cuerpo. ¡¿Qué cojones hacía Carlos en el taller?!

—Hola —le dije seco. No me apetecía volver a verle. No me gustaba nada.

—Hola Román. —Muy sonriente se acercó a mí con la mano abierta a modo de saludo.

Él tío parecía feliz, como si volviese a ver a su gran amigo del alma después de mucho tiempo y ese colega tan querido fuese yo.

¡Será gilipollas!

Le tomé la mano más que nada por educación y porque tenía a Manu pegado a mi espalda como una lapa.

—¿Qué quieres? —No quería sonar antipático, y más aun viendo su sonrisa de anuncio de dentífrico, pero Carlos me era desagradable, tenía algo que me repelía.

—Tengo mi coche jodido y como mi Candelita me contó que trabajas en un taller, le he pedido las señas para que me lo mires. Dice que eres el mejor.

Manu tosió, se había atragantado en el mismo instante que escuchó “Candelita”. Hacía tiempo que me prevenía de ella, decía que no le gustaba nada, que “no era trigo limpio”, y la verdad es que mi jefe no se equivocaba. Lástima que mi cuerpo y mi mente no le hicieran caso.

—Trae el coche y lo miramos.

—Lo tengo ahí fuera.

Salió a buscarlo y Manu y yo nos quedamos de pie codo con codo observando los andares chulescos de Carlos.

—No me gusta nada Román.

—Ya, a mí tampoco. Pero es un cliente.

—No sé, no sé. Me huele raro. Yo creo que esa mujer tiene algo que ver. — Pero qué listo era mi jefe. No sabía nada de mi vida, pero su instinto nunca le fallaba—. Hazme caso chico, aléjate de los dos. Yo me voy a tomar un café, te dejo con ese tío, despáchale rápido.

Y dicho esto me dejó solo con Carlos.

—¿Qué le pasa a tu coche? —le pregunté una vez lo entró en el taller.

—Hace un ruido muy raro.

Se bajó y me senté en el sitio que acababa de desocupar. Su olor a colonia barata me golpeó con fuerza. ¡Joder, debía de haberse echado todo el bote!

Arranqué y agudicé el oído. No escuchaba ningún sonido extraño.

Carlos tenía su brazo apoyado en la puerta abierta del coche y estaba inclinado

hacia mí.

—No oigo nada raro —le dije.

—¿Sabes lo que pasa? —Lo miré—. Este coche es mío y me gusta mucho. Lo cuido, no quiero que le pase nada. Es especial para mí, el mejor. —Me observaba intensamente y entonces me di cuenta de que no estaba hablando de vehículos de cuatro ruedas—. No soporto que otro lo conduzca, odio que se sienten en mi sitio, toquen mi palanca de cambios, mi volante... Te dejo porque eres el mecánico, si no jamás te hubiese consentido que estuvieses ahí sentado.

—Tranquilo, no te preocupes, no quiero tocar tu coche.

—Entonces no tengo por qué enfadarme, ¿verdad?

Su mirada lo decía todo.

—Por mí no hay problema.

—Eso espero, no suelo ser paciente con los que tocan mis cosas, me cabreo y luego...

Me bajé, no necesitaba un taller, su coche estaba perfectamente. Tan solo buscaba problemas y yo ya tenía suficiente con los míos.

Se paró frente a mí y me miró escrutándome.

—Entonces, ¿todo está bien? —La doble intención que puso en su pregunta no me pasó desapercibida.

¿Tu coche o tu chica?, me pregunté.

—Todo está perfecto —afirmé mientras me cruzaba de brazos, hinchaba los pectorales y lo contemplaba ceñudo. No me iba a amedrentar nada en absoluto. Si él era grande y fuerte, yo lo era mucho más y jamás rehuía una pelea si me tocaban los cojones.

—Pues nada tío, encantado de volverte a ver. —Regresó su tono alegre y jovial. —Cuídate.

—Lo mismo te digo. —Mi voz era seca y cortante. Lo miré con los puños apretados, estaba hasta las narices de aguantar sus amenazas. No las decía claro, pero las insinuaba con sutileza y yo no soy ningún tonto, ni tengo por qué aguantar a ningún gilipollas en mi taller.

Se subió a su coche y me quedé vigilando cómo se iba.

En ese momento regresaba Manu. Llegó a mi lado con un café que seguramente era para mí, siempre tenía buenos detalles.

—¿Se va? —preguntó señalando con la barbilla el coche de Carlos que ya salía por la puerta del taller.

—Sí. Tan solo venía a tocar las pelotas.

Manu negó con la cabeza.

—Lejos Román, mantente alejado.

Me tendió el café, se encaminó al despacho y me quedé solo en la enorme nave.

Esa visita me dejó un amargo sabor de boca. No debía meterme en follones, como me decía Manu. Tenía que dejar a Candela, olvidarla, porque tenía novio y seguramente no se andaría con tonterías si nos pillaba juntos. Pero...

Elevé mi mirada al techo y resoplé. ¡Joder, necesitaba curarme de mi adicción!

—Manu, me voy a casa. —Ya se había pasado mi jornada, como casi todos los días. Echaba más horas que un tonto—. ¿Te llevo?

Manu vivía en la otra punta de la isla y aunque era mecánico no tenía coche.

—No, vete, yo he quedado en el bar con los chicos. Noche de fiesta. —Se frotó las manos. Sus fiestas consistían en ver el partido en la tele con cervezas y después un par de manos de cartas hasta que se caían de sueño. ¡Menudo planazo!, sonreí al pensarlo.

Nos despedimos en la puerta y yo subí a mi coche.

Llegué a casa y aparqué. Mi móvil sonó.

—Dime. —Era Lara.

—Román estamos en el Paraíso, vente.

El Paraíso era nuestro lugar de reunión, buen ambiente y buena música.

—¿Quiénes estáis? —No tenía ganas de encontrarme ni a Candela ni a Carlos.

—Gerardo y yo.

¡Perfecto!

—Voy.

Fui andando, hacía buena noche y el local estaba cerca.

Nos sentamos en nuestro sitio de siempre. Más tarde se nos unieron dos amigos más. Lara y Gerardo se marcharon, pero yo me quedé, era pronto y no tenía nada de sueño.

Más me valía haberme ido, porque a eso de las diez llegó Candela acompañada de una amiga.

—Hola Román. —Se acercó a saludarme. Me dio dos besos—. Esta es Marina —me presentó.

Marina era una preciosa rubia, parecía tímida y me saludó con dos besos. Se sentaron con nosotros y empezamos a beber sin control.

A partir de ese momento mis recuerdos se vuelven difusos. Solo sé que al día siguiente amanecí en una cama que no era la mía, me dolía la cabeza y tenía la boca seca.

Estaba desnudo y tenía la piel de gallina. Intenté levantar la cabeza de la almohada, pero una punzada de dolor me atravesó la sien y desistí de mi

empeño. Me quedé dormido de nuevo y al despertar me encontraba algo mejor.

Abrí los ojos y me incorporé. Un rayo de luz se filtraba por la persiana de... ¿Dónde estaba?, no reconocía la habitación.

Un cuerpo se abrazaba a mi costado derecho, era Candela. ¡Joder, otra vez había caído! Me giré para levantarme y me topé con otro. ¡Dios!, ¿tan borracho estaba que ni siquiera recordaba que me había acostado con dos mujeres? No era normal, bebí mucho, pero aun así... Sopesé incluso la posibilidad de que me hubieran puesto algo en la bebida.

Intenté salir de entre la maraña de brazos y piernas sin despertarlas. En silencio busqué mi ropa.

¡Tenía que estar en algún lado!, miré desesperado por el suelo y tomé alguna que otra prenda que encontré, pero nada era mío.

Necesitaba beber un poco de agua, la garganta me quemaba y mi boca estaba seca, pero antes tenía que vestirme y salir de esa habitación con olor a sexo.

Deambulé por aquel cuarto casi a oscuras en busca de mis vaqueros y por fin di con ellos. Me dieron unas inmensas ganas de gritar de alegría, pero no hice el menor ruido. ¡Bingo!, encontré un calcetín bajo la cama, otro tirado en la puerta de entrada junto con mis zapatillas y mi camiseta tapando el televisor. ¿Y mi slip?, ni rastro de él. ¡Bah, que más daba!, pasé. Me vestí rápidamente y salí a hurtadillas. Pero antes de cerrar la puerta las miré.

Las dos estaban desnudas, cada una en una esquina de la cama y en el centro, entre ellas, quedaba el hueco que yo había ocupado. Mi cabeza daba vueltas, no recordaba nada.

Estaba en una casa que no conocía, en la cama con dos tías y ni siquiera me acordaba de cómo había llegado hasta allí. Mi memoria terminaba en el momento en el que Candela me había presentado a... ¿cómo era?... ¡Marina!, eso Marina. Después nos sentamos y bebimos. ¡Joder, bebí más de la cuenta!

Llegué a la calle. ¿Dónde estaba mi coche? Cerré los ojos en un absurdo intento de concentrarme, parecía que así pensaba mejor. ¡Coño, si lo dejé en casa! Recordé que había ido al Paraíso andando. Seguro que los tres llegamos hasta allí en taxi, al menos eso quería pensar.

Intenté reconocer el barrio en el que me encontraba. Por fin vi el nombre de una de las calles. ¡Estaba lejos!, muy lejos, casi en la otra punta. Cerré los ojos y pensé. Sí, definitivamente cogimos un taxi..., recordé.

¿Qué hora era? Miré el móvil. ¡Mierda! Las diez de la mañana y no había ido a trabajar. Manu me iba a cortar las pelotas.

Tenía tres llamadas de él y una de Lara.

Busqué una parada de autobús con desesperación. Nada de taxi, me dije al vaciar mis bolsillos y comprobar que no tenía casi dinero, me lo había bebido, solo me llegaba para el billete. En ese momento me sentí mal porque gastaba sin pensar, ingería alcohol sin tener en cuenta las consecuencias. ¿Cuándo y cómo había llegado a esa decadencia?

Me senté en el banco a la espera del bus que me dejase más cerca del taller.

¿Tan mala pinta tengo?, pensé al ver cómo una anciana de pelo blanco se levantaba en cuanto yo me senté. Se marchó sin esperar el autobús y casi a la carrera.

Chasquéé la lengua enfadado conmigo mismo y mi mala cabeza, si seguía así cualquier día amanecería en un callejón oscuro.

Decidí llamar a Lara, a Manu mejor esperaba a verle en el taller. Ya aguantaría su bronca en directo.

—¿Se puede saber dónde cojones te has metido?! —Esas fueron las cariñosas palabras de mi hermana nada más descolgar el teléfono.

—Buenos días —dije y mi voz sonó ronca, así que carraspeé.

—¡Ni buenos días, ni pollas en vinagre!

¿Por qué la habré llamado?, me arrepentí al instante.

Dejé caer mi cabeza, que me pesaba toneladas, y la apoyé en la marquesina.

—No tengo que darte ninguna explicación de dónde he pasado la noche, ¿recuerdas nuestro acuerdo? Nada de meterse en la vida del otro...

—¡Y una puta mierda! —Os presento a Lara, la bien hablada—. No te pido explicaciones de con quién y dónde te metes, pero Manu ha telefoneado y me ha dicho que no has ido al taller. Eso no hermanito, eso no te lo consiento. Gerardo te buscó el trabajo, es familia de él y confió en ti.

—Lo sé, lo sé... Es la primera vez que me pasa... Nunca he fallado, pero anoche...

—Mira, no me lo cuentes, creo que prefiero no saberlo. —Sonó cabreada.

—Estoy esperando el bus...

—Vale, vale... Joder Román, tienes que ser más responsable.

—Lo soy. Siempre lo he sido. Es injusto que por una vez...

—No Román, no es injusto. Puedes fallar un día porque estás malo, incluso porque te has dormido, pero no por estar de fiesta y pasar la noche con...— Por un momento mi aliento se congeló, pensé que iba a nombrar a Candela. Moriría si mi hermana supiera su juego—. Vete tú a saber con quién has estado... Céntrate Román, no eres un quinceañero, eres ya un hombre responsable de tus actos. Haz el puto favor de centrarte.

Colgó con un seco adiós y yo me quedé con el móvil en la mano, aferrado a él y sintiéndome como una mierda. Que tu hermana te eche la charla con la edad que tenía era duro, pero más lo era que tuviese razón.

El autobús llegó, subí y me dejé caer en uno de los asientos del fondo. Me bajé en la parada más cercana y caminé rápido hacia el taller. Me dolía la cabeza, pero más me valía fastidiarme. Sería mi castigo por haberme desmadrado.

Llegué casi a la carrera, con el estómago revuelto, dolor de cabeza y una sed espantosa.

—¡Vaya, bienvenido! —Manu estaba enfadado. Hora de la charla—. Si te apetece puedes ponerte a trabajar.

Me miró de arriba a abajo, llevaba la misma ropa con la que había salido el día anterior del taller, olía a alcohol, a sudor.

Me sentía sucio. ¡Lo que daría por una ducha!, pensé. Pero mi jefe no tuvo piedad ninguna y me mandó a cambiar el aceite de un coche que en esos momentos estaba en el foso.

A eso de las doce a Manu se le enterneció el corazón y me trajo un café y una napolitana de chocolate.

Me senté en el despacho dispuesto a saborear mi bebida caliente. Me comí hasta las migas que cayeron sobre la servilleta de papel y me recosté en la silla un rato antes de volver a la faena. Manu estaba distraído, o se lo hacía, así me daba una tregua.

Cerré los ojos, estaba tan agotado. Imágenes de la noche pasada me asaltaron. Cuatro manos desnudándome, tocándome. La rubia sentada a horcajadas sobre mí y Candela observándonos mientras se daba placer y me ofrecía sus pechos que yo devoraba con avidez. Nos corrimos juntos, casi al unísono. Pero no fue suficiente para ellas ni para mí que, cargado de alcohol y con toda seguridad de algo más, apenas controlaba mi libido. Todo era confuso, ellas no paraban de provocarme, de excitarme.

Otra imagen se coló en mi mente, comenzaba a recordar de una manera tan vívida que mi polla cobró vida. Al no llevar ropa interior rozó el mono y me obligué a apretar fuerte la mandíbula para no soltar un gemido. Marina arrodillada me lamía el pene erecto hasta conseguir excitarme, entonces Candela se situó sobre la cama ofreciéndome su sexo húmedo y yo abandoné su boca para entrar en Candela con ímpetu, con tal fuerza que logré que se tambaleara. Bombeé con una cadencia loca, mientras una espectadora nos miraba y con sus manos recorría mi espalda, mis glúteos apretados...

Abrí los ojos de golpe. ¡Esto era la leche!, había follado con dos tías, el sueño

de muchos hombres cumplido y me acordaba de retazos, de alguna que otra imagen de sus cuerpos desnudos. Debería dejar el alcohol.

—¡Román! —El grito de mi jefe hizo que la sangre que se acumulaba en mi pene descendiese de golpe y casi me caí de la silla—. ¡Hora de continuar!

Me levanté y salí del despacho.

Me puse a trabajar en el motor de un Fiat y al rato noté una mano sobre mi hombro. Era Manu, lo miré.

—¿Pasa algo?

—Sí, que ese coche está arreglado ya. Anda, vete a casa y descansa.

—Pero si aún me falta...

—No —me interrumpió—, aquí mando yo. Vete.

No esperé a que cambiase de opinión. Me quité el mono y me fui.

—Gracias Manu —dije antes de salir por la puerta camino de mi casa, de mi cama.

—Espero que no vuelva a ocurrir.

Negué con la cabeza, avergonzado. Era un completo desastre y así no podía seguir.

10. Noa, siempre Noa.



Noto cómo sus manos se enredan en mi pecho, cómo su cuerpo se acerca hasta apoyarse en el mío.

¡Dios, se siente tan bien! Disfruto de su contacto, de su respiración sobre mi espalda, y de los pequeños besos que deposita sobre ella y que me hacen estremecer.

—¿Qué te pasa Román? —susurra sobre la tela de mi camisa—. Dime lo que piensas por favor, necesito saberlo.

Me doy la vuelta y la arropo en un abrazo. Está helada, me asusto, la retiro de mi cuerpo para mirarla a los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí, por primera vez en mucho tiempo he logrado dormir de un tirón. —Me sonrío y pienso que mi corazón explotará.

—Estás tan fría. —Se acurruca contra mi pecho.

—Hace frío, saliste de la cama y me dejaste sola.

Beso su coronilla, su pelo revuelto, enmarañado.

—Lo siento. No podía dormir y no quería despertarte. ¿Tienes hambre?

Me mira con una bonita sonrisa.

—Me muero de hambre.

En este momento sus tripas protestan ruidosamente y ella se pone roja como un tomate. Suelto una carcajada.

—Pediré que nos suban el desayuno.

Noa entra en el baño y yo llamo a recepción. Pido dos desayunos completos, no sé muy bien qué le puede apetecer.

Al cabo de un rato tocan a la puerta.

—Servicio de habitaciones —dice la voz de una mujer.

—Pase —contesto.

—Buenos días señor. Le traigo su pedido.

Entra con un carrito y deja dos bandejas encima de la mesa.

—Buen apetito señor —añade antes de salir.

—Gracias —respondo con educación.

Noa sale del baño. Se ha lavado la cara y sin gota de maquillaje está preciosa, no necesita ningún potingue para acentuar su belleza natural. También se ha

arreglado el jersey y la falda todo lo que ha podido.

—Odio dormir con la ropa de calle —dice con tono avergonzado mientras tira de la tela en un absurdo intento de borrar las arrugas.

—Estás preciosa de cualquier manera.

—Bah, no digas tonterías. —Sus mejillas se ruborizan y su sonrisa me indica que le ha gustado mucho mi piropo. Se pasa la mano por el cabello intentando domarlo.

Le indico que tome asiento y yo lo hago frente a ella.

Ambos contemplamos las bandejas, nos miramos entre nosotros y sonreímos de satisfacción, todo tiene una pinta deliciosa. Hay de todo, dulce y salado: zumo, café, bollos, tostadas, beicon, queso, salchichas...

Me pongo en el plato un poco de todo, ansioso por hincarle el diente. Los últimos días, entre los nervios y que no me encontraba muy bien, apenas he comido. Noa no deja de observarme, pero yo estoy tan absorto en la comida que no me doy cuenta, hasta que levanto la cabeza del plato.

—Tienes hambre, ¿verdad? —dice riendo.

Suelto una carcajada. Me encanta verla reír, me hace feliz, y no me importa ser yo el motivo de sus risas.

Ella se sirve una tostada y un café.

—¿Solo? —le pregunto. Está muy delgada, no la recordaba así.

—Yo no tengo tanto apetito.

Comemos en silencio. Bueno ella come, yo devoro.

Me dejo caer sobre el respaldo de la silla con el estómago lleno. Hacía tiempo que no comía tanto.

—¿Te apetece otro café? —le pregunto a Noa que picotea los trocitos de tostada que hay en su plato.

—Sí, por favor.

Sirvo dos tazas como a mí me gustan, con mucho café y poca leche.

Ella me sonrío, pega un sorbo mientras yo pongo dos azucarillos y revuelvo con mi cucharilla.

—Cuéntame cosas de ti —digo con la mirada clavada en sus pupilas.

—¿Qué te gustaría saber?

—Todo.

—¿Todo? —Suelta una risa divertida.

—Por ejemplo, háblame de tu hija.

Suspira, se recuesta también en la silla poniéndose cómoda y mientras mueve la taza distraída, con uno de sus dedos en el asa. Tiene su mirada perdida en un

punto de la playa, que contempla a través de la ventana. Comienza a hablar despacio, suavemente:

—Laura es... Es lo mejor que he hecho, lo mejor que tengo, lo que más quiero. Por ella..., por ella sería capaz de cualquier cosa. —Sonríe y yo con ella, pues habla con tanto amor de su hija que me contagia su felicidad—. Gracias a ella me levanto todos los días dispuesta a ser mejor, mejor persona, la mejor mamá del mundo. Lucho porque no le falte de nada, que sea feliz. La antepongo ante cualquier otra cosa. —Me mira con intensidad—. Cualquier cosa. —Capto su mensaje perfectamente—. Laura es una niña llena de energía, cariñosa, alegre. Cuando llego a casa me abraza, me besa y me dice cuánto me quiere y eso, eso, es lo mejor del día. Me carga de energía.

—Debe ser maravilloso tener a alguien, tan... tan tuyo.

—Lo es.

—¿Quién es el padre?

Noa se mueve inquieta en el asiento, se nota que no le gusta mucho hablar sobre él.

—¿Te acuerdas de Alberto? —Me encojo de hombros—. Vivía cerca de tus padres e iba a nuestra clase.

—¿Alberto *El Matón*? —pregunto.

—Sí, ese.

Le pusimos ese mote porque estaba todo el día en el gimnasio y cuando no lo estaba se metía en peleas. ¿Alberto con Noa? Arrugo la frente. Seguro que no hacían buena pareja. Ese tío fue para mí como un grano en el culo durante buena parte de mi niñez.

—¿Cómo...? —inquiero sorprendido. Noa es dulce y él..., joder él es un salvaje mal educado.

—Cuando te marchaste me ayudó mucho a superar... —Calla y baja la mirada.

¡Vaya si la ayudó! Me siento furioso, pero no tengo derecho ni motivos. Me fui, la abandoné y ese malnacido aprovechó la ocasión.

—Me quedé embarazada, nos casamos y al poco tiempo le pedí el divorcio. No le amaba. Nunca le he amado...

—Él... —No sé muy bien cómo formular la pregunta que me asalta desde que ha dicho que se casó con Alberto—. Él... ¿te trataba bien? —Siempre tuvo fama de violento. Era el chico malo, ese que se metía en una pelea si pensaba que lo habías mirado mal. Nunca me gustó y saber que mi pequeña Noa ha estado entre sus brazos es doloroso, lacerante.

Noa levanta su mirada y clava sus pupilas en las mías. Niega con la cabeza

varias veces, se sonroja y suspira.

—Sí..., claro —deja de mirarme a los ojos. Conozco este gesto, me está mintiendo... Me enfurezco tanto que suelto la taza y me levanto de la silla. No puedo permanecer frente a ella, contemplando a la mujer que abandoné y que, sin quererlo, ni pretenderlo, arrojé a los brazos de un indeseable.

—¡Joder! —Me vuelvo hacia a la ventana y observo el mar. Él logra sosegar me, me ayuda a refrenar mi ira.

La siento detrás de mí, pegada a mi cuerpo. Su tibieza me calienta el alma, sus manos se aferran a mi pecho y yo las recibo encantado.

—Por un tiempo todo fue bien, él se controlaba. Era dulce y cariñoso. Me cuidaba y respetaba. Me hacía sentir protegida, amada... —Noto su boca sobre mi espalda. Se aferra a mí con fuerza y tomo sus manos entre las mías. Tiembla, quiero darme la vuelta, abrazarla para darle calor, pero ella con un simple apretón sobre mis brazos me pide de forma silenciosa que no me mueva y yo obedezco. Haría lo que fuese porque se sintiese cómoda, por ayudarla—. Cuando nació Laura todo cambió... Se volvió posesivo. No pude aguantar más y le dejé.

Cierro los ojos, me siento impotente.

—¿Te agredió? ¿Llegó a golpearte?

El silencio lo dice todo. No necesito un sí de sus labios cuando el temblor de su cuerpo me responde.

Siento una imperiosa necesidad de buscar a ese hijo de puta, de tomar mi Beretta y vaciar el cargador sobre él.

—Solo fue una vez... Y yo me marché de casa. Cogí a mi pequeña y nos marchamos y él..., él, ya no está... No he vuelto a saber nada, ni siquiera se interesa por su hija. Ya no le importamos —dice por fin entre susurros—. Se marchó lejos, creo que ahora vive en Madrid.

Suelto sus manos y me giro para atraerla a mis brazos. Sé lo que mi madre sufrió cuando éramos solo ella y yo, así que comprendo de primera mano el dolor que Noa ha padecido, la soledad de criar a una hija sin la ayuda del padre... ¡Dios, qué injusto es todo!

—La cagué... ¡Joder, cómo la cagué! —Me siento tan culpable. Si no la hubiese fallado, Noa no se habría casado con ese indeseable.

Mis manos la acarician sin descanso, mi boca la busca y ella se deja encontrar.

Sin pensar más en lo que ha pasado, apartando mi odio hacia ese mal nacido, hacia mí mismo, la beso, devoro su boca, me como sus sollozos y disfruto de sus labios como un loco lo hace de su locura.

—Para... —Escucho su voz lejana, la pasión comienza a cegarme y mis manos

intentan arrancarle la ropa—. Para por favor...

Me aparto con brusquedad. ¿Qué estoy haciendo? Joder, soy un sucio cabrón. Siento nuestras respiraciones rápidas, entrecortadas, y nuestros corazones latiendo con una fuerza desmedida. Veo sus labios rojos, abultados por mis besos, mientras ella me pide, me suplica con la mirada. Noa quiere ir despacio y yo he estado a punto de tomarla en este instante, de desnudarla...

—Perdona. —Busco sus ojos, pero ella me rehúye.

—Yo... —Sus brillantes pupilas cargadas de deseo se clavan en mí—. Ahora no puedo... —Se da la vuelta y camina hacia la silla sobre la cual descansa su gabardina. Se la pone y se anuda el cinturón bajo mi atenta mirada.

Sin poder moverme, pues parece que mis pies están clavados al suelo con un pegamento invisible, observo cómo toma su bolso y camina hasta la puerta. ¡Se va! y yo soy incapaz de andar.

—¡Noa! —grito desesperado. Ella quita la mano del picaporte y se gira para mirarme—. ¿Te volveré a ver?

Asiente con una enorme sonrisa.

—Claro. Pero despacio. Todo ha cambiado, ahora no estoy sola. Quiero hacer las cosas bien, por ella...

—Sí, por supuesto. —Me siento avergonzado. Me llevo la mano al pelo y bajo la mirada.

—Te llamaré.

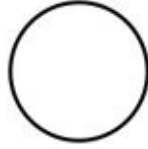
—Esperaré tu llamada. —Mis ojos regresan a los suyos, sé que me brillan porque puedo sentir cómo la esperanza se apodera de mi alma.

Noa sale por la puerta y me deja solo en esta fría habitación. Sumido en mis pensamientos, en mis miedos y en la horrorosa sensación de ahogo que me ha dejado la certeza de que mis decisiones, mis estúpidas decisiones, la han llevado a los brazos de Alberto.

Camino hasta el servicio, me desnudo y me meto en la ducha. Dejo por un buen rato que el agua caliente caiga sobre mi espalda, puedo sentir cómo mis músculos agarrotados se van relajando. Pongo mis manos abiertas sobre los azulejos azules y las contemplo. Manos grandes, fuertes, que han recorrido, acariciado, los cuerpos de más mujeres de las que puedo recordar. Manos que han golpeado, que son capaces de sujetar una pistola y apuntar sin temblar a un hombre. Manos vacías, sin nada... La pequeña cicatriz que tengo en el dorso de la derecha, entre el dedo anular y el meñique, llama mi atención. La miro, recorro la línea que forma y me obligo a cerrar de nuevo los ojos. No quiero seguir viendo esa marca, aún duele, aún escuece. Porque hace que me acuerde de

ella, de un pasado que deseo olvidar pero que se adueña de mi presente con cada recuerdo.

11. ¡Soy tuyo!



Estaba en casa, era mi día libre, no tenía que ir al taller ni a la discoteca. Me preparé para pasar la noche descansando, viendo películas y tragando todas las palomitas y comida basura que mi estómago pudiese admitir.

Lara y Gerardo habían salido, últimamente mi hermana pasaba más noches fuera, suponía que en el piso que Gerardo tenía en el centro de la ciudad, cerca de la comisaría donde tenía su puesto de trabajo. Cualquiera día me diría que se iban a vivir juntos, entonces las cosas cambiarían para mí, yo solo no podía mantener esa casa, me tendría que buscar algo más económico o volver con mis padres, y esto último ni de coña. No es que tuviese ningún problema con ellos, muy al contrario, pero me había acostumbrado a mi independencia, a entrar y salir sin dar explicaciones, a traer a mi cama a quien me daba la gana.

Llevaba ya dos semanas sin saber nada de Candela, pero con el temor de que en cualquier momento regresase, siempre lo hacía. Cuando más tranquilo estaba aparecía y volvía a revolucionar mi mundo.

Al sonar la puerta supe que era ella, había desarrollado un sexto sentido, como un detector que me indicaba cuándo estaba cerca. Me preocupaba mi dependencia hacia ella, mi necesidad de ella, a la vez que mi fuerte deseo de olvidarla en otros brazos.

Abrí con desgana y efectivamente era Candela.

—¿Qué quieres?

—A ti. —Nunca se andaba con rodeos.

La dejé entrar, tan solo con su aroma ya me había puesto cardiaco y duro.

Me senté en el sofá y continué viendo la tele, aunque en realidad estaba más atento a sus movimientos que a otra cosa.

Ella se contoneaba paseando por mi sala sin apartar su mirada de mí.

—¿No me ofreces una copa? —me preguntó.

—Ya sabes dónde está todo. Sírvete tú misma.

Se encogió de hombros y fue hasta la cocina.

Su culo me volvía loco, lo miré y deseé hundir mis dientes en él. Me re Coloqué mi erección, que amenazaba con reventar mi pantalón.

Regresó con dos cervezas, se quedó con una y me ofreció la otra. La tomé con premura, tenía la boca seca y le di un buen trago.

—Te marchaste sin despedirte de nosotras. —El que aludiera a la última vez que la vi, que fue en la cama junto a una preciosa rubia, me pareció de lo más descarado, incluso tratándose de ella.

No contesté, me limité a seguir con la mirada clavada en la pantalla de la televisión. ¿Qué pretendía?

No le molestó mi indiferencia hacia ella porque sabía que era todo fachada. En el fondo me moría por su lamer su boca, por hundirme dentro de ella, con fuerza...

Se dejó caer en el sofá a mi lado. Su olor inundaba mis fosas nasales y me enloquecía. Me puso tan duro que creí que estallaría en mil pedazos.

Y así comenzó la noche. Una tortura para mis sentidos. Deseaba ser fuerte, no caer de nuevo, pero ella me lo ponía difícil.

Cuando me quise dar cuenta, un montón de botellines sembraban el suelo de mi salón. Entre los dos, casi sin hablar, nos los habíamos bebido. Otra vez estaba borracho. Me sorprendí al descubrir algo de lo que hasta entonces no me había dado cuenta: al lado de Candela siempre estaba ebrio. Siempre sacaba lo peor de mí, mis más bajos instintos, mis vicios más ocultos.

No recuerdo qué pasó, pues solo era una imagen difusa. Me encontraba como en una nebulosa, flotando, ebrio y cachondo, y de repente ella estaba sobre mí, besándome y comiéndome la boca. Juro que no sé cómo llegó hasta mis labios.

La desnudé y ella me desnudó. Sus pechos firmes rozaron el mío y jadeé por el contacto con su piel. Era tan excitante sentirla suave y caliente. Y ese aroma...

Con mis manos acaricé sus pechos, los chupé. La dejé sobre el sofá y la contemplé. Perfecta, desnuda, con esa mirada cargada de deseo. Bajé por su vientre plano con mis labios. lamiendo cada parte de piel que encontraba, besándola, saboreando su cuerpo, ese que me volvía irracionalmente loco.

Llegué hasta sus piernas largas, fibrosas, duras, y enterré mi cabeza en el interior de sus muslos. Candela se retorció, buscaba mi boca con la zona de su cuerpo que en esos momentos ardía y necesitaba mis atenciones. Pero yo no pensaba llegar hasta allí con premura, no. Lo haría despacio, hasta que ella no pudiese más y me lo rogase.

La sentí ansiosa, tiraba de mi pelo, jadeaba y susurraba frases inconexas. Sonreí con mis labios sobre el interior de sus muslos, así la quería ver. Ahora se mostraba débil, a mi merced. Ahora era yo quien mandaba y eso me gustó. La contemplé por el simple placer de verla indefensa ante mí.

—Hazlo Román, me muero... —me dijo entre gemidos.

—Así, así es como me gustas. Ahora no eres nada... —Me miró sorprendida.

No lo entendía, no sabía el significado de mis palabras y eso me hizo comprenderla un poco más. Candela no actuaba con maldad, era simple instinto, era costumbre, era su forma de ser... Me dio pena, porque seguramente también sufría, se sentía sola como yo, y buscaba en el sexo consuelo, compañía, y quizá un poquito de amor.

Pasé la lengua por su clítoris y la escuché gemir con intensidad. Hundí dos dedos dentro de ella y noté cómo se contraía. Estaba tan húmeda. Comencé a mover la lengua mientras mis dedos entraban y salían de su interior y con mi otra mano me agarraba con fuerza a su muslo.

Todo me daba vueltas, su sabor, el alcohol, mi necesidad, todo se mezclaba.

Se corrió en mi boca, soltó un fuerte gemido y pareció perder las fuerzas hasta quedarse laxa sobre el sofá.

Alcé la mirada, los orgasmos la embellecían más, si eso era posible. Por un instante su sonrisa no era sexual, con ella no intentaba calentarme, simplemente era una bonita sonrisa de satisfacción. Me gustó su cambio de actitud, y pensé que quizá Candela podría ser diferente, tal vez podría ser mía sin esa máscara que siempre utilizaba.

Se levantó del sofá y me tumbó sobre la moqueta del salón. Se sentó a horcajadas sobre mí. Tomó mi erección con una de sus manos y la ayudó a entrar en su interior.

¡Se sentía tan estrecha, tan caliente y mojada!

Cerré los ojos y me dejé llevar. Sintiendo sus movimientos, sus vaivenes, sus caricias sobre mi torso. Yo no podía dejar de tocarla. Mis manos intentaban estar en todos los sitios, en sus caderas, en sus pechos. Con uno de mis dedos recorrí sus labios, ella lo tomó dentro de su boca hasta que me hizo gemir.

Nos corrimos juntos y cayó sobre mí, sudorosa y satisfecha.

Esa Candela me atraía, me hacía desear seguir a su lado. No fue como el resto de las veces que habíamos follado y que en el momento de salir de su interior me sentía sucio, deseando que me dejase solo. No, ahora la quería junto a mí. La abracé y besé su cabello revuelto.

Me levanté, la tomé entre mis brazos, y la llevé hasta mi habitación. Esa fue la única noche que pasamos juntos, dormimos abrazados y la sentí a mi lado.

Me desperté con la boca seca, sentía la lengua áspera, pesada. Las sienes me palpitaban de dolor. El alcohol, esas eran las consecuencias de beber en exceso. Me volví despacio, las sábanas estaban tiradas en el suelo, hacía calor. Mis ojos se abrieron y se posaron sobre ella. Candela dormía en posición fetal y con las manos bajo su mejilla. Sonreí, parecía un ángel.

—Buenos días —le dije mientras retiraba de su frente un mechón de su rubio cabello.

¡No!, gritó una voz en mi interior, pues cuando ella abrió los ojos y me miró, la Candela de siempre había regresado. Tenían ese brillo malvado, ya no eran dulces. Me devoraba, para ella volvía a ser solo sexo, duro, fuerte, como a ella le gustaba.

Me levanté enfadado, furioso conmigo mismo por pensar que ella podía cambiar, que podía ser una mujer distinta. Me insulté, la mirada que vi esa noche, en sus ojos, fue tan solo un espejismo.

Me metí en la ducha, deseaba limpiar mi piel de sus caricias, arrancar su aroma, deshacerme de nuestros fluidos, del olor a sexo.

Percibí cómo la mampara de la ducha se abría y Candela entraba. Intentó agarrarme por detrás, pero yo di un respingo, no quería que me tocara, no en esos momentos.

—¡Vete! —le grité con tono desagradable mirándola de soslayo sobre mi hombro.

—Román, querido —dijo buscando mi polla que simplemente por su presencia ya estaba preparada, firme y dura. ¡Maldito cuerpo!, odiaba tanto que reaccionase de esa manera—. Estoy empezando a cansarme. Me estoy hartando de tus tonterías. —Tomó el glande entre los dedos de una de sus manos mientras que con la otra sujetaba con fuerza mi pene. Yo permanecía quieto sin poder moverme y con la respiración acelerada por sus caricias—. Quizá algún día, cuando me eches, te tome la palabra y me marche. Pero cuando lo haga será para siempre y no me volverás a ver. —Me acariciaba, y yo gemía. Me obligó a darme la vuelta y sentí cómo tomaba uno de mis pezones entre sus dientes y tiraba con fuerza de él. Me estaba poniendo al límite y era consciente de ello, disfrutaba—. ¿Eso es lo que quieres?

¿Por qué?, esa era la pregunta que me hacía constantemente. Realmente estaba enfermo, y mi dolencia tenía un nombre: Candela.

Reaccioné, me iba a correr. La tomé entre mis brazos y con fuerza la apreté contra la pared. La sostuve por las nalgas y ella colocó sus piernas alrededor de mis caderas. Fueron sus propias manos las que tomaron mi polla y las que la llevaron hasta su interior.

Ambos soltamos un fuerte gemido al sentirnos. Comencé con movimientos tan enérgicos, tan fuertes, que ella chocaba contra los azulejos. Sus pechos de movían y yo los busqué con mi boca, porque el hambre por su piel me estaba matando.

Nuestros cuerpos luchaban, se golpeaban, eso era el sexo con Candela: dolor, un combate constante, una lidia entre nuestros deseos.

—Eres mío Román. —Sus palabras se metían en mi cabeza, no me gustaba que dijese eso, me hacía sentir vulnerable—. Eres mío y lo sabes.

—¡No! —grité desesperado. No quería, no podía ser así.

—Mírame. —Mi cuerpo traidor obedeció—. Siempre serás mío —me decía mientras se mecía y yo la golpeaba con fuertes embestidas—. Ninguna te dará lo que yo. Dilo Román, dilo.

¿Por qué me hacía esto?, ¿por qué era tan cruel, tan malvada? Sabía que mi mente luchaba contra mi cuerpo. Mi cabeza quería expulsarla, olvidarla, curarse de su adicción, pero mi cuerpo era débil, y caía una y otra vez.

—No, por favor —le rogué que se callara, que cerrase de una vez la puta boca.

—Dilo, dímelo. —Pero ella seguía forzándome. Y yo me iba a correr, lo notaba.

¡Dios, me daba tanto asco a mí mismo!

—Dilo, dilo....

—¡Lo soy! —grité—. ¡Soy tuyo!

Nos corrimos juntos.

Con la última sacudida de mi orgasmo la dejé en el suelo sin ninguna delicadeza.

—Vete, por favor —dije contenido. Tenía un nudo en la garganta—. Déjame solo, te lo suplico.

Candela me miró de arriba a abajo. Su expresión era triunfal, había logrado lo que quería, quebrarme, romperme del todo.

¿Por qué era así? ¿Por qué necesitaba verme vencido?

Salió de la ducha, tomó una toalla y se marchó del baño dejando la puerta cerrada.

Me deslicé por la pared hasta quedar sentado con el agua resbalando por mi cuerpo. Me agarré las rodillas, las llevé a mi pecho y cerré los ojos. Cuando me puse de nuevo de pie, golpeé con las manos abiertas los azulejos, mientras gritaba enfadado. Me desahogué, pero terminé con las palmas doloridas.

Me daba tanto asco. Tenía que frenarlo. Pero con ella era débil, siempre me prometía que era la última vez, y en cuanto Candela me tocaba, yo caía en sus redes.

Necesitaba ayuda, alguien que me dijera qué era lo que tenía que hacer. Alguien que me ayudase a desengancharme de mi droga, de Candela.

Me levanté, me enjaboné y borré todas las marcas de su olor.

Ya con unos vaqueros y una camiseta limpia bajé a la cocina. Necesitaba un café y un cigarro. ¡Joder!, en esos momentos me arrepentía de no tener tabaco en casa.

Esperaba, deseaba que ella hubiera tenido un poco de compasión y se hubiese largado. Pero el olor a tabaco que me llegó antes de entrar en la cocina me dijo que no había tenido esa consideración. Candela siempre hacía lo que le daba la gana, jamás pensaba en los demás y menos en mí.

Abrí la puerta y allí estaba. Sentada en una silla, se agarraba con una mano la pierna derecha cuyo pie reposaba en el asiento, en la otra tenía un cigarro. Tan solo estaba vestida con una camiseta de tirantes y un pantalón corto. Delante de ella un café humeante y en su boca esa típica sonrisa de suficiencia.

No la miré, simplemente tomé la cafetera, una taza y me puse un buen chorro de café recién hecho.

Nunca olvidaré ese instante. Hasta puedo recordar el olor si cierro los ojos. El aroma del cigarro, mezclado con el del café y la fragancia de Candela, me sofocaba, me saturaba las fosas nasales hasta el punto de resultar desagradable.

—¿Puedes hacer el favor de salir fuera a fumar? —le dije mientras ponía dos rebanadas de pan en la tostadora. Mi estómago rugía, llevaba, llevaba... no recordaba cuál fue la última vez que había ingerido algo de alimento sólido.

—¿Y eso? Que yo sepa tú también fumas.

Eso era lo poco que yo le importaba, ni siquiera se había dado cuenta de que hacía meses que lo había dejado. Claro que ella y yo tan solo nos veíamos para follar.

—Ya no.

Se levantó de la silla, caminó hacia mí y me echó el humo a la cara. La miré enfadado.

En ese momento sonó la melodía de mi móvil. ¿Dónde lo había dejado anoche? Entonces me acordé de que dejamos nuestra ropa tirada en el salón.

Con paso rápido me dirigí hacia el sofá, recordaba haber estado allí. Me dejé guiar por el sonido y lo encontré bajo la mesa. Saqué el móvil del bolsillo delantero y me dejé caer en el suelo con mi espalda apoyada en el sofá. ¡Joder!, era Noa. Mierda, mierda. Miré la cocina que se comunicaba con el salón, sin puerta, simplemente con un arco. Candela se había vuelto a sentar en la misma postura que tenía antes de querer tocarme las pelotas y arrojarme el humo de su cigarrillo a la cara.

Pensé que desde la posición que tenía no me podía escuchar, y yo necesitaba tanto hablar con Noa. Ella me contaba todo y... ¿y si yo le contaba lo que me

pasaba con Candela?

—Hola preciosa —contesté. Mis manos temblaban.

—Hola. —Escuchar su voz fue como un sedante, aunque mi corazón atronaba dentro de mi pecho, me sentía tranquilo. Hablar con Noa era como estar en casa, protegido, feliz, sin miedo a nada—. ¿Qué haces? —me preguntó y yo tragué con fuerza. Si tú supieras... pensé.

—Desayunar.

—Son las dos de la tarde. Por Dios Román, es casi la hora de comer.

¿Las dos? No sabía ni la hora. Tenía que dejar el alcohol.

—Anoche..., anoche me acosté tarde.

—¿Trabajaste?

No, pero me tiré a Candela. ¡Mierda!

—Sí. —Mentí, era más fácil y rápido que contar toda mi verdad.

—Entonces es normal. Si te molesto te llamo más tarde.

—No, no, me encanta hablar contigo.

—Te noto raro. ¿Pasa algo?

Ese hubiera sido el momento ideal de soltarlo todo. Pero me rajé por dos razones: una, Candela estaba en mi cocina y no sabía hasta qué punto podía escuchar mi conversación, y dos, era un maldito cobarde. Una cosa era saber mi enfermedad, mi debilidad, eso que me hacía sentir pequeño, inútil, y otra muy diferente era decirlo en voz alta, contárselo a una de las personas que más me importaba y en la que confiaba.

—No, qué va —dije con tono distendido—. Todo está bien. ¿Y tú? ¿Qué tal con...? —No recordaba el nombre de su chico.

Desvié el tema con disimulo y ella comenzó a contarme cosas de..., no lograba acordarme de su nombre, o quizá mi mente lo borró en el instante en que ella lo pronunció.

Estuvimos hablando mucho rato. Se estaba tan bien, tan a gusto. Me acomodé en el suelo, estiré mis piernas y reposé mi cabeza en el blando y mullido asiento del sofá. Me olvidé de todo, de Candela en la otra habitación, de mi mono por fumar, del tiempo que pasaba, de mi debilidad, de mis miedos. Solo estábamos los dos, su dulce voz, su risa que provocaba la mía. Cuando colgó, toda la realidad en la que estaba envuelto cayó sobre mí como una pesada losa.

Me incorporé. Ahora sí que iba a fumar, ya no podía más con la ansiedad.

—¿Me das un cigarro?

—¿No decías que lo habías dejado? —Me encogí de hombros.

Candela me miró con una expresión rara, esa no la reconocía. Se levantó, tomó

su bolso, sacó un pitillo, lo encendió y me lo pasó.

Me senté frente a mi café, que ya se había quedado frío. Tomé una de las tostadas y la mordisqueé, pero el humo mezclado con el sabor dulzón de la mermelada me provocó arcadas y la solté con asco.

—¿Con quién hablabas tanto rato? —me preguntó. Cogió mi taza y la metió en el microondas. ¡Vaya, un detalle de su parte hacia mí!, me sorprendí.

—A ti no te importa. No tengo que darte ninguna explicación.

—No hace falta. Seguro que era con la sosa de Noa —escupió su nombre y sonó a blasfemia.

Di un fuerte golpe sobre la mesa con el puño cerrado.

—No pronuncies su nombre, te queda grande.

—No me importa que folles con otras, me da lo mismo que te tires a todas las mujeres que te encuentres por la calle, pero Noa..., no, eso no te lo consiento.

De ese instante recuerdo incluso la postura que tenía. Mis manos posadas con las palmas sobre la mesa, mis piernas abiertas, mis pies descalzos. Y entonces todo ocurrió muy deprisa, como si alguien hubiese apretado el botón para que la película transcurriera a gran velocidad.

Candela tomó el cuchillo que estaba sobre la mesa y lo clavó en mi mano, justo donde ahora tengo una cicatriz que me lo recuerda todos y cada uno de los días.

Dolor, mucho dolor. Mis ojos lagrimeaban y ella me miraba con odio.

—¿Qué coño haces? —Absurda pregunta, respuesta evidente. Pero el shock de lo ocurrido me dejó tocado.

—No me gusta que hables con ella, no quiero que tengas ningún contacto con esa estúpida engreída. Eres mío Román, solo mío.

Intenté soltar mi mano, pero el cuchillo la había atravesado y estaba clavado en la madera, aprisionándola. ¡Dolía!

—¡Estás loca! —le grité. Necesitaba sacarlo, no podía soportar más verme atado a esa mesa. Puse mi otra mano sobre el mango, tenía que tirar...

—Sí. Loca por ti. —Estaba cerca, muy cerca, tanto que su aliento sacudía mi cabello.

Tiré del cuchillo y al notar cómo salía de mi carne creí desmayarme. Me levanté tambaleante sin prestarle atención. ¡Joder, dolía!

Debía ir al hospital, necesitaba que me cosieran. ¿Me quedaría mal la mano? La envolví en un paño de cocina, sangraba, no paraba de sangrar.

Con ella fuertemente agarrada y acunada sobre mi pecho corrí hacia la puerta de casa. Pero joder, iba descalzo.

Subí a mi habitación, me puse los zapatos con dificultad ayudándome tan solo

de mis pies mientras me sujetaba la mano herida, que palpitaba de dolor.

No sabía qué coño estaba haciendo Candela, pero lo averigüé cuando bajé al salón y la encontré sentada en el sofá, con un puto cigarro entre los labios. Parecía tranquila, como si nada hubiera pasado, como si no me hubiera apuñalado.

La puerta de casa se abrió, Lara y Gerardo aparecieron agarrados de la mano y con una sonrisa de enamorados en la boca, pero al ver la escena se les congeló.

—Román. —Mi hermana corrió a mi lado al ver cómo mi mano, aún envuelta en el paño, no dejaba de sangrar—. ¿Qué ha pasado?

—¡Ha sido un accidente, tan solo un accidente! —gritó Candela, que había reaccionado únicamente para excusarse.

La miré furioso, pero en esos momentos no me sentía con fuerzas para contarle a mi hermana el tipo de amiga que tenía.

—Llévame al hospital. —Fue mi respuesta. No podía conducir así y Candela..., con ella no deseaba pasar ni un minuto más.

—Sí, claro. —Lara parecía un tanto confundida—. Vamos.

—Iré con vosotros —afirmó Candela.

—¡No! —chillé.

—Cande tú quédate aquí, te iremos informando —dijo Lara.

Los tres salimos de la casa, pero ella..., ella se quedó dentro.

La odié, la aborrecí con toda mi alma. No solo me había roto por dentro, no solo me había destrozado, sino que también ahora me acuchillaba la mano.

Temblaba por la pérdida de sangre, por el miedo a que mi mano derecha quedase inservible y por la rabia que sentía, pues a pesar de que Candela era la culpable de todo, mi adicción por ella me impidió decir la verdad y les conté una absurda mentira sobre mi torpeza, una que jamás había tenido y que no convenció a Lara, pero en ese momento le era imposible sospechar lo que ocurría entre nosotros, pues era su mejor amiga, una en la que confiaba.

12. Ahora y siempre.



El presente se vuelve, cada día que pasa, más complicado de aceptar, y los retos que la vida va poniéndome en el camino más difíciles de asumir.

Si hago balance, desde mi llegada a la isla logro encontrar más cosas positivas que negativas, pero también, sin lugar a dudas, más obstáculos que saltar en mi loca carrera por alcanzar la felicidad y la estabilidad.

Esta mañana ha amanecido lluviosa, el cielo descarga como si el mundo se fuese a terminar. Ver llover sobre el enfurecido mar es lo más hermoso que he contemplado desde hace años. Mi mar oscuro brama, se agita con olas furiosas que llegan a la orilla cargadas de espuma.

Me dan unas ganas tremendas de salir a pasear por la playa, estoy tentado de hacerlo, pero decido que es hora de hacer otra visita.

Deseo reencontrarme con las personas que un día fueron fundamentales en mi vida, y ahora es el turno de Manu, un pilar muy importante para mí. Me ayudó a crecer, me tendió siempre su mano y desde mi despedida de la isla no sé nada de él.

Me enfundo mi cazadora y salgo camino del taller para ver al hombre que se portó como un padre conmigo.

El limpiaparabrisas no da abasto para apartar las gotas de lluvia que caen de manera incesante. Está a tope, pero la escasa visibilidad me obliga a disminuir la velocidad. Antes odiaba este tiempo, lo aborrecía, pero ahora me gusta ver cómo las gotas resbalan por el cristal del coche, cómo el asfalto se inunda de charcos y adoro dejar que su frescor moje mi cara. Bajo la lluvia, me siento libre.

El taller de Manu está abierto. Nada ha cambiado. Las puertas metálicas dejan ver el espacioso garaje donde puedo divisar un par de coches que ocupan los dos fosos.

Aparco en frente y miro la acera, esa que he recorrido un montón de veces casi a la carrera camino al trabajo, porque la mayoría de los días llegaba con la hora justa.

Manoli, dueña de la panadería colindante, coloca el escaparate de su pequeño negocio. Ahora su pelo tiene un color distinto, negro, muy oscuro. Al otro lado, la cafetería *La Tasquita* donde Manu pasa horas viendo los partidos del Real Madrid y jugando al mus, y más allá la peluquería de Lourdes. En este barrio

parece que el tiempo se ha congelado, todo sigue igual. Suspiro con fuerza.

Salgo del coche. Ando despacio, no me importa mojarme. Cruzo y entro en la nave.

—Hola. —Un muchacho que no tendrá más de veinte años me recibe. Lleva un mono azul, uno como el que yo usé el tiempo que trabajé allí, con el logo del taller cosido, un símbolo simple que no es otra cosa que las iniciales de su dueño: MJ, Manuel Jiménez. Él nunca se come la cabeza, lo sencillo le gusta—. ¿Le puedo ayudar?

—Hola. Quería ver a Manu, ¿está?

—¡Chico! —Escucho el inconfundible berrido de mi jefe que sale de debajo de uno de los coches—. ¿Qué coño haces perdiendo el tiempo? Ponte a trabajar.

Sonrío, no ha cambiado nada.

Camino hacia el lugar de donde ha salido la fuerte e inconfundible voz de Manu y me agacho.

—Hola jefe, ¿no piensas saludar?

Manu levanta la mirada y me reconoce al instante. Sale del foso y, mientras se limpia las manos de grasa en un trapo que lleva en su bolsillo trasero, se queda mirándome como si pudiese entrar dentro de mi alma. Me analiza en silencio.

—¡Valiente hijo de puta estás hecho! —Sus palabras son toscas pero su sonrisa sincera—. ¡Ni una llamada en siete años! Eres un desgraciado.

Da un paso adelante y me toma entre sus brazos. Es tan pequeño que me tengo que encorvar para que me dé las palmadas que tanto le gustan y él me las asesta, con fuerza, demasiada fuerza.

Me suelta de golpe y me agarra por los brazos como si temiera que me fuese a escapar corriendo.

—Anda, vamos a *La Tasquita*. Un café y me cuentas dónde coño has estado metido todo este tiempo.

Se dirige hacia la salida sin dudar, sabe perfectamente que le voy a seguir. Antes de poner un pie fuera se vuelve y grita a su ayudante.

—¡Chico me voy a tomar un café, no hagas el vago y termina ese coche!

Entramos en el bar donde el inconfundible olor a café caliente nos recibe, haciendo que desee paladearlo.

—Dos tazas de café oscurito —dice Manu al camarero, uno al que yo no conozco. En estos pequeños detalles sí que ha cambiado el barrio. Gente nueva, caras extrañas. Antes todos nos conocíamos, éramos como una gran familia. Una que abandoné...

Se sienta en una de las mesas y yo lo hago frente a él. Lo miro estudiando sus

rasgos. Está más mayor, cosa lógica, pero en él las marcas de la vejez que poco a poco le está llegando, se hacen más evidentes. Me preocupa verle tan apagado. Sus ojos ya no tienen esa vida que yo recordaba, ni ese brillo. La chispa de humor que se reflejaba en ellos no está, ¿por qué no logro encontrarla?

—¿Está todo bien? —pregunto preocupado.

—Sí, claro que sí. ¿Por qué habría de estar mal?

—Te noto..., estás diferente.

—¡Coño chico! Han pasado siete años. —Ríe con una fuerza atronadora y me deja más tranquilo. Tiene razón, siete años es mucho tiempo—. Pero no quiero hablar de mí. Cuéntame cacho cabrón: ¿cuándo has vuelto?

El camarero deja los cafés sobre la mesa. Se lo agradezco, abro mi azucarillo y lo espolvoreo sobre el humeante líquido para después removerlo con la cucharilla.

—Hace unos días. —Le doy un sorbo, pero quema y dejo la taza de nuevo sobre la mesa.

—Gerardo me contaba cosas de ti. Ya podías haberme llamado, aunque solo fuese una vez. —Me lo merezco.

—Lo sé. No tengo excusa...

—Bah. —Hace un ademán con la mano quitando importancia al tema—. Lo importante es que ahora estás aquí. Anda, chaval, cuéntame en qué has estado metido.

Bajo la cabeza, pienso un momento sopesándolo y le digo la verdad. ¿Por qué lo hago? Porque lo necesito y él es la persona ideal para escucharme.

—Metido en líos, destrozando un poco más mi vida.

La cara de Manu se tiñe de blanco, se pone serio y me mira con preocupación.

—¿Cómo puedo ayudarte? —Saber de su amistad incondicional supone un soplo de aire fresco. Necesito sentirme arropado, y con Manu lo estoy a pesar de los años transcurridos.

—No sé cómo saldré del atolladero Manu.

—No tengo mucho dinero chico, pero puedo sacar unos ahorros y...

—No, no, no se trata de dinero. —¿Cómo puedo ser tan afortunado? Sin preguntar, sin apenas saber de mi yo presente, Manu es capaz de darme los ahorros que con tanto trabajo ha ganado—. Sinceramente, ojalá fuese ese el problema.

Sus ojos se abren como los de un búho.

—Entonces, ¿qué pasa? Román, ¿qué es lo que pasa? —pregunta asustado.

Me remuevo inquieto en la silla. Hablar de mi trabajo es en cierto modo

vergonzoso. Demuestra en qué tipo de hombre me he convertido, uno sin escrúpulos, capaz de trabajar para gente de la peor calaña.

—Es difícil de explicar, pero, en resumen, me he estado dedicando a cosas no muy... —dudo— legales.

—¡Me cago en *to!* —Manu pone los ojos en blanco—. Mira que te lo dije.

—Lo sé, lo sé. Siempre has sido como un padre para mí...

—Ya lo veo, no me has hecho caso chaval. —Le da un trago a su café y me mira furioso—. Eres un tonto, un gilipollas sin cabeza. —Chasquea la lengua—. ¿Viniste huyendo de la policía?

—No, no, qué va.

—¿Entonces? ¡Coño chaval, sé claro!

—Estoy huyendo del tipo que me contrató, mi jefe. Me obligó a hacer algo que yo... —Dudo, no me salen las palabras. El recuerdo aún está caliente en mi mente, es tan horrible que me oprime el corazón—. Me marché, pero creo que tarde o temprano me encontrarán. La banda es muy grande, sus miembros peligrosos y fieles a su cabecilla.

—¿Temes que vengan a buscarte?

—Sé que lo harán.

—Vaya muchacho. —Baja la mirada con pesar, sabe que mi situación es complicada—. ¿Te irás?

—Creo que tarde o temprano no me quedará más remedio. Regresé con la idea de quedarme, de retomar mi vida pasada, en lo posible claro, pero ahora...

—Quizá no den contigo.

—No sé. Uno de los tipos era mi amigo y sabe que soy español.

—España es muy grande. Tal vez aquí, en la isla, no te encuentren.

—Solo es cuestión de tiempo Manu... —Se ha dado cuenta de mi tristeza porque me agarra una mano con fuerza y me la estrecha intentando darme ánimos.

—¿Qué piensas hacer?

—De momento, intentar arreglar todos los líos que dejé antes de irme. Disfrutar de mi familia, recuperar algo que perdí y que no he podido olvidar. Después, si he de marcharme, lo haré de una manera diferente, explicando a los míos el porqué.

—Tienes otra opción.

—¿Cuál? —Lo miro sorprendido y confuso.

—Puedes afrontar lo que has hecho. Ir a la policía y denunciar a esos tipos.

Mi cara se transforma en una mueca de horror.

—¡Estás loco! Esa gente es muy peligrosa y tiene muchos contactos. No se puede hacer nada en su contra.

—Quizá nadie lo ha intentado antes.

Sopeso las palabras de Manu. La verdad es que la organización está siendo investigada, eso lo sabemos todos. Pero muchos de los policías son corruptos y por dinero, miran hacia otro lado.

—¿Has visto a tu familia?

—Sí, he estado con ellos. Pero... de esto, no he hablado. Aquí el único que lo sabe eres tú.

Manu mueve la cabeza de un lado a otro, chasquea la lengua y toma otro trago de café.

—Nada es imposible chico. Tú no eres ningún tonto y sabrás salir de esto, ya lo verás. —Sus ánimos me ayudan porque puede que sí haya una salida.

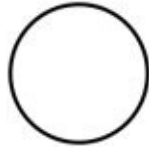
Charlamos durante un buen rato, intenta sonsacarme cosas que aún no estoy preparado para contar. Tal vez más adelante...

Terminamos comiendo en *La Tasquita*, el menú del día por tan solo ocho euros, presume el nuevo dueño del bar. Comida casera, deliciosa, de la de toda la vida. Durante el tiempo que paso con Manu aquí entre cafés, merluza a la marinera y ensaimada, me olvido del mundo exterior. En el restaurante se crea un perfecto microclima donde no me hubiese importado pasar más horas. Pero por desgracia llega el momento de cerrar el taller y regreso a mi nueva casa, un hotel en las afueras con vistas a una de las playas más bonitas.

Entro en mi suite, pero ni siquiera enciendo la lámpara. Se está bien tan solo con la tenue luz de la luna llena que me permite contemplar la habitación. Todo está perfectamente colocado, la cama sin una sola arruga y el olor a limpio me hacen cerrar los ojos disfrutando de esa perfecta sensación de llegar y encontrarte todo en su sitio, no como lo dejé.

Me desnudo y me pongo los pantalones del pijama. Me tumbo en la cama. Pretendo que el sueño me atrape, pero no es así. Dejo de dar vueltas, me pongo boca arriba con las manos debajo de la cabeza y comienzo a recordar.

13. Cuando regresó.



Después del incidente con el cuchillo, Candela desapareció de mi vida, de nuestras vidas. Lara sospechaba que algo tenía que ver con lo que me había ocurrido. Intentó sonsacarme, pero para qué contarle nada, tan solo le haría daño, así que callé.

Por suerte la mano no sufrió daños irreparables, con tiempo y ejercicio volví a manejarla como si nada hubiese pasado. Tan solo quedaría el recuerdo permanente en forma de cicatriz, una que tendría delante de mis ojos constantemente, que haría que me acordase de lo que era Candela. Por un lado, me sentía bien, quizá me ayudara a superar mi obsesión por ella y terminara olvidándola. Pero por otro, me amargaba saber que su recuerdo me acompañaría toda la vida.

Pasaron los meses y finalmente mi hermana y Gerardo se fueron a vivir juntos.

Yo me mudé a un pequeño piso en pleno centro, sin vistas al mar y con cinco tramos de escaleras para llegar a él. Pocos metros en un barrio conflictivo, pero tan económico que me permitió dejar de trabajar en la discoteca; necesitaba desconectar de ese mundo, nada de alcohol, drogas, ni polvos con extrañas.

En mi mente se agolpan las sensaciones que tuve el día que ella regresó para quedarse. Recuerdo la fecha exacta: veinte de julio; la temperatura: veinticinco grados, y la hora: las diez de la noche. La brisa del mar traía olor a sal, a playa, a... ¿vainilla? Me sorprendió notar ese aroma tan especial.

Yo estaba sentado en la arena, en mi lugar preferido, junto a las rocas. Miraba las olas y disfrutaba de su vaivén cuando el perfume me envolvió. Me giré y allí de pie, observándome, estaba ella. Llevaba una falda vaquera corta que dejaba ver sus preciosas piernas, una camiseta de tirantes y su larga melena, negra como la noche, sujeta en una cola de caballo con un pañuelo de los colores del arcoíris.

Sonreía y sus labios pintados de rosa brillaban. Miré sus ojos azules como el mar, ese que hacía tan solo un instante estaba contemplando, y me llené de felicidad.

Me levanté, sacudí la arena de mi pantalón y caminé descalzo hasta ponerme frente a ella.

—Hola —dijo, y pude ver cómo sus pupilas brillaban.

—Hola. —Deseaba abrazarla, pero... no sabía si sería lo correcto. Así que metí

las manos en los bolsillos de mis vaqueros y me limité a esperar a que ella diese el paso siguiente.

—¿No piensas besarme?

Abrí los ojos sorprendido. ¿Besarla?, ¡joder me gustaría! Noa se puso de puntillas y me asestó dos dulces besos en mis mejillas. ¡Claro, se refería a eso! Mi cabeza daba vueltas y cerraba las manos en puños dentro de los bolsillos para obligarlas a quedarse en ese lugar, escondidas, porque si las dejaba libres se agarrarían a la cintura de Noa y tirarían de ella hasta acomodarla contra mi cuerpo.

—¿Cuándo has regresado? —pregunté tan pronto mi cerebro recuperó la cordura y le dio la orden a mi boca.

—Hoy, a eso de las ocho aterrizó mi avión.

—Vaya, qué bueno... —balbuceé como un adolescente frente a la chica que le gusta. ¿Por qué me sentía tan tímido frente a Noa? Hablábamos mucho por teléfono y nunca me daba vergüenza, pero ahora me notaba pequeño, vacilante. Seguro que estaba rojo. Di gracias a la noche que ocultaba mis mejillas, pues las sentía arder.

—¿Por qué no me avisaste?, hubiera ido a recibirte al aeropuerto.

—Ha sido todo repentino... —Sus ojos brillaban—. Fui a tu casa y no te encontré. Así que supuse que estarías aquí.

Nuestras llamadas semanales le habían permitido estar al tanto de mi vida cotidiana. Sabía que me tuve que trasladar de piso y conocía la dirección. Entre Noa y yo no existían secretos, al menos en ese tipo de cosas.

—Claro... —¡Idiota!, me insulté por lo escaso de mi vocabulario. ¿Qué coño me pasaba? Parecía un chiquillo.

—Tenía ganas de verte. Muchas ganas... —Entonces fue ella la que con timidez bajó su mirada.

De nuevo elevó sus ojos buscando los míos y por un buen rato ambos estuvimos conectados, sin hablar, sin tocarnos, tan solo con nuestras pupilas acariciándose.

Extendió una mano pidiendo la mía y yo saqué la derecha del bolsillo, la sequé en mi pantalón, pues sudaba, y se la ofrecí. Ella la tomó con fuerza y tiró de mí.

—Vamos a tomar algo. Tienes que contarme muchas cosas.

Comenzamos a andar agarrados, en silencio y mirándonos. Fue cuando llegué al paseo, fuera de la arena, que noté mis pies descalzos.

—¡Me he dejado las zapatillas! —le dije horrorizado.

Noa empezó a reír, yo no me pude resistir y me uní a ella.

Me solté de su mano y corrí por la arena en busca de mi calzado abandonado.

—¿Dónde te apetece ir? —le pregunté mientras ataba mis Nike.

—Podríamos ir a tu casa. —La miré sorprendido y ella lo notó, pues se apresuró a explicarse—. Lo digo porque es ya tarde y allí estaremos más cómodos. Pero si no quieres...

—¡No! —grité y ella dio un respingo asustada ante mi arranque—, digo sí, claro que quiero.

Caminamos juntos hasta mi coche ya que Noa me contó que había venido en taxi.

No hablábamos, conduje en silencio, que solo se vio roto por la música que en ese instante sonaba en la radio. *Still loving you*, gritaba Klaus Meine sin descanso. Irónica letra para un momento como ese. Me miró asombrada y yo encogí mis hombros.

—Me gusta el rock antiguo —le expliqué, pero no había necesidad, ella me conocía tan bien que lo sabía perfectamente.

Llegamos y subimos los cinco pisos. Cuando entró analizó el entorno en el que yo vivía y pareció gustarle.

La casa era muy pequeña, pero estaba decorada con gusto, muebles sencillos, modernos y funcionales.

Pocos adornos porque no quería sobrecargarlo, y por supuesto limpio y recogido, me gusta el orden.

—Te apetece... ¿Quieres tomar algo?

—¿Tienes Coca-Cola light?

—Sí..., bueno, creo.

Pasé a la cocina, ella me miraba desde la puerta. Abrí la nevera.

—Solo tengo normal, lo siento.

—Pues normal, no te preocupes.

Preparé dos Coca-Colas con hielo y le indiqué la salida hasta mi pequeña, pero acogedora terraza. Era lo más bonito de la casa pues las vistas eran maravillosas, espectaculares.

—¡Vaya, qué preciosidad! —dijo asomándose al balcón. Se veía la ciudad iluminada por millones de bombillas.

La brisa de la noche acariciaba nuestra piel enfriándola y dejando una agradable sensación. Y su olor... Como no se daba cuenta, pues estaba absorta mirando el paisaje, me acerqué todo lo que pude a ella y aspiré con fuerza su aroma.

Nos sentamos en las sillas de mimbre que la dueña del piso tuvo el buen gusto

en poner.

Me recosté en el asiento y la contemplé extasiado, feliz.

—¿Te quedarás mucho tiempo?

—Mucho. Ya no regresaré a Barcelona. —Parecía triste, pero a la vez feliz. No lograba interpretar su mirada. En cambio, la mía no dejaba lugar a dudas, de eso estoy totalmente seguro. Una enorme sonrisa se dibujó en mi cara como por arte de magia al escuchar esas palabras, simples pero cargadas de esperanza, y mis ojos brillaban pues los sentía anegados de lágrimas que por supuesto no derramaría.

—Oh..., vaya... —Mi forma de hablar se convirtió de nuevo en un balbuceo estúpido que me hizo ponerme colorado, como hacía mucho tiempo que no me pasaba. Rehuí su mirada por vergüenza o más bien porque no quería ser como un libro abierto, no deseaba ser vulnerable y que ella supiese sin lugar a dudas lo que mi corazón estaba sintiendo.

Noa respetó mi timidez y se levantó de la silla de mimbre, se colocó dándome la espalda apoyada en la barandilla de la terraza con la vista clavada en los altos edificios.

Yo continué en la misma posición y con la misma cara de lelo mirándola.

—Y... ¿qué ha pasado con...? —¡Joder, nunca he logrado recordar el nombre del tipo con el que salía en Barcelona!

—¿Jordi? —dijo ella sin mirarme aún. Un suspiro salió de su boca. ¿Eso era buena señal o mala?—. Lo dejamos...

—Lo siento. —Palabras vanas, sin sentido, pues no eran ciertas.

—Era lo mejor que podía hacer. —En ese instante se volvió y clavó sus pupilas azules en las mías—. Me di cuenta de que nunca le quise... Me hubiese gustado amarle, pero me engañaba a mí misma y a él. No lo merecía. Nunca podré amar a ningún hombre porque mi corazón ha estado ocupado todo este tiempo...

Mi boca se abrió por la sorpresa y mi cara se tiñó de rojo. ¿Estaba enamorada de otro? Una furia que intenté como pude ocultar y contener se apoderó de mí. ¡Joder!

Me levanté, no podía quedarme quieto. Era una putada, una enorme. Sabía perfectamente por qué me molestaban tanto sus palabras. La razón era sencilla y complicada a la vez: mi corazón también tenía una dueña y era ella, al cien por cien, desde hacía mucho, mucho tiempo. Ser consciente de que jamás me correspondería, escucharlo de sus labios con esa tranquilidad, me aturdía, me ardía dentro del pecho como si un ascua encendida se oprimiera contra él.

Mi cabeza daba vueltas, giraba sin control. Me apoyé yo también en la

barandilla y oteé el horizonte en busca de una salida. Iluso, estúpido iluso, no había salida. Amaba a Noa, pero deseaba a Candela de manera enfermiza. Golpeé la baranda con el puño cerrado de la mano que tenía la marca que Candela había dejado. Me sentí como un trapo viejo, inservible, una prenda tan usada que no admite remiendos y que lo mejor que se puede hacer con ella es trapos para limpiar la suciedad y después tirarla a la basura.

Percibí cómo una de sus manos se posaba sobre la mía, tocando sin querer mi cicatriz, y yo temblé de rabia. La notaba allí sobre esa parte de mi cuerpo que detestaba, pues me recordaba lo bajo que había llegado a caer. Su mano limpia, inocente sobre la suciedad, la inmundicia que era mi vida.

—Román, ¿qué te ocurre?

Alcé la mirada y la vi con los ojos llorosos. Buscaba con desesperación alguna señal, revisaba mi cara parte por parte como si de repente fuese a encontrar... ¿el qué? ¿Qué era lo que quería encontrar?

—¿No dices nada? —insistió.

¿Nada?, ¿qué coño quería que le dijese? Ya había aguantado sus confidencias sobre su novio y ahora ¿qué esperaba?, ¿qué le diese mi bendición?

—No te entiendo... —Estaba tan cabreado.

—No sé, pensaba... —Ahora la que parecía enfadada era ella. Me soltó y sin decir nada más se encaminó hacia la puerta de salida.

Pero la intercepté, no podía dejarla ir así. Necesitaba..., no sé...

—¿Por qué te sientes ofendida? —Sé que mi tono fue alto y desagradable, no lo pude evitar. Me soltaba una bomba que hacía añicos mi corazón y se marchaba molesta. ¡Incomprensible!

—¿Por qué te sientes tú ofendido?

—Yo... —Solté una risa fría, sin sentido, irónica—. Me dices que regresas y luego que amas a otro. ¿Cómo coño quieres que me sienta? —Mi voz fue subiendo poco a poco hasta convertirse en un grito que seguramente molestaría a los vecinos y que a ella le sorprendió tanto que se quedó paralizada. Jamás me había visto así—. Llevo esperándote, deseando que regreses para... —Me pellizqué el puente de la nariz, pues un dolor punzante me sacudió con fuerza—. ¡Bah! Vete, vete con él y sé muy feliz...

Me volví para no mirarla. Tenía un enorme nudo en la garganta. Ya no soportaría más escuchar a mi “amiga” contarme lo enamorada que estaba de otro que no era yo, cuando lo que más deseaba era besarla hasta hacerla olvidar por completo a ese..., a ese del que decía estar enamorada.

—¡Eres un auténtico gilipollas! —la oí gritar a mi espalda. Me giré despacio

muy despacio.

—¡No voy a consentir que me insultes! —me encaré a ella. Por supuesto jamás le pondría una mano encima, pero quería en cierto modo intimidarla con mi enorme cuerpo frente al suyo pequeño y delgado.

—¡Pues lo eres! —No se dejó amedrentar y se alzó sobre sus puntillas en un absurdo intento de alcanzar mi altura—. ¡Eres tú, imbécil!

Sacudí la cabeza confuso.

—¿Cómo?

—¡Qué eres tú quien ocupa mi corazón! —Ahora sí que lloraba, ahora podía ver cómo sus lágrimas mojaban sus mejillas y dejaban un surco negro producto de su máscara de pestañas—. Eres tú desde hace tanto que casi ni puedo recordarlo.

Se giró y puso la mano sobre el picaporte de la puerta. Yo estaba paralizado, no era capaz de mover ni un solo músculo de mi cuerpo.

Miré sin hacer nada cómo abría, cómo salía y cerraba tras ella esa dichosa puerta de madera.

Durante un momento me quedé pegado al suelo, meditando, divagando sin sentido y con él.

¿Me amaba?, me amaba, ¡me amaba! Reaccioné y como un loco corrí tras de ella. Desesperado, corrí, corrí...

La alcancé justo en la esquina cerca de la parada de autobuses. La tomé del brazo con fuerza, clavando mis dedos sin querer, sin pretenderlo, en su blanca piel. ¡Joder, seguro que le dejaría una puta marca! Aflojé mi presión inmediatamente, odiaba esas ocasiones en las que no medía mi fuerza. Miré sus ojos y en silencio ella aceptó mis disculpas por mi brusquedad.

Me quedé parado frente a ella, sintiendo, aspirando su aroma. Cerré los ojos por un instante, los abrí y me lancé sobre su boca.

El recuerdo de aquel triste beso de despedida que nos dimos inundó todos mis sentidos. Pero lo descarté porque esta vez mi beso, nuestro beso, pues ella correspondía a él abriendo su boca para dejarme irrumpir dentro de una manera brutal, era de bienvenida.

14. Mi playa.



No sé a ciencia cierta cuándo me quedo dormido, pero lo hago y mi cabeza se llena con imágenes dulces de un precioso reencuentro cargado de esperanzas.

Sueño con Noa, con la primera vez que hicimos el amor, amor con mayúsculas. Me sentí virgen, pues las otras veces que estuve con una mujer, incluida Candela, tan solo había follado duro, sin pensar en nada más que en mi placer, en sentir un orgasmo fuerte e intenso, pero en aquella ocasión no era eso lo que buscaba. Con ella cobró sentido la frase “hacer el amor”, cobró todo el sentido que jamás pensé que tendría.

Mis sueños se inundan de gemidos, los que ambos soltábamos sin control; de sus pequeñas manos tocando mi pecho, apretando mis nalgas para que yo profundizara más en su interior.

Aquella vez, aquella única y especial vez, entré despacio, ayudándola a que se amoldase a mi tamaño. Creí por un instante que sería imposible penetrarla, pues la notaba muy estrecha. Poco a poco, paso a paso, tan despacio como mi cuerpo me permitía, pues la deseaba de una manera loca e irracional, la penetré. Jamás olvidaré la sensación de estar en su interior. Mi polla apretada, devorada con tal fuerza, que sin moverme pensé que me correría al instante. Caliente, suave y estrecho, el cielo, el paraíso.

Sus pequeños pechos eran exquisitos, perfectos y yo los devoré. No me cansaba de lamer sus pezones, de succionarlos, mientras ella gemía sin control hasta volverme loco.

Recuerdo su mirada vidriosa que no dejaba de contemplarme. Su boca entreabierta que invadí comiéndome sus jadeos.

No sé en qué momento de la noche, sin poder evitarlo, llevo mi mano a mi erección y comienzo a acariciarme bajo el embrujo de ese sueño húmedo. Me froto sin descanso, con mi cabeza llena de imágenes excitantes de Noa y yo juntos. Parece que me veo desde fuera, como si mi alma hubiese abandonado mi cuerpo. Observo la escena totalmente extasiado, caliente y tan cachondo que mi mano aprieta más mi glande; aprovechando una pequeña gota de semen para embadurnar todo mi falo consigo que la fricción sea más suave. Me masturbo como cuando era un quinceañero. Gimo y encorvo mi cuerpo. Noa... Noa llena mi mente, es ella quien me acaricia, no mi mano. Gruño al sentir cómo el

orgasmo llega, cómo me atrapa, y me derramo entre espasmos.

Al despertarme miro mi mano, que aún sostiene mi pene y está mojada con mis fluidos. Suspiro volviendo a la realidad. Solo ha sido un sueño. Uno muy caliente, pero sueño, al fin y al cabo. Así que me obligo a levantarme y meterme en la ducha.

Esta mañana veo las cosas de manera diferente, quizá provocado por el recuerdo de la primera vez que estuve con Noa como hombre y mujer, como amantes, o quizá porque ya era hora de liberarme. Hacía un tiempo que no me corría. Necesitaba esa liberación, que momentáneamente me ha dejado saciado.

Desayuno en la habitación del hotel, otra vez solo.

Me siento extraño, no tener nada que hacer se me hace raro, yo siempre he sido muy activo, un tipo trabajador. Estas son las primeras vacaciones que me tomo desde hace..., uf, muchos años.

Paso la mañana en mi habitación, relajado, tratando de disfrutar de mi tiempo libre, uno que la verdad se me hace agobiante.

Parezco un león enjaulado, me ahoga estar encerrado. Apenas como, no tengo apetito, y a eso de las cinco decido salir de mi encierro, este que me he autoimpuesto.

Iré a correr un poco por la playa, necesito desfogarme, deseo volver a sentir las agujetas que me deja el duro ejercicio al que someto a mi cuerpo. Ese dolor es en cierto modo placentero, me recuerda que estoy vivo.

Me pongo mi chándal gris, simple, sin marca, mis zapatillas de *running* y tomo mi coche.

Conduzco hasta la playa, mi playa preferida, esa en la que Noa me buscó aquella noche de verano.

¿Por qué voy allí?, si soy sincero está muy claro. Tengo la esperanza de verla, sé que a Noa también le gusta pasear por ella. Soy consciente de que no debo forzar un encuentro, Noa necesita espacio y yo he prometido dárselo, pero soñar con sus besos, con nosotros dos haciendo el amor, me ha calentado no solo el cuerpo sino también el alma, y necesito como el aire volver a verla, aunque sea tan solo por un instante y sin ser descubierto.

Ya sobre la arena me pongo los auriculares a todo volumen. Hace frío, así que me coloco la capucha de la sudadera y comienzo a trotar por la orilla, donde hay la suficiente firmeza para que no se hundan las zapatillas.

Mientras corro y disfruto del aire frío golpeando mi cara, cierro la mente a todo pensamiento, estoy un tanto saturado de darle vueltas a recuerdos, a miedos, a problemas...

Disfruto, me divierto como un enano con la música que me gusta, con el mar, con la playa y con el ejercicio.

Llevo un par de kilómetros cuando a lo lejos distingo a dos personas. Sé que es ella casi sin apenas verle la cara. Juega en la arena con una niña, hacen castillos. Saco con brusquedad los auriculares de mis oídos para gozar de la risa que ambas sueltan de forma natural, espontánea y que la brisa me trae como un canto de sirenas que me atrae, haciéndome sonreír a mí también.

Corro despacio disfrutando de la visión de Noa y su pequeña.

Puedo sentir en mi piel el preciso instante en el que ella repara en mí, noto cómo un escalofrío recorre mi columna y me hace estremecer. Deja de colmar el cubo que, con la diminuta pala roja junto a la azul de su hija, llena de arena húmeda para centrarse en mí, en mi trote lento.

Nuestras miradas se conectan y mi cuerpo tiembla, no por la brisa que hace que el sudor me enfríe la piel, sino por la proximidad de Noa, por su cercanía.

Sigo corriendo y paso de largo, no deseo exponerla frente a su hija. Sé que para ella es muy importante mantenerla al margen de mí y por nada del mundo la pondría en un aprieto. Pero ella grita mi nombre.

—¡Román! —Su voz me golpea en el centro del pecho y me obliga a darme la vuelta.

Me paro y me quedo como una estatua de sal, como aquella de la que hablaba Mecano en su canción.

Está tan bonita con sus mejillas sonrosadas por el frío de la tarde. Una radiante sonrisa se dibuja en su boca pintada de rosa claro. Se sacude la arena de las manos mientras Laura permanece ajena a nuestras miradas, ella continúa con su tarea de llenar su cubo azul con su pala.

Mi cuerpo por fin reacciona y se pone en marcha. Camino despacio esperando a que ella se arrepienta y me ordene parar, alejarme, pero no lo hace. Muy al contrario, me recibe con dos besos en las mejillas y con esa sonrisa perenne que hace que sus ojos brillen.

—Qué casualidad encontrarnos de nuevo. Me encanta volver a verte Román. — Una declaración que puede parecer simple, sin importancia, pero que para mí suena como una dulce melodía susurrada al oído.

—Yo..., salí a correr. —Como siempre frente a ella me siento torpe, divago y digo estupideces impropias de mi edad.

Noa me observa y noto cómo trata de retener la risa. Sabe perfectamente que esta playa queda lejos de mi hotel, que yo soy consciente de que le gusta pasear por ella, pues en la época en la que fuimos pareja lo hacíamos asiduamente.

—Siempre te gustó hacer ejercicio.

—Sí.

—Mami, ayúdame porfa. —La dulce vocecilla de Laura nos devuelve a la realidad.

Noa la mira y se pone en cuclillas junto a ella.

—Laura, quiero presentarte a alguien.

Mi boca se seca de golpe, me siento más nervioso que el día en que Noa me presentó oficialmente como su novio delante de toda su familia. Sé que entre ella y yo en este momento no existe nada más que una relación de amistad, lo ha dejado muy claro, pero conocer a su hija es una prueba de fuego para mí. ¿Y si no le caigo bien?, nunca se me han dado bien los niños.

—Mira Laura este es Román, es amigo mío desde que era una niña como tú.

—Hola —le digo con tono nervioso. ¿Cómo se saluda a una niña de cinco años?

Laura me contempla como si fuese un gigante que ha escapado de uno de los cuentos que su madre le lee por las noches, con la boca abierta de par en par, con fijeza y casi sin pestañear. Los niños siempre dicen la verdad y ella no iba a ser menos. Con la espontaneidad propia de su corta edad, me examina de arriba a abajo y exclama a voz en grito.

—¡Mami, qué señor más grande!

Noa suelta una carcajada y yo la miro sorprendido, confuso. ¿Es bueno o malo que le resulte tan grande? ¿Está asustada?

—Sí que lo es —contesta Noa.

—Como una montaña.

—¿Sabes por qué ha crecido tanto? —En ese preciso instante me siento perdido en la conversación madre-hija. Me limito a observarlas con atención. ¿A dónde llevará el tema de mi altura?

—Creo que sí. —Laura pone los ojos en blanco—. Porque come mucha verdura y fruta —recita como si fuera una lección aprendida.

—¡Exacto! —dijo Noa entusiasmada—. ¿A qué sí Román?

Ambas clavan sus idénticas pupilas azules sobre mí y yo me tenso. ¿Qué debo responder?, no quiero meter la pata.

—Esto..., sí, claro. Mucha, muchísima verdura. Me encantan la fruta y la verdura...

—¿Ves? —Siento cómo Noa, con su mirada, me pide en silencio que no muestre tanto entusiasmo, Laura es pequeña pero no tonta.

—¿Quieres jugar? —me pregunta la niña directamente. Según parece, el tema

de la comida le aburre.

¿Yo?, ¿jugar? No tengo ni idea de cómo se juega. No recuerdo cómo se hace. Miro a Noa pidiéndole auxilio en silencio y ella acude en mi rescate.

—No puede cariño. Está haciendo ejercicio y tiene que seguir corriendo.

—¿Prefieres correr a jugar con la arena? —me pregunta asombrada.

—Bueno... yo...

Me siento un tanto estúpido, pero termino cogiendo la pala roja que Noa ha dejado olvidada junto al cubo, me pongo en cuclillas, y comienzo con movimientos torpes y lentos a arrojar tierra dentro del cubo.

A Laura parece entusiasmarla, se coloca a mi lado y entre los dos, bajo la atenta mirada de Noa, llenamos el cubo hasta el borde.

—...Y ahora le damos unos golpes y decimos: pan duro que se ponga duro, pan duro que se ponga duro —canturrea mientras le da toques al culo del cubo que, lleno de tierra y tras un giro brusco y rápido de Noa, reposa sobre la arena—. ¡Vamos, canta conmigo! —me apremia y entono la repetitiva letra.

—Pan duro que se ponga duro... —Mientras con mi pala golpeo también incesantemente el cubo de plástico azul.

Puedo sentir sobre mí la mirada divertida de Noa. Se aguanta la risa. Levanto los ojos y veo cómo se muerde el labio inferior para no soltar una carcajada. Lejos de molestarme lo bien que se lo está pasando viendo a un hombre de metro noventa de estatura y noventa y cinco kilos cantando una absurda canción y golpeando con una pala tan pequeña, que me cuesta sujetarla con mis enormes manos, lo que me dan ganas es de comérmela a besos.

Hacemos al menos tres castillos, con torres cada vez más grandes. Terminado sentado sobre la fría arena, con mi sudadera remangada, excavando túneles para que los soldados puedan pasar de una torre a otra y rescatar a la princesa, que en estos momentos habita la fortaleza, y que ha sido secuestrada por un ogro malo, perverso y horripilante, según palabras textuales de Laura.

No siento frío a pesar de que el pantalón de mi chándal de algodón se está humedeciendo con la tierra y de que las temperaturas descienden conforme se acerca la noche. Estoy feliz, cómodo, nunca había imaginado que estar al lado de una niña haciendo castillos de arena me resultaría tan entretenido.

—Laura, cariño, tenemos que irnos, se hace tarde.

—Jo mami, un poco más porfi —protesta Laura enfurruñada.

—No, ya ha sido suficiente. Además, Román se tiene que ir también, ¿verdad Román? —Por su mirada sé que es mejor no llevarle la contraria, no admite ningún tipo de discusión al respecto.

—Sí, sí, claro. Tengo que irme a casa —contesto inmediatamente y a cambio Noa me recompensa con una sonrisa aprobatoria.

Entre los tres recogemos las palas, el cubo y demás juguetes que permanecían esparcidos sobre la arena.

Me da pena separarme de ellas, he pasado una tarde estupenda y por unas horas, gracias a esa niña, he olvidado todos mis problemas. Ha sido como un tónico.

Al levantarme y comenzar a caminar es cuando el frío se cuele dentro de mí. Estoy mojado, mi ropa húmeda se adhiere a mi cuerpo y no puedo evitar temblar. Mis dientes castañetean sin control y, mientras Laura trota delante de nosotros ajena a todo, Noa me observa preocupada.

—¡Estás helado!

Se acerca a mi cuerpo y pasa su mano por mi cintura acercándose a ella, intentando darme un poco de calor.

La miro agradecido y sorprendido porque muestre una actitud tan cariñosa delante de su hija.

—Verás cómo te pillas un catarro. No debías haber estado tanto rato con la ropa mojada de sudor y sentado sobre la arena.

La contemplo y sonrío, se preocupa por mí y eso me gusta.

Llegamos al paseo y me suelta. Caminamos juntos hasta su coche y con dos castos besos nos despedimos.

—Me lo he pasado muy bien —me dice Laura. Me pongo en cuclillas para estar más o menos a su altura y así poder mirarla directamente a los ojos.

—Yo también. —Sonrío, la verdad es que ha sido una experiencia fantástica.

—¿Vendrás a jugar otro día conmigo? —me pregunta.

Dirijo mi mirada a Noa y ella asiente dándome permiso para verla de nuevo.

—Sí, claro que sí —le contesto entusiasmado. Que Noa me permita ver otra vez a su hija es un gran paso en nuestra relación como amigos, supongo que comienza a confiar en mí y eso me hace muy feliz.

Para mi sorpresa Laura se arroja a mis brazos y me da dos besos, uno en cada una de mis mejillas. Apenas puedo reaccionar, no esperaba eso y me quedo plantado, en cuclillas mirando a esta preciosa niña, copia exacta de su madre, con idéntico cabello negro y ojos azules como el mar.

Ambas suben al coche y yo me limito a despedirlas con la mano.

Cuando veo desaparecer el coche en la lejanía, camino lo más rápido que mi dolorido cuerpo me permite hacia el mío. Entro y pongo la calefacción a tope, otra vez el frío se ha apoderado de mí y tiemblo sin poder remediarlo.

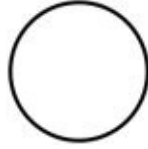
Llego al hotel y me doy una ducha caliente. Pero continúo tiritando sin control, no hay forma de entrar en calor y sospecho que quizá no es normal, que mi cuerpo está febril y que por eso me estremezco con fuertes convulsiones.

Me destapo la herida y mis sospechas se hacen realidad nada más verla: se ha infectado.

—Mierda, joder.

Las cosas se me complican, no puedo ir al médico y necesito antibióticos para curar la infección.

15. Tiempo de rosas.



Noa y yo éramos pareja frente a todos, sin escondernos, sin ocultar lo que sentíamos. Resultaba un alivio poder demostrar mi cariño delante de otras personas sin tapujos. Una sensación refrescante, única, que nunca había experimentado antes. Mis conquistas hasta entonces habían sido temporales, un polvo y listo, y con Candela..., bueno con ella todo era diferente, distante, frío. Solo el ardor de la pasión nos unía y después, cuando las llamas se consumían, no quedaba nada más que un inmenso vacío y una infranqueable distancia que nos separaba, nos alejaba, como los polos opuestos que se repelen.

En aquella época fui feliz. Nos amábamos, nos cuidábamos y procurábamos pasar la mayor parte del tiempo juntos.

Noa me complementaba a la perfección, era testaruda y con un fuerte carácter que a mí me gustaba poner a prueba. Nunca se dejaba amedrentar y eso me seducía.

Nuestras noches se llenaban de una pasión casi enloquecida, nunca teníamos suficiente. Noa se entregaba sin trabas, sin condiciones, desnuda en cuerpo y alma. Me permitía con cada lametón, cada caricia, cada beso que yo daba a su piel, que la marcara como mía, solo mía.

Nuestros días se llenaban de risas, discusiones tontas, caricias, manos cogidas al caminar, abrazos y amor.

Nunca había convivido con una mujer como pareja, pero ya iba siendo hora, y al cabo de cinco meses de relación decidimos irnos a vivir juntos.

Otra mudanza, otra casa, pero esta vez un poco más grande y en un barrio a las afueras. Un pequeño piso, económico y rodeado de jardines, en una zona tranquila. Ideal para comenzar a caminar juntos, a compartir nuestras vidas y quién sabe si en un futuro a formar una familia.

El tiempo pasaba y cada día me amoldaba mejor a la convivencia en pareja, me gustaba y la disfrutaba. Despertar junto a ella, sentirla entre mis brazos, sus cuidados cuando estaba enfermo, sus caricias mientras veíamos una de esas películas de amor que tanto le gustaban sentados en el sofá, mis risas al verla llorar cuando las escenas de la película llegaban a su momento álgido y sus enfados cuando le llevaba la contraria... Todo, todo me gustaba de ella.

Pero la balsa de aceite que era mi vida, las nubes de fresa y algodón en las que

se había convertido mí día a día, se evaporaron una noche de invierno, el más frío que recuerdo.

Me desperté a eso de las siete de la mañana, era viernes y debíamos ir a trabajar, ¡malditas las ganas que tenía!

Sus piernas se enredaban con las mías, su cuerpo pegado a mi espalda buscando el calor, que según decía siempre emanaba por todos los poros de mi piel. Una de sus manos se apoyaba en mi pecho y la miré, me gustaba el contraste de su piel oscura y la mía blanquecina plagada de pequeñas pecas que a Noa le encantaban.

Noté cómo empezaba a espabilarse pues comenzó a acariciarme con suavidad, a mover su mano por mi torso desnudo bajando despacio, mientras sus labios recorrían mi espalda.

Demarcó cada músculo que encontraba a su paso, llegó a mis caderas y se separó para recorrer con sus uñas mis glúteos. Me quedé quieto y cerré los ojos, pero en el preciso instante en el que sentí esa mano curiosa sobre mi pene duro, ya preparado, los abrí para contemplar el maravilloso espectáculo de esos dedos largos acariciando mi falo con maestría.

Un gemido salió de mi boca y ella soltó un suspiro de satisfacción. Con un leve empujón a mi cadera me obligó a ponerme boca arriba, se colocó a horcajadas sobre mí y me miró triunfal como si acabase de ganar una batalla. Entonces fue cuando clavé mis ojos en su cuerpo, en su maravilloso y perfecto cuerpo. Llevé mis manos a sus pechos, una para cubrir cada uno de ellos. Noa se retorció, se frotaba contra mi miembro enhiesto, jadeaba y no dejaba de acariciarme sin descanso.

En un rápido movimiento la tumbé sobre la cama y la penetré tomando sus glúteos para elevar su pelvis. Un grito de placer se escapó de su boca al sentirme tan dentro, tan fuerte.

Embestí con dureza, despacio, pero con un movimiento constante que causaba una fricción entre nosotros tan placentera, que me obligó a concentrarme para no terminar.

Noa estaba preciosa. Se estiraba perezosa, sensual. Sus brazos se agarraban a los barrotes de la cama, bendita la hora en que decidimos comprar un cabecero de forja, porque esa imagen de su cuerpo, de sus pechos que me ofrecía gustosa, era lo más erótico que mis ojos habían contemplado jamás.

Mis manos continuaban bajo sus nalgas, que aferraban con fuerza, y mis labios iban en busca de uno de sus pezones.

Sentí cómo el orgasmo comenzaba a hacerla temblar y dejé que el mío me

atrapase fuerte, lento, derrumbando todas mis barreras.

Noa gritó mi nombre y eso hizo que me corriese con más intensidad soltando un profundo gruñido.

Por unos segundos permanecí dentro de ella, mirando sus ojos, brillantes azules, intensos. Sonreía satisfecha y se estiraba como una gatita cuando recibe una caricia que le gusta.

—Bonita forma de despertar —le dije y deposité un beso en sus labios.

—Te amo Román —me contestó mientras soltaba sus manos de los barrotes y las enredaba en mi cuello, en mi pelo.

Me encantaba escucharla gritar mi nombre mientras se corría, me gustaba oír te amo en sus labios, me volvía loco su mirada...

—Te quiero Noa. —Entonces fue ella la que me besó, entró en mi boca y saboreó cada rincón, cada espacio—. Es hora de irse a la ducha o llegaremos tarde— dije sin ninguna gana de romper nuestro contacto.

Me levanté y la tomé entre mis brazos, ella reía y se agarraba a mi cuello con fuerza. Era tan pequeña, tan delgada, que apenas sentía su peso, no me resultaba costoso llevarla cogida como si fuese una niña. Sus pechos sobre mi torso hicieron que de nuevo me calentase, me excitase, pero claro, junto a ella siempre estaba preparado, dolorosamente excitado.

La deposité en el interior de la ducha y me metí junto a ella. Regulé el agua a la temperatura exacta, esa que a ella le gustaba. Caliente, muy caliente, tal y como me estaba poniendo yo al ver cómo el agua resbalaba por su piel.

Ella era consciente, sabía cómo excitarme y comenzó a darse el gel despacio, muy despacio, pasando de manera perezosa y con mirada sensual sus manos embadurnadas en el líquido jabonoso por su cuerpo. Con sus movimientos me excitaba, pero mi aguante llegó a su límite cuando frotó sus pechos mientras con su lengua recorría sus labios.

—Uf, me estás poniendo... —susurré mientras me mordía el labio inferior—. Ven aquí provocadora —le dije y tiré de ella para frotar mi dura erección contra su estómago.

Me empujó y negó moviendo uno de sus dedos.

—¿Quieres matarme? —pregunté con tono suplicante e intentando tomarla de nuevo entre mis brazos.

Noa soltó una carcajada, se puso de rodillas frente a mí, y sin más tomó mi pene entre sus labios.

—Joder —se escapó de mi boca al sentir sus dientes recorriendo mi glande, mientras con una de sus manos recorría mi falo y con la otra sujetaba uno de mis

glúteos.

Su lengua entró también en acción, me saboreó, lamió, y yo no podía dejar de gemir y de enredar mis manos entre su pelo.

¡Dios!, la separé de mí, la tomé entre mis brazos y, apoyándola en los azulejos, embestí para entrar en ella. Noa se agarraba con sus brazos a mi cuello y con sus piernas a mi cintura. Me moví, empujé, una y otra vez, una y otra vez, sin descanso. El agua golpeaba mi espalda, el calor me sofocaba, y sus besos me devoraban.

Llegaba..., llegaba intenso, desbordando todos mis sentidos, aniquilando mis defensas y saciando, por poco tiempo, mi deseo. Segundo asalto de la mañana, segundo orgasmo que compartíamos.

Los gritos de placer y el vaho llenaron el baño.

La dejé sobre el suelo de la ducha y me abracé a su pequeño cuerpo.

—Definitivamente creo que vas a terminar conmigo —le dije soltando un profundo suspiro.

Terminamos de ducharnos entre caricias, bromas y risas.

Hora de despedirnos. Lo hicimos como era nuestra costumbre, la llevé hasta su trabajo, paré frente al hotel donde era recepcionista, y la atrapé entre mis brazos para besarla como si el mundo se fuera a terminar. Me costaba soltarla, me dolía físicamente separarme de su cuerpo.

—Buen día mi amor —me dijo.

—Buen día, nos vemos esta noche.

La vi entrar con ese movimiento de caderas del que ella no era consciente y acomodé mi erección. Conduje hasta el taller, me enfundé el mono y me puse manos a la obra.

Esa mañana Manu estaba más toca pelotas de lo que era su costumbre, y terminamos discutiendo por unas facturas.

Me tenía hasta los cojones, era un desastre con el negocio y siempre tenía que ser yo el que resolviera todos los problemas en los que nos metía, pero en el fondo me daba vida. He de confesar que ese tira y afloja me divertía.

Salí a mi hora y conduje hasta la discoteca *Backstage*, un lugar donde actuaban grupos en directo, y esa noche precisamente un amigo de Noa tocaba.

Habíamos quedado allí, no nos daba tiempo a pasar por casa.

Entré en el local y la busqué entre la gente. Estaba junto a la barra charlando con Lara y Gerardo. Me acerqué despacio, recreándome con la visión de esa falda vaquera que me moría por subir despacio mientras acariciaba sus muslos, hasta que se enredase en su cintura, para después introducir mi mano bajo el

tanga rojo, ese que sabía que llevaba puesto, retirarlo hacia un lado y frotar ese bulto hinchado y palpitante... ¡Joder!, cerré los ojos e intenté recuperarme de esa visión que se colaba dentro de mi cabeza.

La tomé por la cintura y la aproximé a mi cuerpo. Ella dio un respingo por la sorpresa y al notar mi erección sobre su trasero soltó una carcajada.

—¿Quién soy? —susurré en su oído. Sentí el escalofrío que la recorrió.

—Espero que mi novio, si no tendremos un problema —soltó descarada.

La obligué a girarse hasta tenerla frente a mí y me lancé a sus labios. Nuestro beso fue profundo e intenso.

Escuché un carraspeo por parte de mi hermana y un impropio por parte de Gerardo.

—Joder, marchaos a casa coño.

Noa y yo sonreímos sin separar nuestras bocas.

Nos sentamos cerca del escenario, Noa había reservado una mesa. Tomamos unas copas y escuchamos buena música.

—Ven —dijo y me obligó a levantarme de mi asiento—. Baila conmigo.

—No, Noa, por favor —protesté—. Soy un pato, no sé moverme.

—Porfa, porfa. —Sus ojos azules me atraparon y el puchero que compuso su boca me obligó a ceder a su absurdo deseo de que yo me moviera con habilidad en una pista llena de gente.

—Está bien, pero si te piso te aguantas.

Soltó una risotada y entusiasmada tiró de mi enorme cuerpo hasta la pista.

El grupo interpretaba a la perfección *La tortura* de Shakira y Alejandro Sanz, y ella pretendía que mi metro noventa de músculo danzase con movimientos sensuales y alguna gracia, pero nada más lejos de la realidad. Era torpe, no tenía sentido del ritmo, ni coordinación. Así que me limité a balancearme sobre un pie y luego sobre el otro mientras Noa hacía todo lo demás. Me tomaba de las manos y me obligaba a mover mis caderas rígidas. Giraba a mi alrededor, se frotaba contra mi cuerpo y pasaba sus manos por mi pecho.

—Nena... —le dije al oído en un momento en el que acercó su espalda a mi torso y apoyó su cabeza en mi pecho—. Me estás poniendo muy cachondo.

Pareció hacerle mucha gracia pues lanzó una carcajada, se separó y comenzó a bailar ella sola, sin tocarme.

Me limité a mirarla, ya sin tratar de disimular mi escaso arte en la pista. Elevaba sus brazos, los movía en el aire, giraba, se pasaba las manos por el cuerpo, por el pelo y me pedía una mordidita, y por supuesto yo, loco de deseo, se la di.

La sujeté por la cintura y mordí su labio superior, tiré de él hasta arrancarle un gemido que devoré dentro de mi boca. Después pasé mi lengua y, muerto de deseo, entré en los dominios de la suya, frotándola y comiéndome cada susurro. Fue de esos besos que te dejan *k.o.*, que te elevan al cielo y que quedan para siempre en el recuerdo.

—Cariño —dijo con dificultad pues nuestras respiraciones corrían a la misma velocidad que nuestros corazones—. ¿Por qué no nos vamos a casa?

¡Gran idea! Si seguía allí estaba seguro de que nos echarían del local por escándalo público.

La tomé de la mano y caminé hacia la salida como un toro miura a punto de embestir, pero me frenó con un fuerte tirón de mi mano.

—Espera.

—¿Qué pasa? —pregunté cabreado. Lo único que deseaba era llegar a casa y deshacerme de esa falda o, pensándolo mejor, se la dejaría puesta, así haría realidad la primera fantasía que tuve nada más verla esa noche.

—Debemos despedirnos de Lara y Gerardo.

Puse los ojos en blanco. ¡Joder, me había olvidado por completo de ellos!

Ahora era yo quien la seguía a ella. Andaba entre la gente con mi mano fuertemente apretada y me llevaba hasta la mesa que habíamos ocupado.

Me paré de golpe y solté un profundo resuello. Sentí que me faltaba el aire, estaba mareado. ¿Qué hacía ella allí?

Noa me miró sorprendida por mi reacción y tiró de mi mano. La sintió fría, notó cómo temblaba y se preocupó.

—Román, Román. —Me zarandeó. Pero yo no respondía, estaba quieto, paralizado, viendo a Candela sentada en el sitio que yo había ocupado, charlando animadamente con mi hermana y sin reparar, gracias a Dios, en mí—. Román, ¿estás bien?

Por fin reaccioné, estaba alarmándola. Ella no sabía nada, no conocía mis más bajos instintos, mi pasado sucio, turbio.

—Sí, sí... Tranquila. Es solo... —Necesitaba salir de allí o moriría asfixiado. No podía respirar, el aire se había esfumado de golpe—. Hazme un favor, despídete tú por mí. Necesito salir, estoy un poco mareado.

—Román, me estás asustando.

Me obligué a tranquilizarme e intentar hacer lo mismo con Noa.

—Te juro que estoy bien. Ve, ve y diles que mañana les vemos.

Noa asintió nada convencida de dejarme solo, pero soltó mi mano y pude ver cómo caminaba hacia la mesa.

Salí corriendo. Cobarde, me insulté. No podía..., no podía verla... Tenía miedo.

La esperé apoyado en el coche. ¡Joder, necesitaba un cigarro! Se lo pedí a un tío que en esos momentos sacaba junto a mí su cajetilla de Fortuna.

—Gracias —le dije con una de mis mejores sonrisas. Me ofreció también fuego y con un movimiento de cabeza se despidió de mí.

Di una larga calada y tosí, hacía mucho que no fumaba. Le di otra y otra hasta casi consumir el cigarro.

—Román, ¿qué haces fumando? —Noa estaba frente a mí con los brazos en jarras—. Tira eso ahora mismo, dices que te mareas y enciendes un pitillo... —me abroncó.

Obedecí, pero por no discutir. Más tarde compraría un paquete. ¡Mierda! Regresaba Candela y de nuevo comenzaban mis malos hábitos.

Subimos al coche. Noa se empeñó en conducir y se lo agradecí en silencio, no tenía la cabeza como para prestar atención a la carretera.

Puse la calefacción, me abracé a mí mismo y me apoyé en el frío asiento. Cerré los ojos y traté de recuperar mi cordura.

—¿Estás mejor? —me preguntó y yo, dechado de virtudes a la hora de mentir, le respondí que sí.

—¿A qué no sabes quién estaba en la discoteca cuando he ido a despedirme de Lara y Gerardo? —continuó como si fuese a descubrirme un cotilleo jugoso.

—¿Quién? —A este paso seguro que ganaba el Oscar al mejor actor de reparto.

—Candela. —Retiró por un instante la mirada de la carretera para clavarla en mí y poder ver de primera mano mi reacción.

—¡Oh! —Procuré parecer asombrado.

—Estaba guapísima, pero tan zorra como siempre. —Siguió con su cháchara sin prestarme atención—. Llevaba una camisa transparente y se le distinguían los pezones. ¿Te lo puedes creer? —Otra vez posó sus ojos en los míos. Yo asentí.

—De ella puedo creer cualquier cosa.

—Te juro que no entiendo cómo puede llevar algo así y su novio al lado. Me saludó, y yo luchaba por no mirarle las tetas, pero es que ella las exhibía sin ningún reparo. Vamos, todos las miraban.

—Normal.

Durante un largo rato permanecemos en silencio, pero yo sabía, pues la conocía muy bien, que su cabeza estaba dando vueltas a algo...

—¿Román?... —titubeó.

—Dime. —Sabía positivamente que llegaba un momento complicado para mí.

—Entre tú y ella... ¿hubo algo?

¡No, no!, grité por dentro, asustado. Esa pregunta era una trampa mortal, pues la respuesta afirmativa me llevaría a declarar una parte de mi vida que me avergonzaba, que me recordaba mi orgullo pisoteado, mi decadencia y mi vicio por el cuerpo de Candela. Tenía dos opciones: mentir o sacar de mi interior toda la mierda acumulada. Podría pedirle ayuda, rogarle que no me dejase solo con ella...

—No... qué va, ni pensar en ello. —¡Cobarde!, me fustigué con dureza.

—Oh, vaya.

—¿Oh, vaya? ¿Qué quieres decir con eso? —Estaba nervioso, divagaba, y en mi voz se podía notar. Sonaba estrangulada, forzada y chillona.

—No te alteres. —Me miró de nuevo extrañada por mi reacción—. Es solo que se murmuraba que estabas loco por ella.

—¿Y tú?, ¿y tú qué sabes si estabas en Barcelona?

—Mis amigas me lo contaban. Carmen me dijo que un día os vio salir de la discoteca, esa en la que currabas. Me explicó que ibas con ella y otra chica, una a cada lado. Las sobabas y ellas te sobaban a ti. Me costó creerlo, pero Carmen jamás me ha mentado. Además, ¿por qué iba a hacerlo?

Recordé ese maldito día. Cama a tres, polvo con dos mujeres y borrachera de campeonato.

—No sé... Quizá...

—Va, déjalo. Si no quieres contármelo, paso... —Parecía molesta.

—No es eso, es...

Llegamos a casa y aparcó en una rápida maniobra. Subimos y se terminó todo, las ganas, el deseo, las caricias. Frío, mucho frío inundó mi pecho.

16. Sinceridad.



Pido al hotel un Ibuprofeno para paliar mi malestar y me acuesto entre tiritonas y castaño de dientes.

Al día siguiente parece que me encuentro mucho mejor. Me curo la herida, que duele horrores, y me tomo otra pastilla.

Me espera comida familiar en casa de mis padres. Ahora quieren tenerme la mayor parte del tiempo con ellos, lo normal después de siete años desaparecido.

Comemos en el patio sobre el césped, esta vez sí me decido y me descalzo, disfruto de las briznas de hierba que me hacen cosquillas como un chiquillo.

Lara ameniza la comida con sus bromas hacia Gerardo, él refunfuña enfadado, pero terminan haciéndose arrumacos como dos novios. Los envidio, hubo un tiempo en que yo también disfruté de todas esas cosas. ¡Imbécil!, me insulto porque todo lo he perdido por mi culpa.

Mi sutura no deja de molestar, pero la fiebre me da tregua. Estoy preocupado, si no remite, si no logro curarme yo solo, al final tendré que ir a un hospital y la cosa se complicará. Quizá pueda engañarles, pero lo dudo mucho, mi herida es claramente de bala.

A eso de las cuatro regreso al hotel. Me siento agotado, necesito recuperarme y dormir.

Antes de irme a la cama decido tomar otro Ibuprofeno y, en el preciso instante que voy a coger la pastilla, suena mi móvil.

Siempre que lo cojo, desde que tuve la llamada de Davy, temo que de nuevo sea él. Me dio un ultimátum y el tiempo corre, queda poco para que mi plazo expire y cuando eso suceda tendré que decidir qué hacer: marcharme de nuevo y asumir el destino que se me impone, o luchar contra la organización, contra Davy.

Por esta vez puedo respirar tranquilo, es Noa quien llama.

—Hola —digo con voz alegre. Escucharla siempre me hace feliz.

—Hola. Espero no molestar.

—Tú nunca molestas.

—Si estás ocupado te llamo más tarde.

Habla en un tono tan bajo que me cuesta horrores entenderla.

—¿Por qué hablas tan bajo?

—Verás, mi pequeña diablilla está en la habitación de al lado y no quiero que

sepa que estoy hablando contigo.

—¿Pasa algo malo?

—Oh, no, no, qué va. Es solo que se ha puesto muy pesada y quería hablar contigo antes de que lo haga ella y entonces...

—Para, para, no te entiendo.

Oigo la risa contenida de Noa.

—Hoy es noche de hamburguesa y cine, y ella quiere que vengas con nosotras, pero yo le he dicho que tendrías cosas que hacer...

—Me encantaría —la interrumpo.

—Imagino que para nada te apetecerá pasar la tarde en un cine lleno de niñas, viendo una peli de princesas. —Parece no escucharme pues continúa con su cháchara—. Tan solo quería pedirte que le cuentes alguna mentira, como que estás enfermo, por ejemplo, para que ella no se sienta mal. Desde..., desde lo de su padre no confía en los hombres y me ha sorprendido tanto que quisiese quedar contigo que...

—Vale. ¿A qué hora?

Silencio total, y eso es complicado con Noa al otro lado del teléfono.

—¿De verdad?

—Sí, claro que de verdad. Me encantaría tener una cita con dos bellas damas.

—Madre mía, verás que contenta se pone. ¡Laura! —grita.

—Hola. —La voz que se oye ahora al otro lado del teléfono es la de la pequeña Laura.

—Hola.

—Venga, pregúntale. —Escucho a Noa que debe estar junto a la niña.

—Espera pesada. —Sonrío al imaginarla, seguramente intenta tapar el auricular con las manos para que no la oiga, pero son tan pequeñas que su voz, aunque amortiguada, se cuela entre sus dedos—. ¿Te gustaría venir al cine con nosotras?

—Claro que sí.

—Mamá, dice que sí. —De nuevo cubre el teléfono y tengo que regañarme a mí mismo para que no reírme a carcajadas. Pero no puedo evitar que se dibuje una sonrisa en mi cara mientras susurran entre ellas.

—Pues dile a qué hora, vamos... —la alienta Noa.

—Dice mi mamá que a las seis te pasaremos a buscar —repite obediente—. ¡Jo mamá, no me quites el teléfono! —protesta.

—Román, yo llevaré el coche. —La voz de Noa me llega envuelta en las quejas de Laura, que seguramente quiere volver a arrebatarse el teléfono de la mano.

—No hace falta, puedo ir a donde me digas.

—Dice mamá que de eso nada, que ella llevará el coche. —Laura, según parece, ha salido vencedora y otra vez tiene el móvil sobre su oreja.

—Vale, vale, pues os espero en la calle.

—Adiós. —Se despide y sin más escucho el pitido inconfundible que me indica que ha colgado.

Sonrío como un tonto y me dispongo a prepararme para mi cita doble.

Puntual como un reloj suizo, a las seis, estoy en la puerta de mi hotel. Escucho el claxon de un coche y al mirar veo cómo Laura, con medio cuerpo por fuera de la ventanilla, me llama a gritos. Cruzo a la carrera y Noa me hace un gesto con una mano indicándome que me siente en el lado del copiloto. Me acomodo y recibo dos preciosos regalos: una bonita y tímida sonrisa de Laura, y dos besos en las mejillas de su madre.

—Y bien, ¿a dónde me lleváis? —pregunto.

—Vamos al centro comercial Porto Pi Centro —contesta Noa.

Comemos una de esas pequeñas hamburguesas con las que apenas sacio mi hambre, pero para Laura es el manjar más exquisito. Disfruto viendo cómo se chupa los dedos, embadurnándose la cara con el ketchup que mancha y chorrea por sus manos.

Llegada la hora entramos en el cine. Aquí estoy, en una sala llena de niños, viendo una película de dibujos. Juro que jamás hubiese pensado que viviría algo así.

Laura se sienta entre su madre y yo y se pasa toda la película con los ojos abiertos como platos con tal entusiasmo que me limito a observarla, fascinado con su forma de abstraerse del mundo.

Al salir ya es de noche. Caminamos hacia el coche cuando siento cómo la pequeña mano de Laura agarra la mía. Miro a su madre sorprendido y ella se limita a sonreírme.

—Ahora Román —dice Noa cuando llegamos a su pequeño utilitario—, te vamos a llevar a un sitio especial. Está cerca de mi casa, pero no te preocupes, luego te acercaremos a tu hotel.

Me pica la curiosidad, pero como vamos en su coche no me queda más remedio que subirme en él y dejarme llevar.

Por último, para rematar una tarde diferente, especial y única, entramos en una cafetería que cuenta con un colorido espacio recreativo lleno de niños disfrutando de toboganes, colchonetas y una gigantesca piscina de bolas.

—No sabía que existían sitios como este —digo mirando alrededor.

Las mesas de la cafetería están llenas de padres y grupos de amigos que charlan

mientras que sus hijos disfrutaban como locos. Las voces de los niños, que seguramente son estridentes, se escuchan amortiguadas, pues una mampara de cristal separa el lugar donde los mayores conversan de la zona de juego infantil. Dos espacios totalmente diferenciados, pero integrados uno en el otro de tal manera que los padres pueden observar a sus hijos.

—¡Cómo se nota que no tienes hijos! —Sus ojos azules brillan alegres—. Este es el único sistema de tomarme un café tranquilo sin tener a Laura pegada a mí. Cuando descubrí que esto existía se me abrió todo un abanico de posibilidades nuevas. Aquí puedo charlar con las amigas sin tener a una niña trepando por mi pierna.

—Hola Noa. —La camarera, una preciosa morena que no tendrá más de veinte años, se acerca a nuestra mesa—. ¿Te pongo lo de siempre?

—Sí, gracias Nerea.

—¿Y usted? —Me mira de arriba a abajo, parece muy complacida con lo que ve—. ¿Qué le pongo?

—Una Coca-Cola zero. —Le sonrío.

La joven se aleja a la barra en busca del pedido dejándonos a solas de nuevo.

Noa se carcajea.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunto.

—Siempre has sido como un imán para las chicas.

—Bah, que tontería. —Muevo mi mano quitando importancia al asunto.

—Ya, ya, Nerea te comía con la mirada.

Nerea regresa y coloca las bebidas sobre la mesa. Me mira otra vez con una gran sonrisa en los labios.

—Si deseas algo más no dudes en pedírmelo —me dice y entonces quien lanza una carcajada, al quedarnos solos, soy yo al ver la cara de Noa que se ha quedado con la boca abierta.

—¡Pero será...! —protesta—. Y a mí que me zurzan. Hay cosas que nunca cambian... —Menea la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Siempre has sido un ligón.

—Eh, que yo no tengo la culpa.

—Será tu sexapil. —En un gesto coqueto pone su codo en la mesa y apoya en la palma de su mano la barbilla. Pestañea coquetamente un par de veces y me lanza un beso.

Sonrío. Esta es la Noa que conozco de toda la vida: alegre, divertida, bromista...

Le doy un trago a mi Coca-Cola y ella a lo que parece un zumo de piña.

—¿Qué es lo que estás haciendo Noa? —Mi pregunta la pilla de improviso y eleva sus cejas en señal inequívoca de no haberme entendido.

—¿Cómo?

—No sé... —Me encojo de hombros, me resulta complicado exponer en palabras, sin ofenderla, lo que quiero saber—. No querías ni verme y ahora me presentas a tu hija, me traes a un local que frecuentas y donde tus amistades me verán a tu lado. Entiéndeme —corro a explicarme—, me sorprende. No es que me queje, todo lo contrario, me siento muy feliz, pero...

—Ya... Sé que parezco contradictoria. —Sopesa las palabras, para ella también está resultando complicado—. Me pediste una oportunidad, como amigos —aclara rauda—. Y eso es justamente lo que estoy haciendo, dártela. Siete años de inquina es mucho tiempo, se acabó, he decidido confiar en ti... Solo espero no haberme equivocado... No se puede vivir en el pasado.

—Te aseguro que no te arrepentirás cuando descubras que soy un hombre nuevo, que he cambiado.

Noa baja la mirada, seguramente recuerdos del pasado se filtran en su memoria. Puedo ver cómo lucha por darles carpetazo, pero entiendo perfectamente que es muy difícil.

—Te odié tanto... —Clava sus pupilas en mí—. Te aborrecí, deseé que te pasaran cosas horribles...

—Comprendo... Por eso te casaste con él. —No es mi intención que suene a reproche, pero mi tono es contundente. Noa me mira arrugando la frente.

—No Román, no me casé con Alberto por vengarme de ti, eso es absurdo. Ya te lo expliqué, él estuvo a mi lado cuando tú te fuiste. Me cuidó, me mimó y yo...

—En agradecimiento te casaste con él —termino su frase con sorna y está claro que le molesta, pues sus ojos brillan de ira. Siento que de nuevo la estoy cagando, ella me da una oportunidad y yo la fastidio.

—Sí, lo hice y tuve una hija que es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. Todo el sufrimiento que me causaste quedó en un segundo plano cuando vi su carita... Así que no intentes hacerme sentir culpable, Román. No lo hagas.

Un golpe duro, un puñetazo en la boca de mi estómago. Lo merezco.

—Joder, perdona Noa... Tienes razón. Pero... —Busco su mano con mía mientras intento recuperar su mirada—. Ese tío durante un tiempo se comportó como un matón conmigo. Me acosaba, me insultaba... —Noa me mira sorprendida, parece no saber nada sobre ese episodio vergonzoso de mi pasado.

—Yo..., ahora entiendo tu reacción...

Por un instante dejamos de hablar y Noa entrelaza sus dedos con los míos.

—Ocurrió en una época que deseo olvidar. Fue duro... —Bajo la mirada solo por un instante, necesito recuperarme, y cuando regreso a sus ojos le cuento todo —. Él..., él no contaba con que llegaría el día en el que le superaría en altura, en el que sería mucho más fuerte y cuando llegó, hartado de soportar sus insultos, el acoso al que había sido sometido durante años, le partí la boca... Le di una paliza delante de todos sus amigos.

Ambos quedamos en silencio, sé que le duele pensar que quizá su acercamiento no fue solo producto de su bondad, de su cariño, sino que también pudo estar guiado por una venganza hacia mí, siempre buscó superarme después de aquello.

—Ahora no forma parte de mi vida... No es nada ni para mí, ni para mi hija. Ya no me importa qué fue lo que le llevó hasta mí, tan solo quiero olvidar...

—Lo entiendo y la verdad es que lo mejor que os ha podido pasar es haberlo sacado de vuestras vidas.

—Se marchó lejos —sigue hablando, enfrascada más en sus pensamientos que en narrarme su realidad—. Tan lejos que nunca le vemos. No llama a Laura... no se implica en nada. Pedí la custodia y a él no le importó, creo que nunca la ha querido... —Seca una lágrima que está a punto de salir—. Pero yo la quiero por los dos... —Sus ojos demuestran esa afirmación con fiereza—. No le necesitamos para nada.

—Siento tanto todo esto...

—Lo sé. —Sonríe sincera—. No tienes que disculparte, no supe ver... Ahora está todo claro. ¿Román? —De repente su mirada cambia, parece preocupada—. ¿Te encuentras bien?

No me he dado cuenta de que estoy tiritando, he estado tan pendiente de la conversación con todos mis sentidos centrados en Noa que no he prestado atención a mi cuerpo. La fiebre ha regresado y un dolor punzante en mi herida parece quemarme el abdomen.

—No, la verdad. Creo que tengo algo de fiebre.

—Te llevaré al hotel.

Sin más se levanta. Mientras yo pago, ella va a buscar a Laura, que protesta enérgicamente, pero obedece.

Me cuesta llegar al coche. Camino casi tambaleante, pero disimulo todo lo posible, no quiero alarmarla más de lo que está.

—Si quieres te llevo al médico.

—¡No! —Salto como un resorte—. Es solo un catarro, no hace falta.

La calle está casi desierta, no es tarde, pero las temperaturas han descendido

mucho. Solo se escuchan nuestros pasos en el pavimento y el sonido de los pocos coches que circulan por la calzada. Un escalofrío no producido por la fiebre me recorre todo el cuerpo. Ese cosquilleo familiar en la nuca me hace parar mis pasos y volverme. Los años que he pasado mirando a mi espalda por temor a encontrarme una pistola encañonándome han despertado en mí un sexto sentido, uno especial: siento si alguien me sigue y, en este instante, es esa precisamente la sensación que me asalta.

Busco aterrado deseando que mi instinto esta vez falle.

—¿Román? —Noa, que va agarrada de la mano de su hija, me mira sorprendida al verme quieto sobre la acera observando la calle que hemos dejado atrás.

—Shh —le digo poniendo uno se mis dedos sobre mis labios.

Estoy un buen rato escrutando con la mirada, pero no veo nada sospechoso, tan solo dos chicas de unos quince años que caminan tranquilas mirando sus móviles.

Sacudo la cabeza. Seguramente habrá sido imaginación mía, la fiebre me ha jugado una mala pasada.

—Vamos. —Sigo andando como si nada hacia el coche.

Me dejo caer en el asiento del copiloto. Suspiro y, mientras Noa conduce, yo cierro los ojos.

Creo que me quedo traspuesto, pues al cabo de un rato siento cómo Noa me sacude el brazo.

—Román, ya hemos llegado.

Me despido de ellas y bajo torpemente.

Ya en mi habitación, caigo en la cama sin poder ni siquiera desvestirme.

Unos golpes insistentes en la puerta me despiertan. Me levanto desubicado, con el corazón martilleando con fuerza. Miro a mí alrededor en busca de algún arma con la que defenderme, pues temo que quien está aporreándola no venga en busca de conversación. ¡Mierda!, no tengo mi Beretta, no podía subir en el avión con una pistola y la tuve que dejar en Manhattan. Tengo que conseguir una, si el que está al otro lado de la puerta me da una segunda oportunidad, será lo primero que haga.

—¡Román! —Es la voz de Noa y corro a abrir asustado.

Tiro con tal fuerza que casi la saco de los goznes. La tomo entre mis brazos, la abrazo y después la sacudo con brusquedad.

—¿Estás bien? Por Dios Noa, ¿qué pasa? —Parezco desquiciado, estoy como loco de miedo por ella. Noa se sacude para soltarse de mi amarre ya que mis

dedos se clavan en su gabardina como garfios.

—¡Román, me haces daño! —Escruta mis ojos—. ¿Qué te pasa?

Sacudo la cabeza. Me noto arder y creo que la fiebre me está haciendo ver cosas que no son.

Noa me toca la frente.

—¡Dios mío, estás ardiendo!

Tira de mi cuerpo hacia dentro de mi habitación y cierra la puerta a su paso.

Tambaleándome llego hasta la cama y me dejo caer.

—Pensé... —baluceo—, creí que estaba en peligro, que estabas en peligro.

—¿En peligro de qué? No te entiendo.

No contesto y cierro los ojos. Quizá estoy delirando, no sé, casi no soy consciente de lo que está sucediendo.

Siento un paño frío sobre mi frente, quiero quitármelo, deseo arroparme, pero ella no me deja. La escucho hablar con alguien por teléfono. Pide ayuda. ¡No, no! Está llamando al médico.

—¡Noa, no, por favor! —grito.

—Tranquilo. —Ella intenta sujetarme, pero tengo que huir. Salgo de la cama, tambaleándome y casi me caigo—. Túmbate —me ordena.

—Tengo que irme... —Mi voz suena rara, como cuando estás borracho y pronuncias mucho las erres—. ¡Es qué no lo entiendes! No puede verme un médico.

—¿Por qué Román? —me pregunta asustada.

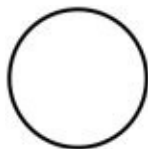
—¡Joder! —Estoy desesperado, perdido—. Tengo fiebre porque..., porque..., tengo una herida de bala y se ha infectado. —Me levanto la camiseta y Noa puede ver mi costado donde destaca la sutura, abultada y rojiza, muestra inequívoca de la infección.

Veo cómo sopesa sus opciones.

—¡Túmbate en la cama ya! —me manda, y yo obedezco, las piernas apenas me sujetan.

Otra vez mi mente entra en una especie de neblina. Escucho cómo llama de nuevo por teléfono, dice que no necesita ninguna ambulancia, que ha sido un error y se disculpa. Otra llamada. Discute con alguien... Grita enfadada... Me duermo.

17. Obsesión.



—Vamos Noa, no es para tanto. —Traté de tomarle la mano, pero ella no quería ningún tipo de contacto.

—No tengo ganas de discutir —me dijo mientras entraba en el dormitorio y comenzaba a desvestirse—, estoy cansada y lo único que quiero es dormir.

Ni siquiera me miró a la cara.

—Noa, vamos a hablar, necesito...

—No, hoy no.

—¡Te juro que no entiendo a qué viene esto! —Mi estallido no le provocó ningún tipo de reacción.

Noa podía ser explosiva o comedida hasta el punto de lograr desquiciar a cualquiera. Ahora necesitaba que estallase, que gritase, golpease, algo..., lo que fuese, pero ese pasotismo, esa tranquilidad con la que estaba actuando mientras se quitaba la ropa y entraba en el baño para desmaquillarse sin ni siquiera mirarme, me estaba cabreando tanto, que podía sentir cómo mi cara se congestionaba. Pensé que de un momento a otro me saldría humo por las fosas nasales.

Estaba frotándose enérgicamente con la leche limpiadora y me coloqué detrás de ella con los puños apretados, furioso, muy furioso.

Parecía no tener prisa, pues todos sus movimientos eran lentos, pausados.

—¡Quieres hacer el puto favor de decirme qué te pasa!

Se secó la cara y se volvió para taladrar mis pupilas con una mirada de odio, una que jamás había visto en sus ojos.

—¿De verdad quieres saber qué me pasa?

—Pues sí, porque no entiendo el motivo por el que discutimos. No comprendo por qué estás enfadada.

Su mirada se tornó vidriosa.

—Lo primero, el único que está discutiendo y portándose como un energúmeno eres tú, y lo segundo..., ¿sabes lo que más me molesta de todo? —Esperó un rato y, al ver que yo no contestaba, siguió hablando—. Que ni siquiera sepas lo que me molesta.

—¡Joder pues explícamelo!

Salió del baño y seguí sus pasos tan pegado a su espalda que cuando paró de

golpe frente al armario choqué contra su cuerpo. Pero inmediatamente tomé distancia para poder observar su expresión, que me daba muchas pistas sobre sus sentimientos.

—Me molestan muchas cosas pero que tengas secretos, que me mientas, eso es lo que nunca, jamás soportaré.

Arrugó la frente y se colocó un mechón rebelde que le tapaba los ojos.

—¿Por qué estás tan segura de que te miento?, ¿de qué te oculto algo...? Creo que eres una neurótica...

—Román, no soy tonta. He visto tu reacción cuando te he hablado de Candela. Carmen me contó...

—¡Joder, estoy hasta los cojones de Carmen! —Sé que mi reacción fue desmedida, desproporcionada, pero es lo que ocurre cuando te sientes culpable, cuando sabes que los demás tienen razón, cuando eres consciente de que ella tiene razón. Yo mentía, le ocultaba cosas, y mi única manera de razonar era a gritos e intentando culparla de mis errores.

—Será mejor que lo dejemos. Te estás pasando Román. —Se dio la vuelta y salió hacia la cocina, y por supuesto yo detrás.

¿Por qué la buscaba así?, parecía que necesitaba discutir y mentirme a mí mismo echándole la culpa a ella.

—¿Qué es lo que quieres saber? ¿Dime? ¡Joder!

—Tan solo lo que tú me quieras contar. Eres libre. Pero no me tomes por tonta. Mírame a los ojos y dime que entre ella y tú no ha habido nada.

Fue un acto reflejo, uno que no pude remediar. Mis ojos descendieron hasta el suelo huyendo de los suyos. Escuché un suspiro de sus labios. Se alejaba de mí y yo no hacía nada por remediarlo.

—No necesito nada más, ya tengo mi respuesta.

Entró en la cocina y la tomé de un brazo obligándola a detenerse.

—¡Es pasado!

Se giró y me miró, sus ojos anegados, su mirada triste. Ese día algo entre nosotros se rompió, algo frágil, único e importante: la confianza.

—Es pasado, pero se hace presente en nuestra relación en el preciso instante en el que me lo ocultas. Yo no tengo nada escondido, ni en mi pasado, ni por supuesto, en mi presente. Pero dime Román: ¿cuántos secretos escondes?

—¿Qué necesitas saber, si me la follé? —solté. Apenas podía contener mi furia, pero no era hacia ella, era hacia mí. Estaba jodiéndolo todo, era consciente y no hacía nada por arreglarlo—. Sí, lo hice y varias veces —dije clavando mis ojos que parecían atravesarla como puñales—. ¿Te quedas más tranquila?

Noa cerró los suyos, conteniendo las lágrimas que no quería derramar y menos delante de mí.

Me sentí acorralado, atrapado y lo único que se me ocurrió fue salir corriendo.

Di un portazo y bajé las escaleras de dos en dos, a la carrera, en busca del aire fresco de la calle, uno que necesitaba.

Caminé en círculos por la acera pateando la nada, con las manos apretadas en puños que colgaban a ambos lados de mi cuerpo. Un profundo y pesado agujero se abrió de golpe dentro de mi estómago, una terrible sensación de pérdida, de pánico, se apoderó de mí.

La cagué de nuevo y de una manera estrepitosa. Pero había algo, una fuerza invisible y potente, que me obligaba a quedarme en la calle y no subir ese tramo de escaleras que me separaba de ella para poder abrazarla, hundir mi cabeza en su regazo y pedirle perdón.

Necesitaba un cigarro y ya. Así que me fui al bar de la esquina y me compré un paquete de Fortuna y un mechero.

Me senté en el bordillo y encendí un pitillo casi con manos temblorosas.

El pasado siempre regresaba, regresaba siempre para joderme, para patearme el culo.

Cerré los ojos disfrutando de la nicotina, alquitrán y demás mierdas que tiene el tabaco, pero que, en esos momentos, me estaba sabiendo a gloria.

¿Y ahora?, me pregunté.

Me fumé un par de cigarros, dando por acabado mi periodo de abstinencia. Subí a casa, derrotado y un poco mareado.

Unas sábanas, un almohadón y una manta me esperaban en el sofá. Mensaje captado.

Esa noche apenas pude conciliar el sueño.

Aquel fin de semana fue un completo desastre. Por primera vez en nuestra relación, los reproches ganaron la partida y había terminado durmiendo en el sofá.

Como ambos éramos muy pasionales, nuestras discusiones eran cotidianas, y en las reconciliaciones poníamos tanta pasión que incluso muchas veces me gustaba provocarlas. Pero esta vez fue distinto, esta vez no hubo reconciliación, ni pasión de ningún tipo, ni siquiera a la hora de discutir más por parte de Noa que mía.

La mañana transcurrió fría, sin apenas contacto entre nosotros. Teníamos un pisito no muy grande, pero conseguimos no encontrarnos durante mucho tiempo en la misma sala y apenas nos dirigimos la palabra.

Sabía que ella estaba dolida, enfadada y tenía razones para estarlo, yo..., bueno,

yo era un gilipollas con más orgullo que cabeza.

El sábado por la noche habíamos quedado con Lara y Gerardo, no me apetecía en absoluto y más después del mal ambiente que se respiraba entre nosotros, pero Noa insistió en ir y yo no quería poner las cosas más difíciles.

Mi querida hermana, a la que en esa ocasión tuve ganas de asesinar, sin pretenderlo, hizo que la distancia entre Noa y yo creciese exponencialmente.

—Román hoy ha estado Candela en casa, ha preguntado por ti. —Si las miradas matasen, esa noche, en ese restaurante al lado del mar, hubieran fallecido dos personas: mi hermana asesinada por la mía y yo por la de Noa.

—Me alegro —contesté con desgana y clavando mis pupilas en las de ella como cuchillos afilados.

—Podríamos quedar un día todos juntos.

¡Bien, mi hermana y sus ideas maravillosas y divertidas!

—Pues sí —soltó Noa. Yo estaba llevando un trozo de carne a la boca y al escucharla por poco se me cae el tenedor al plato—, sería muy divertido, ¿verdad Román?

—Déjalo, no empieces otra vez —le dije en tono bajo y contenido.

Gerardo y Lara nos miraban sin entender nada.

—¿Pasa algo? —Lara de nuevo, no podía estarse callada.

—Pues sí. —Noa clavó sus ojos en ella—. Resulta que tu querido hermano me oculta cosas...

—Basta Noa —la interrumpí.

—¿Por qué lo hace? —Siguió sin hacerme caso—. No tengo ni idea. Son cosas del pasado, según él, pero yo no le creo. ¿Y sabes por qué? —Entonces fue en mí en quien clavó su mirada—. Porque cuando anoche vio a Candela en la discoteca se quedó paralizado. Pude verlo en sus ojos...

Me sorprendió saber que Noa había sido consciente desde el principio de mi reacción y se lo había callado.

Lara se miró con la boca abierta. Nunca había sospechado nada y en ese preciso instante se enteraba de que, la que consideraba su mejor amiga y su hermano, habían tenido algo más que una simple relación cordial. En ese momento no dijo nada, pero sabía que tarde o temprano tendríamos una conversación de hermanos.

Bajé mis ojos a mi plato y me quedé sin palabras.

Acabamos de cenar y nos fuimos a casa, no nos quedó cuerpo a ninguno para nada más.

El domingo fue un poco más de lo mismo, solo que esta vez yo intentaba poner

un poco de paz. Le preparé la comida que más le gustaba. Intenté varias veces mantener una conversación, pero nada dio resultado y terminé a eso de las diez de la noche frustrado en la terraza, fumando un cigarro. Uno que había deseado durante cada una de las horas del día y que había intentado no encender para probarme que de nuevo lo podía dejar. Noa pasó de largo, me miró enfadada y se encerró en la habitación que compartíamos.

Otra noche en el sofá. Otra noche en blanco.

Al día siguiente nos levantamos para ir a trabajar. Como todas las mañanas la acerqué al hotel, pero esta vez aparqué el coche y la obligué a hablar. Esta vez no se me escapaba. Aproveché el espacio pequeño del habitáculo y los seguros cerrados para que no saliera corriendo.

—Noa yo... —comencé a decir con torpeza—. Lo siento.

Levanté mi mirada, quería que viera en ella la verdad de mis palabras.

—Yo también lo siento —se disculpó.

—No puedo, no quiero seguir así y menos por algo del pasado.

Me acerqué a su cuerpo, ella no se resistió cuando enmarqué su cara con mis manos.

—¿Seguro que es pasado? —Sus ojos estaban anegados de lágrimas que luchaba por no derramar.

—Te lo juro... Es pasado, no significa nada.

Acaricié su cuello, re Coloqué un mechón de pelo tras uno de sus oídos.

—Entonces... —dijo sorbiendo—, entonces ¿por qué te quedaste paralizado cuando la viste? ¿Por qué me mentiste cuando te pregunté si entre tú y ella había habido algo? ¿Por qué te afecta tanto que ni siquiera puedes estar delante de ella?

Cerré los ojos con fuerza. ¡Dios!, ¿cómo podía explicarle todo sin hacerle daño?, ¿cómo podía si ni siquiera yo lo entendía?

—No sé... Tuve miedo de que te enfadases. Candela, Candela es..., ya sabes cómo es, inestable. No sabía cómo iba a reaccionar...

Noa suspiró y se secó los ojos con sus dedos temblorosos.

—No me mientas más Román, no lo hagas... Duele.

Apoyé mi frente sobre la suya mientras con mis manos recorría sus mejillas húmedas.

—No lo haré... Te lo prometo.

La besé para sellar una promesa que seguramente, de forma inconsciente, no llegaría a cumplir.

Nos abrazamos aceptando, ambos, una tregua.

La vi entrar en el hotel, me saludó con la mano y me sentí el ser más sucio y canalla que deambulaba por la faz de la tierra. La amaba, con toda mi alma, pero...

Ya en el taller intenté regresar a mi vida normal. Manchas de aceite y facturas se mezclaban en mis manos.

Manu me dio un poco de cancha al verme llegar ojeroso y cabizbajo, ese lunes no hubo bronca mañanera, se lo agradecí, no tenía el cuerpo para nada.

A eso de las once y después de un cambio de aceite, estaba sentado en el despacho intentando poner de nuevo orden en el caos que provocaba Manu cada vez que intentaba hacer algo.

Sentí cómo la puerta se abría, pero estaba tan metido en el ordenador que ni siquiera levanté la cabeza.

—Joder Manu, no sé por qué coño tocas don...

Callé de golpe. No era Manu quien en esos momentos estaba a mi espalda. Lo supe porque todo el vello de mi cuerpo se erizó, porque mis fosas nasales se dilataron y abrieron para absorber por completo el aroma, el olor a sexo de Candela.

Me giré en la silla y clavé los ojos en ella. Llevaba una falda corta que permitía ver sus interminables piernas y una camisa negra con un escote pronunciado. Su melena rubia, larga, brillaba y enmarcaba su cara de niña buena, de ángel, con aquellos labios rojos y sus pestañas infinitas.

—Hola Román —dijo con su voz aterciopelada como el canto de sirena que atrae a los marineros hasta ser su perdición.

—¿Qué haces aquí? —pregunté intentando que no notase lo alterado que estaba.

—He venido a verte. Quería saber de ti...

Me levanté con tal ímpetu que la silla salió rodando hasta el otro extremo del pequeño despacho, chocando estrepitosamente contra la pared y provocando que Candela se encogiese asustada. Nunca la había visto así, parecía tímida a pesar de su fachada de mujer fatal.

—Será mejor que te marches —espeté.

—Por favor Román. —Se acercó a mí y posó una de sus manos sobre mi pecho en una leve caricia que me abrasó—. Sé que debes estar enfadado por lo que pasó... —Señaló mi mano, esa que ella dejó marcada—. Te juro que no sé qué pudo pasarme, yo...

—Por favor Candela... —Cerré los ojos. Mi voz sonó suplicante y no me importó lo más mínimo. Necesitaba que pusiese distancia entre nosotros, que

dejase de tocarme, que desapareciera de nuevo.

¡No, no!, gritaba mi mente. Pero abrí los ojos y ella seguía allí de pie, frente a mí, pasando su lengua rosada por sus labios rojos y palpando mi pecho. Y yo..., yo no podía moverme.

—Señorita, usted no puede estar aquí. —No había escuchado la puerta abrirse de nuevo, no me había dado cuenta de que Manu estaba dentro de la oficina hasta que no oí su ronca voz.

Candela se apartó de mí y lo agradecí en silencio. Suspiré con fuerza sin pretenderlo y respiré tranquilo.

—Tiene que salir —siguió hablando Manu, pues yo no podía hacerlo—. Esta sala es solo para el personal. La acompaño a la salida.

Candela no protestó, ni intentó llevarle la contraria. Siguió mansa a Manu, mientras yo continuaba en la misma postura, parado sobre mis piernas abiertas y con los brazos caídos a ambos lados de mi cuerpo.

Podía escuchar el traqueteo de los tacones de Candela sobre el suelo, la puerta de la nave abrirse, un “adiós” de ambos y cómo se cerraba de golpe.

—La próxima vez que esto ocurra te largaré a la calle. —Manu estaba a mi espalda. Hablaba tranquilo, sosegado. Sabía perfectamente que esta vez su amenaza no era en vano.

—Lo siento —dije.

—Román..., no lo hagas.

Me giré y enfrenté su mirada cargada de reproches.

—No he hecho nada. —Intenté excusarme.

—No, pero has estado a punto.

—Yo...

—Mira hijo —puso una de sus rechonchas manos sobre mi hombro—, conozco a ese tipo de mujeres y no son buenas. Te traerá problemas, te meterá en líos de los que luego te arrepentirás. Mantenla lejos de ti.

Caminé hacia la silla y me dejé caer en ella.

—Lo intento. —Me recosté y cerré los ojos—. Te juro que lo intento, pero se ha metido en mi piel, dentro de mí y no logro deshacerme de ella. Lucho, peleo, pero siempre regresa, y yo...

Oí cómo Manu chasqueaba la lengua. Abrí los ojos con la intención de ver su expresión y hacerme una idea de lo que pensaba. Por primera vez en mi vida escuchaba cómo mis labios exponían con palabras lo que sentía, por un momento me sinceraba y confiaba uno de mis secretos mejor guardados, lo hacía ante una de las personas más sensatas que conocía, y deseaba con toda el alma

saber su opinión, recibir sus sabios consejos.

Tomó otra de las sillas del despacho y se sentó a mi lado, pero mirándome.

—Candela es para mí —continué—, como una obsesión, una enfermedad que me ataca, me posee.

—Es jodido, muy jodido... —Sacudió la cabeza—. Pero piensa con el corazón. Medita si te merece la pena perder lo que tienes. Noa... —Al escuchar su nombre lo miré de golpe, clavé mis ojos azules en él como si al hacerlo todos mis problemas se fuesen a esfumar—. Ella es una buena chica, te quiere. Cuídala. No la falles...

—No quiero... ¡Dios, no quiero hacerla daño!

—Habla con ella. Cuéntale exactamente lo que me acabas de confesar a mí. Lo peor que existe en una relación son los secretos y las mentiras.

—Y si... —dejé la pregunta sin formular, solo pensar en perderla era tan doloroso que ni siquiera podía pronunciar unas simples palabras.

—Puede pasar hijo. —Manu me entendió a la perfección, como siempre hacía—. Pero eso es mejor que engañar a la persona que te ama, a la que amas.

Palmeó con fuerza mi rodilla, se levantó de la silla y caminó hacia la puerta del despacho. Pero antes de salir me miró de nuevo.

—La próxima vez que sea testigo de algo así hablaré con Noa, le contaré todo. No voy a consentir que le mientas. Te quiero como a un hijo, pero jamás te permitiré una falta de respeto en mis narices hacia una mujer con tan buen corazón. Tenlo en cuenta.

Cerró y me dejó solo, solo...

Coloqué mis codos sobre mis rodillas abiertas y mis manos tomando mi cabeza, que parecía pesarme. Bajé mi mirada al suelo.

Quizá estaba en el buen camino para curarme, pensé. En el fondo era como un alcohólico que, al aceptar su problema y buscar ayuda en alguien, comienza su labor de desenganche.

Salí del trabajo con una sensación amarga en la garganta, con una opresión en el pecho como si un puño me apretase con fuerza el corazón, pero también con esperanzas.

Encendí un cigarro y aspiré el humo con placer. Me paré de golpe y miré la colilla. En cierto modo Candela era como ese pitillo que tanto necesitaba. Sabía que era malo, perjudicial, pero lo deseaba con tanta fuerza que el sentido común pasaba a segundo plano. Lo había dejado un millón de veces, pero terminaba cayendo de nuevo.

Regresé a casa con la cabeza girando como una peonza. Nada más entrar el

dulce y delicioso aroma de Noa me llegó de golpe, intenso y potente, haciéndome recordar todo lo que ella aportaba a mi cordura y a mi estabilidad, todo lo que con ella era, un hombre seguro de mí mismo, y todo lo que no quería perder por nada del mundo.

Caminé hasta el salón. Ella estaba tumbada en el sofá viendo la televisión. Llevaba el precioso conjunto de pantalón corto y camiseta de tirantes que usaba para dormir.

Me miró y sonrió. Me acerqué, besé sus labios y ella arrugó la nariz.

—Hueles a tabaco. ¿Por qué has vuelto a fumar? —me reprochó.

Me encogí de hombros y me dirigí al baño. Me desnudé, metí todas las prendas que me había quitado en el cesto de la ropa para lavar y me di una larga ducha.

Dejé que el agua borrara toda duda, todo miedo. Permití que mi mente se quedase en blanco y decidí dejarme llevar por la vida y no meditar cada uno de mis pasos, no reprocharme cada una de mis decisiones. Estaba cansado y abatido, triste, bajo de energía, Candela se la llevaba en cada una de sus apariciones estelares.

Me sequé y con tan solo una toalla envolviendo mis caderas regresé al salón.

Noa continuaba en la misma posición en la que la había dejado hacía tan solo unos minutos, pero al verme se puso de pie.

—Román. —Me miraba con preocupación. Puso su mano sobre una de mis mejillas y la acarició con tanto cariño que un suspiro salió de mi boca—. Tienes mala cara, ¿estás bien?

En ese preciso instante recordé el sabio consejo de Manu, “Cuéntale exactamente lo que me acabas de confesar a mí” me dijo. ¿Y si lo hacía?

—Sí —asentí con rotundidad—, ahora que estoy en casa estoy bien. —Cobarde, me insulté.

Una verdad que encerraba una mentira porque estar en casa me reconfortaba, pero no, no estaba bien. Mi alma gritaba, pedía auxilio.

La tomé entre mis brazos, necesitaba sentir su calor, su amor, ese que desprendía en forma de aroma a vainilla. Olvidarme de todo, de todos...

La llevé hasta la cama, esa que habíamos dejado de compartir durante dos largos, eternos días y noches de desvelo.

Desnudé su cuerpo despacio, recreándome en cada trozo de su piel que quedaba al descubierto. Primero la camiseta de tirantes que dejé caer al suelo, luego su pantalón corto que sufrió el mismo trato.

Olisqueé su piel pasando la punta de la nariz por sus pechos, su cuello, su vientre, sin llegar a tocarla. Noa jadeaba excitada, encorvaba su espalda

intentando acercarse más a mis labios, a mi cara. Se aferraba con fuerza a las sábanas, retorciéndolas entre sus dedos, mientras nuestras miradas, las de ambos, permanecían conectadas.

Bajé despacio por su abdomen y allí, en la delicada piel color canela, rocé mis mejillas. El vello de mi incipiente barba, una que llevaba sin rasurar hacía un par de días, dibujó señales rojizas que inmediatamente besé.

Ahora sí, mi boca tocaba su cuerpo y bajaba, con un lento recorrido, hasta el centro exacto donde el placer de Noa crecía, el lugar donde deseaba entrar y quedarme resguardado de todo mal, para toda mi vida.

El primer contacto de mi lengua sobre esa zona ya húmeda y preparada para mi intromisión, le causó un fuerte gemido que resonó en mis oídos y despertó mi deseo, como cuando el hipnotizador chasquea los dedos para sacar al hipnotizado de su trance.

Me coloqué entre sus piernas, tomé sus glúteos con mis manos y los alcé para llevarme el manjar de su sexo a mi boca. Paladeé, lamí, besé e incluso mordí. Jadeé, mientras miraba su expresión de placer.

Se corrió en mi boca, se derramó, gritó y quedó desmadejada como una muñeca de trapo.

Entonces le di la vuelta sobre el colchón, la coloqué y la penetré con fuerza y determinación.

Me moví deprisa, sin pararme a pensar, solo quería sentir, disfrutar de su cuerpo y más aún cuando noté cómo ella correspondía a mis envites elevando más sus caderas para que mi pene entrase en ella con mayor profundidad.

Llevé uno de mis dedos hasta su clítoris y lo rocé, frotándolo al mismo ritmo que mis embestidas, hasta que escuché cómo Noa gemía con fuerza, próxima a su clímax.

Juntos..., nos corrimos juntos. Nos gustaba que fuese así.

Al sentir los últimos coletazos de mi orgasmo, salí de su interior y me dejé caer de lado sobre la cama. Ella hizo lo mismo. Nos miramos sin tocarnos, nuestros corazones aún galopaban y nuestras respiraciones eran todavía jadeantes.

—Te eché mucho de menos —me dijo mientras retiraba mi flequillo de los ojos.

—Lo siento. —Pensé que últimamente esa palabra se había convertido en mi favorita, pues no hacía otra cosa que repetirla.

Me abrazó con fuerza y hundió su cabeza en mi cuello.

—Te amo Román.

—Y yo Noa. Nunca, jamás lo dudes.

El resto de la semana transcurrió de lo más normal, todo cotidiano, sin sobresaltos y di gracias a Dios por el regalo de otra oportunidad.

De nuevo éramos Noa y Román, dos locos enamorados con ganas de follar a todas horas, con deseo de tocarnos en cualquier momento del día.

El sábado Noa había quedado con Lara y Carmen “noche de chicas”, me dijo.

Yo decidí quedarme en casa, solo.

—¿Estarás bien? —me preguntó por décima vez ya preparada para salir.

—Sí —contesté poniendo los ojos en blanco—. Vamos, vete y pásalo muy bien.
—La empujé hasta la puerta.

Me besó, nunca olvidaré ese beso, se quedó grabado en mi memoria por..., bueno por muchas razones.

La vi salir y me asomé a la ventana para decirle adiós. Lara y Carmen la esperaban apoyadas en el coche de mi hermana. Las tres miraron hacia el balcón y se despidieron de mí moviendo enérgicamente sus manos.

Cuando vi desaparecer el coche en la distancia entré en casa. No sé por qué motivo, pero esa soledad, ese día precisamente, me pesaba más que otras veces.

Me tumbé en el sofá, acurrucado y abrazado a un cojín. Creo que me quedé dormido, pues me despertó el sonido del timbre, y cuando miré el reloj habían pasado un par de horas desde que se fue Noa. Me levanté para ver quién era. Abrí y...

—¿Qué haces tú aquí? —escupí sin ningún tipo de delicadeza. Elevé mi mirada al techo en un claro gesto de aflicción.

—He venido a verte —contestó cabizbaja. Se la veía triste y abatida, pero a mí me daba igual. Su presencia significaba problemas con Noa, y ya había tenido bastantes.

—Vete Candela.

—Por favor. Yo... —La escuché gemir. Comenzó a llorar, nunca la había visto derramar una sola lágrima y verla así, destrozada, me venció, así que tiré de su cuerpo para que entrase en casa.

Ya dentro la solté como si su cuerpo fuese una lengua de fuego. Ella sollozaba con fuerza.

—¿Qué te pasa? —pregunté acercándome. Pero no la abracé, no confiaba nada en mi cuerpo traidor, tan solo puse una mano sobre su hombro como señal de apoyo.

—Él..., él... —se arrojó en mis brazos y no pude hacer nada más que envolverla con ellos—, me ha pegado.

Elevó la cabeza y se quitó las gafas de sol que llevaba puestas, entonces pude

ver sus ojos y el cerco morado que cubría uno de ellos.

—¡Será hijo de puta! —Nadie merecía eso, nadie, ni siquiera un ser retorcido y egoísta como Candela.

La guie hasta el sofá y la ayudé a sentarse.

—¿Quieres algo de beber? —Me sentía torpe, entre nosotros tan solo existía sexo, pero ninguna amistad. No sabía cómo consolarla, cómo actuar.. Me chocaba verla así, con sentimientos que no fueran el detonante para echar un polvo, bañada en lágrimas y temblando.

—No, tan solo, tan solo siéntate a mi lado y abrázame.

Para mí era como si el demonio me pidiese una firma en un papel en blanco. Me aterraba hacerlo porque temía perder mi alma, pero se la veía tan desprotegida, tan indefensa, que cedí, me dejé caer a su lado y la tomé entre mis brazos.

Lloró durante un buen rato, hipaba, sollozaba y yo intentaba consolarla, calmarla.

—¿Por qué...? —Cerré la boca de golpe, mi pregunta era absurda porque no existe ningún motivo para golpear a una mujer, pero ella me contestó sin tapujos.

—Celos. Se enteró de que fui a verte y..

—¡Joder Candela! —La abracé con más fuerza—. Debes dejarle. Debes denunciarle. Si quieres yo te acompañaré.

Se soltó de mis brazos y pude ver en sus ojos una súplica que reafirmó con sus palabras.

—¡No, no! —gritaba como loca—. No, nunca.

—Pero..., ¿por qué? Te está haciendo daño... —Callé de golpe. De nuevo, eso era exactamente lo que a mí me estaba sucediendo, lo que me había pasado todos estos años con ella y ahora me permitía reprocharle... Me dieron ganas de reír, me sentía un total hipócrita.

Se aferró a mi camiseta con los puños apretados, parecía querer integrarme dentro de su cuerpo, pues no dejaba apenas espacio entre ellos.

—¿Te ha pegado alguna vez más?

—Sí, muchas... —confirmó mi sospecha entre sollozos.

—Dios Candela, no se lo permitas. —La tomé de los brazos y la zarandé—. Nadie debe tratarte así, nadie... ¿Es que no lo entiendes? —¿A quién le preguntaba eso, a mí o a ella?

—Quizá... quizá lo merezca. —Sus ojos marrones me miraban con tanta tristeza...

—No Candela, nadie, nadie merece ser golpeado.

—¿Ni siquiera si te apuñalan la mano? —preguntó sorbiendo por la nariz.

—Ni siquiera por eso. —Su alusión a aquella tarde me dolió como si echasen sal sobre una herida abierta, una que no se había cerrado aún, a pesar de que mi mano mostrase la cicatriz.

—Eres demasiado bueno Román. Tienes un corazón tan grande que yo... —Acarició una de mis mejillas con lo más parecido a la ternura que Candela podía demostrar—. Deberías alejarte de mí. No soy buena Román, estoy maldita, todo lo que toco... —Cerró con fuerza los ojos.

Y entonces...

¿Cómo sucedió todo? Apenas logro recordarlo porque fue tan rápido como un pestañeo. De repente estaba besándola mientras ella me quitaba la ropa. Intenté resistirme, pero era como el drogadicto que después de un tiempo de abstinencia, recae: una vez has empezado no puedes dejarlo.

Estábamos tumbados en mi sofá, ese en el que Noa y yo compartíamos películas, sexo y confidencias. Mancillaba ese espacio íntimo, tan nuestro, con otra, y a pesar de sentirme vil no podía dejar de besarla, de acariciarla.

Estábamos casi desnudos, con mi polla entrando en ella, cuando la puerta de la casa se abrió y seis pares de ojos se clavaron en la escena que en esos momentos se representaba.

—¡Hijo de puta! —escuché la voz de Noa y me levanté de inmediato tapando con mis manos mi falo, avergonzado de las miradas de mi hermana y Carmen.

—Noa yo... —salió de mi boca.

Candela negaba con vehemencia con la cabeza.

—Noa él..., él no tiene la culpa —decía una y otra vez.

Pero Noa tan solo reparaba en mí. Sus ojos me escrutaban, su mirada enloquecida parecía desear que aquello fuese una pesadilla y no la cruda realidad, que la golpeaba como un puño en el corazón.

—¡Dios Román, qué bajo has caído! —Lara escupió sus palabras con tal rabia que desvié la vista humillado—. ¡Vístete y márchate de aquí! —le gritó a Candela, que se apresuró a ponerse toda su ropa.

Ya vestida caminó hacia la salida, pero antes de cerrar la puerta se volvió y se dirigió a Noa, solo a ella.

—Todo ha sido culpa mía Noa..., solo mía.

—Vete por favor... —dijo con tono suplicante. Ni siquiera la miró, pues sus ojos permanecían fijos en mí.

Noa seguía con sus pupilas, esas que hacía tan solo unas horas me contemplaban con amor y ahora lo hacían con tristeza, clavadas en mí. Negaba

con la cabeza mientras sus lágrimas caían.

Me vestí y me dejé caer en el sofá. Estaba en shock, deseaba despertar y que tan solo fuera una pesadilla.

Todas me miraban y yo me sentía desnudo. Aun llevando mi ropa puesta, estaba expuesto ante los ojos de tres mujeres furiosas conmigo.

—Noa yo... —Volví a intentarlo con las mismas palabras que utilicé nada más verla.

—No Román, no... Ni se te ocurra.

Se acercó a mí, se puso frente a mi cara en cuclillas, a tan solo un palmo. Quieta, sin mover ni un solo músculo.

Escuché la puerta abrirse y cerrarse, supuse que Candela se había marchado. No quise retirar mi mirada de Noa para cerciorarme.

—Me has mentido Román y te supliqué que no lo hicieras. Me dijiste que era pasado. No quiero volver a verte en toda mi vida, nunca más. —Se incorporó y señaló la puerta con un dedo—. Recoge tus cosas y lárgate.

Me levanté sin mirar a nuestras espectadoras, entré en la que ya no sería nunca más nuestra habitación y preparé una bolsa con algunas de mis cosas.

Las escuchaba hablar en el salón, podía oír los sollozos contenidos de Noa, las palabrotas que soltaba Carmen por su boca, insultos que merecía y a los que no pensaba contestar.

Salí cabizbajo con mi bolsa en el hombro, una bolsa cuyo contenido no era solo ropa, sino que también iba cargada de remordimientos, tristeza y dolor.

Me paré frente a ella con los ojos de Lara y Carmen fijos en mí.

—Sé que no vas a creerme, pero... lo siento...

Noa elevó su mirada. Destilaba tal odio que retrocedí.

—¡Vete hijo de puta! —Se puso de pie y me empujó con fuerza hasta la salida. Me golpeaba con los puños cerrados el pecho y la dejé, en ningún momento traté de separarla de mí, de sujetar sus manos—. ¡No quiero volver a verte, nunca, jamás! Eres un cerdo, un cabrón, un...

—¡Basta Noa! —Lara fue quién se acercó y le agarró las manos cuando ella me asestó un fuerte tortazo que marcó mi mejilla.

Se dejó llevar por mi hermana hasta el sofá donde los brazos de Carmen la estaban esperando.

Lara me acompañó hasta la salida. Me volví a mirarla por última vez. Ya no lo haría de nuevo, nunca, al menos eso pensé en ese instante.

Lara cerró la puerta con los dos fuera de la casa.

—¿Qué coño has hecho, hermano? —me preguntó con los brazos en jarras y un

cabreo descomunal.

—Cagarla —contesté yo con una sonrisa torcida, pero sin nada de humor.

—Eres un imbécil, un gili...

—Sí, sí, lo sé, un auténtico gilipollas.

Lara intentaba escrutar mi mirada, buscaba mis ojos, pero yo la rehuía por miedo a lo que ella pudiese ver en mis pupilas azules.

—Joder, nunca pensé que tú y ella...

—Deja que me marche ya... No puedo más... —No tenía fuerzas para continuar escuchando reproches, no tenía fuerzas para sostenerme sobre mis piernas. Necesitaba estar solo, sin nadie analizando, censurando, insultando...

Lara se compadeció de mí, al fin y al cabo, era mi hermana, me quería.

Me sorprendió su abrazo, uno que me vino muy bien pues necesitaba un poco de apoyo, aunque sabedor de no merecerlo y por miedo a dejar salir todo lo que estaba intentando contener, me separé de ella de inmediato, poniendo espacio entre nuestros cuerpos.

Caminé hacia el ascensor.

—Román —me llamó. Me giré a mirarla—. ¿Dónde irás?

—No sé. —Me encogí de hombros.

—Toma. —Sacó de su bolso las llaves de su casa y me las tendió.

—No, gracias. No puedo...

—Vale, lo entiendo. Quieres estar solo —asintió comprensiva.

—Te llamo —le dije mientras entraba en el ascensor.

—Hazlo, prométemelo. No hagas ninguna tontería y ven a casa cuando estés preparado. Prometo no cuestionarte. —Le sonreí, sabía que no lo haría—. ¡Román! —gritó—. Prométeme que no harás ninguna tontería y que me llamarás.

—Te lo prometo.

Estaba con la puerta abierta y escuché unos golpes. Alguien estaba esperando el ascensor y yo lo tenía retenido. Volví a sonreír y dejé que la puerta se cerrase, me apoyé sobre el cristal y entorné los ojos.

Caminé por las calles sin rumbo fijo, solo deseaba estar a solas. Tomé un autobús, no tenía ni idea de a dónde llevaba, pero al llegar a la parada lo vi y me subí sin pensarlo. Me senté al final del todo, me recosté sobre la ventanilla y cerré los ojos. Estaba destrozado, roto. Acababa de perder a Noa, de aniquilar mi vida. Pero si no había demostrado delante de mi hermana cómo me sentía, no pensaba hacerlo frente a un montón de gente a la que no conocía y a la que no volvería a ver nunca más.

No sé cuánto tiempo estuve en esa postura, pero me encontraba a gusto, mi mente no pensaba en nada, ahora no debía de hacerlo. A solas, solo a solas, analizaría lo que acababa de pasar, lo que acababa de perder.

—Perdone, señor. —Escuché una voz a mi lado. Abrí los ojos, era el conductor—. Hemos llegado al final del recorrido.

—Oh... Vaya. —Me levanté con rapidez—. Lo siento, perdón.

Me bajé a la carrera. ¿Dónde estaba? Aeropuerto, salidas. Me contestó el cartel que vi delante de mí.

Entré por las puertas correderas y me paré delante del cartel de una agencia de viajes que anunciaba: *Tú mejor destino. La ciudad de las segundas oportunidades. Visita Manhattan. Una ciudad en la que perderse.*

Nueva York, ¿cuántas veces había soñado con ir allí? Me acerqué como en un proceso hipnótico hasta el mostrador y pregunté por el vuelo que me llevaría a una ciudad enorme donde nadie me conocería, donde tan solo sería un extranjero más, donde perdería mi identidad.

Pensé que el destino me había traído hasta el aeropuerto y hasta ese cartel para fijarme en ese vuelo precisamente. Así que, ¿por qué no hacerle caso?, ¿quién era yo para negarme a cumplirlo? No tenía nada que perder, pues ya lo había perdido todo.

Por lo tanto, compré un billete, primero a Madrid y de allí directo al aeropuerto John F. Kennedy (JFK), sin importarme la pasta que me iba a costar, y me embarqué en un avión con un destino que me llevaba a un futuro incierto.

18. Sanar las heridas.



Siento cómo unas manos me quitan la camiseta, están frías al contacto con mi piel caliente, febril. Protesto con energía, trato de separarlas de mi cuerpo, pero otro par me sujeta con firmeza y yo apenas tengo fuerzas para luchar.

Noto cómo hurgan en mis puntos, los abren, cómo limpian mi herida y me quejo de dolor.

Un pinchazo en mi brazo. ¿Qué me están inyectando? No puedo apenas abrir los ojos, pero cuando lo hago distingo a dos personas, una es Noa, pero a la otra no la reconozco. Un hombre, él es quien me está curando. Caigo de nuevo en un profundo sueño.

Despierto al escuchar una fuerte discusión. Noa grita y el hombre no se queda atrás dando voces.

Pienso que ella necesita ayuda e intento levantarme, pero no puedo.

—Por Dios Román, no te muevas. —Corre a mi lado dejando la discusión.

—¿Qué está pasando? —pregunto. Noto la boca tan seca que me cuesta articular las palabras y mi voz suena torpe, balbuceante.

—Tranquilo. —Noa me acaricia el pelo y retira un mechón mojado por el sudor de mi frente—. Tomás te ha curado.

—¿Tomás? —Me entra el pánico. Me incorporo de golpe y suelto una fuerte palabrota al sentir la punzada de dolor que me recorre desde la herida hasta la punta de los dedos de mis pies como un fuerte latigazo—. Te dije que no llamasas a nadie.

—No te preocupes. Tomás es de fiar, no dirá nada. ¿Verdad Tomás?

Por fin clavo mis pupilas en él. Es un hombre de mediana edad, su pelo poblado de canas le confiere personalidad. Sus ojos profundos y verdes, bondad. Pero su mirada no expresa esa virtud, más bien me observa con odio. No contesta, se limita a mirarla a ella y después bajar la cabeza.

Me siento agotado. Los párpados se me cierran, y a pesar de que no me fio del tal Tomás, me dejo caer sobre la almohada de nuevo. Me quedo dormido.

Al despertarme, le veo sentado con un libro entre las manos. Está tan enfrascado en su lectura que no repara en mí. Puedo ver cómo sus ojos se mueven de un lado a otro siguiendo las líneas. Su postura es relajada. Está recostado sobre el respaldo, con una de sus piernas reposando con descuido

sobre su otra rodilla mientras que con sus manos sujeta con fuerza el libro.

—¿Dónde está Noa? —Recorro con la mirada la habitación del hotel. Es grande, pero desde la cama se pueden ver todos los rincones y no hay ni rastro de ella.

Levanta sus ojos de las páginas y al verme despierto se acerca a la cama.

—Salió, tenía que llevar a Laura a casa de sus padres. ¿Cómo te encuentras? —Toca mi frente—. Ya no tienes fiebre.

—No sé... —Es la verdad, me siento extraño. Me duele todo el cuerpo, como cuando haces mucho ejercicio y a las veinticuatro horas las agujetas te martirizan.

—Estás mucho mejor. Te limpié la herida. Estaba infectada. Unos días de reposo tomando el antibiótico que te he traído y estarás como nuevo.

Asiento.

Camina hasta el enorme ventanal que da a la playa y se queda parado con las manos en los bolsillos contemplando el paisaje.

—Sé quién eres —habla sin volverse para mirarme—. No ha hecho falta que Noa me lo confirmase. Te conozco porque fuiste el hombre que un buen día le destrozó el corazón y la hizo sufrir. La he visto llorar por ti... —Carraspea, seguramente ese recuerdo le ha provocado un nudo en la garganta, uno del que se quiere deshacer—. No quiero saber qué es lo que te ha pasado, por mí como si te pudres por dentro. Discutí mucho con ella porque no quería curarte, deseaba que sufrieses... —le escucho decir—. Pero ella insistió tanto... Lo único que te pido es que no metas a Noa en ningún lío. —Se gira y clava sus verdes pupilas en mí—. Quiero mucho a esa muchacha. Te juro que, si algo le pasa, si vuelves a hacerle daño, yo...

—No es esa mi intención...

Regresa a la silla que ha ocupado hace tan solo unos instantes y se deja caer en ella.

—No entiendo por qué vuelve a confiar en ti. —No me sorprenden en absoluto sus palabras porque su mirada lo dice todo—. Te voy a ser sincero, si fuese por mí ya estaría la policía al corriente de todo, pero Noa me rogó, me suplicó que callase.

En ese momento unos leves golpes suenan en la puerta. Tomás se acerca y abre. Noa entra con su gabardina empapada.

—Está diluviando —se queja. Suelta el bolso, y entonces repara en mí—. ¡Román, veo que estás ya despierto! —Se acerca a la cama y me mira sonriente.

Se quita la gabardina y la deja sobre una silla estirada para que se seque.

—¿Pasa algo? —Nos observa a los dos. El ambiente está un poco cargado, se nota que a Tomás no le apetece lo más mínimo compartir el espacio de mi habitación del hotel conmigo.

—No, nada —contesta Tomás—. Solamente estaba dejándole a Román las cosas claras.

—No empieces de nuevo —le replica—. Te he dicho un millón de veces que estoy bien y que no me voy a meter en ningún lío. Soy mayorcita y sé lo que hago.

—Creo que no Noa. Si lo supieras no estaríamos aquí en estos momentos. No me habrías llamado y obligado a curar a un tipo con una herida de bala... —Me señala, aunque habla de mí como si no estuviese en la habitación escuchándolo todo—. ¿Y si es un criminal?

—Yo no... —Cierro la boca pues no quiero decir más mentiras.

—¡Oh, por Dios! —Noa pone los ojos en blanco, sin hacer ningún caso a mi réplica—. Déjalo Tomás, por favor. Ya hemos discutido eso un montón de veces.

—Sí, pero no me queda nada claro. En fin. —Se encoge de hombros en una clara señal de derrota—. Es imposible hacerte ver las cosas Noa. Tan solo espero que no te salpique su mierda y que no te vuelva a hacer llorar. Me voy, ya no tengo nada más que hacer aquí.

Tomás camina hasta su abrigo. Se lo pone.

—He hecho por ti todo lo que estaba en mi mano, aun sin quererlo... —añade mirándome con rabia, desea dejarlo claro y lo acepto, lo merezco. Asiento.

—Gracias por todo. —Noa le acompaña hasta la puerta.

—No me las des. Sabes lo que os quiero a ti y a tu padre. Tan solo espero que recapacites Noa.

—No hay nada que temer —digo, hasta el momento he permanecido callado, pero no puedo dejar ir a este hombre que me ha ayudado, con la preocupación de que algo malo podría pasarle a Noa—. Nunca le haría daño.

—¿Nunca? —El tono sardónico de Tomás y su leve manera de levantar la ceja me obligan a recordar que una vez sí que le hice mucho daño.

—Tomás... —Noa le reprende de nuevo.

Abre la puerta sin más y, antes de salir, se gira otra vez hacia mí.

—Te estaré vigilando. Si vuelves a hacerla sufrir te las verás conmigo —me amenaza, y después le da un dulce beso en la mejilla derecha a Noa.

—Por favor Tomás, no le digas nada de esto a mi padre.

—Por eso no te preocupes, serás tú la que lo haga tarde o temprano. Si necesitas ayuda con él... —me señala—, no dudes en llamarme. Sabré cómo

ponerle en su sitio.

Noa le mira con reproche, pero para suavizar las cosas le sonrío.

La puerta se cierra y nos quedamos solos.

—Noa yo...

—Román...

Los dos hablamos a la vez. Nos entra la risa y me tengo que sujetar la herida porque un dolor punzante la atraviesa.

Camina hasta mi lado y dejamos de reír en seco, de golpe.

—Siento tanto... —Mi mirada baja a la sábana blanca que me cubre, me siento mal, otra vez la meto en líos—. Siento la discusión entre Tomás y tú por mi culpa. Os escuché...

—Bah. —Se encoge de hombros—. Se le pasará.

—¿Quién es? —pregunto con curiosidad.

—Es compañero de mi padre en el hospital, un amigo de toda la vida, nos quiere a mis padres y a mí como si fuéramos familia. —Ojea sin poner mucho interés la tapa del libro que Tomás ha olvidado sobre la silla, lo deposita sobre la mesilla y se sienta. Parece agotada—. Cuando me pediste que no llamase a una ambulancia pensé inmediatamente en él. Estaba asustada... y sabía que Tomás me cubriría.

Nos quedamos de nuevo en silencio.

—¿Cómo lograste entrar en mi habitación? Sé que el hotel es muy estricto.

—Les dije que era tu mujer. —Sonrío tímida y eso me sorprende. Su azoramiento es extraño porque nunca lo había visto en ella—. Siento decirte que el importe de la habitación será mayor. Me dijeron que por habitación doble cobran más, así que ya sabes... —Una vez más se encoge de hombros, y yo no puedo evitar que una sonrisa asome a mis labios.

—No me importa.

—Vaya, te sobra el dinero, ¿verdad? —pregunta.

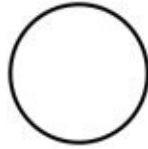
—No me puedo quejar.

Entre nosotros vuelve a establecerse un silencio que casi pesa, que molesta, pues veo cómo la poca confianza que Noa tiene en mí, la poca que durante estos días he llegado a conseguir, se está esfumando como el humo de un cigarro.

—Has regresado muy enigmático. Sabes que no me gustan los secretos, las mentiras. No hagas que me arrepienta de darle una segunda oportunidad a nuestra amistad. Me lo contarás todo, ¿verdad?

Cierro los ojos. Ha llegado el momento de hacerlo, de contarle mi historia desde que le fui infiel, desde el punto donde nuestras vidas se separaron.

19. Comienzo a caer.



El viaje en avión fue horrible. Nunca en mi vida había soportado tantas horas de angustia, sintiendo cómo el aire en aquel pequeño espacio, que bajo mi perspectiva era el habitáculo de la nave, se desvanecía.

Primero a Madrid, luego una hora de espera hasta que salió el avión con destino al aeropuerto JFK. Más de nueve horas de un viaje insoportable con la carga de una profunda angustia dentro de mí.

Volé en clase turista. Los asientos estaban tan pegados unos a otros, que mis piernas apenas se podían mover y permanecía con las rodillas contra el respaldo de delante, sintiendo cada uno de los movimientos que su ocupante hacía. Mis brazos casi usurpando, sin pretenderlo, el sitio de al lado donde una pequeña mujer de unos sesenta años, comprensiva al ver mi enorme volumen, me permitía invadir su espacio sin protestar.

Aún puedo recordar el instante en el que anunciaron que tomábamos tierra. Fue una sensación única, mezcla de placer, pues por fin lograría desenchajarme de mi asiento, y de una profunda tristeza. Atrás dejaba mi casa, mi familia, mi chica... Ya no regresaría, ya no les volvería a ver, al menos esa fue mi primera intención...

Bajé del avión cabizbajo. Todos se dirigían veloces a por sus equipajes, pero yo caminaba lentamente, pensando a dónde me llevarían mis pasos.

Ya en la cinta de descarga, mientras veía cómo las maletas daban vueltas y los pasajeros buscaban con avidez la suya, me quedé absorto, mirando ese equipaje que giraba e iba siendo recogido uno a uno por sus dueños. Me sentía así, un objeto, uno que se movía sin tener consciencia de nada, que simplemente giraba sin sentido, sin pretender llegar a ningún lado, esperando... Esperando a que alguien decidiera tomarme de la mano y guiarme, pero cuando eso ocurrió... cuando por fin tuve lo que deseaba, yo... ¡Joder, la fastidié!

Viajar, llegar a Manhattan y pasear por sus abarrotadas calles, llenas de luces, de turistas, con sus taxis amarillos y sus Starbucks en cada esquina, era algo con lo que había soñado desde niño. Pero salir del aeropuerto y toparme con el aire contaminado de esa gigantesca ciudad, llevando esa pesada maleta a costas llena de sentimientos y pérdidas, no me supuso regocijo y alegría, sino un inmenso pesar.

Conecté mi móvil que hasta entonces había permanecido apagado en mi bolsillo. ¡Más de veinte llamadas de Lara y otras tantas de Gerardo!

Pensé en dejarlo desconectado, no tenía casi fuerzas para sujetarme en pie, así que menos aún para soportar más reproches, más insultos, merecidos pero dolorosos, por parte de los que más quería. De repente comenzó a sonar y lo miré como si fuese una granada a punto de estallar. ¿Y si no lo cogía?

Cerré los ojos, la melodía no paraba, me ponía de los nervios. Ellos no merecían lo que estaba haciendo. Debía contestar y aliviar su preocupación, esa que seguro les estaba consumiendo.

Abrí los ojos y leí la pantalla, era Gerardo. A esas alturas ya lo sabría todo. ¿Y mis padres? ¿Estarían ellos enterados también? Seguro que sí.

—Hola —dije.

—Tío, ¿dónde coño estás?

—Lejos.

—No me toques los cojones. Dime dónde estás y espera a que yo llegue.

—No creo que eso sea posible...

—¡¿Dónde estás?! —gritó sin dejar que me explicara.

—No estoy en España.

Silencio al otro lado de la línea, tan solo se escuchaba su respiración. Parecía estar corriendo.

—¡¿Cómo?! —Tuve que apartarme el móvil del oído del berrido que dio.

—Estoy en Manhattan.

—Me cago en la puta... —soltó por su boca una larga retahíla de impropiedades mal sonantes—. Pero... ¡Estás loco!

—Tranquilízate tío...

—¡¿Qué me tranquilice?! No puedo tranquilizarme. Mi amigo, mi mejor amigo se ha marchado lejos... Joder... Cuando más me necesitas a tu lado, coño.

Estaba en la calle, frente al aeropuerto, con una bolsa de lona sobre mi hombro, viendo pasar taxis, pasajeros que llegaban de vete tú a saber dónde..., con la mano que sujetaba el móvil temblando y con mi mejor amigo al otro lado de la línea, a kilómetros de distancia... Comprensivo a pesar de lo que había ocurrido, junto a mí, aunque la falta era mía.

—Necesitaba alejarme. Tío, la he cagado de verdad... —Cerré los ojos, un fuerte dolor de cabeza me hacía palpar las sienas. Demasiadas horas de viaje, sumadas a mi gran sensación de culpabilidad y a que mi mente no dejaba de repasar los acontecimientos, me estaban pasando factura.

—Ya, lo sé todo. —Su voz sonó triste, y entonces me preguntó algo que me

dejó con la boca abierta por la sorpresa—. ¿Cómo estás? —¿Cómo podía preocuparse por mí después de lo que había hecho? No merecía tanta comprensión.

—Imagina...

—Joder y te vas lejos. Vuelve...

—No me pidas eso. Ahora no puedo...

—Ahora no es el momento de estar solo. Necesitas a tu familia, a quien te quiere, a tu lado. Regresa a España, hablaremos. Quizá se pueda solucionar...

—No Gerardo, ya está todo terminado.

—Joder tío... No le hagas esto a tu familia.

Sujeté el móvil con tal fuerza, con tanta rabia que mis nudillos se pusieron blancos.

—Creo que estarán mejor sin mí.

—¡No digas eso! —me regañó.

—Mira Gerardo. Necesito estar lejos, muy lejos. Compréndelo tío.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Dónde vas a alojarte?

—No sé... Buscaré algo económico.

—No me gusta Román. No me gusta nada tenerte tan lejos en estos momentos.

—Chasqueó la lengua—. Si quieres iré yo. Tomaré el primer vuelo...

—¡No me jodas! —chillé y una pobre mujer que en ese instante pasaba por mi lado se sobresaltó—. Ni se te ocurra.

—¡Eres un cabezón! —Le escuché resoplar con fuerza—. Al menos llámame cuando encuentres alojamiento para que me quede más tranquilo.

—Sí, mamá...

—No me jodas más, cacho de cabrón. Una cosa: ¿tus padres cómo se lo han tomado?

Cerré los ojos de nuevo.

—No saben nada aún.

—Supongo que Lara tampoco lo sabe, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo puedes ser tan inconsciente? Llámales ahora mismo y cuéntales dónde estás. Los tres están muertos de miedo sin saber dónde te has metido.

—¿Mis padres ya lo saben? —Me aterraba pensarlo, pero seguramente la respuesta sería positiva.

—Pues claro, Lara vino a casa deshecha en llanto. Me costó entender sus palabras y cuando me lo explicó todo, te llamamos al móvil al menos veinte

veces. Estábamos preocupados y llamamos a tus padres pensando que quizás te habrías refugiado en su casa, que sería lo más lógico, pero claro, tú siempre tienes que nadar a contracorriente. En vez de quedarte al lado de quienes te quieren a pesar de tus cagadas, te largas al otro lado del charco. Lara está ahora con ellos. A tu madre le va a dar algo. Así que sé responsable y llama.

—Sí, sí, ahora mismo lo hago. Por favor Gerardo compréndeme un poco...

—Lo hago tío, lo hago...

Escuchar estas palabras de mi amigo me reconfortó en cierto modo. Me entendía, comprendía mi reacción y me apoyaba de forma incondicional. No estaba del todo solo.

—Cuelgo tío —dije—. Esta llamada me va a costar un riñón y aún tengo que llamar a mis padres.

—Ya puedes ahorrar dinero porque pienso llamarte a menudo. —Soltó una risotada, creo que más que nada para relajar un poco el ambiente.

—Gerardo... —Suspiré con fuerza.

—Dime.

—Gracias, gracias por estar ahí.

—Yo siempre estaré tío, eres como mi hermano. Hazme un favor y cuídate mucho. No hagas tonterías, piensa en la gente que te quiere. ¿Me llamarás?

—Te lo prometo.

Colgamos los dos a la vez. Al dejar de oír su voz noté una amarga sensación de soledad que me aterró. En ese instante fui consciente cien por cien de que estaba a miles de kilómetros de casa, solo en una tierra extraña, con un idioma que dominaba pero que no era el mío, y rodeado de gente a la que le importaba una mierda.

Llamé a mis padres e intenté como pude explicarles lo que había pasado, cómo me sentía y lo que necesitaba en esos momentos. En ellos no encontré tanta comprensión como en Gerardo, pero sí aceptación, nada podían hacer. Mi madre lloró, suplicó mi regreso. Mi padre me reprendió severamente por irme tan lejos y mi hermana..., ella sencillamente no quiso ni hablar conmigo. Dolió... Lara me retiraba la palabra...

Después de un buen rato parado de pie, con el aeropuerto a mis espaldas y el teléfono aferrado contra mi corazón que latía con fuerza, por fin decidí dar el primer paso. Luego otro y otro hasta la parada de taxis, donde tomé por primera vez en mi vida uno de esos coches amarillos, que tan solo había visto en las películas.

—¿Dónde le llevo? —preguntó el taxista con marcado acento norteamericano.

Me quedé pensativo. No tenía ni idea de dónde dirigirme.

—¿Sabe de algún sitio económico para pasar la noche? —Asintió y se limitó a conducir.

Me llevó a uno de esos moteles de carretera con luces luminosas de neón que indican que tienen habitaciones libres. Allí pasé mis primeros días en Manhattan hasta que me trasladé a un pequeño apartamento en la ciudad. Era más caro, pero estaba en pleno centro.

Durante las primeras semanas intenté encontrar trabajo, pero no tuve mucha suerte. Poco a poco iba cayendo en una depresión que se agravaba con las infinitas negativas que recibía de cada una de las ofertas a las que acudía. Llegó un momento en el que dejé de buscar, en el que caí lo más bajo que había estado nunca, y me transformé en un huraño, un borracho que tan solo se dedicaba a ver pasar la vida, sin implicarse en ella.

Pero un día todo cambió. Un sábado por la noche, que prometía ser como todos los demás, pero que transformó mi existencia.

Ese sábado en concreto me dio una oportunidad, una envenenada, con una carga demasiado tóxica, pero que yo acepté pensando que sería mi salvación.

Habían pasado ya dos meses desde mi llegada a Manhattan. Esa noche decidí salir y emborracharme, como hacía cada uno de los sábados desde que estaba allí. Los pasaba casi en coma etílico, eso me permitía soportar el domingo, pues dormía casi todo el día.

No llevaba una vida sana, mi cuerpo se consumía, pues no me alimentaba bien. El dinero empezaba a escasear, solo gastaba y no tenía ningún ingreso. Eso me agobiaba y entraba en una espiral: miraba mi cartera casi vacía y me compraba una botella de whisky, me producía un estado de euforia que al pasar la borrachera se transformaba en angustia y entonces me compraba otra botella más para superar esa desagradable sensación y vuelta a empezar de nuevo. Y mientras, los ahorros se terminaban.

Dejaba transcurrir los días recreándome en mis miserias, en mis miedos, en mi soledad. Era como una sombra que deambula por la ciudad, nadie me veía, nadie se preocupaba cuando más de una noche terminaba tirado en la acera de un sucio callejón con una borrachera espectacular.

Esa noche en especial vagaba por uno de los peores barrios de Manhattan, uno de esos por los que solo los inconscientes o los que buscan líos pasean, y yo creo que en aquella época me podría englobar en los dos grupos.

Cansado de patear la calle, entré en un local. Una discoteca con pinta de antro. Necesitaba un trago y olvidarme un poco de todo: de mi mala suerte, del dolor

que me consumía, de Noa...

Me acerqué a la barra y pedí algo fuerte, un whisky doble con mucho hielo. No era de buena marca, pero lo saboreé.

—Hola. —Escuché una voz de mujer, insinuante, dulce y giré mi cabeza.

No era especialmente guapa, pero sí muy atractiva. Una chica bonita, con un cuerpo agraciado, sonrisa perfecta y labios carnosos. En otro momento de mi vida habría sido una conquista fácil, más que nada por la manera que tenía de mirarme, pero en ese instante no me apetecía nada en absoluto tener un rollo de una noche.

—Hola. —Ni siquiera la miré al pronunciar mi saludo. Esperaba que captase la indirecta.

—No eres de aquí, ¿verdad?

Según parecía no la captó, pues siguió insistiendo. Ella desea mantener una conversación y yo tan solo quería pasar la noche del sábado emborrachándome, solo, sin ninguna compañía, ni femenina, ni masculina.

—No —contesté seco.

Por fin me pareció haberla espantado, pues durante unos minutos permaneció callada. Podía sentir su mirada sobre mí, no me quitaba el ojo de encima pese a su silencio. Comencé a ponerme nervioso hasta el punto de estar tentado a terminar mi copa y largarme a casa.

—Me encanta tu tatuaje. —De nuevo volvió a la carga, solo que esa vez incluso se atrevió a tocarme. Pasó su mano de uñas rojas por el ave fénix que me tatué en el brazo derecho al día siguiente de llegar a Manhattan, después de una borrachera tremenda y una larga conversación conmigo mismo en la que tomé la decisión de renacer de mis cenizas y comenzar una nueva vida. ¡Imbécil!, la nueva etapa que vivía era de decadencia, ya no quedaba nada de los buenos propósitos que tuve aquella noche.

Miré su mano sobre mi piel y tuve ganas de quitársela y de arrancarme el tatuaje, pues para nada había cumplido con mi propósito de cambiar, de resurgir.

—¿Cómo te llamas? —preguntó—. Yo soy Nancy.

—¡Coño, como la muñeca! —dije riendo.

—¿Cómo? —Me giré y pude ver su desconcierto.

—Me llamo Ryan —mentí y cambié de tema.

—¿Me invitas a otra copa?

Otra vez me entró la risa, creo que más que nada porque ya llevaba un par de whiskies dobles.

—¿Por qué no me invitas tú?

—Porque yo puedo invitarte a otra cosa. Tú pones el alcohol y yo...

Me mostró el bolso que llevaba colgado de su brazo. Abrió una pitillera y sacó un cigarro liado con perfecta maestría.

—Ya tengo tabaco, gracias.

—Este no es un cigarro normal.

—¿Me estás ofreciendo un porro?

—Si te apetece...

No sería la primera vez que me fumaba uno. Recordé mi etapa de adolescencia, esa en la que jugaba a ser mayor y a meterme en líos.

Esa noche de sábado no tenía ningún plan, como casi todas las noches, para qué engañarme. ¿Por qué no divertirse un poco? Miré a mi nueva amiga y a su “cigarrito de la risa”, sin mediar palabra me bebí mi whisky de un trago, me levanté de la banqueta en la que llevaba un par de horas sentado y tiré de la rubia tetona, con nombre de muñequita, hacia la salida de ese antroapestoso.

Ella pidió un taxi y yo la acompañé. Dentro del habitáculo la observé mejor. No debía de tener más de veinte años y si se le quitaba todo ese maquillaje, seguramente sería una chica bonita. Una buena niña de esas que viven en un barrio lujoso, con un papá que trabaja todas las horas del día para conseguir dinero y poder mantener su alto nivel de vida. Con una madre que se pasa el día en el gimnasio, donde tiene un amante que apaga ese fuego que su marido ausente no logra saciar.

—¿Cuántos años tienes? —pregunté con curiosidad.

—Veintiuno.

—¿Te fías de mí? Podría ser un violador, o un asesino.

—No, no eres nada de eso. Se puede ver en tus ojos. —Se encogió de hombros—. Pareces un buen tío, con una mala noche.

Me hizo reír.

—Mala noche, mal día, mal año... ¿Por qué yo? —Me miró y sonrió, un leve rubor le cubrió las mejillas.

—Porque estás muy bueno. Me gustas.

—Vaya, eso es una razón de peso. —Entonces reímos los dos a carcajadas—. Estás comenzando a caerme bien.

Y era así de verdad. Parecía una buena chica, que estaba tan perdida como lo estaba yo. Una que necesitaba entrar en un bar y ofrecer droga para llevarse a un tipo a... Tan solo esperaba que no fuese a su cama, no tenía ningunas ganas de follar, ni con ella ni con nadie. Era una cría, ¿qué pintaba yo con ella?

—Quizá la violadora sea yo, o sea una descuartizadora de hombres pelirrojos,

con ojos azules y un cuerpo de escándalo.

Tenía sentido del humor y eso le concedió otro punto más a su favor.

—Puede ser, pero te advierto que opondré resistencia.

Se inclinó en el asiento hacia mí hasta apoyar sus enormes tetas en mi brazo.

—Si fuese a violarte, ¿también te resistirías? —Directa y clara, otro punto para ella.

—Creo que sí. —Pareció no gustarle mi respuesta pues se separó de mí y clavó su mirada en la ventanilla.

—¿No serás gay?

Ahora el sorprendido por su pregunta era yo.

—¿Tú qué crees?

Me miró de nuevo. Sus ojos tenían un precioso tono verde y brillaban, estaba al borde de las lágrimas.

—No lo pareces. Entonces... —Bajó su mirada, quería ocultar su tristeza—. No te gusto, ¿verdad?

No me dio tiempo a responder pues el taxi había llegado a su destino.

Por supuesto pagué yo. No me quedaba mucho dinero, pero sí mucha dignidad y no iba a consentir que nadie corriese con mis gastos, nunca me había gustado. Salimos y la seguí.

Estábamos en un barrio pijo de las afueras de Manhattan. Uno de esos que salen en las series de televisión, donde niños de papá con mucho dinero se dedican a disfrutar de la buena vida, del baile del instituto y juegan al fútbol sin más preocupaciones que enamorar a la preciosa rubia protagonista. Uno de esos con casas gigantescas, una piscina en el jardín y un par de coches de gama alta en el garaje.

¿Qué coño hacía yo allí?, me pregunté nada más bajar del taxi.

La seguí hacia una de esas mansiones de dos plantas con columnas a la entrada y un jardín en la parte delantera cuajado de rosales.

—¿Vives aquí? —Me paré de golpe asombrado por la magnitud de la casa.

—Sí. Pero no es mía, es de mi hermano mayor.

¿Hermano mayor? Joder, ¿dónde te estás metiendo?, me pregunté y si hubiese sido sensato, en ese mismo momento habría salido corriendo en la otra dirección, pero como era un cabeza loca y me importaba una mierda lo que me pudiese pasar, caminé hasta la puerta principal y entré detrás de Nancy.

No pude remediar quedarme fascinado viendo el enorme recibidor de la casa, tan solo la entrada era más grande que el apartamento en el que yo vivía.

—¡Guau! —exclamé.

—Sí, guau —dijo ella con tono irónico. Según parecía Nancy no estaba tan encantada con su casa.

Subimos por unas preciosas escaleras de madera maciza y entramos en una espaciosa habitación.

—Dime una cosa. —Paseé por el cuarto alucinando con la decoración. Una gran cama con dosel, una mesa con un Apple de última generación, lo que parecía un vestidor... —. ¿Traes siempre a extraños a tu casa?

—Eres el primero.

Se quedó parada frente a mí y, alargando la mano, tiró de mi cuerpo para aproximarlo al suyo. La frené.

—Ehhh, quieta fiero, nada de meterme mano. —Intenté quitarles importancia a mis palabras soltando una carcajada, pero a ella no le hizo tanta gracia y me miró de una forma extraña.

Se volvió y abrió una puerta de cristal mostrándome una extensa terraza.

—Ven —me dijo.

Se sentó sobre unos cojines en el suelo y, golpeando con la palma de una de sus manos el que tenía al lado, me indicó que la acompañase. Obedecí y me dejé caer.

No sé por qué razón, me sentía a gusto con esa chica a la que no conocía de nada y en esa formidable casa. Por primera vez desde que había llegado a Manhattan estaba cómodo.

—¿Te apetece beber algo?

—¿Tienes whisky? —Estiré las piernas y me acomodé sobre los cojines dejándome envolver por su suavidad—. Es lo que llevo bebiendo toda la noche, no quiero mezclar.

Nancy se puso de pie y caminó hasta un pequeño mueble bar, abrió uno de los aparadores y sacó una botella de Chivas Regal 18. La miré alucinado, sabía que costaba más de cincuenta euros. Preparó dos vasos y de una mini nevera como la que tienen en las habitaciones de los hoteles, sacó unos hielos.

Me tendió uno y se dejó caer de nuevo a mi lado.

Miré mi vaso con veneración, hice que el líquido de color ámbar dorado girase contra las paredes, escuchando cómo los hielos tintineaban. Oí el aroma que desprendía, néctar de miel, y lo saboreé cerrando los ojos. Mi boca se llenó con su gusto afrutado, con claras notas ahumadas. En resumen, una delicia para el paladar que ni en mis sueños pensé poder probar.

—Vaya, se ve que te gusta. —Abrí los ojos sorprendido por la intromisión de Nancy en mi pequeño momento de placer. Estaba aguantándose la risa y me

encogí de hombros—. Creo que hasta te escuché gemir.

—No es para menos.

Entonces cogió el porro de su bolso y lo encendió bajo mi atenta mirada.

—Nancy. —Conseguí que su atención regresase a mí y, tras darle una larga calada, se quedó mirándome—. ¿Por qué me has traído a tu casa? Podríamos haber ido a cualquier sitio. No me conoces y me traes a tu hogar, no lo entiendo.

Nancy me pasó el canuto y se sentó sobre los cojines que tenía a su espalda.

—Nunca se me había pasado por la cabeza traer a nadie..., pero... No sé, te vi en el bar y... —Cerró los ojos y de repente la sentí muy lejos. Ya no estaba allí tumbada a mi lado sobre esos confortables almohadones de seda de los colores del arcoíris, en esos momentos se encontraba lejos, muy lejos. Quizá en un espacio reservado, donde nunca dejaba entrar a nadie y que esa noche, sin saber muy bien por qué, le permitía el paso a un extraño al que acababa de conocer en un antro apestoso—. Estoy tan sola —soltó.

Miré el porro, me lo llevé a la boca y le di una profunda calada.

—Yo también estoy solo. —Nada más soltar mi dura confesión en voz alta me arrepentí. ¿Por qué cojones le contaba nada a una tía que acababa de conocer? El que ella me abriese su corazón y me contase sus sentimientos, no implicaba que yo también tuviera que hacer lo mismo.

—Vivo en esta enorme casa —continuó con su discurso y pensé que quizá no me había escuchado. Esperaba y deseaba que hubiese sido así—. Mi hermano apenas está y vivo sola. Días y noches sola.

Se incorporó para poder mirarme de frente y yo hice lo mismo. No sé por qué absurda razón quería saber más de ella.

—Hoy estaba harta de deambular y decidí salir. Me puse... —señaló su cuerpo, se ruborizó—, lo más provocativo que tenía en el armario. No suelo vestir así... y decidí salir a buscar a un hombre que...

—Querías echar un polvo. —Opté por ayudarla, parecía muy avergonzada, aunque el alcohol, mezclado con las caladas del porro que ambos dábamos según hablábamos, empezaba a hacer mella en los dos y se hacía más evidente en nuestra manera de hablar pausada, en que a veces se nos trababa la lengua y alargábamos las erres hasta el infinito.

—¡Exacto! —Dejó la copa y decidió que era más divertido beber a morro de la botella, le dio un largo trago que la hizo toser y me la pasó. Pensé que era una aberración tomar un whisky tan delicioso a morro, pero al final cedí, me llevé la botella a la boca y bebí—. Cuando te vi, me dije: ¡madre mía, ese sí que tiene un buen polvo!

Comenzó a reír tanto que cayó sobre los cojines, mientras se agarraba el estómago y se revolcaba sobre ellos.

Paró de golpe, me quitó el porro de la mano y se lo llevó a los labios, aspirando con fuerza mientras cerraba los ojos.

—Pero según parece yo no te gusto.

—Yo no he dicho eso. —Entonces fui yo quien le arrebató el canuto para darle una calada.

Estábamos tumbados uno al lado del otro, bebiendo y fumando como si fuésemos colegas de toda la vida.

Giró su cabeza para mirarme y yo hice lo mismo.

—Eres muy bonita, pero... En estos momentos no quiero..., no puedo...

—¿Estás enamorado?

—Sí.

—Te envidio.

—Créeme, no soy digno de envidiar. —Solté el humo despacio y cerré los ojos. Una punzada de dolor me sacudió con fuerza.

Nancy extendió su mano y acarició una de mis mejillas.

—Sí lo eres. Porque has conocido el amor. Yo nunca...

Lloraba, las lágrimas mojaban por su cara y sentí la imperiosa necesidad de consolarla.

Me senté y la tomé entre mis brazos, en mi regazo, y como si fuese una niña la acuné.

—Algún día llegará —le decía. Algún día te partirán el corazón, algún día desearás no haber conocido a esa persona por la que has estado suspirando, algún día te fallarán, te harán llorar, algún día... Pero esas palabras me las callé, ese discurso lo dejé dentro de mí.

Nancy elevó su cabeza, que hasta entonces había permanecido apoyada en mi pecho, y sin poder impedirlo, pues yo también necesitaba un poco de cariño, me besó. No sentí pasión ni deseo, no sentí nada más que afecto, unión, comprensión. Ambos estábamos solos, ambos necesitábamos un poco de cariño y nos lo dimos.

Se sentó a horcajadas sobre mí mientras seguimos unidos por nuestros labios. Sus pequeñas manos desordenaban mi cabello. Se movía rozándose contra mi pene que permanecía totalmente desinflado, como si esa caricia no fuese con él. Se arrancó la camiseta descubriendo un precioso sujetador rosa tan transparente que no dejaba nada a la imaginación.

Mi boca se posó sobre uno de sus pezones y lo lamí a través del encaje. La

escuchaba gemir, pero parecía que estaba muy lejos. Me sentía flotar, como si no fuera yo quien retiraba la tela para acariciar su piel, ni mis labios los que besaban sus pechos o mi lengua la que los chupaba.

Entonces comencé a marearme, mi corazón se iba a salir de mi pecho y me costaba respirar. No podía seguir..., me ahogaba...

La solté de golpe y tomándola de la cintura me la saqué de encima con muy poca delicadeza. Corrí hasta la barandilla del balcón y me apoyé en ella boqueando en busca de algo de aire para llenar mis pulmones.

Poco a poco logré recuperar el aliento, restablecer mi cordura y frenar lo que había estado a punto de ocurrir entre nosotros.

Me giré y vi que se había puesto la camiseta. La botella de whisky se derramaba y Nancy observaba absorta cómo el líquido manchaba la terraza.

Regresé a su lado y, tomando su barbilla con mis dedos, la obligué a mirarme.

—¿Estás bien? —Ella asintió—. No puedo hacer esto, ¿lo comprendes? — Volvió a asentir.

La abracé con fuerza y me tumbé sobre los cojines acomodándola en mi regazo. Besé su cabello y la escuché suspirar.

—Gracias —me dijo.

Y sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos así, juntos, en la terraza de aquella lujosa mansión.

—¡¿Quién cojones eres?! —El grito de un hombre me sacó de mi dulce y placentero sueño.

Abrí los ojos y le vi observándome fijamente con cara de pocos amigos. Yo estaba abrazado al pequeño cuerpo de Nancy, que también había despertado con los berridos de ese tipo.

—Tranquilo Davy... —Nancy se puso de pie y caminó hacia él—. No ha pasado nada, tan solo estábamos durmiendo.

Davy me miraba muy cabreado y me puse de pie muy despacio.

—¿Quién eres? —Me analizaba de arriba a abajo.

—Ryan.

—¿Ryan? ¿No te conozco?

Caminó a mi alrededor observándome atentamente. Me sentí como ganado, le faltaba mirarme los dientes.

—No.

Miró a Nancy.

—¿Cómo se te ocurre traer a un extraño a casa?

—Lo siento. —Bajó la mirada y me dio tanta pena que me sentí en la

obligación de salir en su ayuda.

—Ella no tiene la culpa, yo insistí...

—¿Trabajas? —Su cambio de tema me descolocó.

—No.

—Baja al salón y hablamos. Hace tiempo que busco a un hombre como tú. Sin más, salió de la habitación dejándonos de nuevo solos.

—¿Quién es? —le pregunté a Nancy.

—Mi hermano Davy.

¿Su hermano? Increíble, encontraba a un tipo extraño durmiendo abrazado a su hermana, y se limitaba a ofrecerle un trabajo.

Decidí afrontar lo que el destino me tuviese asignado y caminé hacia la escalera.

—Ryan —me llamó Nancy cuando me vio abandonar la habitación. Me giré a mirarla—. No lo hagas. —Parecía preocupada.

—¿Qué quieres decir?

—No aceptes lo que te ofrezca.

Me encogí de hombros. La situación se estaba volviendo de lo más extraña.

—No te preocupes, ya soy mayorcito.

20. Confesiones.



Ella sabe que he viajado lejos, muy lejos de mi isla. Pero no qué ha sido de mí en todos estos años. Ya es hora de poner todas las cartas sobre la mesa y dejar los faroles a un lado.

—Lo haré —sentencio con mi mirada clavada en sus pupilas—. Pero antes deja que me dé una ducha.

Me siento sucio por dentro, deseo por lo menos no sentir lo mismo por fuera.

—Llamaré a recepción para que te cambien las sábanas.

—Gracias.

Hago ademán de levantarme, pero al ponerme de pie la habitación comienza a girar como si estuviese subido en una enorme noria y me dejo caer sobre el colchón.

Noa se acerca asustada y se sienta a mi lado. Pone uno de sus brazos alrededor de mi cintura e intenta sujetar todo mi peso con su menudo cuerpo, sin mucho resultado. Me inclino hacia delante apoyando mis codos en mis rodillas y tomando mi cabeza entre mis manos.

—¿Román? —Me giro despacio para poder mirarla y veo preocupación en sus ojos.

—Tranquila, estoy bien. Solo necesito un segundo para recuperarme. —Aprieto una de sus rodillas, la que tiene más cercana a la mía, e intento parecer convincente, sonriendo con torpeza.

Respiro profundamente y cuando me siento con fuerza, vuelvo a intentar mantener mi metro noventa erguido y listo para llegar al baño.

Lo consigo al tercer intento. Noa se coloca a mi lado sujetando mi cintura. Caminamos juntos y no puedo evitar sonreír al verla. Va totalmente concentrada, con la frente arrugada como si estuviese resolviendo una difícil ecuación, anda despacio, mirando mis pies moverse. Intenta ejercer toda la fuerza de la que dispone para retener mi caída, si esta llegara a ocurrir. Y me siento feliz, dichoso por verla tan entregada, tan preocupada por mí. Sé perfectamente que, si me desplomo, si mis rodillas se doblan y no me sujetan las piernas, besaré el suelo con toda seguridad, pues su pequeño cuerpo no será capaz de sujetar el mío. Pero se siente tan bien... Me gusta tanto que me abraza, que me cuide... Me dejo llevar y disfruto con su contacto, con su aroma, con su cariño. Lo he echado tanto de

menos...

—¿Por qué me miras así? —pregunta en un momento dado de nuestra torpe caminata cuando, al volver su mirada, ve mi sonrisa, una que seguramente es bobalicona.

—Me gusta que me cuides...

—No te acostumbres. No pienso soportar una sola herida más de bala —dice sonriendo, pero con un inconfundible tono de reproche.

—Por eso no te preocupes, no volverá a pasar.

Me deja dentro del baño. Insiste en ayudarme, pero le pido que me deje solo. Es difícil para mí tenerla a mi lado sin tocarla, sin besarla... Tan solo imaginarla frotando mi cuerpo con una esponja... uf... No, mejor me baño yo solito.

Me quito la única prenda que me cubre, el pantalón del pijama, y me meto en la ducha. Tiene un asiento adosado y me dejo caer con cuidado sobre él.

Abro el grifo, regulo la temperatura y por un buen rato me quedo quieto sintiendo cómo el agua resbala por mi espalda, por mi pelo. Es una sensación placentera y disfruto de ella con los ojos cerrados.

Me lavo a conciencia con la esponja, he sudado mucho por la fiebre y necesito sentirme limpio, fresco.

La salida de la ducha es complicada, pero lo logro después de varios intentos. Me seco el pelo y el cuerpo, entonces me miro en el espejo.

¡Estoy horrible! Demacrado, con unas profundas y marcadas ojeras negras. Me paso la mano por la cara, la barba me ha crecido bastante pero no tengo ni fuerzas, ni ganas de afeitarme.

Observo mi herida. Tomás ha quitado los puntos y ahora me quedará una fea cicatriz, no la línea casi perfecta que tenía antes de la infección. Pero ese es un mal menor, si no llega a ser por él no sé cómo hubiese terminado. Me aplico el desinfectante que tengo en mi bolsa de aseo y, con tan solo la toalla cubriendo mi cintura, salgo del baño.

Noa está de pie frente al ventanal y, al oírme, se gira con una de esas preciosas sonrisas que me vuelven loco.

—No tenía mi ropa..., para... —Me siento un poco azorado y mi cara lo demuestra al instante con mi inconfundible manera de ponerme rojo, como solo los pelirrojos lo sabemos hacer, con todos y cada uno de los poros de nuestra piel. Seguramente parezco un enorme cartel de neón encarnado. ¡Joder! Pero ella me mira... me recorre el cuerpo con sus ojos, devorando cada parte que la toalla no cubre. Casi soy capaz de sentir cómo sus ojos me acarician.

Para disimular rebusco en los cajones donde tengo colocadas mis pocas

pertenencias. Tomo un slip, otro pantalón de pijama y entro de nuevo en el baño. Cierro la puerta y me apoyo por un instante en ella. ¡Dios, que difícil es esto! Sé que ambos nos deseamos, pero... no puede ser, al menos de momento no. Tiempo, Román. Tiempo, me recuerdo, pues eso es lo que ella necesita, ¡y por mi propia vida que se lo daré!

Salgo otra vez. Un aroma delicioso a... ¿comida?, me llena las fosas nasales. Mi estómago protesta. Llevo..., no sé, mucho tiempo sin probar bocado.

—Te pedí algo de comer, pensé que tendrías apetito.

—Sí... Sí. Gracias...

Me siento frente a la bandeja y ella lo hace frente a mí. Me mira atenta, con su preciosa sonrisa dibujada.

—¿Tú no comes? —pregunto al ver solo un plato.

Niega con la cabeza y empiezo a devorar como si me hubiesen rescatado de una isla desierta y hubiera pasado días y días sin alimento.

—¿Y Laura? —pregunto mientras me llevo a la boca un poco de pan blanco y tierno.

—La dejé con mis padres.

—¿No tienes que trabajar?

—Pedí el día libre... Me lo debían.

Suelto el tenedor y la miro agradecido. ¡Joder, todo esto lo hace por mí!

—Me siento mal... —digo bajando mi mirada.

—No seas tonto, tú harías lo mismo por mí. —Toma mi mano sobre la mesa—. Recuerda que somos amigos.

¿Amigos?, sí, eso es lo que somos, pero... ¡Quiero más!

—No quiero que por mi culpa... Ya estoy mejor, puedes irte... Si tú... Si quieres, claro.

—No pienso moverme de aquí hasta que me cuentes todo. ¿Crees que te vas a librar tan fácilmente? Me lo debes Román.

—No, eso lo tenía muy claro. —Suelto una risa nerviosa.

—Pues cuando quieras —me alienta—. Estás limpio, asedado, tienes el estómago lleno y las sábanas cambiadas. —Se cruza de brazos esperando que comience a narrarle mi historia. Pero se me hace cuesta arriba empezar a dar explicaciones. Más que nada porque Noa conocerá mis miserias. Más errores cometidos, más mierda a mis espaldas...

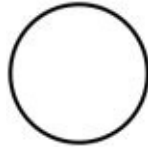
A pesar de lo buena que está la comida y de que tan solo he devorado el primer plato, el hambre se me ha quitado de golpe. Mi estómago está cerrado. Noa me reprende como si fuese un chiquillo cuando me ve apartar la bandeja y hacer

ademán de levantarme.

—Por lo menos tómate la pastilla. —Me tiende un blíster. Saco una de las pastillas y me la tomo con un sorbo de agua.

Me tumbo en la cama y me acomodo. Noa se sienta en la silla que está a mi lado apoyando los pies encima de la cama, preparándose para escucharme durante lo que promete ser un largo rato. Comienzo a narrarle mi historia. Ella permanece en silencio, atenta, escuchando cada palabra y yo con los ojos cerrados rememorando no solo acontecimientos sino también sensaciones. Duele, más aún que mi herida abierta. Pero es necesario, ella lo merece.

21. El recuerdo de aquella noche.



Aquella noche de sábado conocí a dos personas con las que conecté de forma especial, que me marcarían, y que fueron mi máximo apoyo en esa ciudad extraña y lejana. En esa ciudad que nunca me acogió, ni me integró como un ciudadano más, en esa ciudad que desde el principio me rechazó y me hizo sentir un indeseable.

Gracias a esa noche cambió el rumbo de mi vida, sin ser yo consciente de ello la transformó guiándome a un presente en el que he regresado a mi isla.

Cuando bajé las escaleras y entré en el salón me encontré a Davy acomodado en el sofá de piel negro que ocupaba toda una pared. Me indicó que me sentase y lo hice en la otra punta, alejado de él. Charlamos durante horas y sorprendentemente no se mostró como un hermano posesivo que intenta defender la pureza de su hermana pequeña. Nuestra conversación no giró en torno a la virtud de Nancy y lo que haría con mis pelotas si la volvía a tocar, más bien lo que obtuve de esa charla con Davy fue esperanza, pues me ofreció un puesto de trabajo muy bien remunerado.

Me dijo que buscaba un hombre con mis características físicas: grande y fuerte, uno que inspirase con una simple mirada ganas de salir corriendo a la otra punta del mundo y que fuese capaz de mantenerse impasible ante cualquier tipo de adversidad. Según él, esto último lo había demostrado con creces, ningún tío se queda quieto cuando el hermano de la chica con la que está acostado, aunque sea entre cojines y vestidos, entra de sopetón en la habitación. Ninguno en su sano juicio demostraría sangre fría, y yo había superado esa prueba con creces.

Así que a partir de esa noche pasé a formar parte de una especie de mafia. Un grupo organizado cuyo jefe era el dueño de la mayoría de los clubs de la más baja reputación de la ciudad y que tenía como mano derecha a Davy. En un principio yo era como una especie de gorila que vigilaba la entrada de uno de los locales. El típico tío de traje negro y corbata, con un pinganillo en la oreja, que está en la puerta, y que decide de manera impasible e insobornable quién entra y quién no.

Hacía tan bien mi trabajo que en poco tiempo ascendí y me convertí en el jefe de seguridad. Era el encargado de colocar, dar los turnos al resto del personal y de algunos trabajos especiales...

Todo a lo que se dedicaba nuestro grupo era absolutamente ilegal: drogas, prostitución y demás vicios humanos, que nos aportaban indecentes cantidades de dinero.

Pero mi labor no siempre era sencilla. Muchas veces nos jugábamos la vida. Cualquier cosa ilícita es muy fructífera, pero también peligrosa. Teníamos que luchar contra otras bandas que querían hacer su agosto a costa de nuestros locales e infiltraban a algún que otro desgraciado que entraba en ellos a vender su mercancía. Por supuesto, nosotros ya teníamos a nuestra propia gente, y era cuando entrábamos en acción... De manera nada amistosa, les largábamos.

En aquella época me acostumbré a llevar siempre conmigo una Beretta M951, una fiel compañera imprescindible para seguir con vida, a mirar siempre a los lados por si algún indeseable con ganas de pelea se escondía en las sombras, y a usar los puños cuando las palabras sobraban, pues con cierto tipo de individuos ese era el único sistema de mantenerles a raya.

Por aquel entonces olvidé lo que estaba bien y lo que estaba mal, simplemente obedecía órdenes. Solo hacía lo mejor posible mi trabajo sin pensar en ningún momento en que era ilegal, en que ahora pertenecía al bando de los malos y que me enfrentaba a la muerte sin ningún tipo de impunidad. Para mí, llevar bajo el brazo un arma era lo más normal del mundo y tener cicatrices en mi cuerpo, lo más lógico.

En cuanto a mi vida privada, también aquella noche cambió. Pasé de vivir en un sucio apartamento rodeado de cucarachas y drogadictos enganchados al crack, a vivir en una mansión, donde todos los sábados por la noche se celebraban fiestas en las que se esnifaba cocaína en perfectas rayas con billetes de cien.

No me faltaba nunca el dinero, es más, ganaba ingentes sumas que guardaba en una cuenta porque sabía que esa vida tenía los días contados. Algún día tendría que dejarla o tal vez sería ella la que me dejaría a mí dentro de un traje de madera.

Ahora volvía a tener una familia, amigos, alguien en quien apoyarme y a quien apoyar.

Davy se había convertido en una especie de hermano mayor. Me enseñó todo lo necesario para mantenerme con vida y para ascender. Seguía su ejemplo, y siempre, en cada uno de los trabajos, íbamos juntos, guardando uno la espalda del otro. Tan solo él sabía mi verdadero nombre y mi procedencia, aunque siempre me guardé muy mucho de nombrarle mi isla. Sabía que venía de España, pero no de qué parte. En aquel entonces, no me paré a pensar el porqué

de mi reserva respecto a ese pequeño detalle. Ahora, con el tiempo, me doy cuenta de que no me fiaba del todo de él, y doy gracias a mi sexto sentido que siempre me ha protegido, en el que sí he confiado.

Nancy también pasó a ser una persona muy importante para mí. La quería y mucho, pero como amiga, jamás sentí un amor romántico ni sexual por ella. Era consciente de que estaba loca por mí y yo me defendía de sus intentos de acercamiento como gato panza arriba, pero siempre con tacto. No quería perderla, llegué a necesitar su cariño, sus caricias, pero en el momento en el que trataba de dar un paso más en nuestra relación y dejar de ser simplemente amigos yo reulaba, desaparecía y me alejaba, hasta que la normalidad se restablecía. Ella se daba cuenta de que no había nada que hacer y se conformaba con mi amistad. Nunca, jamás le daba pie a pensar que en un futuro pudiera haber algo entre nosotros, hablaba con ella, le explicaba cómo me sentía y ella parecía comprender. Desde lo de Noa yo..., no podía ni pensar en estar con otra mujer, no deseaba a ninguna.

Nuestra vida en la mansión de Davy era sencilla, a pesar de lo complejo de nuestro trabajo. El día a día era como el de cualquier familia, pero en un momento dado eso cambió, sin saber muy bien por qué y cuándo. Las fiestas que organizaba Davy comenzaron a volverse bacanales donde todo se desmadraba.

La casa se llenaba de gente, mucha de la cual ni siquiera conocía, pero que según él impulsaban sus negocios y ayudaban a la banda.

Drogas, sexo, mujeres vestidas de Chanel pero que en realidad eran prostitutas de lujo, apuestas y demás vicios llenaban la mansión de Davy, mientras que su hermana y yo soportábamos sus excesos intentando huir de la realidad en la que nos obligaba a vivir.

Todo cambia y por desgracia, bajo mi experiencia, siempre lo hace para peor. Yo estaba preparado para asumir más cambios, pero no para que mi mundo se derrumbase de nuevo.

Llevaba viviendo en Manhattan siete años, durante los cuales apenas me había puesto en contacto con mi familia y amigos. Estaba sumido en mi mundo, como en una esfera donde el mal superaba al bien con creces y yo lo asumía como algo lógico y normal. Las drogas, el alcohol y las putas eran mi compañía, aunque nunca tomaba ninguna de ellas. No porque me sintiese superior, o porque pensase que no eran sanas, sino más bien por resguardarme un poco de tanta porquería, de tanta suciedad de la que vivía rodeado.

El fin de una era, el comienzo de otra. Así fue esa noche de sábado, otra más en mi larga lista de sábados especiales.

Davy había organizado una de sus bacanales y la casa estaba atestada de gente. Todos elegantes, bebiendo champagne *Moët & Chandon*, disfrutando de la suave música de fondo y disimulando sus más retorcidos vicios con ropas de calidad, joyas y perfumes caros. Pero la inmundicia no entiende de dinero y a pesar de ser personas pudientes, sus miserias eran las mismas que las de los pobres que duermen en la calle y se emborrachan con el vino del supermercado. Odiaba ese ambiente, esa forma de disimular, de esconder su verdadera naturaleza. Detestaba su manera fina de hablar, cuando en realidad estaban pagando una cantidad desorbitada de dinero por tener sexo con una puta, o por esnifar una raya de coca...

Davy nos obligaba a Nancy y a mí a asistir también vestidos con ropas de marcas, elegantes, perfectos para la ocasión. Pero en cuanto podíamos nos escapábamos, nos escondíamos para no ser vistos y casi siempre terminábamos en la planta de arriba, zona vetada a los invitados.

Esa noche estaba en la azotea, solo. Tumbado sobre una manta contemplando el cielo plagado de estrellas y pensando en el mar, en mi playa, en cómo las olas chocaban contra las rocas llenándolas de espuma, de su aroma. Pensaba en el sonido que producen y en lo que siempre me había relajado.

—Te estaba buscando. —Abrí los ojos al escucharla y la vi delante de mí con una botella de whisky en la mano y un paquete de tabaco en la otra.

Se dejó caer a mi lado y se quitó los zapatos de tacón. Movié los pies y suspiró aliviada.

—¿Qué traes? —le pregunté señalando la botella.

—Tu marca preferida —me dijo y me la puso en la mano.

Miré la etiqueta y sonreí, los recuerdos de la primera noche que la conocí inundaron mi mente.

—Un Chivas Regal 18.

—Como debe ser.

—¿No traerás también un porro? —aventuré haciendo referencia a aquella noche.

—Por supuesto. —Sacó del paquete de tabaco uno perfectamente liado y lo encendió, le dio una larga calada y me lo pasó.

—No, gracias. —Lo rechacé y Nancy arrugó su pequeña naricilla en señal inequívoca de sentirse contrariada. No dijo nada, simplemente me lo ofreció de nuevo. Suspiré y lo cogí, hacía mucho que no fumaba, había vuelto a dejar el tabaco, pero esa noche haría una excepción.

Me quitó la botella de la mano y la abrió. Dio un buen trago a morro y me la

pasó.

—La próxima vez trae vasos. Es un sacrilegio beber este whisky así.

Me senté con la espalda apoyada en la pared y ella se colocó entre mis piernas con la suya apoyada en mi pecho.

Flexioné las rodillas y Nancy descansó sus brazos sobre ellas. Besé su cabello negro como esa noche en la que la única luz que nos iluminaba era la de la luna, se acomodó y lanzó un profundo suspiro.

Estábamos acostumbrados a ese tipo de contacto, es más lo buscábamos, lo necesitábamos.

—¿Estás bien Román? —Ella siempre me llamaba por mi verdadero nombre cuando estábamos solos.

—Perfecto.

—No lo creo —replicó.

—¿Por qué dices eso?

—Te noto más callado de lo que es normal en ti. Apenas paras en casa...

—Tengo mucho trabajo.

Durante un buen rato nos quedamos en silencio. Nos pasábamos la botella y bebíamos, nos cedíamos el porro el uno al otro.

La mezcla de alcohol y marihuana empezaba a hacer su efecto y me sentí flotar.

Cerré los ojos, apoyé mi cabeza en la pared y con mis manos jugueteé con las de Nancy, entrelazando nuestros dedos, acariciando sus palmas, el dorso suave... Me sentía en paz, a gusto...

—Román —susurró.

—Dime.

—¿Cómo es?

Abrí los ojos de golpe y arrugué la frente.

—¿Cómo es quién?

—Esa chica de la que estás tan enamorado que, a pesar de haber pasado ya siete años, te impide avanzar en una nueva relación. —Me sorprendió su pregunta porque yo jamás hablaba de mi pasado y ella nunca se había interesado por saber cosas de mi vida en España.

Suspiré y llevé mis manos hasta su cabello. Imágenes de Noa llegaron a mi mente como en un sueño. Estaba muy colocado, tanto que mi lengua se soltó.

—Es morena, como tú. Con ese precioso color negro azulado que brilla con el sol. Sus ojos son azules como el mar y su sonrisa..., su sonrisa es dulce, sincera. ¿Sabes qué es lo que más me gustaba de ella?, ¿lo que la hace diferente, única...?

—¿El qué?

—Su aroma. —Un profundo suspiro se escapó de mi boca y de nuevo cerré los ojos. Podía verla, imaginarla tan vivamente que incluso sentía su olor—. Su delicioso y cálido aroma a vainilla.

—¿Crees que la volverás a ver algún día? —preguntó.

Abrí los ojos y besé su coronilla.

—No lo sé..., no lo sé —dije con tristeza.

Estuvimos así sentados, abrazados, durante un buen rato hasta que casi terminamos la botella de Chivas y hasta que nuestras lenguas comenzaron a trabarse por culpa del alcohol y la marihuana.

Nos marchamos a la cama. Empezaba a amanecer y la temperatura había descendido.

Ya en mi habitación caí en un sueño profundo. Mis fosas nasales se llenaron de repente con un delicioso aroma. Uno que reconocía perfectamente pues desde hacía años era mi olor preferido: vainilla.

—¿Noa? —pregunté sumido en la bruma de mi duermevela.

Sentí cómo a mi lado se hundía el colchón. La luz de la luna me mostró el perfil de una mujer, estaba totalmente desnuda. Estaba confundido, perplejo. ¿Era Noa? Sí, sí, era ella.

Extendí una mano temblorosa y acaricié su pelo. Era suave como el de Noa. El olor llenaba todo el espacio de mi enorme habitación, se adhería a mi piel, me besaba el cuerpo y por primera vez en mucho tiempo me excitó.

Me senté frente a ella. Estaba mareado, ebrio de alcohol y de ese olor a vainilla, borracho de recuerdos, sediento de sus besos, de su cuerpo. Deseaba sentirla de nuevo, aunque fuese tan solo un sueño. ¡Qué me importaba, que solo fuera un agradable y placentero sueño!

La tomé entre mis brazos y la besé. Me comí su boca, sus gemidos y sus suspiros, pero algo me resultaba extraño. No sabía como Noa, su gusto era diferente...

—¿Eres tú? —Mi voz se trabó, notaba mi lengua pesada, mi cabeza daba vueltas y apenas era capaz de coordinar los movimientos.

—Sí —me dijo y lo acepté. Ahora en frío sé que lo que ocurrió es que necesité creerla, deseé con tanto anhelo que fuese cierto, que me tragué mis dudas junto con sus jadeos de pasión, y los efectos del alcohol hicieron lo demás.

La tumbé sobre la cama y con una de mis manos dibujé cada parte de su cuerpo. Comencé por su cuello, pasando mis dedos lentamente, mientras mi boca seguía devorando sus labios y mi otra mano se sujetaba con fuerza a su cabello, como si necesitase un ancla donde amarrarme para no perderme. Continué

bajando despacio, muy despacio, hasta llegar a uno de sus pechos. Lo tomé en mi mano, perfilé el pezón hasta endurecerlo y después lo pellizqué hasta conseguir que un gemido saliese de su garganta.

Abandoné su boca porque necesitaba saborear más de su piel. Dejé un camino torpe y húmedo de besos. Chupé y mordí toda la piel que se ponía a mi alcance en el descenso hasta su sexo.

No me entretuve, cuando llegué a mi objetivo me lancé en picado. Deseaba hundir mi lengua entre sus pliegues, tenía sed de sus jugos, hambre. La pasé primero despacio, saboreando y luego con más fuerza e intensidad. No me paré a pensar que el sabor no era el de Noa, simplemente lamí y moví mi lengua a una velocidad casi imposible para el estado de embriaguez en el que me encontraba.

Estaba cegado por el deseo, por la necesidad y no pensé en nada, tan solo era un hombre que moría de necesidad por una mujer.

La escuchaba gemir, jadear, se movía inquieta, tiraba de mi pelo, apretaba mi cabeza contra su sexo y elevaba su pelvis para conseguir más fricción con mi lengua.

Sentí cuándo estallaba, noté sus convulsiones y ya no pude esperar más. Sin pensar en lo que hacía, pues estaba ciego de deseo como un animal en celo, la penetré con una fuerte estocada y comencé a moverme. Mi pene entraba dentro de ella, profundo y con golpes secos y duros que hacían que su pequeño cuerpo se agitase sobre la cama.

Ella se agarraba a mis hombros, se aferraba con ambas manos y me pedía más. Más fuerte, más profundo, más duro y yo se lo concedí pues lo necesitaba.

No quería mirarla a la cara pues a esa altura ya sabía perfectamente que no era Noa, que no era un sueño y que con engaños Nancy había conseguido lo que ansiaba hacía ya mucho: mi cuerpo.

Sí, es cierto, lo sabía, pese al alcohol, pese a la marihuana, estaba consciente, pero no podía parar. Había estado mucho tiempo en sequía, tan solo saciándome con mi mano, en las noches que ya no podía soportarlo más... Había jugado con ese olor que me embriagaba, que me volvía loco y caí, caí en sus redes como un tonto.

La follé, me corrí y le regalé dos orgasmos. Pero cuando todo terminó, cuando me derramé fuera de ella dejando que mi semen empapase su vientre, me sentí sucio, vil.

Me separé de ella al instante dejándome caer sobre la cama y tapando mi cara con uno de mis brazos.

Deseaba desaparecer, meterme en un agujero profundo.

—Román. —Tocó mi hombro y yo la rechacé.

—Vete por favor. Déjame solo.

—Mírame...

—No. —Negué con la cabeza para dar más énfasis y me levanté de la cama sin cruzar con ella ni una sola mirada.

Entré en el baño y cerré dando un portazo. Me apoyé en el lavabo y miré mi reflejo en el espejo. ¿Qué has hecho?, me pregunté furioso.

Había follado con mi amiga, pero para ser justos ella me había engañado, había forzado la situación sabiendo lo necesitado que yo estaba.

Cerré los ojos, dolía, dolía mucho pensar que todo había estado tramado, planeado. El whisky..., el porro..., las preguntas sobre Noa. Incluso se había puesto su colonia...

Escuché cómo tocaba a la puerta con los nudillos.

—He dicho que te largues. —Estaba cabreado, muy cabreado. Me había utilizado. Me recordó tanto a Candela, a su forma de usarme para el sexo, que sentí ganas de gritar de frustración.

Abrió y me miró, yo lo hice a través del espejo. Sus ojos reflejaban pena, tristeza, incluso hasta un poco de arrepentimiento.

Se colocó detrás de mí y se abrazó a mi cuerpo, apoyando su cabeza en mi espalda. Permanecí quieto, erguido, con las manos sobre el lavabo y la mirada clavada en mi reflejo.

—Román...

—¿Por qué? —Salió de mi boca en un gemido de dolor. Me sentía tan impotente. Algo se acababa de romper entre nosotros, algo que había sido especial, único y que con su trampa había dejado morir, como las rosas cuando se arrancan y se terminan marchitando hasta que sus pétalos caen secos, ajados.

—Yo... —Bajó los ojos, tal vez avergonzada, quizás arrepentida.

—Vete por favor. Ahora no quiero..., no puedo estar a tu lado.

Aquella noche supuso el final de una de las dos historias más bonitas que había tenido con una mujer. La primera había sido con Noa, de la que siempre, aun cuando no había sido consciente, había estado enamorado, y la segunda con Nancy, mi amiga, mi hermana pequeña, en la que había confiado plenamente.

Cuando me marché a España, ni siquiera me despedí de ella. No pude ni decirle adiós. Sabía que estaba sufriendo casi en las mismas proporciones que yo, pero el resentimiento se apoderó de mí como la ponzoña y no me permitía dar el sencillo paso del perdón. Era tan irónico, deseaba la indulgencia de Noa, pero yo no era capaz de concedérsela a Nancy. Así es el ser humano y yo no dejo de

pertenecer a esa extraña especie, tan solo soy un hombre con millones de defectos y montones de taras, de imperfecciones.

22. Comprensión.



Noa me escucha atenta y ni siquiera la puedo mirar. Mantengo mis ojos clavados en el techo de la habitación del hotel mientras le narro mi historia. Permanezco tumbado en la cama con una de mis manos bajo mi cabeza y la otra agarrada con fuerza a la de ella. Mis recuerdos duelen, mi luto por la pérdida de mi especial amistad por Nancy es muy reciente.

Acabo de confesarle parte de mi verdad, por supuesto omitiendo las escenas más escabrosas.

—¿Te engañó usando mi perfume? —pregunta sorprendida.

—Sí.

—Pero... —La miro, para ella es extraño y para mí, comprensibles sus dudas.

—Noa, estaba ebrio, nos habíamos bebido una botella de whisky y fumado un porro..., la mezcla es explosiva. —Intento resultar convincente.

—Creo que deseabas ese encuentro tanto como ella.

—Te aseguro que Nancy para mí era como una hermana. Nunca pretendí...

—Podías haber parado cuando te diste cuenta.

—No Noa, ya no podía parar. —Mis ojos se clavan en los de ella—. Llevaba muchos años sin estar con una mujer, muchos.

Queda en silencio. Su frente fruncida, parece estar dándole vueltas a algo.

—¿De dónde lo sacó...? ¿De dónde sacó el perfume? —suelta de golpe.

Mi cara se tiñe de ese rojo escarlata que me caracteriza. En cierto modo me da vergüenza contarle mis debilidades.

—Tenía un bote escondido en mi habitación y ella...

—¿Tenías un frasco de mi perfume? ¿Por qué?

—¿Acaso no es evidente? —Bajo mi mirada huyendo de la suya—. Te echaba de menos, pensaba en ti día y noche. Un día pasé por una perfumería, lo vi y lo compré. Cuando la añoranza me golpeaba con fuerza, lo abría y aspiraba el perfume, cerraba los ojos y te imaginaba a mi lado...

—Oh..., vaya. —Sonríe, sus ojos brillan.

Otra vez se queda en silencio, parece sopesar sus palabras.

—Creo que debes perdonarla. Creo que os utilizasteis mutuamente.

—Me mintió Noa, cosa que yo nunca hice. Entró en mi habitación, registró mis cosas... —Al pronunciar estas palabras cierro los ojos y suelto un taco, menuda

estupidez acabo de decir delante de Noa. ¡Yo, el ejemplo de mentiroso, juzgando a otros!

—Actuó como una mujer enamorada, tan solo... —No dice nada al respecto y yo se lo agradezco. Ha tenido la oportunidad de echármelo en cara y se lo ha callado.

La miro y me siento tan afortunado de poder contar con ella, aunque tan solo sea como amiga.

Sus ojos llorosos me dicen que le han afectado mi pena y mi dolor. Su sonrisa, que desea infundirme esperanza, y una de sus manos tomando la mía, que está allí a mi lado para ayudarme.

—¡Dios Noa, eres única! —exclamo dichoso porque es especial y la tengo junto a mí.

Así es Noa, una mujer excepcional capaz de comprender al hombre que la mintió, que rompió su corazón. Capaz de cuidarle, escucharle y comprenderle, de buscar ayuda para curarle una herida de bala sin preguntar, de presentarle a su hija, su mayor tesoro, y todo después de la manera tan mezquina con la que me había comportado con ella.

—No digas eso —disiente moviendo una mano con desdén, como quitándose importancia—. Somos amigos, ¿verdad? Al menos eso nos queda. —Baja su mirada con tristeza.

Sí, al menos eso nos queda, y yo lo aprecio casi más que a mi vida.

—La llamaré y hablaré con ella. —Tomo la decisión siguiendo el ejemplo de Noa. Si yo he conseguido su perdón, ¿quién soy yo para no concedérselo a Nancy?

—Me alegro mucho Román. La amistad es muy importante, hay que cuidarla, conservarla. Y, ¿qué pasó con Davy? Creo que aún te queda mucha historia que contar.

Sonrío. ¿Que si queda más historia? Mucha y la peor parte, la que me hubiera gustado guardar dentro de un cajón con candado y después de cerrarlo muy bien, tirar la llave al mar, a este mar Mediterráneo que custodia mi isla por todos sus flancos. Pero eso no es posible, la historia, el pasado, no se pueden borrar, ni tapar, no se pueden cerrar los ojos y mirar para otro lado con disimulo. Siempre llega un momento en la vida en el que el pasado te atrapa, te busca y te golpea con fuerza. Ahora, en este instante, ha llegado mi momento y lo afrontaré como un hombre, de cara, sin tapujos y con toda la verdad por delante.

—Lo que voy a contarte no creo que te guste mucho. —Su mirada recorre mi cara como buscando alguna señal.

—No me gusta que tengas una herida de bala Román, ni que trabajaras en cosas ilegales, con drogas y prostitución. Ni que llevaras una pistola cargada, supieses disparar y golpear. Pero acepto que es tu pasado. Acepto que todo eso quedó al otro lado del charco y que al regresar dejaste esa vida. Creo que eres un buen hombre, con un gran corazón, que ha tomado decisiones estúpidas...

Esto último me golpea, me zarandea y me deja tocado. Decisiones estúpidas, muy estúpidas... Tiene toda la razón. Si hubiese podido dar marcha atrás...

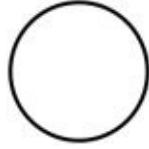
—Siempre he sido el mejor metiendo la pata. —Sonrío con ironía, ridiculizándome a mí mismo.

—La verdad es que no lo has hecho nada mal. —Noa suelta una carcajada.

Miro de nuevo al techo y regreso a ese pasado cercano, ese del que Noa desea saber y del que yo necesito deshacerme de una vez por todas.

—Después de lo ocurrido... —continúo con mi historia—, Nancy y yo, como ya te he dicho, nos distanciamos. El ambiente en casa no era el de antes. Por mi parte pasaba casi todo el día trabajando, apenas estaba en la mansión. Necesitaba alejarme.

23. Engaños y mentiras.



Davy continuaba con su vida de desfase. Gastaba el dinero sin pensar. Llenaba su casa con extraños, gente que, según él, le aportaban categoría y elevaban su estatus. Pero la realidad era otra, una que él no sabía o no quería ver. Toda esa gente no eran amigos, pues tan solo se movían por puro interés. Intenté que viera la verdad, le dije que no debía fiarse, pues lo único que les movía era el poder, ganar mucho dinero sin importarles la forma, cumplir sus más bajos y perversos instintos a costa de Davy y del negocio en el que, por aquella época, éramos más que trabajadores, ya que poseíamos, casi a partes iguales, junto con el gran jefe, la mayoría del capital.

Yo, por mi parte, intenté desvincularme de su modo de vida y poco a poco fui separándome de él, liberándome de la mayoría de mis obligaciones, en un negocio que estaba podrido, corrompido. Me asqueaba cada vez más la manera de obtener dinero, los sobornos, la venta de drogas, la prostitución... Llegó un punto en el que odiaba mi vida con tal intensidad que me costaba levantarme de la cama, vestirme. Me pesaba más que nunca la pistola bajo mi brazo, odiaba los clubs, el alcohol y vivir junto a toda esa gente cuya existencia estaba totalmente vacía, pues se movían únicamente por intereses económicos.

Pero el hecho que marcó más mi deseo total de desligarme de Davy y sus desfases, sucedió una noche de lunes.

Davy entró en casa como un vendaval. Yo estaba en la cocina tomando un trozo de pizza, cuando llegó sudoroso y con cara de preocupación.

—Ryan... —Parecía dudar, como si no supiera de qué manera plantearme lo que me iba a pedir, porque le conocía muy bien y algo buscaba.

—Al grano —le dije y le di un bocado a mi porción de pepperoni.

—Necesito que me acompañes.

—¿A dónde? —No tenía ni la más mínima intención de salir. Me había planteado una noche tranquila, pizza y alguna película, ese era mi plan.

—Verás...

—Huy, huy, huy... —Me olía que no me iba a gustar nada lo que Davy trataba de decirme. Conocía su cara de «joder tío, me he metido en líos y necesito que me ayudes».

—Tienes que ayudarme tío. —Puse los ojos en blanco al escuchar las palabras

exactas que sabía que iba a utilizar y así ratificar lo que había intuido nada más verle entrar sudoroso—. Tengo que ir a una cita de negocios y necesito que me cubras.

Dejé lo que quedaba de la porción en el plato, me sacudí las manos y me recosté en la silla. No me convencía el cariz que estaba tomando esa conversación, pues lo más probable era que Davy me metiera en sus trapicheos.

—¿Qué has hecho ahora? —Me crucé de brazos y clavé mis ojos sobre él.

—Tengo que pagar una apuesta. Los tipos me reclaman el dinero y no quiero ir solo..., por si las moscas. Ya sabes cómo son esos tíos.

—¿Una apuesta? Eres un cabrón... ¿de dónde has sacado el dinero para pagar?

—Intuía la respuesta.

—Quité un poco de la caja...

—¡Eres un auténtico gilipollas! —Di un fuerte puñetazo en la mesa. Davy conseguía sacarme de mis casillas. Me cabreaba tanto su egoísmo—. ¿Nunca piensas lo que haces? Ese dinero no es tuyo, como se entere el jefe...

—No se va a enterar. Sabes que soy yo el encargado de las cuentas y puedo camuflar un poco las cifras...

—Vas a terminar en el río, con un tiro en la cabeza. Eres un irresponsable.

—La apuesta era segura, no podía fallar.

—Sí, sí, ya lo veo —dije con ironía.

—Bueno, ¿me acompañarás?

—No.

—Joder tío, por favor. Me lo debes.

—No te debo nada.

—Si no lo haces por mí, hazlo por Nancy.

Me levanté y lo agarré con fuerza de las solapas de su chaqueta.

—¿Qué coño tiene ella que ver en esto? —Le zarandeeé.

—Esos tipos saben hacer daño donde más duele.

—Hijo de puta... —le solté con rabia. Entendía a qué se refería. Si no pagaba su deuda, Nancy corría peligro.

—Vamos.

Salí de la cocina sin esperarle, sabía que me seguiría. Me cambié de ropa y tomamos su coche. El muy idiota había quedado en uno de los locales de los que esos tipos eran propietarios. Nada de buscar terreno neutral, que sería lo más lógico.

El sitio en cuestión era una discoteca situada en las afueras de la ciudad. A esas horas de un lunes, aunque pueda sonar extraño, estaba llena y tuvimos que

abrirnos paso a empujones hasta el reservado donde nos aguardaban.

Mi misión era cubrir las espaldas de Davy, él entregaría el dinero y nos iríamos por donde habíamos venido, sin más. Limpio y fácil. Pero con Davy, nada lo era.

En el apartado nos encontramos tres tipos con pintas de matones. Los miré y analicé. Llevaban pistolas y por supuesto, estaba seguro de que no dudarían en usarlas.

—¿Lo traes todo? —preguntó el más alto.

—Claro. Yo siempre cumplo mis promesas.

Casi me atraganto al oírle decir semejante mentira, pero disimulé.

Davy colocó un maletín sobre la mesa y otro de los tipos lo abrió.

Vi el contenido y entendí que, de nuevo, Davy me había liado. Ese maletín estaba lleno de droga. No se trataba de una deuda de juego, era uno de sus trapicheos, de sus negocios fuera de la organización.

No hice ningún gesto, permanecí erguido y quieto en mi posición. Más tarde hablaría con él, bueno, le patearía el culo por engañarme y meterme en una trama de la que yo no quería ser partícipe.

Fui mero espectador de la transacción, esperando con paciencia a que llegasen a un acuerdo y nos marchásemos de allí.

Intenté retener mis descomunales ganas de golpearle, disimulé mi monumental cabreo. Pero cuando me subí en el coche, cerré la puerta con tanta fuerza que pensé que me cargaría el cristal.

No le dirigí la palabra, esperaba a llegar a casa. Me limité a mirar por la ventanilla. Davy tampoco intentó excusarse, me conocía muy bien y sabía que en esos momentos lo mejor era dejarme y esperar a que se me pasase un poco el enfado. Aunque esta vez lo tenía muy complicado.

Cuando llegamos, entré en casa y sin esperar a que él lo hiciera, cerré la puerta. Me daba igual golpearle con ella y estuve a punto de hacerlo, si no llega a ser por sus reflejos.

—Ryan..., tío.

Me quité la americana y la lancé sobre la silla. Me deshice el nudo de la corbata.

—¿Cómo se te ocurre meterme en tus mierdas? —Intenté hablarle de manera pausada, tranquila. Pero era imposible contener la furia que desde mi interior pugnaba por salir.

—Mira... —Puso sobre la mesa el maletín con el dinero que había ganado con la venta de la mercancía. Tomó entre sus manos un fajo de billetes y me los tendió—. Todo esto es tuyo. Has ganado este dinero, sin hacer nada. Por solo

acompañarme. ¿No te das cuenta?, es un buen negocio.

¡Increíble!, le miré entre asombrado y colérico. Tenía la cara dura de creer que me estaba haciendo un favor, cuando la realidad era que me había utilizado.

—No quiero tu puto dinero. —Me acerqué tanto a él que nuestras narices casi se podían tocar—. Me has engañado.

—¡Basta ya! —gritó airado—. Estoy cansándome de tus tonterías. Te hago ganar una pasta, ¿y te parece mal?

—¿No lo entiendes, verdad? Eres tan cerrado de mollera que no te das cuenta...

Me alejé, lo mejor era irme. No tenía fuerzas para seguir con una conversación que no nos llevaría a ningún sitio. Pero él insistió y logró ponerme al límite de mi resistencia.

—Tú te lo pierdes Ryan. A más toco. Te estás volviendo un blando.

Me giré y mis ojos se clavaron en él.

—Has sido capaz, incluso, de usar a tu hermana. ¿Es que no lo ves?

—Solo ha sido una pequeña mentira. Te estabas poniendo muy pesado. Si te hubiera dicho a lo que ibas en realidad, no habrías aceptado acompañarme.

—¡Pues claro que no! No sé de dónde has sacado esa droga... —Davy intentó hablar y le paré levantando una mano—. No quiero saberlo.

—Si tienes miedo de que se entere el jefe, descuida, eso no pasará.

De nuevo me acerqué a él y le tomé de las solapas de su chaqueta.

—Me importáis una mierda el jefe, tú y todos tus trapicheos. Me importa una mierda si te pillan y te cortan las pelotas. Pero nunca más vuelvas a mentirme. ¡Nunca! —le grité.

Le solté con asco, con rabia y me fui a mi habitación.

Rota mi relación con Nancy, y sin ganas de tener ninguna con Davy y sus engaños, mi vida en esa casa comenzó a pesar, a ser un tanto incómoda. Si soy sincero, en ese momento mi único deseo era salir de allí, tomar un avión y regresar a España. Según iban las cosas sabía con certeza que en un futuro volvería, pero todo se precipitó, sucedió a la velocidad del rayo y mi deseo se cumplió antes de lo que yo pensaba.

El momento exacto fue la mañana siguiente a una de las fiestas de Davy. Era domingo, doce de la mañana y yo estaba sentado en la cocina paladeando un café expreso.

Movía distraído la cucharilla dentro de la taza, con mi cabeza llena de pensamientos negativos. Por aquel entonces todo lo veía en color negro.

Me había despertado hacía tan solo diez minutos pues había pasado la mayor parte de la noche dando vueltas en la cama. Ni el escándalo que había en la parte

baja de la casa y el jardín, ni mis confusos sentimientos habían permitido que Morfeo me tomase entre sus brazos.

—¡Joder, joder! ¡Me cago en la puta! —Las voces de Davy se escuchaban por toda la casa.

Me levanté con tanta rapidez que casi tiré mi café, ese con el que me estaba deleitando, y la silla. Corrí escaleras arriba, su voz procedía de su habitación.

Abrí la puerta sin ni siquiera preguntar y me lo encontré desnudo. Se sujetaba la cabeza con las manos, se tiraba del pelo nervioso y no paraba de dar vueltas sobre la alfombra que cubría parte del suelo.

—¿Qué te pasa? —Me acerqué hasta él y traté de hacerle parar, pero se resistía.

—¡Joder tío! —Sus ojos expresaban angustia, terror—. Joder..., joder, joder... —repetía sin descanso mientras continuaba su incesante caminata, y me planté delante para hacerle parar.

—¿Quieres hacer el puñetero favor de estarte quieto y explicarme qué coño te pasa?

—¡Esa puta me ha robado! —gritó y me miró si como si con esas palabras tuviese la obligación de entenderle.

Observé a mí alrededor. La habitación estaba revuelta, su ropa tirada por el suelo, la cama totalmente deshecha, el olor a sexo y alcohol envolvía toda la estancia. Al fondo, sobre su mesa de despacho, unas rayas de cocaína olvidadas, pero estaba claro que esa noche no se había quedado sin esnifar.

—¿Qué te ha robado, la virginidad? —Sabía que no estaba para bromas, se le veía muy alterado y nervioso. No se lo tomó muy bien y me contempló furioso.

—No me jodas tío. —Me reprochó.

—Pues haz el favor de explicarte.

Me entraron unas ganas casi incontenibles de reír. Su postura era un tanto cómica. Tenía los brazos en jarras, el pelo revuelto, la cara congestionada, más roja de lo que yo era capaz de ponerme, me miraba con mala leche y desnudo como vino al mundo. Me mordí los carrillos para no soltar una carcajada.

—Estamos en un buen lío —soltó de golpe.

En ese preciso instante pareció darse cuenta de que estaba desnudo. Cogió su pantalón de entre el amasijo de ropa que estaba tirada por el suelo y se lo colocó.

—¿Estamos? —pregunté sorprendido.

—Bueno... sí. Eres mi amigo, ¿no?

—Anda... Vístete y baja. Nos tomamos un café y me cuentas de una vez qué es lo que pasa.

En ese momento desconocía la gravedad de los hechos que habían acontecido

esa noche. Pensé que exageraba, que sería alguna de sus paranoias. Así que le dejé solo y bajé de nuevo a la cocina.

Estaba sentado delante de mi café recalentado, uno que había perdido su sabor, y eso me cabreaba, cuando le vi aparecer ya vestido.

Se dejó caer sobre la silla que había frente a la mía y me arrancó mi taza de las manos.

—¡Eh! —le reprendí enfadado. ¡Por mi café mato!

Se lo bebió de un trago y se recostó en el asiento.

—Esa puta...

—Te ha robado... —terminé su frase—. ¿Puedes ser un poco más concreto?

—Anoche me tiré a una tía. Estaba muy buena... Ya sabes, tetas enormes, con una boca ideal para hacerte una buena mamad...

—Vale, vale, me lo puedo imaginar. No te disperses con los detalles y ve al grano —le interrumpí.

Asintió y cerró los ojos como si estuviese recordando algo

—¡Hija de...! —Golpeó la mesa con el puño—. Esta mañana cuando me he despertado ya no estaba en mi cama, y eso que pensaba echarle un polvo mañanero. Otra vez la tenía dura... —Carraspeé y por mi mirada entendió que de nuevo se estaba alejando del tema importante—. Y he descubierto que me ha robado.

—¿Y se puede saber qué es lo que te ha robado?

—Joder tío. —Se apoyó en la mesa de la cocina y se acercó a mí todo lo que pudo—. Un millón de dólares.

Mi boca se abrió de golpe al mismo tiempo que lo hacían mis ojos.

—¿Un millón?! —pregunté esperando no haber escuchado bien la cifra.

Davy se levantó de la silla. Me daba la espalda y con sus manos sobre la cabeza se frotaba el pelo nervioso.

—Sí, joder, sí. Un puto millón. —En el tono de su voz se notó el desaliento, la desesperación. Se dejó caer de nuevo en la silla y apoyó su frente sobre la mesa.

—Pero... —Empecé a congestionarme, ahora el que estaba rojo por el cabreo era yo—. Se puede saber, ¿por qué cojones tenías un millón de dólares en tu habitación?

—Pues..., porque... Yo que sé, me lo trajeron ayer de la venta de un alijo... Pensaba sacarlo hoy de casa, pero... Joder, el jefe me mata.

—¿Hoy...? —dije imitando su tono de voz—. Imbécil, te los han robado delante de tus propias narices y no te has enterado. ¿Cómo es posible que una tía se lleve el dinero y tú te limites a roncar?

—Estaba colocado, joder. Bebí mucho y me metí unas cuantas rayas. Además, cómo iba a suponer yo que una tía como esa..., ¡será hija de puta!

—Y tú un auténtico gilipollas que tiene el dinero en casa como quien tiene una planta, porque estoy seguro de que no lo tenías en la caja fuerte, ¿verdad? — Bajó su mirada avergonzado, respondiéndome sin necesidad de palabras. Cerré los ojos y solté un taco. ¡Será inconsciente!, pensé cabreado. Me llevé la mano a la cara, restregándome varias veces la incipiente barba—. ¿Dónde lo tenías, bajo la cama? —Silencio por su parte—. Pero serás...

—Tienes que ayudarme a recuperarlo. —Se abalanzó sobre mí, me tomó de los brazos y me sacudió desesperado. Sus ojos estaban al borde del llanto y su voz temblorosa. No era para menos, en este mundo una deuda de droga no se perdona jamás, y un millón es mucho dinero.

—¡Para! —le grité, no me gustaba que me zarandeasen. Me soltó de golpe y se llevó las manos a la cara, la tapó y pude escuchar un leve sollozo—. ¡No es momento para lamentos y llantos! —Le obligué a mirarme quitándole las manos de su cara con un fuerte manotazo—. Tenemos que buscar a esa..., chica y recuperar el dinero, si no date por jodido. ¿Recuerdas su nombre?

—Adeline... —Se frotó la frente como si fuese la lámpara mágica y al restregarla saliera un genio que le diera la respuesta a mi pregunta—. ¡No, no, ya lo recuerdo! —chilló eufórico. Parecía que el muy imbécil creía que por acordarse de su nombre su problema se solucionaba—. ¡Adele, era Adele!

—Vale... Adele. ¿Sabes quién la trajo? ¿Con quién vino? —Solo con el nombre no teníamos nada.

—Sí, claro que lo recuerdo. Era algo de Lewis, su hermana... o ¿quizá era su novia? —Se quedó pensativo.

—¡¿Te tiraste a la novia de Lewis?! ¡¿De Lewis O'Hara?! —Estaba tan congestionado, tan cabreado, que pensé que la cabeza me estallaría de tanta presión. Asesté un puñetazo en la mesa con tal fuerza que la taza salió volando y se estrelló en el suelo haciéndose añicos. ¡Mi taza preferida!—. ¡¿Cómo puedes ser tan gilipollas?!

—Ya te lo dije, estaba muy buena... —Se encogió de hombros.

Me puse en pie, ya no podía soportar ni mirarle ni estarme quieto. Estaba tan furioso...

O'Hara era el dueño de varios clubs, nuestra competencia, el tipo que quería más que nada hacerse con nuestro mercado, con nuestros negocios y hundirnos en la miseria.

—¡¿Eres tan imbécil que invitas a una de tus fiestas a nuestro enemigo?!

—Hace ya tiempo que firmamos una tregua. Estaba en negociaciones con él. Íbamos a unirnos para expandir nuestros negocios juntos...

—Sí, ya veo... Menudo idiota...

—¡Basta ya! —Se colocó frente a mí—. Para de insultarme. ¿Crees que no soy consciente de que la he cagado?

—Y mucho tío, y mucho...

Me senté de nuevo e intenté relajarme.

—Tenemos que encontrar a esa tía y obligarla a decirnos dónde coño ha metido nuestro dinero.

—¿Cómo piensas hacerlo, la torturarás hasta que confiese?

—Si hace falta, lo haré... —Se giró hacia el ventanal que daba al jardín.

—No pienso ayudarte a torturar a una mujer. ¡Estás loco! —Sentencié y le miré como si hubiese perdido la cabeza.

—Eres mi amigo joder, te di cobijo en mi casa, te he tratado como a un hermano. —Clavó sus pupilas en la mías, me observaba con tal desesperación que incluso me dio pena—. Ayúdame... te prometo que tan solo te necesito para encontrarla, lo demás lo haré yo y quizá no sea necesario, la asustamos un poco y seguro que canta.

—No puedo... —Cerré los ojos desesperado—. No puedo permitir que hagas daño a una mujer... Mi conciencia...

—¡A la mierda con ella! —gritó enfadado—. Estás tan metido en este lío como yo y si yo me estrello contra el suelo, si muerdo el polvo... Tú —dijo señalándome con un dedo inquisidor—, caerás conmigo. ¿Qué eliges, tu conciencia o tu vida?

—Eres un hijo de puta. Me enredas en tus mierdas sin tener culpa ninguna. ¿Y tú dices que eres mi amigo? —Le miré con asco. Me sentía vendido, defraudado por el que quería como un hermano. Ya nada me importaba, nada me quedaba en Manhattan. Me iría de allí lo antes posible.

Pero mi huida se truncó. Las cosas se pusieron muy negras para Davy, y yo no era capaz de marcharme y dejarles a los dos, a Davy y a Nancy, solos ante lo que se avecinaba.

Finalmente me vi envuelto en sus líos y le ayudé, pero siempre bajo mis normas. Nada de violencia con Adele.

Averiguamos que era la novia alocada de O'Hara y que este tenía más cuernos que un rebaño de Miuras. No sabíamos si él conocía lo que había hecho su chica, y yo pensaba que lo más seguro era que no estuviese involucrado en el robo, Lewis era un tío muy celoso, no expondría nunca a su chica, aunque eso

supusiera terminar con uno de sus más fervientes rivales en el negocio. Así que lo más seguro era que ella había actuado por su cuenta y riesgo, ¿por qué lo haría cuando tenía de todo?, eso era lo único que no me cuadraba. Pero claro, un millón de dólares es muy goloso y más si lo puedes tener de manera fácil y rápida.

El plan que tracé para recuperar el dinero era sencillo y a la vez muy complicado, pues todo dependía de cómo reaccionase ella. Por nada del mundo deseaba emplear la violencia.

Adele acudía a un gimnasio todos los martes, miércoles y viernes, y supimos que salía de hacer sus ejercicios a eso de las nueve.

No quedaba nada para que cumplierse el plazo que el jefe le había dado a Davy para entregar la recaudación, esa que le había robado Adele con malas artes. Así que el miércoles de la semana siguiente estaba sentado en mi coche delante del gimnasio más caro y pijo de Manhattan. Uno donde acudían las actrices de moda y cantantes famosos, uno con entrenadores personales y a un precio tan desorbitado, que muy pocos eran los privilegiados que tenían acceso a sus instalaciones.

Esperaba que Adele estuviera más que dispuesta a sucumbir a mis encantos. Tenía que ligar con ella y me sentía totalmente perdido en esas artes, ya que hacía mucho que no practicaba. No me quedaba otra que recordar mis viejos tiempos en la discoteca, cuando era camarero y me tiraba a todas las extranjeras con ganas de follar que entraban en el local.

No me gustaba nada meterme en esos líos e iba un poco preocupado por Davy. Su intención, dentro de lo desesperado de su situación, era sonsacarle a la chica dónde tenía el dinero de una manera violenta y a eso no estaba dispuesto. Esperaba que esto no se le fuera de las manos, porque no me quedaría más remedio que enfrentarme a él.

No tuve problema para entrar en el gimnasio, el tipo de la puerta me conocía, era un asiduo de uno de nuestros clubs y me debía un par de favores.

La localicé enseguida. Estaba en la sala de pesas junto con su entrenador. Disimulé y me subí a la cinta sin apartar mis ojos de ella, una preciosa morena vestida con un ajustado modelito de leggins y top rosa fuerte que realzaba sus grandes pechos, seguramente operados.

Estaba muy concentrada ejecutando el ejercicio, bajo la mirada atenta de su entrenador, que le corregía la postura o le alentaba a seguir pese a las protestas de ella que no paraba de resoplar y sudar.

Pararon para beber un trago de agua de su botella y aproveché para dejarme

ver. En aquella época odiaba exhibirme como si fuera ganado, pero tampoco era tonto y sabía perfectamente que le resultaba atractivo a las mujeres, y en este caso necesitaba atraerla como fuera. Me había puesto una camiseta sin mangas ajustada que dejaba ver mis fuertes brazos y un pantalón de chándal ancho y corto que me caía en las caderas.

Me senté en uno de los bancos. Levanté unas pesas exponiendo mis duros bíceps mientras clavaba mis pupilas azules en los preciosos ojos verdes de Adele. Conseguí mi objetivo. No me quitaba la mirada de encima, incluso despidió al entrenador y con paso insinuante se acercó hasta mí.

—Hola. —Tenía una bonita y melodiosa voz. ¿Cómo se habría acostado con el imbécil de Davy?, no le pegaba para nada. Ella era delicada, bella, con unas curvas de ensueño, mientras que Davy parecía un hombre de cromañón con el cuerpo lleno de vello, sin gracia ninguna. Ella podría tener al hombre que le diese la gana con un simple batir de sus pestañas.

—Hola. —Utilicé un tono de lo más provocador y aproveché para hacer un repaso a su cuerpo de arriba a abajo con mi mirada.

—Nunca te he visto por aquí. —Se apoyó de manera descarada en el aparato en el que en esos momentos estaba yo sentado. Sus voluminosos pechos tensaban el top de tal manera, que parecía que de un momento a otro iba a explotar. Me quedaron justo a la altura de la boca y me relamí, no porque me apeteciese en absoluto devorarlos, hacía mucho tiempo que las mujeres como esas no me llamaban la atención, sino para utilizar todo mi arte de seducción, y la verdad era que me estaba dando resultado.

—Llevo tan solo una semana viniendo —mentí—, pero después de ver a una belleza como tú creo que seré asiduo a este gimnasio. —No me podía creer que aún supiese ligar, pensé que estaba oxidado, pero según parecía tenía todas mis facultades intactas.

Adele soltó una risa tonta y me miró coqueta mientras tocaba su larga melena que llevaba recogida en una coleta alta y súper tirante.

—¿Cómo te llamas? —preguntó inclinándose hacia mí hasta casi ponerme el pecho directamente sobre mis labios.

—Ryan y ¿tú preciosa? —dije sin miedo. Jamás nos habíamos visto, ni sabía quién era yo.

Me levanté. Me puse frente a ella. Apoyé una de mis manos sobre el aparato en el que estaba recostada y me acerqué a su cuerpo casi hasta rozarlo con el mío.

—Adele.

—Me encanta tu nombre. Adele —susurré y tomé entre los dedos de mi otra

mano un mechón de su coleta. Jugueteeé con él mientras mis ojos se posaban en su boca carnosa ya dispuesta a devorar la mía—. ¿Te apetecería tomar algo conmigo? Me gustaría conocerte un poco más. Ya sabes... —Mi voz sonó ronca y sensual.

—Me encantaría. —Pestañeó coqueta y bajó la mirada, pero estaba totalmente seguro de que no se trataba de timidez, sino más bien de una maniobra premeditada para flirtear y conseguir su más ansiado premio.

Según había averiguado Adele era una coleccionista de amantes, le gustaban los hombres y no perdía la oportunidad de acostarse con el que se le pusiese a tiro, sin importar nada su relación de más de tres años con O'Hara.

—Conozco un sitio que está muy cerca. ¿Qué te parece si nos duchamos y nos tomamos algo juntos...?

Soltó una risa tonta y supe sin dudarlo ni un instante que, sin hacer mayores esfuerzos, con tan solo chasquear los dedos, la tendría desnuda y dispuesta a follar como una loca.

Nos separamos y ella caminó delante de mí hacia los vestuarios. Movía las caderas de una manera insinuante y de vez en cuando se giraba para posar sus ojos de gata sobre los míos.

Nos separamos, cada uno hacia un lado de un largo pasillo. Quedamos en unos minutos a la salida. Antes de marcharse se puso de puntillas y dejó un leve y suave beso en la comisura de mis labios. ¡Qué fácil había sido todo!

Ya en la ducha repasé el plan. No podía fallar nada, era sencillo y ella estaba colaborando.

No me gustaba nada lo que iba a hacer y sabía que me arrepentiría toda mi vida. Utilizar a alguien, usarla con un fin, no era para nada agradable, pero no me quedaba más remedio. Davy era un imbécil, un auténtico gilipollas, pero al fin y al cabo era mi amigo, si no le ayudaba y el dinero no aparecía, la cosa terminaría muy mal. La banda era una gran familia unida, una que se ayudaba cuando las cosas se ponían feas, pero nunca, jamás perdonaban una deuda de dinero. Si el jefe pensaba que le estaban engañando no se andaba con tonterías y cortaba por lo sano. No podría soportar el peso de la muerte de mi amigo sobre mi conciencia, era más sencillo soportar el de haber engatusado y utilizado a una extraña a la que nunca volvería a ver.

El agua corría por mi cuerpo y deseé que también lo hiciese por mi conciencia y pudiera lavar toda la mierda en la que me estaba metiendo por la mala cabeza de Davy. A pesar de que no había dudado en amenazarme con tal de conseguir mi ayuda, yo estaba dispuesto a echarle una mano. ¿La merecía?, no, pero aun

así estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera en mi mano porque saliese indemne del terrible lío en el que se había metido.

Ya seco y vestido me encaminé a la salida dispuesto a continuar con lo acordado.

Ella me estaba esperando con una preciosa sonrisa en los labios y sin saber lo que se avecinaba. Me sentía tan sucio y mezquino, que por un instante no pude mirarla a los ojos, me centré en sus largas piernas que estaban a la vista, pues llevaba una cortísima minifalda y unas altas cuñas.

—¿Nos vamos? —le dije tomándola de la cintura y guiándola hacia mi coche.

Adele asintió y se dejó llevar.

—¿A dónde vamos? —preguntó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Hay una pequeña cafetería a tan solo unos metros de aquí. Es un sitio tranquilo para hablar... —Le guiñé un ojo con picardía y ella correspondió con un pestañeo coqueto.

Conduje con la cabeza llena de imágenes de lo que podría ocurrir, con mi mente completamente saturada de remordimientos y de miedos. No me fiaba nada de Davy, estaba seguro de que tendría que frenarlo.

Llegamos al café y aparqué justo enfrente. Caminé con una de mis manos acariciando su cintura y al entrar busqué el rincón más separado e íntimo.

La cafetería estaba medio vacía, y nos sentamos al fondo, sobre unos sofás mullidos y cómodos.

—¿Qué desean tomar? —nos preguntó el camarero.

—Un zumo de piña —dijo ella.

—Una cerveza —pedí yo.

Nos quedamos solos por unos instantes y ella se aproximó a mí hasta que nuestros muslos se rozaron.

El camarero regresó con las bebidas y las dejó sobre una pequeña mesita, frente a nosotros.

—Dime. ¿Tienes novio?

—No, no, qué va... —Será mentirosa, pensé.

Me aproximé más a su cuerpo y tomé un mechón de su pelo, jugueteé con él entre mis dedos.

—¿Y tú?

—¿Te importaría algo si mi respuesta fuese positiva? —No lo pude remediar y sonreí. No porque me hiciese gracia la situación en la que estaba metida, no tenía ninguna la verdad, sino porque el descaró de Adele era increíble, no se cortaba ni

un pelo.

—No —contentó tajante—. Dime Ryan, ¿a qué te dedicas?

—Negocios —dije mientras miraba sus carnosos labios e intentaba provocarla un poco más.

—¿Qué tipo de negocios?

Abandoné su pelo para acariciar de manera distraída su cuello, pasando mis dedos con suavidad hasta que sentí cómo la recorría un escalofrío.

—Unos que me dan mucho dinero.

Su mirada brilló. ¡Vaya!, además de coleccionar amantes, a Adele parecía también gustarle mucho el dinero. Claro que eso quedó evidente el día que robó a Davy un maletín cargado de billetes.

—¿Y tú?

—Soy modelo.

Entonces comenzó a contarme cosas intrascendentes y tan aburridas que apenas le prestaba atención. Me limitaba a jugar con ella, a provocarla y a parecer muy interesado por sus tratamientos de algas para mantener la piel suave, a sus desfiles de ropa interior y a sus próximas vacaciones en una isla paradisiaca...

Aburrida..., muy aburrida..., así era Adele. Ese tipo de mujer que tan solo piensa en su cuerpo, en su placer... Una Candela, pero con dinero. Ese pensamiento me sacudió con fuerza y me asqueó a partes iguales. Yo huía de mujeres como ellas, y ahora...

Más de una hora a su lado ya era demasiado tiempo, así que busqué una excusa para marcharme.

—Preciosa —dije mientras acariciaba su cuello con mi nariz—, tengo que marcharme ya. —Dejé un húmedo beso y ella suspiró, le gustaba y quería más, pero tendría que esperar, eran las reglas del juego—. Me gustaría verte esta noche.

—¿Esta noche? —preguntó. Tenía los ojos cerrados y disfrutaba de mis atenciones encantada.

—Ajá. Tengo entradas para una fiesta y quiero invitarte. Quizá después de divertimos un rato podamos... jugar tú y yo solos.

Abrió sus ojos de golpe, parecía ansiosa por probarme.

—Dame la dirección y allí estaré.

Perfecto, la cosa marchaba bien.

Me costó deshacerme de ella, pero al final tomó un taxi y con un leve beso en los labios me despedí de Adele.

—¿Me dejas así? —protestó poniendo voz de niña, mientras hacía pucheros y tiraba de mi camiseta para acercarme a su cuerpo.

El taxista esperaba, nos miró molesto y decidí terminar con una despedida que se estaba haciendo larga y pesada.

Le di un beso en sus labios siliconados, uno húmedo, voraz que la dejó sin aliento y la hizo estremecer. La miré de manera seductora y mientras le guiñaba un ojo dije:

—Esto es un anticipo de lo que va a pasar esta noche.

Por fin entró en el taxi y vi cómo se alejaba.

Llegué a casa y Davy me recibió con la cara descompuesta, estaba nervioso y no paraba de tocarse el pelo.

—¿Cómo fue?

—Bien —gruñí de manera escueta.

Caminé rápido hasta las escaleras para subir a mi habitación. No tenía ganas de estar con él. Por su culpa me veía prostituido, tenía que besar y meter mano a una tía que no me gustaba absolutamente nada.

No me siguió como esperaba, y se lo agradecí en silencio.

A eso de las nueve estaba en mi habitación preparándome para mi cita. Me había puesto el Armani azul oscuro. Me estaba abrochando los zapatos cuando llamaron a la puerta.

—Pasa —dije.

—Hola. —Nancy asomó la cabeza tímidamente y entró—. ¡Vaya, qué guapo estás! —exclamó.

Me puse de pie y me coloqué frente al espejo. Me había afeitado y engominado el pelo dejándolo hacia atrás, despejando mi cara. Me coloqué los puños de la camisa blanca dentro de las mangas de mi traje a medida.

La miré de reojo. Parecía triste, apagada.

—¿Estás bien? —pregunté preocupado. Nuestra relación seguía siendo fría y un tanto distante, pero no me gustaba verla mal.

—No lo hagas Román. —Clavó sus pupilas en las mías.

—Hace siete años me dijiste esas mismas palabras. —Me acerqué hasta ella y acaricié una de sus mejillas, su contacto me hacía tanto bien. Lo había echado mucho de menos, desde..., desde el incidente no era lo mismo y yo quería a mi amiga, quería tener su cariño como antes de que toda la confianza que había puesto en ella se esfumara entre las sábanas de mi cama.

—Y no me hiciste caso. —Por primera vez en muchos días la vi sonreír.

—Debí hacértelo.

—Hazlo ahora Román. No vayas, no veas a esa mujer... —Nancy estaba al tanto de todo, sabía lo que iba a ocurrir esa noche.

Dejé caer la mano con la que la había acariciado sutilmente y me dirigí hacia la puerta, abrí, pero antes de salir le dije:

—Ya es tarde, no hay vuelta atrás.

La dejé sola en mi cuarto y bajé las escaleras. Davy estaba sentado en el sofá, pero cuando me vio se puso de pie.

—¡Vas a llegar tarde! —me reprendió.

—Tranquilo Davy, he quedado a las diez y son solo las nueve y cuarto.

—¡¿Cómo quieres que esté tranquilo?! —escupió su pregunta—. Esa puta tiene mi dinero, el jefe está a punto de tirarme al río con una piedra atada a los pies y tú, en lugar de dejarme arrancarle la verdad, vas de hermanita de la caridad jugueteando con Adele.

Le miré muy cabreado. Todo lo quería arreglar a base de golpes y torturas...

—Se hará a mi manera. —Le zarandeeé tomándole con mis puños la camiseta de algodón—. ¡¿Entendido?! ¡¿Entendido?! —le grité acercando mi nariz a la suya hasta casi tocarse.

—Sí. —Bajó la mirada temeroso, sabía cómo me las gastaba cuando me enfadaba.

—Cuando te avise vendrás, pero sin armas, y me dejarás que yo lleve el mando. Ella hablará, pero sin emplear tus puños. ¿Lo has entendido bien? —pregunté de nuevo como si fuera un niño aprendiendo las tablas de multiplicar a base de recitarlas una y otra vez.

—¡Qué sí coño, que te entiendo!

Le solté. Me re Coloqué el traje otra vez y caminé hasta la salida.

—No pierdas de vista el móvil —le dije antes de marcharme.

Llegué a la puerta de la discoteca pasadas las diez y Adele no estaba allí. Pensé que quizá al final me había salido mal la jugada, pero cuando sentí unos pasos a mi espalda, unos tacones en el asfalto, unas manos que tapaban mis ojos y su voz diciéndome de manera sensual “¿Quién soy?”, suspiré tranquilo.

Sonreí, había algo que ella no sabía: si se había acercado a mí por la espalda era porque le había dejado, y si había llegado a tocarme era porque sabía que era ella.

Me giré. Le sonreí y besé sus labios pintados de rojo.

—Dulce, muy dulce. —Me relamí los míos.

La tomé de la mano y entramos en el local.

Tenía un reservado, era uno de nuestros locales y busqué el lugar más tranquilo

e íntimo.

Nos sentamos muy juntos, el camarero nos trajo una botella de champagne *Dom Perignon* y yo preparé dos rayas de coca, invitación de la casa. Se las ofrecí y ella gustosa las esnifó complacida.

Bebimos, Adele se reía a carcajadas de cosas absurdas inducida por las drogas y el alcohol. De repente, de manera torpe por su parte, me encontré con sus carnosos labios sobre los míos. Me devoraba, invadía mi boca y yo me dejé, no era placentero, no me apetecía nada, pero no podía echarme atrás.

Su mano derecha se posó en mi pierna y fue subiendo con lentitud hasta mi pene que parecía dormido, pues ni siquiera notaba un leve cosquilleo de placer.

Adele no me atraía en absoluto, era todo lo opuesto a lo que yo deseaba, pero no me quedaba otro remedio que meterme en mi papel.

Me desabrochó el cinturón, bajó la cremallera y sin más preámbulos metió su mano dentro de mi bragueta.

La intimidad de nuestro reservado nos mantenía libres de miradas, aunque a ella parecía no importarle nada en absoluto tener espectadores porque seguía frotando mi polla, que por fin parecía despertar de su letargo, y besándome como si no estuviésemos en un local público.

Una de mis manos, guiada por la que ella tenía libre, se posó sobre uno de sus pechos y lo masajé, lo froté hasta que los gemidos salieron de su boca.

Me separé de sus labios y le serví otra copa de champagne.

—¿Qué te parece si nos vamos a tu apartamento y allí jugamos tú y yo a todo lo que quieras? —Clavé mis pupilas sobre las de ella con una mirada insinuante, descarada.

—¿Y por qué no vamos al tuyo?

—No vivo solo pequeña.

—¿Ah no? Dijiste que no tenías novia.

—Yo nunca dije eso... —En sus ojos pude ver que recordó que en ningún momento yo hubiera hecho tal afirmación. Pareció entender y creer mi mentira.

Suspiró.

—No suelo llevar a extraños a mi apartamento —dijo y mi boca se secó de golpe.

—Pero... —Pasé los dedos de una de mis manos siguiendo la línea de su escote—. Yo no soy un extraño, ¿verdad?

Pareció sopesar sus opciones, pero estaba tan ansiosa que se levantó del sofá y tiró de mi mano hasta la salida tan rápido que a duras penas logré abrocharme el pantalón.

—Vamos en tu coche, yo vine en taxi —me explicó.

Nos subimos en mi automóvil, ella me iba guiando y yo, cada metro que rodaba y me aproximaba a su apartamento, me iba poniendo más y más nervioso.

Aparqué y subimos en el ascensor hasta el undécimo piso entre besos y caricias. Abrió y entramos.

—¿Me pones una copa?

—¿Ahora? —Intentaba desabrocharme el pantalón y le aparté las manos.

—Ahora.

Mi respuesta sonó seca, incluso desagradable. No tenía ganas de soltarme. Adele me indicó que me sentase en el sofá y caminó hasta lo que supuse la cocina de manera torpe, estaba muy colocada, era evidente.

Aproveché para enviarle a Davy un mensaje con la ubicación y recé porque no tardase mucho en llegar.

Regresó y otra vez tuve que soportar sus besos, sus caricias. Una llamada a la puerta la obligó a sacar su mano de la bragueta de mi pantalón. Caminó haciendo eses, apenas se mantenía en pie. Abrió sin mirar y Davy entró como una exhalación.

Cerró de una patada y la zarandeó con violencia. Me interpose, le obligué a soltarla.

Adele estaba ebria, pero comprendió dos cosas: yo la había engañado y Davy estaba allí, en su casa, dispuesto a cualquier cosa con tal de recuperar lo que le había robado.

Intentó escapar, chillar, pero le tapé la boca y la retuve entre mis brazos.

—Si eres buena y nos das lo que hemos venido a buscar te prometo que no te pasará nada. No te haremos ningún daño. —Dejó de forcejear. Notaba cómo sus lágrimas mojaban la mano con la que le apretaba la boca—. Voy a soltarte, pero nada de trampas, nada de gritar, ni de intentar marcharte, ¿lo entiendes?

Movió la cabeza afirmativamente y la solté despacio, muy despacio.

Davy estaba a mi lado con una mirada que me aterraba pues parecía que de un momento a otro de sus ojos iba a salir fuego.

—Danos el dinero Adele, danos el maletín y nos iremos.

—Yo..., yo..., no lo tengo —dijo entre sollozos.

—Miente. —Davy dio un paso hacia ella que, aterrada, intentó correr hacia la puerta.

La alcancé sin hacer ningún esfuerzo y la obligué a sentarse en una silla.

—No me lo pongas más difícil. Danos el dinero. —Coloqué cada una de mis manos en los reposabrazos de la silla y me acerqué a ella.

—Te juro..., te juro que no lo tengo.

—¡Miente! —gritó Davy muy cabreado.

—Vamos pequeña. Mi amigo está muy enfadado y apenas puedo protegerte de él. Dame el dinero, no quiero que te haga daño.

Adele asintió, cerró los ojos y pude ver con claridad el momento exacto en el que claudicó, sus lágrimas me lo indicaron.

La ayudé a ponerse de pie, apenas le sostenían las piernas, y la acompañé hasta su habitación.

Vi cómo entraba en el espacioso vestidor, uno que no solo estaba lleno de ropa, zapatos y bolsos, sino que también ocultaba una caja fuerte que abrió con rapidez.

Sacó el maletín de piel y me lo entregó.

—Lo has hecho muy bien pequeña.

Davy, que hasta entonces había permanecido quieto mirando cada uno de sus movimientos como si fuera un ave depredadora observando un pequeño polluelo al que piensa devorar, me arrebató el maletín.

Lo colocó sobre la cama y lo abrió.

—¡Está todo! —Soltó un profundo suspiro de satisfacción.

Entonces clavó su mirada, una llena de ira, de rabia, sobre Adele.

—¡Tú! —gritó—. ¡Hija de puta! ¡Me robaste en mi propia casa!

Se lanzó contra ella que, totalmente paralizada, le contemplaba aterrada. La abofeteó con saña, con tanta que cayó desmadejada sobre la alfombra.

—¿Qué haces gilipollas?! —le grité empujándole. Interpuse mi cuerpo para que no pudiese llegar de nuevo a ella, sujeté con fuerza sus brazos, pero estaba tan rabioso que no paraba de luchar por soltarse y golpearla de nuevo. No iba a consentirle que agrediera a una mujer delante de mis narices.

—Esa puta. —La señaló con un dedo inquisidor—. Esa...

—¡¡Coge el puto maletín y vámonos a casa!! ¡¡Ya tienes lo que querías, ¿no?!!

Davy seguía luchando contra mi agarre. Pero poco a poco se fue calmando.

Adele se levantó del suelo y se frotó la mejilla donde la señal de la mano de Davy había dejado su huella impresa en su blanca piel.

Entonces todo ocurrió muy rápido, como casi todas las cosas malas y terribles que han pasado en mi vida.

Aún, ya pasado el tiempo, no logro entender cómo no me di cuenta antes, tan solo tengo el vago recuerdo de imágenes convulsas.

Adele me miraba. Yo solté a Davy y este sacó una pistola que llevaba oculta en su espalda. Apuntó a Adele con su cañón mientras ella permanecía totalmente

inerte por el terror.

Oí un disparo, uno que se dirigía certero hasta el corazón de Adele, y mi cuerpo tomó el mando. Tenía que protegerla, no podía dejar que muriese delante de mí y me lancé sobre su cuerpo, interponiéndome entre la bala y ella.

Un dolor lacerante atravesó mi abdomen. Estaba en el suelo tumbado sobre Adele que había caído por el impacto de mi cuerpo. Mi espalda la oprimía sobre la alfombra, y sentí cómo se movía intentando quitarme de encima.

Davy gritaba. No entendía lo que decía. Me volví a mirarle, tenía que dejar espacio a Adele para que pudiese respirar, la estaba aplastando.

Me separé de su cuerpo dejándome caer sobre la alfombra, me dolía el lado derecho y llevé una de mis manos a esa zona. Sentí el calor de la sangre sobre ella, el olor metálico inundó mis fosas nasales. Estaba herido, me había disparado mi mejor amigo y le miré confuso.

—¿Qué has hecho? —le pregunté mostrándole la mano manchada de sangre, de mi sangre.

—¡Joder! —Davy caminaba nervioso por la sala. Me observaba con los ojos llorosos y se tocaba la cara con la mano con la que aún sujetaba su pistola—. ¡¿Por qué tuviste que meterte en medio?!

Adele parecía no entender qué era lo que estaba pasando y se limitó a sentarse en el suelo y mirarnos a ambos de forma alternativa.

Como pude me levanté del suelo, sin ayuda de mi amigo que no paraba de decir incoherencias y deambulaba de un lado a otro como un imbécil.

—Coge el maletín y vámonos ya.

—¿Y ella? —preguntó señalando a Adele con la cabeza—. No podemos...

—No creo que le interese llamar a la policía, ¿verdad Adele?

Bajó los ojos y se quedó sentada en el suelo de la habitación sollozando.

Tuve que apoyarme en el quicio de la puerta por unos instantes para recuperar el aliento, mi herida sangraba y me dolía horrores. Mi abdomen palpitaba como si mi corazón ocupase ese espacio. Sentía que mi respiración se volvía costosa, lenta, y que me mareaba. Comenzaba a perder el equilibrio, me faltaba el aire. Miré al suelo donde había estado tirado tan solo unos minutos y vi la causa de lo mal que me encontraba: había perdido mucha sangre. Un enorme charco manchaba la alfombra.

Luché por mantenerme en pie a pesar de que las piernas me temblaban. Me giré hacia Davy, actuaba como si el tiro lo hubiese recibido él, porque no se movía, ni siquiera pestañeaba. Estaba en shock, con la mirada perdida. Le grité, pero parecía no escucharme.

—¡Joder tío, vámonos ya! —Temía que el tiro hubiese alertado a los vecinos y la policía estuviera ya de camino. Adele no les llamaría, estaba tan metida en problemas como nosotros, pero sus vecinos..., eso no lo tenía tan claro.

Tenía que ser fuerte por mí, por Davy. Aspiré hondo, intentando que el aire llenase mis pulmones, y, sujetando con fuerza el lugar donde había impactado la bala, empecé a andar tambaleante hasta la salida del apartamento.

Davy reaccionó al verme salir con el maletín y corrió a mi lado. Hizo un leve intento de ayudarme, pero me dirigí a él con rabia y odio, no quería que me tocara.

—Ni se te ocurra. ¡Cabrón, me has disparado! —le reproché con ira.

—Tú te interpusiste entre esa zorra y la bala.

Entré en el ascensor sin mirarle y él se colocó a mi lado sin hablar. Antes de que las puertas se cerrasen vislumbré el camino de sangre que salía del apartamento de Adele y llegaba justo bajo mis pies. Parecía la senda de miguitas que Hansel y Gretel dejaron para encontrar el camino hasta su hogar. Me hizo gracia mi pensamiento y, apoyado en el cristal del ascensor, cerré los ojos con una sonrisa en los labios que no pasó desapercibida a Davy.

—¿Qué coño te hace gracia?

No le contesté, me limité a esperar a que el ascensor llegase a la planta baja.

Caminé hasta el coche arrastrando los pies. El mareo iba en aumento, pero llegaría, tenía que hacerlo.

Subí en el deportivo de Davy, el coche en el que había traído a Adele se quedaría allí abandonado. Me dejé caer en el asiento y miré a Davy.

—Manda a alguien a por el coche, que dejen todo limpio de huellas. Si encuentra alguna la poli, estamos perdidos.

Davy asintió. Le escuché hablar con el manos libres, pensé que ya estaba todo controlado y le di permiso a mi cuerpo para dejarse llevar por el sopor que le inundaba. Perdí la consciencia, creo que me desmayé.

24. Toda la verdad.

He llegado al punto exacto de mi historia en el que el pasado, se funde con el presente y da paso al futuro.



Noa me escucha atenta sin apenas pestañear. Le cuento todo, saltándome por supuesto, los detalles de mis momentos más íntimos.

Respiro tranquilo al terminar, es como si me hubiese quitado un gran peso de encima, uno que no me permitía avanzar en mi nueva vida.

Por primera vez en mucho tiempo no siento ese pequeño pinchazo, ese pellizco casi imperceptible que apretaba mi estómago día y noche y que me hacía estar constantemente en alerta sabiendo que algo no estaba bien, que en mi vida algo no funcionaba correctamente.

—¿Qué pasó entonces? —me pregunta.

—Davy me llevó a un hospital. Por supuesto, uno en el que no hacían preguntas de cómo ni por qué tenía una bala alojada en mi abdomen. Me operaron, según me dijo luego el doctor a vida o muerte, y cuando me recuperé, cuando tuve fuerzas de nuevo, escapé. Sentía que Manhattan ya no era mi hogar, ya no tenía amigos... Estaba solo en un país que no era el mío. La que creí mi nueva familia me había abandonado y pegado un tiro. —Una sonrisa llena de pesar y melancolía se dibuja en mi boca.

—Ahora entiendo tantas cosas... —Noa me mira con los ojos cargados de lágrimas que retiene, que no quiere derramar y lo entiendo, al fin y al cabo, no las merezco... Yo solo me he forjado mi destino, todo lo que me ha ocurrido hasta este instante es la consecuencia de decisiones incorrectas, de malos consejos, de falsos amigos y de mis más bajos instintos.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Todo... —Suelta mi mano y se pone de pie. Camina por la habitación del hotel, una que ahora se me antoja pequeña, desprovista de calor de hogar. Una que se asemeja a mi existencia, fría, solitaria, cargada de tristeza y de penas que llevo sobre mi espalda a modo de mochila y que necesito soltar, como si fuese un lastre añadido a lo dura que es ya la vida—. Entiendo que no quisieras tener contacto con los tuyos, con tus padres, conmigo...

—No podía seguir mintiendo. —Cierro los ojos, no quiero que ella pueda ver en ellos el dolor que está dentro de mí y me reconcome—. Ellos querían saber de

mí, lo que hacía y yo... No tenía fuerzas para explicarles en lo que estaba metido.

—Tendrás que hacerlo algún día al igual que lo has hecho conmigo. Merecen saber la verdad de tus labios.

—Lo haré. Pero aún no estoy preparado.

—Román, no te sientas culpable. En cierto modo eres un héroe. —La miro con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Un héroe? —pregunto con sorna.

—Sí, Román. Salvaste la vida de esa mujer. La arropaste con tu propio cuerpo, eso son cosas que tan solo hacen los hombres valientes, los que tienen un enorme corazón latiendo bajo su pecho, los héroes.

Mi boca dibuja una sonrisa torcida e irónica.

—Te recuerdo que fui yo quien la puso en peligro.

—Y yo te recuerdo que ella sola se metió en la boca del lobo.

Visto así, quizá no debo sentirme tan culpable, pienso.

El teléfono de Noa suena y busca dentro de su bolso hasta dar con él. La escucho atento. Deduzco que debe de hablar con su padre, parece preocupada, así que en el mismo momento que cuelga, me intereso:

—¿Pasa algo malo?

—No, no. Es solo... —Comienza a ponerse la gabardina anudando el cinturón a su esbelta cintura—. Laura me echa de menos, según dice mi padre no quiere acostarse hasta que no me vea. Tengo que irme. Lleva unos días un poco rara, quizá esté incubando algún virus, porque no es una niña que lloriquee cuando no estoy cerca.

Toma su bolso y su paraguas. Miro por el ventanal de la habitación, aún sigue lloviendo con intensidad.

—¿Estarás bien? —Se ha acercado a mi cama y me toma la mano mientras me observa con preocupación.

—Sí, sí, tranquila. Ve con Laura y no te preocupes por mí. Ya estoy bien.

—Lo siento..., pensaba quedarme esta noche, pero mi hija me necesita y ya te dije que es lo más importante que tengo...

—Lo sé. —Asiento con la cabeza enérgicamente. Me gusta tal y como es: protectora con su hija, responsable, una mujer dulce, pero con una tremenda fortaleza, sincera y con una personalidad marcada, arrolladora.

Me besa en la frente, seguramente para cerciorarse de que no tengo fiebre, me sonrío encantada al ver que estoy perfectamente y se encamina hacia la puerta con paso firme haciendo sonar sus tacones en el suelo de mármol de la habitación. Al llegar, antes de salir, se despide con un adiós acompañado de un

movimiento de su mano derecha.

La noche cae con su manto negro sobre la ciudad que me vio nacer, el lugar que supuso mi refugio, mi hogar. El sueño me atrapa, pero no es un sueño placentero, sino uno agitado, febril, que me deja un sabor agrio en la boca y un peso en el corazón.

Al día siguiente me despierto muy temprano, ya sin fiebre y sin dolores. Nunca he sido una persona a la que le guste pasarse las horas tirado en la cama, siempre he sido activo y he necesitado estar ocupado haciendo lo que fuese necesario con tal de no permanecer ocioso. Así que me levanto, me ducho y, después de desayunar, decido salir a dar un paseo.

Me noto débil, apenas tengo fuerza, pero si me quedo más tiempo metido en la habitación del hotel mirando la playa desde la ventana, estoy seguro de que me voy a volver loco.

Camino hasta el garaje del hotel, despacio, abrigado con mi cazadora y mi gorro de lana. Me siento delante del volante. Estoy tan agotado que me recuesto por un instante para recuperar el aliento. Hay una cosa importante que tengo que hacer y que no puede esperar más.

Me prometí, si salía de la habitación de mi hotel con vida, hacerme con un arma. Una pistola para protegerme, para proteger a los míos, y eso es precisamente lo que voy a hacer en estos momentos, conseguir una en el mercado negro.

Sé perfectamente a quién y a dónde acudir. Existe alguien que me puede ayudar. Hace muchos años que no le veo, para ser exactos desde que tenía dieciséis. No hemos vuelto a tener ningún tipo de contacto, pero recuerdo dónde vivía y tengo la esperanza de que continúe en ese barrio y no en la cárcel, con él solo existen esas dos opciones.

Con quince años llegué a ser uno de sus colegas de juergas a pesar de llevarnos tres años, pero tan solo por una breve etapa de mi vida, pues él pasaba más tiempo en la cárcel que fuera de ella y al final nuestros caminos se separaron, cosa que supuso un inmenso alivio para mi madre.

En el preciso instante en el que he recordado a Ferrán, me doy cuenta de que siempre he sido un imán para lo ilegal y las personas conflictivas. Claro que, en el fondo, no soy muy diferente a él, incluso peor. Al fin y al cabo, durante siete años he robado, extorsionado, vendido droga, usado un arma y un montón de cosas más que, comparadas con el pequeño mercado de marihuana que Ferrán tenía a la tierna edad de dieciocho, hacían de él una hermanita de la caridad.

Conduzco atento al tráfico y llego al barrio de Corea, uno de los más

conflictivos de mi isla. Mi BMW destaca como una luz roja en la oscuridad.

Son tan solo las nueve de la mañana y ya hay actividad por las sucias calles. Todas las miradas se clavan en mí y en mi coche de alquiler. Ha sido una mala idea por mi parte pasearme por la zona con más índice de delincuencia de Mallorca con ese automóvil de gama alta, pero tengo prisa, no me encuentro bien y quiero regresar a mi habitación lo antes posible.

Hago memoria para recordar el bloque exacto donde vivía mi colega, mientras en silencio rezo porque no haya dejado ese apestoso y sucio piso de pocos metros cuadrados. Al girar en una de las calles lo encuentro.

Aparco y salgo. Espero que, al volver, el coche esté en el punto exacto en el que lo he dejado, sin un solo arañazo y con las cuatro ruedas en su sitio.

Entro en el portal, que está hecho un auténtico desastre: no hay cerradura y los telefonillos tienen los cables colgando como si alguien les hubiese sacado las tripas.

Subo las escaleras. Según recuerdo Ferrán vive en un segundo piso. He estado allí solo un par de veces, no era un barrio que me gustase visitar y la verdad es que si lo hice en su día fue por un solo motivo: comprar marihuana.

Ya frente a la puerta pulso el timbre, pero no suena nada de nada, así que golpeo con los nudillos.

—¡Voy! —Se escucha la voz de una mujer al otro lado.

Abre y se apoya en la jamba, mirándome con descaro. Sus ojos recorren mi cuerpo desde la cabeza hasta mis pies, mientras masca chicle. Parece devorarme, desde luego le gusta lo que ve y no se corta ni un pelo.

—Hola guapo. —Intenta que su voz suene insinuante, pero se asemeja más al graznido de una grulla que al canto de una sirena.

Lleva unos pantalones vaqueros muy cortos y una camiseta de tirantes tan ajustada que se le marcan perfectamente los pezones, pues no lleva sujetador. Se cruza de brazos y sus voluminosos senos se elevan, los exhibe como si fueran su mayor tesoro.

Tiene el pelo rubio intenso, recogido en una coleta. No sabría decir su edad pues está tan maquillada que parece que lleva una careta, pero creo que tendrá unos veintipocos años.

—Hola. ¿Está Ferrán?

Asiente y se aparta de la puerta para dejarme entrar en la casa. Me acompaña hasta el salón y me indica que me siente. Según parece, mi colega continúa en el negocio de la droga. A ella no le ha parecido raro que un total extraño, con pinta de colgado y mala cara, pregunte por él un lunes a las nueve de la mañana.

Me deja solo. Miro a mi alrededor horrorizado, la casa es un completo caos. Hay trastos por todos lados, periódicos por el suelo, ropa tirada sobre la mesa del comedor, sobre las sillas e incluso, antes de sentarme en el sofá, tengo que retirar algunas prendas. Un enorme y antiguo mueble cubre la pared principal, no adivino el color de la superficie cromada pues el polvo lo cubre por entero. Es insalubre y estoy deseando salir de allí.

De pronto escucho voces, Ferrán discute con la rubia que me ha abierto la puerta y sale con paso firme de una de las habitaciones.

Lleva puesto solo un vaquero sucio y camina descalzo. Me levanto del sofá y él me observa de arriba a abajo como intentando reconocermelo.

—¡Hostia tío, yo te conozco! —exclama y suelta una carcajada—. ¡Joder Romancito, cómo has crecido!

Me obliga a darle un abrazo. No pienso ni por un solo instante tocar su cuerpo sudoroso, así que me quedo con las manos a ambos lados de su torso, pero sin tocarle ni un milímetro de piel. Él en cambio me estrecha con fuerza y palmea mi espalda como si le fuese la vida en ello, haciéndome soltar el aire que intento retener para poder respirar sin sentir el olor desagradable que desprende a sudor y a otros fluidos desconocidos.

¿Cómo pude ser colega de este tipo?, pienso al mirarlo cuando por fin me suelta. La verdad es que no le recordaba así, se ha dejado mucho y ahora luce una oronda barriga, seguramente producto de los excesos y la vida ociosa. Sus ojos están vidriosos, ¡joder, las nueve y ya está colocado! Tiene el cabello grasiento y una barba espesa. Vamos, un total desastre.

—¿Cómo te va la vida tío? —me pregunta con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Nena! —grita de repente. Doy un respingo, no esperaba su berrido—. Tráenos un par de cervezas a mi colega y a mí —ordena dirigiéndose a la rubia tetona.

—No, no, gracias, no me apetece.

¿Una cerveza a las nueve?, ni loco. Y menos con lo mal que me encuentro.

—Pero siéntate Romancito y dime, ¿qué te trae por mi humilde morada?

—No me llames así, por favor. —Me acomodo de nuevo en el sofá.

—Perdona tío. —Lanza una fuerte carcajada—. Ahora recuerdo que no te gustaba nada. —La mujer le trae una lata y él, como agradecimiento, le asesta un cachete en el trasero. La abre, le da un largo trago y suelta un fuerte eructo—. Y bien Román, imagino que no has venido por cortesía a hacerme una visita. Supongo que algo estarás buscando, algo que no puedes conseguir en ese barrio de pijos en el que por las pintas que llevas, deduzco que vives.

—Mira..., iré al grano. —Me muevo un tanto incómodo en el sofá—. Necesito

una pistola. ¿Sabes dónde puedo conseguirla?

—Vaya, vaya Romancit... —Por la mirada que le lanzo sabe que no debe seguir llamándome así. Cuando quiero puedo ser muy persuasivo, no necesito las palabras, y Ferrán lo entiende a la primera. Nada de tonterías conmigo, dicen mis ojos.

—Conoces a alguien, ¿sí o no? —Mi tono no admite tonterías, ni discusión. No estoy para bromas, la situación es complicada y no tengo tiempo que perder.

—Sí, sí, claro tío. Espera que me visto y te acompaño a ver a un tipo que vive cerca de aquí. ¿Llevas dinero? Porque te saldrá caro.

—Por eso no te preocupes.

Se levanta y camina hasta una de las habitaciones. Al cabo de unos minutos regresa ya vestido y calzado.

Salimos juntos a la calle y por fin puedo tomar una gran bocanada de aire, y eso que este barrio está plagado de basura por todas partes y el aroma tampoco es agradable, pero sí mejor que el de la casa de Ferrán.

Andamos unos metros y llegamos hasta otro edificio exactamente igual que el de Ferrán. Subimos las escaleras. Toca con los nudillos una de las puertas y abre un enorme tipo gordo con cara de pocos amigos.

Con un gesto de la cabeza nos indica que entremos y yo sigo a Ferrán hasta el interior de un salón, igual de sucio y destartado que el de mi colega.

Poco tiempo después, salgo del piso con una Glock 26 que ese tipo ha sacado de vete tú a saber dónde.

Me despido de Ferrán, al que no tengo intención de volver a ver en mi vida, y me dirijo a mi coche, que por fortuna está intacto.

Es un arma ligera y pequeña, pero pesa como una losa, no me gusta llevarla, no deseo retomar mi vida de antes. Golpeo el volante con la palma de mi mano derecha y maldigo mi suerte.

Regreso al hotel. Subo a mi habitación y escondo el arma en el falso techo del baño. Allí nadie la encontrará.

Me desnudo y me meto de nuevo en la cama. Tener una pistola debería aportarme seguridad, protección, pero tan solo siento angustia, miedo, porque tal vez algún día tenga que usarla delante de alguien a quien amo y no dudaré en hacerlo si alguno de los míos está en peligro. Me cuesta, pero me quedo profundamente dormido. Despierto cuando el teléfono comienza a sonar y rebusco en el bolsillo de mis vaqueros hasta dar con él.

—¿Sí? —digo sin mirar quién me llama.

—Hola desaparecido. —Es Gerardo—. ¿Dónde te has metido?

—Hola poli. —Uso un tono lo más efusivo posible, no quiero que se dé cuenta de que estoy casi sin fuerzas—. He estado descansando... —miento.

—Sí, claro, porque estarás agotado de tanto currar. —Usa un tono irónico que nos hace reír a ambos, pese a estar burlándose de mí.

—Estoy de vacaciones, así que pienso descansar todo lo que pueda.

—Tienes razón, pero no te olvides de los amigos. Oye, ¿te apetece que comamos juntos?

—Claro, me encanta la idea.

Me arrepiento al instante, si me nota mal empezarán las preguntas y de momento no quiero, ni puedo contestarle a ninguna. ¿Seré capaz de disimular mi cara pálida y mis ojeras? Si fuera mujer no tendría problemas, un poco de maquillaje, anti ojeras y estaría perfecto, pero en mi caso... Ya veré por dónde salen las cosas.

—Pásate por la comisaría a eso de las dos. ¿Te viene bien esa hora?... Oh perdona, si tú estás ocioso, vagueando todo el día, no creo que tengas problema ninguno. —Le da la risa, estas son las tonterías a las que Gerardo me tiene acostumbrado. Sonrío, me gusta mi amigo a pesar de lo absurdo de sus bromas.

—Anda poli, ve a detener a algún choricillo y deja de meterte con turistas como yo que disfrutamos de unas merecidas vacaciones.

—Venga tío, te veo a las dos. Adiós turista. —Escucho su carcajada antes de colgar y me quedo con el teléfono en la mano y una enorme sonrisa en la boca.

A eso de la una estoy preparado para salir. Me miro en el espejo y me horrorizo de mi aspecto. No me he afeitado en dos días, la barba ya asoma dura y fuerte. Unas marcadas bolsas negras adornan mis ojos y mi tez, de por sí blanquecina, está mucho más pálida de lo normal.

Esto no lo arregla ni el maquillaje de mujer, Gerardo me va a dar la murga, de eso estoy seguro. Pero ya no puedo hacer nada, he quedado con él, así que valor y al toro...

Llego con tiempo de sobra y decido pasar a la comisaría, así veré a mi amigo en acción.

Entro con paso firme, pero al verme rodeado de tantos policías, yo, un delincuente, me siento como si estuviese nadando con una herida abierta en un mar lleno de tiburones hambrientos. No puedo evitar lanzar una mirada aprensiva a sus pistolas y a las placas que adornan sus uniformes. ¡Quién me iba a decir a mí que entraría en una comisaría por mi propio pie y sin ser obligado a ello!

—Buenas tardes. ¿Le puedo ayudar? —Una policía se acerca a mí con una

brillante sonrisa. Me encojo asustado, no puedo evitar sobresaltarme al verla dirigirse a mí, pero me recupero con rapidez. No te ha reconocido, no te va a detener, ni a interrogar, me digo como si fuese un mantra que repito para relajarme.

—Hola... —Me sudan las manos, recuerdo las veces que he huido de la poli, las veces que nos hemos tenido que esconder ante una patrulla o las mentiras que he contado cuando venían a por algo de información a nuestros locales. ¡Joder, y ahora estoy metido en una comisaría llena de pasma! ¡Cómo para no estar alterado!—. He quedado con el inspector Gerardo Berasategui.

—Un momento. —La veo llamar por teléfono, pero susurra tan bajo no oigo lo que dice. Supongo que estará hablando con Gerardo—. Puede pasar. —Se dirige de nuevo a mí y me da indicaciones para llegar al despacho de mi amigo.

Camino por la boca del lobo pensando que ahora mi vida es otra, así que no debo temer represalias. Ahora vivo por fin, en la legalidad, con mi nombre verdadero, no uno falso, sin llevar una pistola bajo el brazo, sin tener que ocultarme ante las fuerzas de seguridad, pues en mi isla soy tan solo un ciudadano más y no un delincuente de alto *standing*.

La oficina de Gerardo está al final de un eterno pasillo con olor a antiséptico. Odio este aroma, me recuerda a mi estancia en el hospital cuando me operaron tras recibir la bala, y cuando me curaron el día que Candela me clavó un cuchillo en la mano.

Toco a la puerta y escucho con claridad la voz de mi amigo dándome paso.

Al abrir, observo con detenimiento el lugar de trabajo de mi amigo. Cuando me ve entrar, levanta la mirada del ordenador en el que está trabajando y me sonrío.

—Pasa tío, no te quedes en la puerta —me dice y obedezco, doy un paso dentro de la pequeña sala que es su despacho y cierro—. Siéntate. —Me señala la silla que está frente a su mesa—. Termina esto y nos vamos. Solo tardo un segundo.

Afirmo con la cabeza y tomo asiento delante de él.

—No vas a interrogarme, ¿verdad? —bromeo al verme frente a él con su uniforme impecable.

Suelta una carcajada.

—¿Será necesario?

—De momento no. —Sí él supiera...

Sigue escribiendo con mucha velocidad y a dos dedos en el teclado del ordenador y aprovecho para observar el medio en el que trabaja mi mejor amigo.

La sala no es muy grande pero el espacio está bien aprovechado, sin trastos innecesarios por en medio. Eso me hace sonreír, pues no sé por qué me viene a la

cabeza el caótico despacho de Manu, con millones de papeles tirados por todas partes y trastos inútiles que acumula sin sentido ninguno. ¡Menuda diferencia entre uno y otro!

Mis ojos se mueven por toda la estancia. Así que este es el lugar donde Gerardo mete a los malos para sacarles información, asiento con la cabeza, orgulloso de mi amigo. Ya no queda nada de aquel muchacho tímido, pequeño y enclenque, ahora es un tío grande, con un trabajo importante y con un equipo a sus órdenes.

Continúo mi inspección y entonces reparo en un enorme corcho que adorna una de las paredes. Pinchados con multitud de chinchetas de colores hay de todo tipo de papeles, pero lo que más destacan son fotos de personas, lugares, locales de la zona, planos de viviendas... Una instantánea en especial llama mi atención, tanto que me levanto y me acerco para poder verla con más nitidez.

Me coloco frente a ella, miro a Gerardo, él continúa a lo suyo sin levantar ni siquiera la cabeza del teclado y mis ojos regresan al retrato.

Mi boca se seca, mi corazón comienza a galopar veloz y creo que seguramente pierdo el poco color que tengo. Conozco a ese hombre que se ve en la foto. Sé quién es, pero lo que no entiendo es por qué está su imagen en el corcho de una comisaría de Mallorca.

—Gerardo —llamo a mi amigo, necesito que deje por un instante el teclado y me preste atención.

—¿Sí? —pregunta volviéndose para observarme.

—¿Quién es este tío? —Señalo la foto que me ha dejado paralizado.

—A ver —dice y se levanta acercándose al corcho. Mira la instantánea por un breve periodo de tiempo—. Es un americano, un tipo de Manhattan. No hay pruebas que lo inculpen, pero se sospecha que ha cometido un doble asesinato, además de robo, venta de drogas, extorsión... En fin, un angelito.

—Ya, ya. —Eso lo sé—. Pero..., ¿qué hace su foto aquí?

—¿Cómo que qué hace su foto en mi corcho? Entre países tenemos acuerdos y cuando hay un sospechoso con riesgo de fuga, nos avisamos.

—Pero..., no lo entiendo, si está en Manhattan..., ¿qué pintáis vosotros en la investigación? —Un mal presentimiento me nubla la mente. Está en busca y captura.

—Mucho, la policía de la comisaría de Tribeca nos ha pedido ayuda. Sus informadores sospechan que nuestro país puede ser el elegido para su fuga y quieren que estemos alerta, es un tipo muy peligroso.

Las piernas me flojean y me encamino con paso tambaleante hasta la silla que he ocupado hace unos instantes.

—¿Estás bien? —me pregunta Gerardo alertado por mi comportamiento.

—Sí, sí, tranquilo. Es solo... —¡Joder!, no tengo excusa que ponerle a mi raro comportamiento sin que sospeche nada—. Estaré incubando algo... —Mi cabeza da vueltas sin sentido, pero como cuando se abre una cortina y deja entrar la luz, siento que todo está claro. Las ideas se agrupan por nivel de importancia en mi cerebro y una cuestión me asalta—. Dices que quizá haya cometido un doble asesinato, ¿a quién se ha cargado?

Davy, que efectivamente como seguro habéis pensado es el que aparece en el retrato, había cometido muchos delitos, pero el asesinato no estaba entre ellos.

—Según parece es sospechoso de matar a una mujer y a su novio. Lo han tachado de crimen pasional. El tío se había liado con ella, el novio lo descubrió, se enzarzaron en una violenta pelea y sacó su pistola. ¡Pum, pum! —Me sobresalto al escuchar la onomatopeya acompañada de un gesto de Gerardo, como si su mano fuera una pistola y disparase con ella—. Vamos, eso creen. Pero no tienen pruebas para detenerlo, así que el tío anda libre. Aunque están casi seguros de que les disparó a los dos y se los cargó. Estas son las trabas con las que en nuestro oficio nos encontramos día a día. Tipos malos a los que no podemos meter entre rejas por falta de las malditas pruebas.

Chasquea la lengua, pero yo ya no escucho su discurso, me he quedado en la parte en la que mi supuesto amigo se ha cargado a Adele y a su novio.

—Y eso... eso, ¿cuándo ha sido?

—Encontraron los cadáveres el mes pasado. Ya olían. La mujer que limpiaba fue quien dio el aviso a la policía. Según parece llevaba un tiempo sin ir por el apartamento y cuando lo hizo la pobre descubrió el pastel.

Me agarro con fuerza al asiento de mi silla porque temo caer al suelo, y eso que estoy sentado. ¡Será hijo de puta!, al final ha asesinado a Adele y a su novio. Pero..., ¿cuándo?, por lo que dice Gerardo seguramente fue durante mi estancia en el hospital. Recuerdo que Davy apenas me visitaba y cuando lo hacía se mantenía distante y siempre en presencia de otra persona. Pensé que era porque se avergonzaba de todo lo que había pasado, de tratar de matar a Adele, de pegarme un tiro... El muy cabrón lo único que intentaba era ocultarme su macabro asesinato.

—Román, ¿estás bien? —Arruga la frente al mirarme, le preocupa mi aspecto y no le puedo culpar por ello pues seguramente parezco un cadáver viviente. Sé perfectamente que estoy pálido como la pared que tengo enfrente.

—Sí, sí, tranquilo. Ya te he dicho que será algún virus. Si no te molesta creo que me voy al hotel, no me encuentro muy bien, comeremos juntos otro día.

Hago ademán de levantarme y él se acerca a mí. Clava su mirada en mí analizando mi cara como si fuese un sabueso husmeando.

—¿Por qué te interesa tanto este tipo? —Señala el retrato de Davy.

—Por nada en especial... Tan solo me llamó la atención. —Espero no haber perdido mi don contando mentiras.

—Le conoces —afirma, y trago saliva.

—¡¿De qué voy yo a conocer a un asesino?! —Finjo una mirada de incredulidad absoluta—. ¡¿Estás mal de la cabeza?!

—Vale tío, tranquilo. Perdona... pero tanto interés por él me ha extrañado. —Según parece, hacerse el ofendido está dando resultado.

—No, era simple curiosidad. Me llamó la atención su aspecto, nada más.

No estoy muy seguro de que Gerardo se haya tragado todas mis mentiras. No es ningún tonto y me conoce a la perfección. Lo mejor es huir como un cobarde, poner distancia entre los dos antes de que ejerza de poli y comience un duro interrogatorio.

—Ya te llamo y comemos otro día que me encuentre mejor.

—Vale, vale... —dice con reticencia—. Mejórate. —Su tono, que refleja cierta sorna, no da lugar a dudas, está con la mosca detrás de la oreja.

Camino hasta la puerta y antes de salir me giro.

—Dale un beso a Lara de mi parte.

Ya en la calle analizo en profundidad todo lo que acaba de pasar: Davy ha matado a dos personas, la poli de Tribeca tiene sospechas de que intenta entrar en España, buscan pruebas para inculparle y... Me paro de golpe, freno en seco mi caminar hacia mi coche, pues un recuerdo me ha golpeado con fuerza. ¿Y si la tarde que salimos de aquella cafetería a la que me llevó Noa, mi sensación de que nos seguían era acertada y no producto de la fiebre, como yo pensé? ¿Y si Davy estaba en mi isla? ¡Dios!, solo de pensarlo mi cuerpo comienza a emitir señales contradictorias: la sangre se me congela y las manos me sudan tanto que tengo que secarlas en mi pantalón.

Me llevo la mano a la cara y me la acaricio nervioso. Si eso es cierto sí tendré que hacer lo posible por proteger a los míos.

—¡No, no! —grito mientras muevo la cabeza negando. Una mujer que pasa a mi lado se queda mirándome y, sobresaltada, se cruza de acera. Debo de tener el aspecto de un loco delincuente pues camina rápido mientras, cada pocos pasos, se gira para cerciorarse de que no la sigo.

Me encojo de hombros, no es mi intención asustar a nadie.

Cuando subo a mi coche continúo por un buen rato reflexionando, pensando...

Davy no es un tipo lo que se dice... “muy inteligente”. Es totalmente imposible que sepa mi procedencia. Sí, es cierto que tiene la certeza de que soy español, pero jamás le dije de qué parte exactamente. No, no, Davy no está en Mallorca... Lo conozco muy bien, es tan torpe que seguramente con fiebre y con todo ya le habría cazado si me siguiera los pasos.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el reposacabezas del coche. ¡Mierda! Los abro de golpe y aporreo con las palmas de mis manos el volante. Estoy furioso, cabreado con la situación. Ahora todo se lía de nuevo, mi vida se convierte en un caos de miedos, dudas... Todo por un hijo de puta que no sabe mantener su polla dentro de los pantalones y se ha dedicado a follar con la novia de uno de sus rivales.

Estoy de nuevo muy jodido. Tengo que hacer algo, debo reaccionar y actuar antes de que el idiota de Davy se decida a desaparecer de Manhattan y ocultarse en algún lugar donde los tentáculos de la justicia no puedan llegar. Eso para mí sería el final más absoluto, pues me tirarían el resto de mis días mirando de nuevo a mis espaldas, esperando que en cualquier momento una pistola encañone mi cabeza o lo que sería peor aún, la de alguno de mis seres queridos. Sé mucho, y a Davy no le interesa tenerme lejos, sin poder controlarme. Ya me ha amenazado de muerte y además ha asesinado. Quién me garantiza que no termine en la morgue con una bala y mis sesos esparcidos por el suelo.

Saco mi iPhone del bolsillo de mi pantalón y marco el número de mi madre.

—Hola mamá —digo en cuanto escucho su voz alegre saludándome—. Tengo que volver a Manhattan.

25. Para siempre, por siempre.



—Será por un tiempo, pero prometo llamarte más a menudo.

—¿Ha pasado algo malo? —pregunta con tono de preocupación.

—No, no, tranquila. Tan solo tengo que solucionar algunos problemas...

—¿Qué problemas? —Cierro los ojos y me insulto, no he sabido elegir bien las palabras y ahora está mucho más intranquila. ¡Bien por ti Román, eres único tranquilizando!, me reprendo.

—Nada malo mamá. Es solo que... —¡Joder, piensa!, me aliento—. Me vine de manera precipitada y dejé asuntos sin resolver. Tengo que dejar la llave del piso que tenía alquilado, quiero traerme algo más de ropa... —Una mentira tras otra, esto me asquea tanto.

—Pero... —Suspira profundamente—. Prométeme que regresarás pronto.

—¡Claro que sí! Te juro que en cuanto tenga todo solucionado volveré a casa.

—¿Cuándo te marchas?

No puedo retrasarlo mucho tiempo, pero... Mi herida aún está curándose y no me siento con fuerzas. No serviré de nada si me tengo que enfrentar a Davy en estas condiciones.

—Dentro de unos días, no muchos. —Sé que no es tiempo suficiente para recuperarme, pero tendrá que bastarme, no me queda otra.

—Vale hijo. No me apetece que te vayas ahora que por fin te hemos recuperado, pero lo entiendo...

—Ya no soy el mismo, mamá. Te he prometido cambiar... Nunca más huiré de vosotros, tienes que creerme.

Me gustaría poder decirle que lo que hago por ellos, por su seguridad, por su protección.

—Te creo. —Nos quedamos en silencio durante unos segundos—. Vendrás a despedirte, ¿verdad? —Su voz suena llena de angustia y corro a tranquilizarla de nuevo.

—¡Por supuesto! Antes de irme prometo pasar todo el día con vosotros.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Vale hijo, prepararé de comer tu plato preferido. Pasta carbonara —decimos los dos a la vez y nos entra la risa.

—Nos vemos.

—Nos vemos Román.

Colgamos, y de nuevo esa fría y conocida sensación de pesar se apodera de mi interior, de mi alma. Me dejo caer con las manos sobre el volante y mi cabeza sobre ellas. Suspiro con fuerza, tengo que hacer otra llamada, una que no deseo hacer.

Marco con manos temblorosas, temo que no responda, que sea demasiado tarde para encontrarle.

—Hola. —Escucho su voz y un escalofrío recorre mi cuerpo.

Los pecados se pagan y eso es lo que yo estoy comenzando a hacer, saldar mi deuda.

—Hola Davy. Regreso dentro de dos días.

—Me alegro de que hayas recapacitado. Aquí te estaré esperando hermano.

¡Será cabrón!, el muy hijo de puta me llama hermano cuando me ha traicionado, disparado, amenazado...

—Adiós Davy.

Cuelgo sin dejarle decir nada. Por un lado, suspiro tranquilo, al menos sé que no está en mi isla. Me esperará, eso seguro. Su llamada cuando regresé a casa me lo confirmó. Él me quiere a mí y solo a mí.

El día siguiente lo paso con mis padres, Lara y Gerardo, como les he prometido. Procuro que la hora de la despedida no sea triste, intento que sientan que voy a regresar pronto y de nuevo seremos una familia unida. Pero no lo consigo, al final de la velada, hay lágrimas, abrazos y sollozos que yo trato de confortar.

Ya en el hotel decido mandar un *wasap* a Noa para comunicarle mi partida. Llevo sin verla desde que me dejó en el hotel porque su hija la necesitaba. Según parece la niña está mala y Noa no se ha separado de su lado en estos dos días.

Yo:

Hola preciosa.

Noa:

Hola Román. ¿Cómo estás?

Yo:

Bien, ¿y Laura?

Noa:

Bastante mejor. Ya no tiene fiebre y ha recuperado el apetito. Llevo varios días que no hago otra cosa que cuidar enfermos jajajaja.

Yo:

Y uno de ellos yo. Lo siento.

Noa:

No pasa nada, no te preocupes. Te dejo, Laura me reclama. Adiós.

Yo:

Adiós. Dale un beso de mi parte.

Dejo el móvil en mi regazo. Al final no le he dicho que me marcho al día siguiente. ¡Ya lo haré más tarde!, ahora necesito ir a correr, deshacerme del pesar que oprime mi corazón haciendo algo de ejercicio.

Me pongo mi chándal gris, mis Nike y salgo a la calle. Llevo los auriculares con la música alta para no escuchar mis propios pensamientos. Comienzo a trotar, mis pies golpean la arena de la playa con zancadas largas, aumentando la velocidad poco a poco.

Mi cabeza está abstraída en la música heavy y en correr cada vez con más rapidez sin hacer caso a mi cuerpo que, aún no recuperado del todo, se queja enérgicamente.

Pero por más que intento no pensar, la fría y concisa conversación de *WhatsApp* con Noa se cuela en mi cabeza y me hace dudar. Parece distante, rara, no sé la razón. Es como si en pocas horas hubiésemos perdido la confianza, ¿o quizás son paranoias más? ¿La he perdido del todo? Tal vez ha recapitado y ya sola en casa se ha dado cuenta de la cruda realidad: ha estado ayudando a un delincuente herido de bala por su amigo y lo mejor es alejarse de él, olvidarle. Sí, tal vez sea lo mejor para Noa y su hija. Yo tan solo atraigo a los problemas y ellas merecen vivir en paz.

¡Mierda!, acabo de decidir dejarla libre, no pasar más tiempo con ella, dejar incluso de ser amigos y eso duele. ¡Dios!, duele más que mi cuerpo o mi herida, e incluso más que toda la mierda que arrastro tras de mí.

Dejo de correr, ya no puedo más, estoy agotado tanto física como mentalmente.

Voy caminando de regreso al hotel cuando comienza a llover. Al principio es lluvia fina y cubro mi cabeza con la capucha de mi sudadera, pero poco a poco se intensifica hasta caer con tal fuerza que en los pocos metros que me quedan para llegar al hotel termino calado.

Decido andar más deprisa. Mis zancadas son rápidas y, al pisar los charcos que se han formado, salpican mis pantalones.

De repente me paro y me quito la capucha porque ya no me protege de la lluvia, está tan empapada que de ella caen gotas que se introducen en mis ojos impidiéndome la visibilidad. Me seco para ver bien la figura que está delante de la puerta de mi hotel.

Paso mis manos una y otra vez para cerciorarme de que es ella. ¿Por qué está parada, quieta, mientras se empapa? ¿Por qué no ha ido a refugiarse?

Corro con rapidez en su dirección.

—Noa —le digo tomándola de un brazo—. ¿Qué haces aquí parada? Te estás empapando...

Ella no deja de mirarme, está como paralizada. El agua aplasta su pelo y chorrea por toda su cara.

—¿Noa? —Parece en shock—. ¿Ha pasado algo?

—¡¿Por qué?! —grita su pregunta inesperadamente y sacude su brazo para que la suelte.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo...

—¿Por qué? —Baja la voz y la cabeza hasta apoyarla en su pecho. Se la ve agotada, como si de repente la energía se le hubiera escapado.

—Ven. —La tomo de la mano y tiro de ella hacia el hotel—. Vamos a mi habitación... y hablamos. Estás empapada, te pondrás enferma.

Temo que se resista, pero se deja llevar. Yo voy delante tirando de su brazo y ella me sigue a la zaga. Camina lento, como si sus tacones se adhiriesen al asfalto húmedo.

Entramos en el hall del hotel y la empleada de recepción nos mira de manera inquisitiva. Chasquea la lengua enfadada y, antes de entrar en el ascensor, la escucho hablar con el servicio de limpieza solicitando a alguien del personal, pues hemos dejado todo el suelo empapado. Me importa una mierda, que le den mucho a la recepcionista, al suelo del hall y a todos, tan solo quiero saber qué es lo que le pasa a Noa.

Entro en la habitación y me ocupo de quitarle la gabardina pues ella no se mueve, permanece con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo y su mirada clavada en el suelo. Su ropa está seca, pero su pelo no. Así que corro al baño y tomo una toalla. Se la paso con delicadeza por su cara y su cabello, y ella se deja hacer.

Peino su oscura melena con mis manos, pasándolas una y otra vez, retirándolas de su rostro y es entonces cuando veo que de sus ojos salen lágrimas.

—Por Dios Noa, ¿qué te ocurre?

De mi ropa y mi pelo caen gotas y a mis pies comienza a formarse un charco. Estoy helado, tiritando, pero mi prioridad es ella, solo ella.

—¿Por qué? —repite de nuevo, esta vez con sus pupilas fijas en las mías, con una mirada furiosa y los puños fuertemente apretados.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué me has vuelto a engañar? ¿Por qué me has dejado que te presentase a mi hija? ¿Por qué vuelves a hacerlo...?

Con cada por qué me golpea el pecho con los puños con tal ira que me siento morir.

—Noa..., Noa, escucha... —No intento pararla, la dejo que se desahogue. Lo necesita y en cierto modo lo merezco.

—Estaba a punto de darte una oportunidad, de volver a intentarlo. Me prometiste que habías cambiado..., que no me ibas a hacer daño otra vez. —Mis ojos se anegan de lágrimas. ¿Iba a darme una oportunidad?, ¿de verdad?—. Pero otra vez me mientes, me engañas y me dejas tirada...

Intento abrazarla, deseo hacerlo.

—Para, Noa. No es lo que parece, yo...

Se queda quieta, ya no siento sus pequeños puños golpeando, pero sí sus ojos clavándose en mí como puñales.

—Tu madre me lo ha contado. Me ha dicho que te marchas mañana... —Se tapa la cara con las manos—. Hijo de puta, no pensabas decirme nada... Otra vez.

La tomo entre mis brazos. Ella se resiste, pero termina cediendo. Se le empapará la ropa, pero parece no importarle.

—No... Noa, no es así. —La separo de mi cuerpo. Acaricio su pelo húmedo, sus mejillas. Seco sus lágrimas—. Te lo iba a contar. Te juro que no pretendía... Tengo que irme, si no lo hago estaré en peligro y quizá por mi culpa vosotras también lo estéis.

Logro captar toda su atención. Deja de llorar de golpe y me mira muy seria y asustada.

—¿En peligro? ¿Qué quieres decir?

—Deja que me seque, pediré unos cafés calientes y te lo cuento todo.

Noa asiente con la cabeza.

Abro el armario y saco otro chándal corto que he comprado hace poco. Le tiendo el pantalón.

—Póntelo, tienes las piernas empapadas. —Saco unos calcetines y una camiseta de los cajones—. Toma. —Se los tiendo y ella los acepta, se ha terminado mojando por mi culpa.

Entonces cojo algo de ropa seca para mí: un vaquero y un polo.

—Cámbiate tranquila, no saldré hasta que me digas que estás lista —digo desde la puerta del baño. Entro y cierro para dejarla intimidada.

Me seco con furia. No puedo creerme que Noa estuviese a punto de darme otra oportunidad y yo tenga que irme de nuevo. ¡Maldita suerte!

Ya seco y vestido espero dentro del baño hasta que me dice que puedo salir.

Se ha dejado tan solo la camiseta, que le llega hasta las rodillas, y los calcetines, que le dan un aspecto natural, fresco y divertido, pues le quedan tan grandes que los lleva arrugados en el tobillo. Me quedo sin respiración, está tan bonita, incluso con su cuerpo totalmente oculto por la tela que lo cubre. Ya no tiene ni rastro de maquillaje y su pelo mojado echado hacia atrás deja ver su preciosa cara de muñeca.

—El pantalón me quedaba demasiado grande —se excusa. Baja la mirada avergonzada. Seguro que ha notado la manera con la que la estoy mirando. No puedo ocultar mi deseo por ella, lo que me excita verla así, tan natural y preciosa.

Obligo a mi cuerpo a moverse y dejar de admirarla, terminaré asustándola. Camino hasta el teléfono y llamo a recepción. Pido que nos traigan dos cafés y algo de picar.

Nos sentamos en los sofás, uno al lado del otro, sin tocarnos, sin mirarnos, estamos un tanto incómodos. Permanecemos en silencio hasta que un toque en la puerta me sobresalta. Me levanto con rapidez y al abrir veo a la camarera con el carrito donde está nuestro pedido.

—Gracias. —Le dejo paso y entra. Repara en la ropa tirada en el suelo, mojada y revuelta. Me observa a mí y después a Noa que, sentada con sus piernas sobre el sofá, intenta cubrirlas con la camiseta.

—Buenas noches —dice con una sonrisa pícaro en los labios y, dejando la bandeja sobre la mesa, sale con paso rápido.

Cierro la puerta y me acerco hasta la mesa para ponerle el café a Noa. Sé cómo le gusta, durante el tiempo que vivimos juntos le preparé todas las mañanas el desayuno mientras que ella se arreglaba.

—Cargado y oscuro, con sacarina —le explico mientras lo dejo frente a ella.

Me pongo el mío y regreso a su lado, pero esta vez me quedo de pie. Le doy un buen trago, dejo la taza sobre la mesa y comienzo a contarle el motivo de mi partida.

—Noa... Te juro que pensaba contarte todo. Nunca más habrá mentiras entre nosotros, te lo prometí y lo cumpliré pase lo que pase.

Me siento junto a ella y cojo una de sus manos. La tiene fría, helada y pongo las dos entre las mías para darle calor.

—Pensé...

—Lo sé... Joder, perdona. —La tomo entre mis brazos. Aspiro su aroma, froto su espalda y acaricio su cabello.

Huele a lluvia, a limpio, a vainilla... Cierro los ojos para disfrutar de su esencia y un leve gemido sale de mi boca. Me separo rápido, esperando que no lo haya escuchado. Se me ha escapado sin pretenderlo y la verdad es que en este momento no sé cómo se tomaría Noa mi muestra de deseo.

—Cuéntamelo todo Román. —Sé que intenta disimular, que hace como que no me ha oído.

—Hace dos días estuve en el despacho que tiene Gerardo en la comisaría y vi una foto de Davy. —Noa me mira sorprendida—. Gerardo me contó que es el sospechoso de un doble crimen, y creen que puede tener riesgo de fuga... ¿recuerdas que te hablé de Adele? —Noa asiente—. Davy la ha asesinado, a ella y a su novio.

—¡Oh, Dios mío! —exclama.

—Ahora quieren encontrar las pruebas para incriminarlo.

—¿Piensan que podría venir a España?

—Eso creen.

—¿Por qué no lo detienen?

—No tienen pruebas. Creen que ha sido él, pero sin nada que lo demuestre...

—Ya, imagino... Y tú, ¿crees que intentará venir?

—No. Al principio lo temí, pero hablé con él y me espera...

Noa me mira con terror. Me toma la mano y comienza a negar con desesperación.

—¡No puedes volver! —grita exasperada—. Él sabe que tú eres una pieza clave, si hablas, si le incriminas, podría terminar en la cárcel. Tú eres la prueba de su delito. Intentará matarte.

Me levanto, su mirada me quema, hace que mi piel arda en combustión espontánea. Me coloco frente al ventanal y observo la playa. ¿Cómo hacerla entender?

—Noa... No tengo opción, si él averigua dónde estoy vendrá a por mí y quizá a por alguna de las personas a las que amo... —clavo mis ojos en los suyos, con mi mirada pretendo decirle con claridad que ella pertenece a ese grupo—, puede salir herida. No quiero arriesgarme. Iré, hablaré con la policía e intentaré que Davy termine entre rejas.

—Pero será peligroso.

Mi mirada regresa a la playa. No quiero que vea en ella la verdad, la dura realidad, porque claro que será peligroso, y mucho. Pero por los míos merece la pena arriesgarse.

Siento cómo se levanta del sofá, escucho sus pasos amortiguados por los

enormes calcetines que lleva puestos y me deleito con sus manos aferrando mi cintura y su cuerpo apoyado sobre mi espalda. Cierro los ojos para disfrutar con más intensidad de su contacto, sujeto sus manos para que sus palmas toquen con más pasión mi abdomen y suspiro.

—No quiero que te marches. Ahora que... —Deja la frase sin terminar, pero yo la acabo dentro de mi cabeza: ...ahora que nos hemos reencontrado.

—Prometo regresar en cuanto todo se haya solucionado. —Me giro para quedar frente a ella. Tomo entre mis dedos un mechón de su cabello que cae sobre su mejilla derecha y, mientras juego con él, me quedo absorto mirando sus labios jugosos, esos que he besado, devorado tantas veces, esos que me han llevado hasta el límite del placer, que me han hecho temblar, esos que anhelo besar de nuevo.

—Román... —Apoya su cabeza sobre mi pecho. Estoy seguro de que puede sentir con claridad el ritmo rápido de los latidos de mi corazón—. Tengo mucho miedo.

Me aferro a ella con tanta fuerza que parece que quiero integrarla, fusionarla con mi cuerpo.

—Todo va a salir bien. —Es una promesa, pero no solo para ella, sino también para mí. Lo haré, lucharé por un futuro junto a la mujer a la que desde siempre he amado.

Permanecemos abrazados sintiendo latir nuestros corazones, disfrutando de un contacto que nos calienta el alma, uno que me permite ser más fuerte, pues ahora tengo una meta. Debo salir de todos los líos en los que me he metido para comenzar de nuevo. Quiero tener un futuro junto a la mujer a la que sostengo entre mis brazos, uno sin mentiras, sin violencia, sin armas.

La separo de mi cuerpo con mucha ternura.

—¿Puedo? —Mi voz tiembla al pedirle permiso. Señalo con mis ojos su boca entreabierta haciéndole entender lo que deseo.

Ella no me responde con palabras, simplemente se lanza a devorar mis labios que, hasta sentir los suyos, han estado secos, marchitos. Su lengua entra en mi boca, recorre cada recodo, no ha esperado a que sea la mía la que tome el mando. Me dejo llevar, no pienso en nada, tan solo en que, por fin, vuelvo a saborear los labios de Noa.

Con sus manos enredadas en mi cuello da un ligero saltito y enrosca sus piernas en mis caderas. Corro a sujetarla poniendo mis manos sobre sus glúteos, y aprovecho para tocarlos, palparlos. ¡Dios! ¡Cuánto he añorado el roce de su cuerpo con el mío!

Los besos se vuelven más y más calientes, nuestras respiraciones más y más agitadas, y nuestros sexos más y más ávidos de tocarse, de rozarse...

Ando con ella a ciegas, pues tan solo tengo ojos para mirar los suyos, tanteando el terreno con mis pies descalzos en busca de la cama y cuando topo con una de las patas, con cuidado, con mucho amor, la deposito. Noa no me suelta y yo necesito deshacerme de la dichosa camiseta. Necesito sentir su cuerpo porque si no lo hago moriré.

Coloco mis manos en su cintura, agarro con fuerza el bajo de su camiseta y voy subiéndola poco a poco mientras mis nudillos acarician sus costados. Su piel está caliente y desprende el peculiar olor a vainilla que tanto me gusta. Suelto un gemido, estoy tan excitado que incluso mis manos tiemblan.

La camiseta sale volando y me separo de su cuerpo para contemplarla. Lleva un discreto sujetador color carne sin transparencias, sin ningún tipo de adorno. Simple, no tiene ninguna pretensión más que sujetar sus pechos.

Acaricio sus pezones sobre la tela, con mi mirada clavada en sus turgentes pechos que suben y bajan velozmente al ritmo de su respiración agitada. Al primer contacto de mis dedos se ponen duros. Noa se encorva en busca de más contacto y yo se lo doy, le daré todo lo que desee, si quiere más caricias, estoy totalmente dispuesto a dárselas. Así que, en un rápido movimiento, pues mi paciencia se está terminando, le desabrocho el sujetador y me deshago de él.

Nunca olvidaré el instante en el que mis ojos pudieron de nuevo, después de tantos años de sequía de Noa, acariciar sus pechos sin ninguna barrera de por medio. Siempre permanecerá en mi memoria el recuerdo de este momento después de siete largos años añorando su piel.

Sus gemidos me alteran tanto que temo volverme un animal salvaje, uno que no piense en lo que hace y la tome con fuerza, con tanta, que incluso pueda hacerle daño. Cierro los ojos para intentar recuperar el control de mis más bajos instintos e intento sosegarme. Noa merece ser tratada con delicadeza, con cariño, con paciencia y no de una manera brutal.

—¡Mírame Román, no dejes de mirarme! —Su orden llega acompañada de sus manos sobre mi pene duro. Con un rápido movimiento baja la cremallera de mi pantalón y mi polla salta como un resorte, libre por fin de su dolorosa prisión. La contempla con pasión, con ansia, y, sin embargo, cuando me acaricia el glande, lo hace con tanta suavidad que me siento enloquecer. Tal es mi excitación, que una pequeña gota brota de su punta y ella jadea al sentirla sobre su mano derecha.

—¡Dios Noa, no sé si podré...!

La sequía ha durado mucho tiempo en el que tan solo me he aliviado con mis manos... con Nancy, pero deseaba a una mujer en concreto, a Noa, y su recuerdo durante siete largos años, me ha llevado casi hasta la locura.

Su caricia lenta me está llevando al borde del clímax. Abro los ojos y la obligo, bajo un millón de protestas, a dejar de acariciarme.

—Para —le ruego.

Ella obedece. Me levanto y me desprendo con gran velocidad de mi pantalón, contento en estos momentos de no haberme puesto un slip, y de mi camiseta. Todo queda esparcido por el suelo de la habitación, me da igual, tan solo tengo ojos para la belleza de Noa que, según me voy desvistiendo, se quita las bragas sin apartar sus ojos de mí, ni yo de ella. Nuestras miradas permanecen en todo momento conectadas, nuestras respiraciones agitadas, y nuestros corazones latiendo al mismo ritmo frenético.

Deseo tanto sentir su piel contra la mía que me dejo caer procurando no aplastarla con mi enorme peso. Me apoyo en mis brazos y miro sus ojos dilatados por la pasión.

—Nunca te he olvidado... Siempre has sido tú, solo tú.

Beso sus labios y esta vez tomo yo el mando, soy yo el invasor que intenta derribar las pocas defensas que le quedan.

Un simple roce de mi sexo contra el suyo es el detonante de una nueva tormenta de pasión. Entonces las caricias se vuelven torpes, pese a mi amplia experiencia, pues pueden más los nervios y el deseo que el raciocinio. Mis manos están en todas partes, acariciando, apretando sin descanso. Mi boca se posa sobre su garganta, sus pechos, sus hombros, su cara... sobre toda su piel. Y mi pene trata de encontrar la entrada al paraíso, pujando con fuerza, hasta que su mano lo atrapa y lo guía a su interior donde me siento como en casa.

—Noa —pronuncio su nombre con un gemido de placer.

Entonces es cuando verdaderamente me doy cuenta de todo lo que he añorado a Noa, a su cálido interior, a los besos que deja sobre mi garganta expuesta ante ella, buscando mis labios, mientras sus manos aferran mis nalgas y me empuja con toda la fuerza que tiene hacia su interior.

Poco a poco entro. Aunque mi gran deseo me grita que lo haga con fuerza, debo ser delicado. ¡No!, le chillo a mi cuerpo, pero Noa me lo está poniendo cada vez más difícil, pues me pide más, tanto con sus gemidos como con sus palabras, así como con sus manos presionando, apretando...

Llego hasta el fondo, entro dentro, en mi hogar y por un breve instante tan solo, me limito a mirar sus ojos, quieto, paralizado, con mi pene palpitando enterrado

en ella.

Su expresión calienta mucho más mi sangre, ya a punto de ebullición, sus ojos vidriosos, sus pupilas dilatadas y su jadeante respiración me convierten en un auténtico lunático, cegado por la lujuria.

Una embestida, y veo el cielo. Dos, las estrellas. Tres, y todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se ponen a vibrar, como las cuerdas de un violín tocadas por dedos expertos.

Abro la boca, necesito aire, respirar, pero no puedo resistirme y devoro uno de sus pezones que me atrae como un imán. Lo lamo, lo chupo e incluso lo muerdo. Un frenesí de sensaciones me invade, olor, sabor, tacto, oído... Todo para Noa, para su cuerpo.

—¡Más fuerte, más, más...! —grita ella mientras sus manos van de mi cabeza a mis glúteos..., de mis glúteos a mi cabeza... Apretando, obligándome a darle más, más...

Y le doy todo. Todo de mí, mi ser, mi alma, mi corazón, mi propia vida...

Noto cómo se corre, cómo convulsiona presa de un fuerte clímax, casi violento. Siento cómo sus músculos aprietan con fuerza mi pene, Noa se sacude, gime, grita, y yo me dejo...

Cierro los ojos y salgo de su interior antes de derramarme. Froto mi polla contra su vientre sintiendo cómo mi semen sale y lo moja.

Creo, no estoy seguro, pero creo que también grito...

Abro los ojos y los clavo en Noa. Su expresión me conmueve, remueve algo en mi interior, pero no soy capaz de expresarlo con palabras.

Noa entiende, sabe lo que siento, y se limita a besarme con amor, con uno intenso, y a abrazarme sin importarle nada más, solo ella y yo. Unidos de nuevo, para siempre, por siempre.

26. La despedida más triste.



Durante un buen rato permanecemos abrazados. Nuestros corazones poco a poco recuperan su latido normal y nuestras respiraciones, hasta entonces jadeantes, se vuelven pausadas.

Me separo despacio, aunque no me apetece en absoluto. Me levanto de la cama sin dejar de admirar su belleza ni un solo instante. La contemplo tumbada, con sus mejillas rosadas y sus labios hinchados, llenos por mis besos. Su piel, que en algunas zonas ha adquirido un color rojizo producto del roce de mi barba. Su cabello extendido sobre la almohada, sus brazos a ambos lados de ella. Sus piernas aún abiertas mostrando su sexo húmedo y sus pezones que al roce de mi mirada se endurecen al instante. Es la viva imagen del deseo, del placer, una diosa del amor hecha mujer y ahora que la he recuperado es mía...

Sonrío al ver cómo ella también me devora con sus ojos. Le gusta mi cuerpo, por la dilatación de sus pupilas y por la manera en la que se muerde el labio inferior lo puedo saber, no hacen falta palabras.

Me apoyo en el colchón para acercarme y darle un dulce y fugaz beso en los labios.

Camino hasta el baño mientras siento sus ojos recorriendo mi espalda, mis glúteos apretados y duros.

Cojo un trozo de papel y unas toallitas húmedas. Regreso a la cama y, con suma delicadeza, limpio los restos de mi semen que han quedado pegados y ya casi secos sobre su vientre. Lo hago a conciencia, despacio, recreándome en esta parte de la anatomía de Noa que ya no volverá a ser la misma pues en su interior ha albergado a su hija.

—Debemos tener más cuidado. —Me observa atenta, y levanto la cabeza de su vientre para mirarla a los ojos—. No podemos volver a hacerlo sin un preservativo.

Asiento sin ningún tipo de entusiasmo y sigo limpiándola, aunque ya no es necesario. Ningún resto de semen queda sobre ella, pero me encanta ver cómo con cada pase que doy, acompañado de una leve caricia de mis dedos, se le pone el vello de punta.

Noa, mientras, acaricia mi cabello, lo peina con los dedos de una de sus manos retirándolo de mi cara.

—No tengo preservativos —declaro un poco molesto conmigo mismo por no estar preparado. Pero nunca pensé que al final Noa querría volver a hacer el amor conmigo.

Se termina el sexo por esta noche y lo peor de todo es que no sé cuándo voy a regresar de Manhattan, cuándo volveré a estar entre sus brazos. Chasqueo la lengua enfadado, quiero más, más de ella, nunca me sacia, no tengo suficiente...

Dejo la toallita húmeda a un lado y comienzo a acariciarla con la palma de la mano extendida sobre su piel. Mientras lo hago, pienso en lo que sería tener un hijo de Noa. ¿Me gustaría?, en otras ocasiones hubiese dicho tajantemente que no, hubiera salido huyendo como alma que lleva el diablo.

Suspiro satisfecho, me he dejado llevar por la pasión. ¿Qué pasaría si se quedase embarazada? Me sorprende porque la idea no me parece descabellada, ni una locura absurda. No, más bien me encanta... Un hijo con Noa..., quizá algún día...

—Se te forma una arruguita justo aquí —dice mientras pone su dedo índice de la mano que tiene libre sobre mi entrecejo—. ¿En qué estás pensando?

Sonrío, me conoce muy bien, pero no voy a decirle lo de los hijos, es demasiado pronto para exponerle con claridad que deseo que un hijo mío crezca en su vientre, que me gustaría poder ser testigo de cómo, poco a poco, va abultándose al ritmo que crece nuestro hijo. ¡Qué locura, qué total y absoluta locura!

—En lo mucho que te añoraré... —Decido que de momento el tema “hijos” queda apartado—. Y en lo mucho que te voy a extrañar.

—¿No queda más remedio? —Sus ojos albergan esperanzas, pero...

—No Noa, tengo que solucionarlo, no puedo vivir con miedo a que os pase algo malo.

Noa suspira y sus ojos se llenan de tristeza.

—Ven, tumbate —me dice mientras se levanta de la cama y señala el colchón—. No tenemos condones así que lo mejor será usar otros métodos...

—¿Qué es lo que estás planeando? —Tiene esa mirada traviesa de niña mala que me encanta y vuelve loco.

—Nada malo... Todo bueno. —Su voz suena insinuante y sus ojos brillan.

Obedezco, estoy seguro de que lo que me espera es excitante, delicioso. Me tumbo boca arriba.

—Y... ¿ahora qué? —pregunto haciéndome el tonto.

—Ahora te saboreo. —Lame mi cuello, llevando su lengua hasta el lóbulo de mi oreja, que atrapa entre sus dientes—. Ahora te devoro. —Intento acariciar su

trasero que permanece a mi alcance, pero ella me lanza una mirada reprobatoria y golpea el dorso de mi mano con la palma de la suya—. ¡Nada de tocar! —me regaña.

—¡Ay! —me quejo como un chiquillo al que quitan su juguete preferido—. Eso ha dolido.

—Nada de tocar —ronronea como una gatita y de nuevo me chupa el cuello—. Déjate hacer...

¡Dios, jamás en toda mi vida me han excitado tanto unas simple palabras!

Me dejo..., claro que me dejo, y con una brillante sonrisa en la boca.

Noa comienza a besarme, saborearme y morderme despacio. Pasa sus manos por mi tatuaje.

—Me gusta —dice. Deposita pequeños besos sobre el vivo plumaje de mi Ave Fénix.

Continúa por mis hombros, mis costados, mis abdominales que reciben toda la atención que sus labios me prestan sin descanso.

Baja y baja por mi cuerpo, mientras mi polla sube y sube reclamando las atenciones de Noa. Mis manos protestan, luchan por desobedecer y tocarla, pero la regla es clara, nada de tocar, así que me aferro con los puños apretados a la sábana. Luego me resarciré...

El primer lametazo en mi glande me hace botar en la cama y gemir. La miro, busco sus ojos y los encuentro clavados en mí con lujuria. Una mano aprisiona la base de mi duro falo y la otra se posa sobre mi muslo derecho.

Baja su cabeza lentamente hasta llenarse la boca con mi pene, usa la lengua y los dientes, que ejercen una presión tan excitante que siseo de placer.

Llevo mis manos a su pelo. Con una de ellas sujeto su larga melena para retirarla de su cara, necesito verla, el deseo de observar cómo su boca toma mi miembro entre sus labios, cómo parece devorarlo, es intenso y fuerte. La miro hipnotizado, prendido de sus pupilas.

Siento cómo llega mi clímax. Noto cómo me puede la pasión, cómo me vence y me obliga a estallar en mil pedazos.

—Me voy a correr —digo entre jadeos, con los dientes apretados y con un leve movimiento de mi pelvis en un intento de separarme. Pero ella no me deja, sigue su incesante y rítmico vaivén con su boca y su mano, hasta que no puedo más y me derramo tras soltar un fuerte y profundo gruñido.

Solo en este instante cierro los ojos, tan solo en este momento dejo de mirarla, pero el placer es tan intenso que necesito concentrarme para no estallar en mil pedazos.

Me quedo totalmente desmadejado, sin fuerzas, pero con una sonrisa de felicidad. Ha sido perfecto, maravilloso, increíble...

Noa trepa por mi cuerpo hasta llegar a mis labios y me besa dejando que pruebe el sabor de mi esencia.

Giro con ella entre mis brazos hasta dejarla sobre la cama y entonces soy yo quien deposita besos y lametazos en su piel trigueña. Hago una larga parada en sus pechos. Me recreo degustándolos, delinearlos, primero uno y luego el otro. Le gusta, disfruta y yo con ella, mi vida cobra vida de nuevo pero esta vez mi placer es secundario, ahora le toca a Noa.

Sigo mi camino, uno lleno de maravillosos sabores, de texturas diferentes. Llego a sus largas y perfectas piernas. Lamo el interior de sus muslos, los mordisqueo.

¡Por fin mi premio! Su sexo hinchado, húmedo, caliente..., delicioso.

—¡Uhm! —ronroneo goloso al dar el primer lametazo y saborear sus jugos.

Soplo con fuerza y la combinación de la humedad de su sexo y el aire que sale con fuerza de mis pulmones la hace gemir y retorcerse de placer. Otro lametazo y después un segundo soplido.

—Sí, sí, sí —dice Noa sin parar.

Elevo mi mirada para observar su belleza. Sus ojos, que hasta entonces han permanecido cerrados, se abren para mostrarme lo excitada que está, lo mucho que desea mi boca lamiéndola y sonrío feliz, vuelvo a poner mis labios sobre su sexo sin dejar de mirarla de forma provocativa.

Mi lengua entra y sale, recorre cada pliegue hasta posarse sobre su clítoris hinchado y excitado.

Percibo cómo poco a poco el orgasmo la atrapa, cómo alcanza su liberación entre gemidos, entre susurros de palabras que ni siquiera llega a entender.

Se corre en mi boca y puedo ver el cielo, el paraíso. No la suelto, no dejo de mover mi lengua hasta que siento el último coletazo de su orgasmo. Solo entonces me acomodo a su lado, la tomo entre mis brazos y ambos nos dormimos saciados y con el sabor del deseo, de la pasión, en nuestras bocas.

El sueño me atrapa, uno húmedo, excitante. Mi mente se llena de imágenes de los pechos de Noa entre mis manos, en mi boca. De sus labios recorriendo mi pene y entonces...

Me despierto al sentir cómo de nuevo un intenso orgasmo crece en mi interior y se expande por todo mi cuerpo. Abro los ojos y es cuando descubro que todas las sensaciones que estoy teniendo no son producto de un sueño, sino pura realidad, pues Noa está sentada a horcajadas sobre mi pene y me cabalga con

movimientos sensuales y rítmicos.

Noto cómo le llega el orgasmo, cómo su sexo aprieta el mío con fuerza y las convulsiones la hacen temblar. Pero continúa moviéndose sobre mí. Sus pechos botan, mientras que con sus manos se sujeta en mis muslos. El cabello enmarañado le tapa la cara. Me voy a correr... Ya no puedo más, pero... Ella dijo que nunca más lo haríamos sin protección.

—Noa... Noa. Tengo que salir... —Hablar me cuesta porque apenas tengo aire, parece faltarme. Gracias a Dios Noa me entiende, se retira, toma mi polla entre sus manos y la acaricia hasta que mi semen se derrama a borbotones sobre mi vientre y sus manos.

No dice nada, simplemente se limita a sonreírme. Se levanta y va al baño, regresa con una toallita húmeda con la que comienza a limpiarme al igual que hace unas horas hice yo con ella.

No sé en qué momento me quedo dormido otra vez, tan solo recuerdo cerrar los ojos por un instante y cuando los abro estoy tumbado con la espalda de Noa contra mi pecho, uno de mis brazos rodeando su cintura en un gesto posesivo, y el despertador de mi móvil sonando.

Esta vez no ha sido el cuerpo caliente de Noa el que me ha despertado, esta vez ha sido la maldita melodía de mi iPhone que me recuerda que en breves momentos tengo que prepararme para tomar el vuelo que me llevará lejos de ella.

De un manotazo y sin soltarla, lo apago. Me dan unas ganas inmensas de arrojarlo al suelo. ¡Mierda, joder, mierda!, no quiero irme. Necesito el calor de Noa, la suavidad de su piel, su olor...

Pero la mañana ha llegado y tengo que cumplir una misión, la seguridad de los míos está en juego.

Con cuidado de no despertarla me levanto y voy al baño. Necesito una buena ducha.

Suspiro desolado, dentro de tan solo un par de horas estaré metido en un avión con rumbo a un pasado que trato de olvidar.

Me enjabono, lavo mi pelo y, cuando estoy fuera ya limpio secándome con una toalla, se abre la puerta. Noa entra con cara somnolienta y, lanzando un enorme bostezo, se aferra a mi cuerpo y me besa.

—Buenos días —murmura—. ¿Por qué no me has despertado antes?

Tomo su preciosa cara entre mis manos y con mis dedos acaricio sus mejillas.

—Estabas tan bonita dormida.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —Se nota la desgana en la pregunta, le pasa como

a mí, no tenemos ganas de separarnos y ese vuelo es como un castigo que a ambos nos han impuesto, lo asumimos, pero no lo deseamos en absoluto.

Se aferra con fuerza a mi cintura y apoya su cabeza en mi pecho.

—Dentro de más o menos una hora tengo que estar en el aeropuerto.

—Vale. —Se separa y se mete en la ducha—. Pide un buen desayuno mientras me doy un buen baño.

—Noa... —Carraspeo, sé que lo que le voy a decir no le va a gustar nada.

—Dime. —Cierra la mampara acristalada y abre el grifo del agua, no está dispuesta a perder tiempo.

—Noa yo..., no quiero que vengas.

Noa cierra el grifo y abre la puerta para mirarme con la frente arrugada y los ojos muy abiertos.

—¿Cómo dices? Creo que no te he escuchado bien.

Me acerco a la ducha y apoyo una de mis manos en la mampara.

—No quiero despedidas. —Suspiro con fuerza y clavo mis ojos en ella—. No me gustan las despedidas.

Demasiado duro es marcharme y dejarla ahora que nos hemos reencontrado, como para pasar por el trauma de verla quedarse mientras yo me dirijo hacia la zona de embarque. Ni siquiera les he dicho a mis padres a qué hora sale mi avión porque temo que acudan en tropel al aeropuerto.

—Mira Román, voy a ir contigo quieras o no quieras. Siento que no te gusten las despedidas, pero no pienso quedarme en mi casa mientras tomas el vuelo tú solito. Así que cariño... —acaricia mis mejillas con sus dedos sintiendo el pelo de mi barba ya crecida—, llama para que nos traigan el desayuno mientras yo me arreglo o llegaremos tarde.

Me quita la mano con la que me sujeto en la mampara y la cierra. Escucho cómo abre el grifo de nuevo y me quedo parado admirándola, el cristal transparente me devuelve su imagen y deseo entrar en esa ducha y comérmela a besos. Esta es mi Noa, cabezota, tozuda, totalmente maravillosa... ¡La amo y ella a mí! ¿Qué más puedo pedir? Solo una cosa, regresar sano y salvo a sus brazos.

Al cabo de tan solo una hora caminamos agarrados de la mano por el aeropuerto de Palma. Llevo una mochila colgada al hombro, no pienso facturar equipaje, en Manhattan tengo ropa y todo lo que necesite el tiempo que me quede allí.

Nos sudan las manos por los nervios, pero ninguno trata de soltarse, precisamos de este contacto para seguir andando, intentando no pensar, hacia la sala de embarque. Apoyándonos el uno al otro, necesitando este dulce toque para no

desfallecer, para no volver a desandar nuestros pasos y salir corriendo hacia el otro lado, lejos, juntos los dos... Pero no estamos solos, mucha gente querida depende de mí, de mi valentía por terminar con mi vida en Manhattan. Sí, valentía, esa es la palabra exacta, y por ello, por primera vez en mucho tiempo, me siento orgulloso.

Tan solo unos metros nos alejan del punto exacto donde nos tendremos que separar, tan solo unos minutos nos quedan para la despedida.

Me paro y la abrazo fuerte, con intensidad. Cierro los ojos y apoyo mi mentón sobre su cabeza, que reposa contra mi pecho, donde mi corazón palpita con intensidad. Trago con fuerza el nudo que atenaza mi garganta. Por esto no he querido que viniese a despedirse de mí, no deseo mostrarme débil, frágil.

—Prométeme que regresarás pronto.

Carraspeo con fuerza, el nudo cada vez es más intenso. Me separo y tomo su cara entre mis manos, enmarcando sus bonitas facciones y retirando con mucha delicadeza con mis dedos las lágrimas que ya derrama.

—Lo intentaré... Te prometo que haré todo lo posible.

Noa se pone de puntillas y me besa. Nos tiramos un buen rato disfrutando de nuestros labios, con un beso tierno, dulce. Un beso de amor, de promesas, de un volveré..., espérame...

Anuncian mi vuelo por megafonía. ¡Llegó el momento! Un montón de sentimientos me inundan, pero el que más pesa es la melancolía, el miedo a estar de nuevo solo.

—Tengo que irme —digo con tristeza. Noa es la que rompe nuestro contacto, da dos pasos hacia atrás y me mira con sus ojos llenos de lágrimas.

No nos decimos nada más, ni siquiera un adiós, pues no nos salen las palabras.

Estoy a punto de llegar a la zona de embarque cuando me giro y a la carrera regreso a su cuerpo, a sus labios. Devoro su boca sin importarme las miradas, los comentarios... Para mí, en este preciso instante, estamos solos.

—Te añoraré todos y cada uno de los días que esté lejos de ti.

La suelto y corro hacia la puerta, si no lo hago así sucumbiré a la intensa tentación de no partir, de no alejarme de ella.

El viaje es terrible, cansado y tedioso. Esta vez es diferente a la otra, en los dos vuelos tengo asientos de primera. Son cómodos, pero mi tristeza y el vacío que siento pesan tanto que apenas puedo respirar.

Llego a Madrid donde cojo el otro vuelo. Las horas se hacen interminables, el mar parece infinito y la distancia eterna. Intento dormir, la noche con Noa ha sido muy movida, apenas pegamos ojo. Ambos intentábamos sacar el mayor

partido a las horas que nos quedaban de estar juntos y recuperar en una sola noche los años que hemos estado distanciados.

Cuando el comandante anuncia nuestra llegada al aeropuerto JFK salto en mi asiento. Más nervios se apoderan de mí, se acerca el momento de enfrentarme por mi futuro contra mi pasado.

Espero que todo salga como tengo pensado, pero depende de muchos factores totalmente ajenos a mí.

Salgo del aeropuerto y, nada más poner los pies sobre el asfalto de la calle y aspirar con fuerza el aire contaminado de esta gigantesca ciudad, mi mente se transforma. Tengo que ser fuerte, duro, regresa el chico malo, el delincuente, en mi isla se quedó el Román que cumple las normas, que no usa pistola y respeta la ley.

Suspiro con fuerza y me lanzo en busca de un taxi. Ya dentro, y después de darle la dirección al taxista, me dedico a llamar por teléfono a mi madre, que no deja de llorar y me grita enfadada por no haberla avisado de la hora a la que me iba, para poder haber venido a despedirse de mí al aeropuerto. Después llamo a Noa. Con ella hablo más tranquilo, relajado, me recuerda a esa época de nuestra vida cuando ella estaba en Barcelona y éramos tan solo buenos amigos. Arrugo la frente, no quiero ser solo su amigo... Deseo...

—Noa...

—Dime.

—Lo que pasó anoche..., ¿nos convierte en algo más?

—¿Algo más?

—Sí, algo más que amigos con derecho a roce...

Silencio, un largo silencio.

—Creo que entre tú y yo no puede haber solo amistad. Te amo Román, nunca he dejado de quererte. Solo espero...

—Sé lo que esperas —la interrumpo—, y te prometo que te demostraré que he cambiado. Haré... —trago saliva con fuerza—, haré que confíes en mí de nuevo.

—Vas por buen camino Román, ya has dado un paso muy importante al confesarme toda la verdad, pero..., creo que ahora no es el momento de hablar de esto.

No es cierto, para mí sí lo es, necesito apoyarme en algo sólido, en una relación incipiente. Necesito tener fe en un nosotros.

—Para mí sí lo es, lo necesito..., necesito escucharlo de tu boca. Me dará fuerzas para afrontar lo que me espera.

—Tienes razón. No sé qué nos traerá el futuro, pero quiero que estés en mi

presente.

Suspiro aliviado. Estas son las palabras que necesitaba oír.

—Noa... —carraspeo—. ¿Me esperarás?

—Sí, siempre. ¿Volverás?

—Te lo prometo. Noa, estoy llegando, tengo que dejarte...

—¡Oh, Dios, Román! ¡Esto es tan duro! —Me llegan sus sollozos amortiguados. La imagen de Noa tapándose la boca con una mano para que no la escuche llorar inunda mi mente.

—Lo sé. Para mí también lo es, pero tengo que hacerlo por mí, por nosotros...
—Espero que haya un nosotros.

—Ten cuidado. Prométeme que no te pondrás en peligro.

Cierro los ojos, le he prometido sinceridad y no puedo cumplir su petición, pues desde el primer instante en el que he puesto mis pies en Manhattan ya estoy en peligro.

El silencio es largo, Noa suspira, solloza, parece entender.

—No puedo... —digo, pero ella me interrumpe.

—¡Shh! No lo digas Román, por favor, no lo digas...

Y callo.

—Cuídate mucho. Hasta pronto Román.

—Adiós Noa. No sé cuándo podré llamarte otra vez... Intentaré...

De nuevo dejo de hablar, no volveré a hacerle falsas promesas nunca más.

—Estaré pendiente del móvil, esperando tu llamada.

—Dale un fuerte beso a Laura.

No quiero colgar, pero ya estoy a la puerta de la comisaría, el juego empieza y tengo que estar preparado. Sé que no va a ser fácil, la policía y yo no hacemos un buen equipo...

Pago la carrera y camino por la acera, con mi mochila colgada en el hombro, hacia la comisaría de Tribeca.

27. Tribeca.



Empujo la puerta con fuerza y camino con toda la tranquilidad del mundo, sintiéndome seguro de mí mismo y con una de esas miradas que dicen a los demás: cuidado, no te metas conmigo que soy muy peligroso. Mi fachada de chico duro siempre me ha ayudado. Tengo mucha experiencia, sé que los polis suelen intentar amedrentarte y si te dejas, harán lo que quieran contigo. Ya he bregado con ellos en más de una ocasión y sé cómo manejarlos.

Me acerco a la policía que está tras el mostrador. Me mira de arriba a abajo y yo hago lo mismo con ella. Me está midiendo, intentando deducir por mi aspecto a qué grupo de personas pertenezco, si a las que crean problemas, o a las que necesitan ayuda para resolverlos. Correspondo a su escrutinio y eso parece molestarla. Estoy seguro de que ya me ha incluido en el grupo de hombres problemáticos y peligrosos.

—Hola —digo apoyándome en el mostrador de forma descarada—. Quiero hablar con el comisario.

—Y... ¿quién es usted? —Si mi tono es distendido, el de ella es seco, cortante. ¡Joder, cómo odio a la poli! Bueno, menos a mi amigo Gerardo.

—Ryan.

—Ryan... ¿qué más?

—Ryan a secas, sin nada más. Dígale tan solo que tengo información muy importante para resolver un caso.

—Le pasaré primero con un agente, el comisario está muy ocupado.

—No quiero a otro agente, hablaré con el comisario o me marcharé de inmediato, y por su culpa un asesino quedará impune, en la calle y dispuesto a matar a alguien más.

Abre la boca, está cabreada y parece al límite de su paciencia, pero recapacita y se guarda lo que le gustaría decirme, que seguramente no serán piropos y halagos.

Me observa otra vez de arriba a abajo, incrédula, seguro que piensa que es alguna fantasmada, pero ante la duda toma el teléfono.

—Comisario... —se dirige a quien está al otro lado—, aquí hay un tipo que quiere hablar con usted sobre un caso, quiere comentarle algo que sería importante para su resolución. —La poli escucha atentamente, tapa el auricular

con la mano, me mira y añade—. Tiene que ser más concreto. ¿De qué caso se trata?

Pregunta normal en estas circunstancias, muchos locos entran todos los días en las comisarías dando pistas sobre casos que luego son falsos.

—El asesinato de Lewis O' Hara y su novia Adele.

A... leo el cartelito donde pone su nombre, Amber, se le abren los ojos como platos, quita la mano del auricular y dice:

—Caled, creo que debes hablar con él.

Asiente a lo que le dice el comisario sin apartar los ojos de mí y cuando cuelga me señala:

—Pase por aquí, por favor.

Camino tras ella. No está mal, es bajita, con curvas, pelo rubio y corto, atractiva, pero es poli... y eso estropea, a mi modo de ver, su belleza.

Abre la puerta de un despacho y me indica que entre.

Lo hago, y al pasar a su lado le sonrío con descaro, ella me lanza una mirada cargada de antipatía.

—Pase. —El comisario está sentado tras su escritorio y me hace un gesto invitándome a ocupar la silla que tiene enfrente. Me dirijo hacia ella mientras Amber cierra la puerta dejándonos a solas.

Me acomodo y suelto mi mochila, que Caled mira con cierto recelo.

—Solo llevo algo de ropa —le digo.

Asiente, pero sé perfectamente que no está convencido y para demostrarme su superioridad se ahueca la chaqueta, mostrándome con descaro el arma que tiene colgada bajo el brazo. Sonrío dándole a entender que su mensaje ha sido captado. «Si yo intento sacar algo de la mochila, él tiene un arma para pararme los pies».

—Y bien... —me alienta a que comience a cantar.

—Sé que buscan al asesino de O' Hara y puedo llevarles hasta él.

Caled se levanta de su asiento para darme otra muestra de su superioridad ya que es, como yo, un tipo grande y muy alto.

—¿Sabes quién mató a O' Hara y a su novia?

Camina hasta el ventanal que cubre una de las paredes de su oficina y que da a una de las calles más transitadas. Se gira para mirar el paisaje, dándome la espalda. Una jugada peligrosa, seguro que está intentando provocarme. ¿Piensa que voy a sacar un arma de mi mochila e intentar pegarle un tiro, en un lugar rodeado de polis dispuestos a terminar con mi vida?, no soy tan estúpido. Quizá eso es lo que quiere averiguar. Está claro que me pone a prueba.

—Tú también lo sabes —afirmo.

Me cruzo de piernas poniéndome más cómodo.

Se vuelve y se encara a mí.

—Y dime... —Camina por la sala. Llega a un depósito de agua, pone un vaso bajo el grifo, aprieta un botón, lo llena y me lo ofrece. Yo lo acepto. Llena otro y de nuevo se sienta en su silla de jefe todo poderoso—. ¿Quién se supone que los mató?

—No creo que si te digo su nombre te desvele ningún secreto.

Suelta una carcajada.

—¿Sabes? —Se apoya con los codos sobre la mesa y se toca la barba—. Estás empezando a caerme bien. Tienes cojones, vienes a mi comisaría como si fueses el rey del mundo. ¿Esperas que te ponga una alfombra roja?

—Tan solo quiero ayudar. —Intento poner cara de inocente, pero a Caled le provoca un ataque de risa.

—No tengo tiempo que perder, mi vida de poli es muy estresante. Hay muchos malos... —me señala con descaro y yo río— que detener.

—Te aseguro que mi única intención es que pongas entre rejas a uno de esos malos.

—No sé si estás tratando de tomarme el pelo... Sé quién eres...

—No me sorprende para nada.

—Ryan... “no sé qué”, mano derecha de Davy Tiler, perteneciente a la banda que posee los clubs más destacados por sus negocios fuera de la ley y que maneja todo el negocio de droga y prostitución de Manhattan. Por supuesto ese no es tu nombre verdadero.

—No. Mi nombre es Román Aguado. Nacido en Palma de Mallorca, España.

Esto le gusta a Caled, se da cuenta de que mis intenciones son legales y de que, al desvelar mi verdadera identidad, estoy entregándome a la policía sin tapujos, sin engaños.

Se recuesta en el asiento y me mira con una sonrisa en la boca.

—Parece que vamos por buen camino. Ahora dime todo lo que sabes de Davy.

La puerta se abre con un fuerte estrépito y entra dando grandes zancadas uno de los policías que mejor conozco, pues ya he sido interrogado por él en más de una ocasión.

Me agarra del jersey y tira de mí. Me quedo de pie frente a él con los puños apretados, deseo más que nada asestarle un fuerte golpe en su nariz perfecta, pero me contengo. Me limito a apartar sus manos de mi ropa y a mirarlo con odio.

—¿Qué coño hace este cabrón aquí?! Cuando Amber me dijo que estaba en tu despacho, pensé que me estaba tomando el pelo —grita. Es el policía más duro de toda la comisaría de Tribeca.

—Darach, haz el favor de tranquilizarte. —Caled se coloca a su lado y le toca el hombro derecho en un intento de separarle de mí.

—Caled... —Su voz atronadora llena el pequeño despacho—. ¿Tú sabes quién es este tipo? —Me señala con asco.

—¡Pues claro que lo sé! Siéntate Darach —le ordena, pero *El Escocés*, apodo por el que es conocido, le mira con los puños apretados y una expresión de incredulidad por lo que está pasando—. ¡He dicho que te sientes! —Su orden es cumplida por Darach, pero de una manera que denota no estar para nada de acuerdo, y con una mirada de odio que haría temblar a cualquiera—. ¡Tú también! —Me indica otra silla y obedezco, pero con una sonrisa en mis labios, una que pretende cabrear más a Darach, y por la mirada que me lanza lo consigo con creces.

Él toma su asiento de nuevo y nos mira a los dos de manera alternativa.

—Las cosas están así. —Es un tío digno de admirar, sabe hacerse valer con una mirada, no me extraña nada que sea el jefe de todos estos policías, borda su papel—. Román nos va a ayudar a detener a Davy Tiler y tú —señala con un dedo a Darach—, colaborarás con él.

—¿Colaborar?! ¡Estás loco, es un delincuente!

—He dicho —Caled da un fuerte golpe en la mesa con el puño y mira al escocés directamente a los ojos—, que colaborarás con él. Es una puta orden. ¡Entendido!

—¿Has entendido *Escocés*? —El retintín con el que uso el apodo de Darach, que conozco porque he tratado con él una infinidad de veces, le molesta, y yo me doy por satisfecho. Odio a este tío. Durante una larga temporada ha estado pegado a mí y a la organización hasta el punto de truncar muchos de nuestros trabajos... Ha intentado ficharme, meterme en la cárcel, pero nunca tenía pruebas y al final salía impune, y eso le cabreaba tanto que me hacía disfrutar.

—Tú. —Ahora Caled me señala a mí con un dedo—. No te pases, puedo detenerte por muchas razones, sé que no sería por mucho tiempo, pero sí puedo hacer que este año pases las navidades entre rejas, así que contén tu lengua.

Trago saliva, la verdad es que motivos tiene, no de peso, pero sí para hacer que esté un tiempo fuera de casa. Cierro la boca y me abstengo de picar más a Darach que ahora sonrío triunfal. El muy cabrón se ha apuntado un buen tanto.

Las siguientes horas las pasamos encerrados en el despacho, trazando un plan

entre los tres, uno que yo seguiré a pies juntillas pues me juego entre otras cosas mi libertad... mi vida.

Por desgracia, Darach estará pegado a mí como una lapa, será mi contacto, mi persona de confianza. ¡Joder, menuda confianza me da! Me niego fervientemente, pero no hay manera de que otro lleve el caso. Caled se empeña en que sea *El Escocés*, el poli más testarudo y al que más odio, quien esté al mando y ambos tenemos que prometer respetarnos el uno al otro mientras trabajemos codo con codo.

Ya en el coche de Darach, camino de la mansión de Davy, este me va dando instrucciones y yo miro por la ventanilla intentando evadirme, su sola presencia en un habitáculo tan pequeño me repulsa.

—Tendrás que darme las novedades todos los días. Pido al cielo que no sean muchos. —Desvía la mirada de la carretera por un instante para posarla en el techo del vehículo como si estuviera orando.

—Opino exactamente igual que tú. Tampoco deseo tener contacto contigo, *Escocés*.

—Procura llamarme por mi nombre, el apodo solo lo utilizan mis amigos y tú jamás lo serás. —Ahora a quien taladra con sus ojos grises es a mí.

—¡Paz! —exclamo sonriente mientras levanto ambas manos.

—No me caes bien y estoy seguro de que en cuanto puedas nos la jugarás. No me creo tu cuento de amigo herido, pero tengo la orden de ser tu apoyo y vigilar que nada te pase. Lo haré el tiempo que dure esta puta misión, pero después, si me la juegas o cometes algún estúpido “error”, te juro que no descansaré hasta meterte entre rejas para toda tu puta vida.

—Claro como el agua cristalina. Creo que descubrirás que no pretendo nada más que ayudar a atrapar a Davy Tiler, te demostraré que estás equivocado conmigo y tendrás que pedirme disculpas.

Darach lanza una carcajada.

—Eso no ocurrirá nunca.

—Ya lo veremos —sentencio.

Darach para unas calles antes, prefiere que vaya andando, por temor a que las cámaras nos puedan grabar.

Echa mano a una bolsa de lona que tiene en la parte trasera del auto. Se la coloca en las piernas, abre la cremallera y busca algo en su interior.

—Dame tu móvil —me dice sin ni siquiera mirarme.

—¿Cómo?

—Da-me-tu-mó-vil. —Sus pupilas se clavan en las mías.

—Te entendí, hablo muy bien tu idioma *Es-co-cés*. —Sé que estoy provocándole y que no debo, pero ¡Dios!, me cabrea tanto...

Suspira, cierra los ojos y su mandíbula se tensa. Estoy seguro de que en su interior no cesa de contar hasta cien para recuperarse y que no terminemos a puñetazos.

—Mira gilipollas. —Se coloca de tal forma que nuestras caras están una en frente de la otra. Nuestras narices casi se pueden tocar—. No puedes tener tu teléfono, me lo darás, ¡ya!... No puedes ponerte en contacto con nadie, ni nadie debe ponerse en contacto contigo..., ni tu novia, ni tu madre, NADIE, ¿entiendes? Es peligroso. No estamos jugando...

Permanezco un buen rato quieto, sin expresar lo que verdaderamente siento en estos momentos.

—¿Puedes hacer el favor de separarte un poco?, me estás echando tu aliento y no es para nada agradable. —Pestañeo inocentemente. Darach lanza un fuerte gruñido y asesta un puñetazo al volante, uno que estoy totalmente seguro de que le hubiera gustado dirigir a mi cara. ¡Punto para mí!, sonrío.

Metó la mano en mi bolsillo y saco mi iPhone, se lo tiendo dócil, no debo tensar más la cuerda y tiene toda la razón, no puedo poner en peligro a mis seres queridos por una llamada. Él me mira con furia y me lo arrebató de la mano.

—¡Joder, se nota que el negocio de proxeneta te daba mucho dinero! — exclama al verlo. Lo tira sin contemplación en la bolsa y siseo, ¡me ha costado una pasta y el cabrón lo trata como si fuese de saldo!

—¿Puedes tener un poco de cuidado? —Señalo la bolsa y mi teléfono con un dedo.

—Claaaro. —Lo coge de nuevo entre dos de sus dedos, lo levanta y lo vuelve a dejar caer, pero esta vez desde más altura.

—¡Serás hijo de puta!

Darach no me contesta, simplemente rompe a reír.

Saca de la bolsa otro teléfono y me lo ofrece.

—Este es el que usarás a partir de ahora.

Lo observo, es viejo, está ya totalmente descatalogado. ¿Dónde lo habrán conseguido?

—¡Vaya puta mierda! —protesto. ¡Joder, cambia un iPhone 6S por un... por una mierda de móvil!

—Lo siento, señor marqués. —Su tono irónico consigue irritarme más—. Dentro tienes mi número, es al que debes llamarme todos los días para darme las novedades.

Abro la agenda, hay unos cuantos nombres.

—Por supuesto son todos ficticios. El mío es...

—¿*Braveheart*? —le interrumpo.

—Ja ja ja, eres la leche de gracioso, ¿no te lo han dicho nunca? Me encontrarás por David Lenon.

Le miro con una brillante sonrisa en la cara, en el fondo nuestro tira y afloja me está resultando muy divertido.

—Dejando a un lado tus chiquilladas... Debes tener cuidado, nada de tonterías, no llames a nadie. Solo a mí. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Realizo el saludo militar—. Tardaré unos días en... tengo que ganarme de nuevo su confianza.

—Hazlo sin prisa, todo tiene que salir bien.

Claro, él no tiene ninguna urgencia, para él, el tiempo no corre, pero yo necesito regresar lo antes posible. Tan solo llevo unas horas lejos de Noa y ya empiezo a ahogarme.

—Busca el momento oportuno y llámame, estaremos preparados... —dice Darach.

—Ok.

Abro la puerta del coche, pero antes de salir, *El Escocés* me obliga a pararme poniendo una mano sobre mi hombro.

—Suerte.

Asiento y en cuanto retira la mano salgo del coche y cierro la puerta.

28. ¡Estoy en casa!



Entro sin problemas en la casa, los chicos de seguridad me conocen y no desconfían de mí. Desde que empecé a vivir aquí me he ganado la simpatía de todo el personal.

La enorme y maciza puerta se abre dejándome paso y, nada más llegar a la sala, lanzo un atronador grito con la pretensión de que llegue a todos los rincones de la mansión.

—¡Ya estoy en casa!

Escucho unos pasos descalzos que corren escaleras abajo.

—¡Román! —Nancy está vestida con un pantalón holgado y una camiseta vieja, su apariencia me resulta extraña, jamás la he visto tan desaliñada. Tiene el aspecto de haber estado durmiendo.

Se lanza a mis brazos y me llena la cara de besos.

—Hola preciosa. —La miro a sus bonitos ojos verdes y me doy cuenta de que algo malo le pasa, ya no tienen ese brillo que les caracterizaba.

La dejo en el suelo y con cariño retiro el pelo de su cara.

—¿Estás bien? —pregunto con preocupación, porque a pesar de lo que ocurrió, de su engaño, la quiero, la aprecio y deseo olvidarlo todo, empezar de cero. Quiero hacer lo que Noa está haciendo conmigo, dejar el pasado y los rencores a un lado.

—Te he echado mucho de menos Román. —Rompe a llorar y la obligo, tirando de su cuerpo, a que se acurruque sobre mi pecho.

—Yo también pequeña. —Beso su cabello.

Se separa y me mira con preocupación.

—Davy me dijo que te habías marchado para siempre, que ya no nos querías... Sé que no me porté bien... —Baja su mirada avergonzada, sabe perfectamente cómo duele traicionar a un amigo, conoce el sabor de la vergüenza. Nancy está arrepentida y yo deseo volver a tenerla en mi vida.

—Todo está olvidado Nancy. —Empujo con uno de mis dedos su mentón para que me mire a los ojos—. No me fui por tu culpa, nunca dejé de quererte.

Me abraza de nuevo.

—Te juro que nunca más volveré... —se interrumpe presa de sus sollozos.

Durante un buen rato permanezco abrazándola e intentando consolarla.

Nancy tan solo es una víctima inocente. Una mujer que solo busca amor, cariño. Siento tanta pena por ella..., en el fondo siempre ha estado sola. Yo aparecí en su vida para darle el afecto que mendigaba a su hermano y que él no sabía darle.

Cuando se repone se separa, pone distancia entre nuestros cuerpos.

—¿Has vuelto para quedarte?

—Sí. —El corazón me da un fuerte pinchazo, no me gusta nada mentirla, pero debo interpretar a la perfección mi papel.

En este preciso instante hace su entrada triunfal el que, hasta entonces, he considerado como un hermano.

—Vaya, vaya. Si me hubieses avisado de que llegabas hoy hubiera ido a buscarte al aeropuerto.

Se acerca con precaución, receloso. Tengo que jugar bien mis cartas, Davy no es ningún tonto.

Le tiendo la mano en señal de saludo, como muestra de paz entre nosotros. Él la mira, rompe a reír y me toma con fuerza entre sus brazos.

—¡Qué bien tenerte en casa de nuevo! Me alegra que recapacitases.

Será hijo de puta, parece que soy yo el que debe pedirle disculpas. Davy es un buen manipulador, un estratega inteligente, lástima que su polla y su adicción a las drogas le pierdan.

Golpea con más fuerza de la debida mi espalda y yo correspondo hasta que siento cómo se le escapa el aire.

Así es el recibimiento que mis dos “amigos” me dispensan y así es como nuestro plan comienza a tomar forma.

Me acomodo en la que ha sido por un largo tiempo mi habitación y que tiene vistas a la piscina. Nada que ver con el hermoso mar Mediterráneo que veía cada vez que miraba a través del enorme ventanal de la habitación de mi hotel.

Abro el armario, toda mi ropa sigue allí, paso la mano acariciando la tela de mis trajes de marca, de diseño. No los he echado de menos, ya no necesito cosas caras, ni lujos, todo eso me ayudó por un tiempo a soportar mi soledad, pero ahora es insuficiente. Cierro el armario y escucho unos golpes en la puerta.

—Pasa —invito y la pequeña figura de Nancy atraviesa el umbral.

—No le permití que quitase nada, sabía que regresarías... Tenía esperanza en ello.

Abro los brazos en una silenciosa petición de que se acomode entre ellos y ella lo hace encantada. Corre y se lanza sobre mi pecho con su preciosa risa melodiosa, una que me hace sonreír a mí también.

—Te he echado tanto de menos —dice con su mejilla apoyada sobre mi pecho.

—Yo también pequeña. —La tomo de la mano y la llevo hasta la terraza de mi habitación. Juntos nos sentamos en el sofá de mimbre, le pido que se siente frente a mí para poder mirarla a la cara mientras hablamos. La verdad es que la siento extraña, rara, no parece la Nancy de siempre, despreocupada, solo atenta de su aspecto.

—¿Estás bien pequeña? —le pregunto pasando los nudillos de mi mano derecha por su mejilla. Arrugo la frente, no va maquillada y eso es muy raro en Nancy, ella jamás se expone a las miradas de los demás sin estar perfectamente pintada y peinada. Y su pelo ahora... está lacio, sin brillo.

—Sí, sí.

—¿Qué te ha pasado? —Mi preocupación aumenta al ver lo descuidado de su imagen cuando para Nancy siempre ha sido lo más importante.

—Todo y nada. —Sonríe, pero no con esa preciosa mueca de felicidad a la que me tiene acostumbrado.

—Vamos, cuéntame. —Busco sus ojos hasta que estos me miran directamente.

—Llevo un tiempo... —Carraspea—. Desde que te fuiste, me siento muy sola.

—Lo siento tanto. —La abrazo de nuevo con fuerza, me siento tan culpable—. Tenía que marcharme, no me quedaba otro remedio. ¿Sabes lo que pasó?

—Sí. Davy llegó desesperado... Cuando te hirió y te tuvieron que operar a vida o muerte. Aquel día entró en casa lleno de sangre, balbuceaba palabras sin sentido... Me costó tranquilizarlo, y cuando lo hizo me contó todo, absolutamente todo.

—Entonces —la separo de mi cuerpo para ver sus ojos, ellos me dirán la verdad—, lo entiendes, ¿verdad?

—Sí. —Asiente con vehemencia—. Davy es un auténtico gilipollas, lo estropea todo. Tenía... tenía que cagarla de nuevo. Él y sus excesos, sabía que algún día traerían consecuencias.

—Siento haberme ido sin decirte adiós.

—Lo entiendo, estabas enfadado conmigo... Yo te fallé, te utilicé y luego Davy... —Se tapa la cara con las manos y rompe a llorar.

—Shh, ya, no llores. —Acaricio su pelo, la consuelo lo mejor que sé—. Todo está olvidado.

—¿De verdad? —Me mira con la esperanza pintada en su cara.

—Claro que sí. —Sonrío.

—Román, eres tan importante para mí. Eres ese hermano que nunca he tenido, cuando tú estabas me sentía protegida, segura...

—No, no... Tú tienes un hermano Nancy. —Arrugo la frente sorprendido por sus palabras, sé que Davy nunca está muy atento de lo que le pasa a su hermana, pero jamás pensé que ella se sentía desplazada, no querida.

—¿Davy? —Ríe con amargura—. Él nunca se ha ocupado de mí. —Se encoge de hombros—. Llegaste tú y entonces supe lo que era que alguien te cuidase, que alguien se preocupara por ti. Llevo tantos años sola... —Me sonrío—. Ahora que has vuelto..., ahora todo será de nuevo como antes. Tú y yo.

Siento una punzada en el corazón. He regresado, pero no para siempre, y no puedo decirle eso a Nancy...

—Te dejo Román. —Se levanta y se encamina hacia la puerta—. Descansa, ya hablaremos...

Me tira un beso con su mano y sale.

La cabeza me va a estallar, no quiero hacer sufrir a Nancy, no lo merece, pero mi estancia en Manhattan será lo más corta posible y después... ¿Qué pasará con ella?

Ya de noche apenas duermo, sé que ella no está bien y es mi amiga, la quiero, así que decido intentar ayudarla a superar lo que sea que le está pasando. Intentaré pasar con Nancy todo el tiempo posible.

Poco a poco regreso a mi antigua vida. Vuelvo a mi puto trabajo donde llevar una pistola bajo el brazo es indispensable. Parece una pesadilla, un *Déjà vu* que me hace revivir mi pasado y no me permite avanzar.

Todas las noches me comunico con Darach, le voy poniendo al día de mis avances. Tengo que lograr que Davy vuelva a confiar en mí, que me considere su amigo de nuevo. Me ha dejado entrar en su casa, me ha ofrecido la que ha sido mi habitación todos los años que he vivido en la mansión, pero aún no tiene plena confianza en mí, y eso lo noto porque los trabajos que me encarga no son como antes, los dos juntos, mano a mano. Ahora sus asuntos turbios los lleva a escondidas, sin contar conmigo para nada. Me jode mucho, no por haber perdido su confianza, sino porque cada día que pasa, cada noche que estoy solo sin Noa, cada minuto sin poder comunicarme con mi familia, me están pasando factura. Deseo regresar a mi isla, necesito tener a los míos y ahora me pregunto cómo pude estar siete años sin ellos.

Llevo ya más de quince días fuera, y estoy seguro de que mi familia y Noa estarán desesperados por saber de mí. Así que, una noche de sábado en la que Davy da otra de sus fiestas en la mansión, me quedo solo, en mi cuarto, con mi móvil viejo y obsoleto, ese que me ha prestado mi “amigo” Darach, charlando con él como si fuésemos colegas de toda la vida, y le pido, le ruego, que llame a

Noa y le explique que no puedo ponerme en contacto con ellos.

—Joder tío. No te estoy pidiendo que me bajas la luna, solo que la llames.

—Me pones en un aprieto... La orden es estricta, nada de comunicarse con el exterior, si se enteran de algo..., si Davy averigua...

—No me jodas. ¿Cómo se va a enterar?

El silencio al otro lado de la línea me da a entender que está medio convencido.

—Imagina que no puedes hablar con tu mujer, supón que estás aislado de tu familia. —Tiro más de la cuerda—. Ellos estarían preocupados... Por favor...

—¡Está bien, está bien, joder, deja ya de lloriquear!

Me dan ganas de soltar un grito de alegría, pero me contengo. Abajo hay una fiesta, música alta y mucha gente, no me oirían aunque gritase a pleno pulmón, pero es mejor contenerse.

—Gracias, gracias, te juro que te recompensaré.

—¿Me bajarás la luna? —Suelta una carcajada y río con él. Este tío comienza a caerme muy bien.

—No me pongas ojitos que te veo. Será mejor que no te enamores de mí.

—Anda, cabrón. Vete a tomar por culo.

Silencio de nuevo.

—Y, ¿qué le digo? —me pregunta.

—Mira, tú..., tú busca el número de Noa en mi iPhone, ese que tienes guardado y espero que bien cuidado. —Oigo su risa y suspiro con fuerza—. Dile que estoy bien, pero que no puedo hablar con ella. Pídele que llame a mi madre y la tranquilice, que se invente algo. ¡Joder, no sé qué coño decirle a mi madre! Noa lo sabe todo, pero ella...

—Ya, te entiendo. —¿Es posible que Darach comience a tenerme cariño?, me dan unas ganas tremendas de reír—. Debe ser muy complicado.

—Creo que te estás enterneciendo. —Suelto una carcajada—. Al final me pedirás perdón por tu actitud del primer día.

—¡Eso jamás! Aún tienes que demostrarme muchas cosas. —Escucho cómo ríe él también.

Silencio.

—David... —le digo llamándole por el nombre ficticio que usa, bajo ningún concepto me está permitido llamarle por su nombre verdadero—, llámala, por favor, dile que la quiero. —Pronuncio las últimas palabras en voz muy baja, no me avergüenza amar a Noa, pero sí decírselo a un policía, a un escocés cabezón y mal hablado que seguramente se burlará de mí.

—Lo haré.

No hay risas, ni mofas, me quedo con el móvil pegado a la oreja, con la boca abierta por el asombro. Esperaba que Darach se aprovechara de mi debilidad para reírse de mí. Pero simplemente ha dicho: lo haré.

—Gracias tío. De corazón.

—Dejémonos de mariconadas. Ve al tajo y termina de una puta vez con el trabajo. No quiero pasarme toda la vida teniendo que escuchar tu llanto cada noche. —Sonríó al escucharle hablar, el Darach de siempre vuelve. Todo fachada. Intenta aparentar que me odia, pero en el fondo empiezo a caerle bien —. Cuando creas que el pájaro —así se refiere a Davy— está preparado para cantar... Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Vale, vale. Adiós David.

—Buenas noches Ryan.

Dejo mi patata de móvil sobre la mesilla de noche y salgo a la terraza, hace una noche estupenda y, según parece, la fiesta por fin se ha terminado porque ya no suena música ni se oyen las voces de los invitados de Davy.

Cada día “desfasa” más en sus fiestas. Drogas, prostitutas, gente con muchísimo dinero, apuestas, sexo en vivo... Todo en su casa y con su hermana pequeña como testigo, no es que sea una niña, pero es demasiado joven para ver ciertas cosas. En el fondo me da mucha pena, pues Nancy está acostumbrada al derroche, a obtener todo lo que desea sin pegar un palo al agua, no tiene un futuro, un sueño que conseguir... El dinero no ayuda a Davy, ni a Nancy, muy al contrario, les está llevando por un camino del que estoy seguro no saldrán bien.

Me apoyo en la barandilla del balcón que da a la parte trasera de la casa. Desde allí se ve la piscina, está todo hecho un desastre: vasos tirados por el suelo, botellas de *Dom Pérignon* sumergidas en el fondo...

Chasqueo la lengua, es una pena. Esta gente tiene de todo y no lo sabe apreciar. Dios, que ganas tengo de terminar con este trabajo y regresar a la paz de mi isla, de mi mar Mediterráneo, con gente normal, sencilla, sin mucho dinero, pero con un enorme corazón. Personas que me miran de frente, que se preocupan por mí...

Cierro los ojos y dentro de mi cabeza visualizo a Noa, desnuda sobre las sábanas de mi cama del hotel...

Un grito desgarrador rompe el silencio de la noche y mi ensoñación. Abro los ojos asustado.

Salgo velozmente, siguiendo el rastro de las voces que se escuchan atronadoras. Mi corazón palpita al mismo ritmo que mis pies golpean el suelo en mi carrera frenética. Me llevan hasta la habitación de Nancy y cuando entro me encuentro un espectáculo que me hiela la sangre.

Davy es quién grita acurrucado en una esquina de la habitación. Lleva tan solo un pantalón y está en cuclillas, se cubre la cabeza con las manos y llora con fuerza. Una mujer rubia, a la que veo por primera vez en mi vida, está de pie frente a la cama de Nancy, también grita mientras se tapa la boca con una mano y con la otra cierra los dos extremos de lo que debe ser la camisa de Davy.

Mis ojos se posan entonces sobre el lecho. Allí está ella, tumbada sobre las sábanas blancas. Inerte, con los ojos abiertos, pero sin brillo, sin vida. Uno de sus brazos cae fuera del colchón y sus dedos rozan sutilmente la alfombra de color rosa. Me acerco, ¿por qué no se mueve? Sé la respuesta, pero me niego a aceptarla, quizá..., tal vez... ¿y si está dormida?

—¿Nancy? —susurro, pero dentro de mí sé que ella no me puede escuchar.

Miro su otro brazo que reposa sobre el colchón, tiene clavada una jeringuilla y una goma apretada con fuerza haciendo un torniquete...

—¡Dios Nancy! ¡¿Qué has hecho?! —sollozo. Hemos jugado con las drogas, probamos muchas de ellas, pero jamás nos pinchamos, nunca...

Le tomo el pulso con las manos temblorosas, aunque sé perfectamente que ya no tiene, Nancy se ha marchado...

—¡Joder, está muerta, no, no...! —Davy llora con más fuerza al escucharme, pero no se acerca, continúa meciéndose en el suelo abrazado a sí mismo, como intentando protegerse, y la rubia, que contempla la escena con los ojos desorbitados, sale como alma que lleva el diablo, seguramente en busca de su ropa y huyendo de lo que podría ser un grave problema para ella, pues intuyo que la droga que Nancy se ha inyectado proviene de sus manos o quizá de las de Davy. Lo miro furioso... ¡Cabrón, nunca la has cuidado, es tu culpa! Tengo unas enormes ansias de golpearle hasta verle sangrar...

Pero mis ojos regresan al pequeño cuerpo de Nancy. Lleva un camisón amarillo que le tapa las piernas, debe de haber llorado pues por sus mejillas se dibujan líneas negras procedentes de su máscara de pestañas. Está tan pálida... acaricio su cara... ¡Fría!, está tan fría. Cierro sus ojos.

Me importa todo una mierda, sé que no debo tocarla y total da lo mismo, no llamarán a la policía, ni habrá autopsia, se llevará con discreción, eso es lo que supone vivir en la clandestinidad, fuera de la ley. Todo me da igual, en este momento lo único que quiero es abrazarla, mecerla, pues parece dormida. Noto cómo las lágrimas mojan mi cara, no me he dado cuenta de que estoy llorando. La tomo entre mis brazos, con suavidad, con cariño. Me acomodo con ella en mi regazo. Me deshago de la maldita jeringuilla, la arrojo al suelo con odio. Dejo un reguero de besos sobre su pelo revuelto, lo retiro de su cara. Un grito

desgarrador sale de mi garganta, mientras la acuno como si fuera una niña.

No soy consciente de cuánto tiempo estoy así, abrazado al cuerpo muerto de mi amiga... No recuerdo muy bien lo que pasa luego, tan solo imágenes, sensaciones. El cuerpo humano es muy sabio, te protege de los malos momentos así, sumiéndote en el olvido, en la falta de sensaciones.

Vuelvo en mí cuando uno de los muchachos de seguridad me pide que suelte a Nancy, yo me niego y al final me tienen que obligar.

Unas manos me ayudan a levantarme de la cama, alguien me abraza consolándome... ¿Quién es? Davy no, pues él sigue en un rincón llorando...

Me sacan de la habitación y comienzo a gritar:

—¿Qué coño vais a hacer con ella?! ¡No la toquéis! —Entre varios de los chicos me sujetan con fuerza pues yo no razono.

Forcejeo sin saber muy bien lo que hago, hasta que siento un golpe seco... Y solo hay oscuridad y dolor...

Cuando despierto tengo un gigantesco chichón y un terrible dolor de cabeza. Estoy en mi cama, vestido y con un gran peso sobre mi pecho, uno que no me permite respirar... Un dolor fuerte, profundo, el dolor de la pérdida...

—¡Nancy! —Me levanto de golpe al venirme a la cabeza la imagen de mi amiga muerta entre mis brazos.

Salgo de mi cama y corro, bajo las escaleras, voy descalzo y el suelo está frío, pero no me importa.

Llego al salón y allí, sentados en el sofá, están los chicos de seguridad y Davy.

—¿Qué habéis hecho con ella?! —grito cabreado.

—Tranquilo Ryan, tranquilo tío, siéntate. —Moll, es uno de nuestros muchachos, uno de confianza, también vive en la mansión y se encarga de nuestra seguridad. Tiene un corazón tan grande como su tamaño. Me palmea la espalda.

—¡No quiero sentarme, quiero saber qué habéis hecho con ella!

—La están preparando. A las diez será el entierro. Sus restos descansarán junto a los de nuestros padres. —Davy se pone de pie, intenta tocarme, pero yo me alejo de él.

Me siento en el sofá y me toco la cabeza en el punto justo donde late un dolor lacerante.

—¿Qué ha pasado? —Miro a Moll, estoy seguro de que los brazos que me separaron de Nancy y los que me abrazaron para confortarme han sido los de él.

—Te volviste loco y tuve que golpearte... Lo siento tío, pero entre tres no éramos capaces de dominarte, no me quedó más remedio.

Por supuesto la policía estará al margen, nada de autopsia, todo se llevará a escondidas. El estómago se me revuelve, me encuentro tan mal, me siento vacío e incluso sucio, yo tenía que haber intentado...

Davy no deja de mirarme. Parece buscar algo, no sé muy bien que es...

Sus ojos clavados en mí me molestan, su sola presencia después de lo que ha ocurrido me resulta totalmente incómoda.

Todos somos un poco culpables, pero él más que ninguno. Ahora un montón de preguntas se me agolpan en la cabeza. ¿Por qué estaban Davy y la rubia medio desnudos en la habitación de Nancy? ¿Quién le proporcionó la droga?

Me levanto, decido marcharme, alejarme de él, perder de vista su mirada. Tarde o temprano satisfaceré mi necesidad de descubrir la verdad, pero ahora no tengo fuerzas, si me enfrento a Davy estoy seguro de que terminaré golpeándole...

Subo las escaleras con sus ojos clavados en mi espalda. Creo que la reacción que él esperaba de mí era otra, quiere consuelo, pero no se lo pienso dar. No lo merece. Hace tiempo que su verdadera personalidad, la cara que oculta, ha aflorado, y el Davy real asoma a la superficie, mostrando un hombre egoísta, uno que tan solo piensa en él mismo, capaz de engañar a su mejor amigo y de ser cómplice de la muerte de su hermana. Un asesinato que se ha ido fraguando poco a poco, desde niño. No la ha cuidado, arropado, educado como debe hacerlo un hermano.

La lista de “virtudes” de mi supuesto amigo crecen exponencialmente.

Entro en mi cuarto derrotado, con un nudo en la garganta y una imperiosa necesidad de desahogarme, de hablar con alguien...

Miro mi móvil, son las seis de la mañana y en cuestión de cuatro horas asistiré al entierro de mi amiga, de una que entró de lleno en mi corazón y que siempre, a pesar de su partida, tendrá un espacio en él.

Estoy tan necesitado de hablar que marco el número de Noa, pero no pulso el botón de llamada. La voz profunda de Darach se cuela en mi cabeza diciendo “Nada de llamadas al exterior, es peligroso”.

Comienzo a pasear como un león enjaulado por mi habitación, una enorme que ahora se me antoja pequeña, casi diminuta.

Una de mis manos, temblorosa, toca mi cabello llevándolo hacia atrás y con la otra sostengo el móvil.

Me paro de golpe y decido hacer una llamada, pues estoy tan desesperado que incluso noto cómo me falta el aire, cómo mi corazón parece a punto de estallar.

—¡Sí! ¡¿Qué pasa?! —La voz que me llega desde el otro lado de la línea expresa con total claridad que acabo de despertarle y asustarle.

—Dara..., David... —He estado a punto de llamarle por su nombre verdadero y eso que lo tengo prohibido. Sé que no es mi amigo del alma, que nuestra relación tan solo se limita al caso en el que trabajamos juntos por imposición, pero es la única persona a la que puedo recurrir—. Ella..., Nancy... —Un nudo aprieta mi garganta, trago saliva con fuerza, una cosa es desahogarme con un poli para intentar encontrar un poco de consuelo y otra muy diferente llorar delante de un tipo al que... ¿odio? Bueno, si soy sincero ya no tanto.

El silencio se hace eterno, pero no puedo hablar. Necesito recuperarme un poco si no me voy a poner a llorar como un niño.

—¿Qué ha pasado?

Cierro los ojos, cojo aire, lo expulso y contesto su pregunta:

—Nancy..., ella, ha muerto.

Joder, decirlo en voz alta duele, es lacerante. Permito que las lágrimas caigan libres, total Darach no puede verme, nadie me ve y yo..., necesito tanto llorar.

—¡No me jodas! ¿Qué ha pasado? Un segundo, espera.

Escucho de fondo, en el silencio de la noche, cómo Darach se mueve, la voz de una mujer que le pregunta y a él diciéndole que no se preocupe, que es cosa del trabajo. Se oyen sus pasos y una puerta, seguramente sale de su habitación.

—Cuéntame todo —me dice.

Entonces le hablo de cómo he encontrado a Nancy, de mi desesperación por la muerte tan injusta de una mujer joven con toda la vida por delante. Para mi sorpresa Darach, ese energúmeno, ese poli descarado y con muy malas pulgas, me consuela, me entiende y ayuda en esta noche tan larga, y dura.

Está a mi lado hasta que llega la hora de prepararme para ir al entierro de mi amiga. Hablamos de muchas cosas, entre ellas de nuestras vidas, y decido que Darach, *El Escocés*, no es tan mala persona como yo creía.

Mientras me ducho, pienso en la ironía del destino, en las vueltas que da la vida y en la gente que vas encontrando a su paso. Unos entran sin tú esperarlo, se quedan y te sorprenden. Otros te engañan, te muestran su cara verdadera con el tiempo, te defraudan. Y otros..., otros te abandonan sin ellos desearlo.

Hoy es uno de los días más tristes de mi vida, hoy llueve con intensidad porque el día está triste, hoy camino por el cementerio pisando los charcos y con un paraguas entre mis manos. Hoy digo adiós a mi amiga.

Veo cómo el féretro baja despacio, muy despacio, en una fosa cavada en el suelo. Davy permanece de pie, a mi lado. Puedo sentir su proximidad y me repele incluso escucharle respirar.

Pocos acuden esta mañana, porque todo se ha hecho rápido, sin levantar nada

de expectación, no interesa. Como siempre, en la vida de Davy y Nancy priman las apariencias, ocultar los trapos sucios, esconderse de la policía y de posibles investigaciones que pondrían en la cuerda floja a la organización y a Davy.

Ya de camino a casa, mando un *wasap* a Darach, el juego se termina, será todo o nada. No soporto seguir aparentando, no resisto más la presencia de Davy en mi vida, sobre todo después de lo ocurrido. Hoy será el día y me importa una mierda que Darach no considere este el momento oportuno, me da igual poner el caso en peligro. Solo quiero salir de allí, correr a mi isla, a mi refugio, a los brazos de quienes me quieren.

29. Las cartas sobre la mesa, el juego termina.



—Tenemos que hablar. —Davy está sentado en el sofá. Apenas ha probado bocado y las ojeras marcan su cara.

—Sí, claro... —Parece preocupado.

Me siento a su lado. Tengo que hacerlo bien, todo depende de mi actuación.

—Hay muchas cosas que no entiendo.

—Lo sé.

Lo miro y en sus ojos veo un atisbo de arrepentimiento.

—¿Qué pasó? Yo... —Trago saliva con dificultad, ¡dichoso nudo! Cierro los ojos y los abro al instante. ¡Fuerza!, me aliento—. Necesito saber qué pasó.

Davy se levanta, parece enfadado. Me da la espalda.

—Yo... Nancy me pidió la droga...

—¡Valiente hijo de puta! —Me levanto yo también y, tirando de su brazo, le obligo a mirarme a la cara—. ¿Por qué se la diste? —La rabia se apodera de mí sin poder evitarlo.

—¡Yo qué coño sé! —Tira de mi mano derecha, que le sujeta con fuerza, en un intento infructuoso de liberarse de mí y volver a darme la espalda—. ¡Joder! ¡¿Cómo iba a pensar que le ocurriría eso?! Nancy no era una santa, se metía de todo...

—Sí, claro, gracias a ti. —Le suelto con asco.

—¿Y tú? —Se encara. Pasa de la vergüenza al cabreo—. ¿Tú hiciste algo por ayudarla? Te piraste, la dejaste sola. Yo no soy el único culpable.

Suelto una carcajada, no porque la situación sea cómica, sino por la cara dura que Davy está demostrando.

—¿Sabes lo que te pasa? —Doy un paso hacia él, nuestras narices casi se pueden tocar, ambos tenemos los puños fuertemente apretados y los brazos extendidos a ambos lados de nuestros cuerpos—. Te pasa que sabes que eres un desgraciado, sabes que tienes la culpa de la muerte de tu hermana e intentas quitarte el enorme peso que supone eso culpándome a mí. Pero eso no te ayuda, eso no te exculpa. Si alguien cuidaba de Nancy era yo. La mejor época de su vida fueron los siete putos años que yo viví en esta casa, porque se sintió querida, protegida.

Noto cómo la fortaleza de Davy poco a poco se va resquebrajando. Se rompe

por dentro y eso se ve por fuera. Sus ojos comienzan a anegarse, su barbilla tiembla, suda, está perdiendo la batalla. Al fin y al cabo, tiene conciencia y le está pateando con fuerza en la boca del estómago.

Sabe que tengo toda la razón y eso le jode mucho.

—¡Puta mierda! —grita y rompe a llorar como un chiquillo.

Su vida poco a poco se va volviendo un caos, un desastre del que no ve salida. Asesinato, muerte, droga... un coctel que le lleva, directo, a la decadencia más estrepitosa posible.

No siento pena al verle taparse la cara con las manos y sollozar con fuerza, no siento nada en absoluto. Fue un amigo en el que confié, pero ahora, es tan solo un despojo, un hombre vacío por dentro con una pesada carga a sus espaldas, una vida vacía...

—Tú eres el culpable Davy, solo tú. —Me cebo, es el momento de terminar con el juego, de mostrar las cartas—. ¿Dime una cosa Davy? ¿Cómo pudiste darle la droga a tu propia hermana? ¿Cómo pudiste?

—No pensé... —Las palabras apenas le salen, pues el llanto es intenso.

—Eres un asesino. Pero no es tu única víctima, ¿verdad Davy?

Abre los ojos y me mira asustado, con el terror más intenso reflejado en sus pupilas.

Niega con la cabeza e intenta disimular, poniendo cara de no entender a qué me refiero.

—Has matado a sangre fría... ¡Asesino! —Davy da un paso hacia atrás con su mirada clavada en mí y yo doy un paso hacia delante, acorralándolo—. ¿Por qué? ¿Por qué los mataste? Dime... ¡Dímelo!

—¡Porque me robaron! —grita. Sabe perfectamente a quién me refiero—. Les maté porque me engañaron, me engañaron...

Me quedo callado, espero una explicación.

Davy camina hacia el sofá y se deja caer en el asiento, parece perdido, quebrado.

—Tú estabas ingresado y yo tan cabreado... Deseaba vengarme, esa puta, Adele, me había robado. Fui a su casa, al apartamento donde pasó todo y... —Comienza a hablar sin mirarme, parece tan absorto en su relato que incluso se olvida de mi presencia—. No sé..., me puse nervioso, tan solo quería asustarla, pero... —Se pone de pie, parece que ha enloquecido, su mirada perdida lo indica—. Les disparé. ¡Pum, pum! —grita y me mira con una enorme sonrisa en la boca—. Cayeron como dos fardos al suelo, no tuvieron ni tiempo de reaccionar. Acerté de lleno, dos balas, en los dos corazones...

Nunca imaginé que pudiera tener tanta sangre fría para narrar, con este total pasotismo, el asesinato de dos personas. Me quedo tan en shock que tengo que sentarme en una de las sillas del salón, no quiero hacerlo cerca de él en el sofá y mis piernas parecen no querer sostener mi peso.

—¿Por qué? —es mi pregunta.

—Porque se rio de mí y nadie se ríe de Davy Tiler, nadie. —Parece estar convencido de que eso es una razón de peso.

—¿Y O' Hara?

—Porque estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado. No quería matarle... pero...

—Dios Davy, eres un asesino... —Cierro los ojos por un instante. Una cosa es saber lo que ha pasado y otra muy diferente escucharlo de viva voz de quien ha cometido el crimen.

Cuando abro los ojos me encuentro con una pistola delante de mí, apuntándome.

—¿Qué coño haces Davy?

—Tengo que terminar con esto...

—¿No estarás pensando en matarme a mí también?

—No puedo dejarte con vida, lo siento. —Su mirada me dice que son ciertas sus palabras. Va a matarme, pero le da pena hacerlo. En el fondo creo que me tiene cariño.

Entonces sé que ha llegado mi hora. Nada me salvará, nadie acudirá en mi rescate pues los chicos, aunque me tienen aprecio, son como perros fieles, solo obedecen a su amo. Callarán, se desharán de mi cuerpo y nada se volverá a saber de mí. Pienso en mi familia, ¡Dios, qué injusto! Creerán que de nuevo he desaparecido, que les he abandonado.

Me limito a esperar el desenlace de mi vida, el fin. Miro a los ojos del que va a matarme, de mi amigo...

—Hazlo —le digo con mis pupilas clavadas en las suyas—. ¡Hazlo!

Me levanto y con mi mano llevo el cañón de la pistola hasta mi corazón.

—¡Dispara cabrón de mierda!

¿Esto es todo? Toda una vida estando al límite constantemente, para terminar con una bala disparada por un loco, un tarado.

Se escucha un estrépito, alguien da una patada en la puerta, que cae por el impacto. De repente, un cuerpo se lanza sobre el de Davy hasta tirarle al suelo. Todo sucede con tanta velocidad que mi mente tarda en asimilar lo que está ocurriendo.

El cañón de la pistola ya no me apunta y un tropel de policías invaden el salón.

—¿Estás bien? —me pregunta Darach que está tumbado sobre la espalda de Davy, le ha leído sus derechos y procede a esposarle.

—Sí. —Le miro con los ojos muy abiertos. Este cabronazo escocés me acaba de salvar la vida.

—Ya me lo agradecerás, *Españolito*. —Parece haberme leído el pensamiento.

Ayuda a Davy a levantarse y se lo entrega a dos policías que le acompañan hacia la salida de la casa.

Siento la fría mirada de Davy clavada sobre mí, su odio no me amedrenta y le correspondo con furia.

Sus ojos no mienten, sabe que le he engañado, que todo mi discurso ha sido una especie de comedia para sacarle la verdad. Su furia, su ira, me golpea con intensidad, pero se lo ha ganado a pulso.

—Espero que te pudras en la cárcel. —Escupo mis palabras, si él siente odio, yo lo siento con más fuerza. Me levanto la camisa y le muestro el micrófono que ocultaba bajo mi ropa. Mi deseo se va a hacer realidad porque hay pruebas, pruebas que le inculpan de tres crímenes.

No dice nada y sale de la casa acompañado por dos policías.

Darach se acerca a mí.

—Descuida, pasará el resto de sus días en prisión. Tenemos su confesión grabada. Lo has hecho muy bien colega.

—Pensé que no lo contaba.

—¿Cómo? —pregunta, sorprendido por mis palabras—. ¿Pensabas que te íbamos a dejar solo?

—No creí que estaríais vigilando tan cerca.

Darach golpea mi hombro con fuerza.

—Nosotros nunca dejamos solo a uno de los nuestros, nos protegemos.

Sonríe y comprendo que estas palabras serán lo más parecido a una disculpa, por el trato que me dio los primeros días, que escucharé de su boca. A mí me sirve, es suficiente.

Le ofrezco mi mano y *El Escocés* la toma entre las suyas.

—¿Amigos? —pregunto.

—Amigos.

Al cabo de unas horas estoy entrando de nuevo en la comisaría con una bolsa que contiene unas pocas prendas de ropa, y con muchas ganas de tomar los vuelos que tengo reservados hasta Mallorca.

Ya nada me une a Manhattan, y deseo, más que nada en el mundo, estar con mi gente. He dejado todas las cosas materiales que poseo, mi ropa, mis coches, todo. No quiero llevarme nada de aquí que pueda recordarme lo que ha ocurrido y que me traiga recuerdos dolorosos.

Esta vez mi entrada en comisaría es diferente. Ya no soy de los malos, ahora pertenezco al grupo que se ha reintegrado en la sociedad y que acata las normas de convivencia: nada de armas, de drogas...

Caled me recibe en su despacho, donde me felicitan por mi trabajo, por mi sangre fría a la hora de sonsacar y presionar a Davy para que confesase de viva voz sus crímenes. Al marcharme al aeropuerto, Darach me acompaña.

Dentro de mí siento una enorme contradicción en cuanto a mis sentimientos. Por un lado, estoy satisfecho, he hecho justicia tanto a Nancy como a Adele y su novio. Pero por otro he perdido dos amigos, dos personas que durante un tiempo han sido muy importantes para mí y que ya no regresarán nunca más a mi vida.

Davy se pudrirá en la cárcel, tienen las pruebas necesarias para que no vuelva a salir de prisión en toda su vida y yo..., bueno yo quedo libre de todo. “Borrón y cuenta nueva”, me dice Caled.

Ya en el aeropuerto, dentro del coche de Darach y con una hora de adelanto a la salida de mi avión, me despido de este policía con el que, para mi sorpresa, he congeniado.

—¿Me devuelves mi iPhone? —lo miro ceñudo.

—Solo si tú me devuelves el móvil que con tanto cariño te presté.

—¿Te refieres a esta mierda? —Lo saco del bolsillo de mi pantalón con tan solo dos dedos, como si me diera asco incluso tocarlo.

—Eh, que me ofendes. —Me lo arrebató de la mano y fija sus ojos en mí molesto, pero luego suelta una carcajada—. Toma tu cacharro. —Me lanza mi iPhone de última generación como si fuese un balón y yo lo atrapo con una mano.

—Bueno *Escocés*, creo que ha llegado el momento de separarnos. Espero que no llores mucho.

Darach suelta una de sus características y estrepitosas carcajadas.

—Creo que más bien serás tú el que me añore por las noches, el que eche de menos nuestras conversaciones, en las que tú llorabas como una nenaza y yo tenía que consolarte.

Entonces soy yo el que se carcajea. Abro la puerta del coche, salgo. Darach hace lo mismo y ya frente a mí me tiende la mano. La tomo y nos las estrechamos con fuerza.

—Ha sido todo un placer conocerte *Braveheart*.

—Lo mismo digo compañero.

La vida es caprichosa, el destino, si es verdad que existe, te pone en el camino diferentes pruebas que debes superar para seguir adelante. Las personas que están a tu lado y te ayudan a superarlas te marcan, se quedan grabadas a fuego en tu corazón, y este escocés se ha colado en el mío.

Camino solo hacia el aeropuerto, Darach es como yo, no le gustan las despedidas.

Subo al avión deseando llegar y el viaje se hace tan largo, tan duro, como el que me trajo por segunda vez a Manhattan, solo que esta vez no es por alejarme de los que más amo, sino por mi ferviente deseo de regresar a ellos.

Ya en tierra, corro a coger un taxi. Durante el viaje miro todos los mensajes que tengo en mi móvil y que no he podido leer hasta entonces. Llamo a mi madre para decirle que estoy de regreso. Llora, se ha convertido en una costumbre. Por Noa supo que no podía ponerme en contacto con ellos y parece no estar muy enfadada. Prometo explicarle todo, sin dejarme nada en el tintero. Ha llegado la hora de terminar con las mentiras, de descubrir todas mis verdades, mis secretos inconfesables, pero será cara a cara y más tarde, primero tengo que ver a Noa, tengo que abrazarla, sentirla...

Llamo a su móvil, pero salta el buzón de voz, entonces marco el número de su casa, pero tampoco contesta. Desesperado, pido al taxista que me lleve a nuestra playa, esa que tantos recuerdos nos trae a ambos.

Me bajo casi antes de que el coche pare del todo, pago sin mirar los billetes que dejo al taxista, pero seguramente soy muy generoso porque me da las gracias con mucha efusividad, y corro como un loco hacia la arena, en busca de ella.

Camino a paso rápido por toda la playa, pero no la encuentro. Desesperado vuelvo a llamarla, pero nada. No contesta.

Decido regresar a mi hotel de siempre, esperar a que ella me llame, no puedo hacer otra cosa.

Cabizbajo, paseo por la arena y de repente la brisa me trae mi nombre, escucho cómo la voz de Noa me llama y me giro buscando su procedencia. Y entonces la veo. Corre descalza por la arena de la mano de Laura. Su pelo se agita con el viento y sus mejillas están sonrojadas. Lleva uno de esos pañuelos que tanto usa atado a su cuello y al correr hondea tras ella como una bandera.

No me quedo quieto, deseo tanto abrazarla que corro hasta que quedamos uno enfrente del otro. Mis ojos miran los de ella que lloran de alegría. Siento las manos de Laura aferradas a mi cintura y bajo mi mirada para verla sonreír.

¡Mi familia!, pienso feliz. Noa se deja caer sobre mi pecho.

—Román, ¿cuándo has regresado? —pregunta dejando un montón de besos sobre mi cara.

—Hace un rato. Te he llamado, pero no me contestabas, así que decidí venir... Sabía que te encontraría aquí.

La abrazo con fuerza, con necesidad, por el tiempo que hemos estado separados.

Con uno de mis brazos la sujeto contra mi pecho y con el otro elevo a Laura hasta ponerla a nuestra altura. Así, los tres juntos, nos fundimos en un fuerte abrazo.

30. Confío en ti.



Sus besos me hacen sentir en casa, sus manos me acarician y me ayudan a relajarme. Su cuerpo se mueve sobre el mío, llevándome al éxtasis, que durante este tiempo de separación he necesitado tanto.

Gime mientras me cabalga y me mira a los ojos, provocándome, haciendo que sienta que voy a explotar, que, si continúa con este movimiento incesante, excitante de sus caderas, de su pelvis, mis terminaciones nerviosas arderán hasta consumirme.

Estoy sentado en la cama, con ella a horcajadas y con sus manos sujetas a los hierros del cabecero.

Acaricio su espalda, retirando el pelo de su cara para poder verla, para disfrutar de sus hermosas pupilas dilatadas, de su boca, de cómo se muerde el labio inferior.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida —digo con voz entrecortada.

Llevo mis manos hasta sus pechos, atrapo uno con cada una de ellas, y acaricio los abultados pezones. Ella sigue bailando sobre mí, continúa su vaivén, y la fricción que ejercen nuestros cuerpos nos está lanzando al abismo, al orgasmo, a pasos agigantados.

Mi boca necesita saborearla y, con una mano en su espalda, la atraigo hacia mí, mientras con la otra me sujeto a su muslo, pues temo que voy a caer en un precipicio. El primer lametazo que doy a uno de sus pezones le hace temblar, siento cómo su cuerpo entero vibra. Lo mordisqueo, lo saboreo y entonces Noa se corre, su orgasmo llega precipitado por el trato que le estoy dando a su pecho. Escuchar cómo grita mi nombre y sentir sus espasmos de placer sobre mi pene, me precipita al mío propio. Uno que he guardado para mi regreso, uno que me hace sentir en casa, a salvo.

Ya saciados nos miramos a los ojos. Acaricio una de sus mejillas con el dorso de mi mano, las tiene sonrosadas.

—Bella, hermosa —le digo tratando de recuperar el aliento—. ¡Dios, cómo te eché de menos! —Me abrazo con fuerza a su cuerpo sudoroso. Hundo mi cara entre su pelo, olisqueo su aroma a vainilla y un nudo oprime mi garganta.

Carraspeo deseando que esta sensación, que no me ha agradado nunca, desaparezca. No me gusta sentirme vulnerable, no me gusta mostrar debilidad.

Noa siente mi malestar y me obliga a separarme de ella. Me mira, lo presiente, pero mantengo mis ojos cerrados, no quiero que me vea vulnerable.

—Román... —Noto cómo coloca sus manos en mis mejillas. Aprieto con más fuerza mis párpados, lucho porque no se abran—. Mírame. ¿Estás bien? —Su tono es de preocupación.

Suelto un profundo suspiro, trago como puedo y poco a poco abro los ojos. Las lágrimas salen como si de repente se hubiera abierto una compuerta, no puedo retenerlas. Intento desviar mi mirada un tanto avergonzado, pero ella me obliga con sus manos, que siguen en mis mejillas, a mirarla de nuevo.

—No te escondas de mí —me dice mientras limpia mi llanto.

—No es eso... —Me cuesta hablar, el nudo aprieta con fuerza. Un sollozo se escapa de mi boca. Me estoy derrumbando y necesito parar el cúmulo de sentimientos que me están atrapando. Intento apartarla, quiero llegar al baño y refugiarme a solas, sin que ella me vea.

Me ahogo, me falta el aire. Respiro con dificultad, la pena me oprime con mucha fuerza el corazón.

No puedo más y me valgo de mi musculatura para levantarla y dejarla sin ningún cuidado sobre la cama. Me quito el preservativo con rabia, le hago un nudo y lo deposito sin ningún cuidado sobre la mesilla. Bajo mis pies, voy a salir corriendo al baño a encerrarme, pero ella es más rápida, se levanta y se coloca frente a mí, entre mis piernas abiertas.

—Confía en mí. Confía en mí Román... Estoy contigo, siempre, por siempre.

Elevo mi mirada hasta sus ojos. Me muerdo el labio intentando impedir que más sollozos salgan de mi boca.

Pero no puedo más y, sin poder evitarlo, me derrumbo... Me abrazo a su cintura, la atraigo hasta mí, apoyo mi cabeza en su vientre y lloro. Derramo toda mi angustia, toda mi pena, todo mi miedo. Soy débil, me permito por primera vez en muchos años dejar que toda mi culpa, mi dolor emerjan a la superficie y se dejen ver.

Noa acaricia mi pelo, se abraza con fuerza a mi cabeza, acunándome, susurrando palabras de consuelo.

El peso que desde hace años llevo sobre mis hombros, mi pesar por el daño que hice a los míos, el sentido de culpabilidad que me oprime, afloran. Mis lágrimas limpian mis heridas y ayudan a comenzar el proceso de cicatrización.

No sé cuánto tiempo estamos así, abrazados, no soy consciente de cuántas lágrimas derramo, solo sé que cuando me separo de su vientre mis ojos están hinchados y mi corazón más libre.

Se sienta a mi lado en la cama y toma una de mis manos, con la otra limpio mis lágrimas, froto mi cara y me la paso nervioso por el pelo. Nunca me he dejado ver, es la primera vez que me muestro, desnudándome por completo.

—Toda mi vida... —Comienzo a hablar despacio, en voz tan baja que estoy seguro de que a Noa le cuesta escucharme—. Toda mi vida ha sido un auténtico desastre. Un despropósito detrás de otro. He cometido tantos errores... He hecho tanto daño... —Clavo mis pupilas en las de ella. Noa sonrío, deja mi mano para posarla en una de mis mejillas—. Pero los pecados se pagan y creo que yo lo he hecho con creces.

Asiente y acerca sus labios para probar los míos.

—Ya estás en casa Román —me dice.

Sí, por fin estoy en casa, por fin se termina todo y una nueva oportunidad se abre ante mis ojos.

Nos tumbamos en la cama, me siento agotado, como si de pronto toda mi energía se hubiese evaporado, al mismo ritmo que mis lágrimas.

Duermo profundamente, por primera vez en años no tengo sueños que me despierten, tan solo cierro los ojos y descanso.

Cuando despierto me siento desubicado. No recuerdo dónde estoy, ni si es de noche o de día. Seguramente el cambio horario me ha afectado. Me siento en la cama y, al poner mis pies en el suelo y sentir la suavidad de una alfombra de pelo, recuerdo que estoy en casa de Noa.

Miro el reloj de la mesilla de noche, son las once de la mañana y la luz entra por las ranuras que deja la persiana a medio bajar.

La levanto del todo y me asomo a la ventana. Da a un jardín, está bien cuidado. Tiene unos grandes árboles cuajados de hojas que aportan sombra.

Laura juega con otra niña y sus muñecas, mientras Noa, sentada en un balancín, las observa. Tiene entre sus manos una taza de la que bebe de vez en cuando.

Me siento un poco intruso, me he colado en su casa la primera noche de mi regreso, por supuesto con su permiso y el de su hija. Eso supone un gran paso en nuestra relación, ahora el ritmo que lleva es rápido y en cierto modo me asusta.

No quiero cagarla de nuevo, sé cuáles son mis sentimientos, sé que deseo formar una familia con Noa y participar en la educación de Laura igual que mi padrastro hizo conmigo, pero...

Me doy la vuelta y tomo mi ropa. Me dirijo al baño y, después de darme una buena ducha, salgo al jardín.

Laura me recibe con un abrazo que me calienta el corazón y Noa, con una enorme sonrisa, me hace sitio en el balancín. Me siento a su lado, ella aprovecha

mi cercanía para elevar los pies y ponerlos sobre mis piernas.

Le arrebató la taza y, al ver que es café, le doy un gran trago. Ella protesta y me lo quita.

—Eh, te lo has terminado —se queja, pero por su risa sé que no le importa.

Nos quedamos juntos, balanceándonos con el impulso que mis pies le aportan al columpio. En silencio. Estoy cómodo, bien, en paz.

—Noa...

Me mira y arruga la frente, sabe que voy a decirle algo que no le gustará, me conoce demasiado bien.

Laura y su amiga corretean por el jardín ajenas a la conversación que su madre y yo vamos a mantener.

Noa cierra los ojos y suspira.

—Por Dios Román, no me digas que tienes que irte de nuevo.

—No, eso está arreglado. Davy pasará toda su vida entre rejas. —Ya la he puesto al corriente de mis aventuras y desventuras vividas en Manhattan. Le hablé sobre la muerte de Nancy, sobre mi sufrimiento...

Se alarma, lo puedo ver en sus ojos. Pone sus pies en el suelo y me contempla con intensidad.

—¿Qué es lo que pasa Román?

Apoyo mis codos sobre mis rodillas y, con la mirada clavada en las dos niñas que juegan y ríen, digo:

—Noa..., tengo que cerrar otra parte de mi vida. —La escucho suspirar, por supuesto sabe a qué me refiero y no le gusta nada—. Quiero comenzar de cero, contigo. —La miro a los ojos—. Con Laura. —Mis pupilas regresan a las niñas.

—¿Qué quieres decir?

Suelto un fuerte suspiro y mis ojos regresan a ella.

—Debes confiar en mí. Nunca más habrá secretos y mentiras entre nosotros. Tengo que hacer algo y quiero que lo sepas.

Noa se recuesta en el balancín, este se mueve, pero yo lo paro con mis pies, en este momento el balanceo me marea. Cierro los ojos.

—Vas a verla, ¿verdad?

—Sí.

Tomo una de sus manos, pero ella rehúye mi contacto. Se levanta y camina hasta a la cocina.

La dejo a solas unos segundos, dándole tiempo y dándomelo a mí también, a recuperarnos. Me levanto y entro en la casa, en la cocina.

Noa está limpiando, frotando con energía con un estropajo la encimera

reluciente. Sé que lo que intenta es mantenerse ociosa, sé que no quiere llorar, desesperarse.

—Noa...

—¡No! —Deja el estropajo, bueno, más bien lo lanza al fregadero con fuerza, con tanta que la espuma salpica su jersey de lana—. Ahora no es buen momento. Vete, por favor Román, déjame sola.

No le hago caso, ella tiene que entender, ambos necesitamos que esto ocurra para afianzar nuestra relación.

Tiro de su cuerpo para abrazarla, ella se resiste, esquiva mi mirada. Su cara está roja, congestionada por el enfado.

—¡Noa, joder, tienes que entenderme! —le grito.

Ella deja de forcejear y se para en seco. Clava sus ojos azules en los míos.

—¡Entenderte! Eres un cabro...

—Noa —interrumpo su insulto—. Sabes... dentro de ti sabes que es necesario. Tengo que verla, necesito saber... —Callo de golpe.

Suspira, cierra los ojos y se apoya en la encimera.

—Necesitas saber si la deseas —termina mi frase.

—No, sé que no la deseo... Pero ella era como una droga para mí. Quiero curarme, necesito saber que estoy curado.

Se da la vuelta, se gira para no mirarme. Puedo ver cómo eleva su mirada al cielo, cómo intenta con todas sus fuerzas retener las lágrimas.

—¿Qué pasará si descubres que nada ha cambiado?

Silencio por mi parte, qué puedo decirle.

—Te prometí no mentirte nunca más y no lo voy a hacer.

—Sé que tienes que hacerlo Román. —Suspira—. Pero..., duele.

Me abrazo a su espalda, con fuerza, mostrándole mi calor, mi amor.

—Lo sé... ¡Joder, sé que duele!

—Por favor. Déjame sola... Por favor —solloza, y yo me suelto de su cintura.

Asiento, más para mí que para ella, pues no me mira y salgo de la cocina. Camino despacio hacia la puerta de la calle.

Cierro. Ando sin destino, sin pensar a dónde se dirigen mis pasos. Pero el corazón muchas veces toma el mando, y el mío me guía hasta nuestra playa. El lugar de nuestros encuentros.

Hace frío, pero me quito las zapatillas usando mis pies, frotando uno contra otro. Corro hacia el mar y según lo hago me voy arrancando los calcetines y dejándolos tirados por el camino.

Mis pies llegan al agua, descalzos. Elevo los brazos en un absurdo intento de

abrazar la brisa que despeina mi pelo y me golpea la cara.

En este instante me siento libre de pesos, de miedos. Seguro de que Noa y yo vamos a superar todas y cada una de las trabas que la vida nos pone, porque nuestro amor es fuerte. Yo lucharé, haré todo lo posible porque entienda...

—¡Román! —La escucho llamarme, ¿será mi imaginación? Me giro esperanzado de que sea ella y lo es.

Corre hacia la orilla. Al llegar a mi altura se para y queda frente a mí.

Se arroja a mis brazos, me besa con amor y susurra en mi oído.

—Hazlo, ve, habla con Candela y regresa con nosotras. Confío en ti Román.

La alzo entre mis brazos para que nuestras caras queden a la misma altura, apenas pesa y me encanta sentirla así, cercana.

—Sé que te amo Noa... —Me mira sorprendida, nunca he pronunciado estas palabras, ni siquiera en el pasado, en nuestra primera época juntos—. Sé que seré fuerte. He superado muchas cosas difíciles y esto también lo superaremos. Juntos. No pienso volver a cagarla.

Nos besamos con tanta intensidad y mis sentidos se quedan tan centrados en sus labios, que ni siquiera siento cómo el agua empapa mis piernas enfundadas en los vaqueros, ni cómo el mar suena atronador y la lluvia comienza a caer. Solo disfruto del contacto de nuestras bocas, de sus brazos rodeando mi cuello y sus piernas ancladas en mi cintura.

—¿Qué has hecho con Laura? —pregunto cuando nos despegamos.

—Se quedó con la mamá de su amiga Tania.

Echamos a correr para refugiarnos cogidos de la mano. Voy recuperando mis zapatos y calcetines según avanzamos.

Debajo de un techado, de nuevo la atraigo a mi pecho y la abrazo con fuerza.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

Noa tiene su cabeza apoyada en mi pecho, escucho cómo un largo suspiro sale de su boca y sin mirarme comienza a hablar.

—Porque tienes toda la razón. No puedo vivir con miedo. No puedo pensar que quizá ella... —Traga saliva con dificultad, es un tema que aún escuece y le cuesta incluso pronunciar su nombre—. Que Candela regrese...

Beso el nacimiento de su cabello y apoyo mi mentón en él.

—Tienes que confiar en mí. He aprendido de mis errores, he madurado. Yo solo..., solo necesito saber...—Me faltan las palabras—. Quiero cerrar esa parte de mi vida igual que he cerrado todo lo concerniente a Manhattan. Como bien has dicho, no podemos vivir con miedos y dudas. Quiero empezar de cero y lo vamos a hacer bien —sentencio decidido.

31. Mi hermana.



Volvemos a casa de Noa abrazados. No hablamos más del tema. Acabo de regresar y lo único que deseo es disfrutar de los míos, de mi gente.

En los días siguientes la rutina comienza a apoderarse de nuestra existencia. Yo vuelvo al hotel, de momento no quiero, ni me siento con el derecho de cambiar las vidas de Noa y Laura. Paso algunas noches que otras en su casa, así Laura se va acostumbrado a verme con su mamá, no solo como un amigo, sino como un posible y futuro papá.

Con mis padres la relación en un principio es tensa. Los días que estuve desaparecido, esos en los que no me podía comunicar con ellos, les han afectado. Pensaron que de nuevo había vuelto a las andadas, no les puedo culpar por ello, es lo más lógico. No es hasta el día en el que les cuento toda la verdad, que vuelven a ser los mismos de siempre conmigo. Ya no hay secretos, ya no tengo miedo.

Dejo pasar un tiempo para reencontrarme con Candela. Pero no quiero esperar mucho y me cito con la única persona que podría proporcionarme su teléfono: mi querida hermana.

Hemos quedado en un bar de su barrio, una pequeña tasca en la que cocinan platos típicos, comida casera, donde los viejos juegan la partida de mus y ven los partidos de fútbol los domingos.

Lara llega tarde, como es su costumbre. Jamás, desde tengo memoria, mi hermana ha sido puntual.

Estoy sentado al fondo del local en una mesa apartada del resto de los paisanos, que tienen organizada una partida de dominó.

Bebo una Coca-Cola e intento aislarme un poco del ruido que hacen al chocar con fuerza las fichas contra la mesa y del escándalo de sus voces. La verdad es que me irritan un poco, quizá por los nervios. Sé que Lara no será tan comprensiva como Noa y que terminaremos discutiendo.

—¿Va a comer? —pregunta el camarero.

—Esperaré un poco. —Muevo mi vaso casi vacío, tan solo me quedan los hielos—. ¿Puede traerme otra? —le digo señalando el vaso.

—Claro, por supuesto.

Me quedo mirando cómo se aleja hasta la barra.

La puerta suena, Lara entra con paso rápido, congestionada y pidiendo disculpas como una loca.

—Perdona, perdona, perdona... —repite una y otra vez. Yo la miro furioso, me molesta mucho esperar y ha sido casi una hora—. Te juro que esta vez no ha sido culpa mía... —Me arrea dos besos en las mejillas, deja su bolso colgado en el respaldo de la silla y se sienta frente a mí.

—¿Qué ha sido esta vez? —Lara siempre tiene excusas.

—Mi querido maridito. No se le ocurre otra cosa que ponerse a ejercer de manitas en casa... —Levanta las manos hacia el cielo—. Casi salimos ardiendo. Mira que le he dicho veces que se dedique a lo suyo, a meter entre rejas a los malos, y que deje el bricolaje a los expertos. Pero él ni caso...

El camarero se acerca con mi Coca-Cola y frena en seco su cháchara. Se lo agradezco en silencio, Lara puede cotorrear horas y horas, es incansable.

—Hola Lara. —El camarero le sonríe—. ¿Qué vas a tomar? —pregunta mientras pone el refresco frente a mí.

—Otra Coca-Cola Fermín, vengo seca. —Le sonríe.

—¿Te apetece comer? —le pregunto mientras señalo la carta.

—Oh, vale. La verdad es que tengo apetito.

Miramos la carta con atención, sin hablar. ¡Bendito silencio! Elegimos entre los platos del menú y comemos con la cháchara de Lara de nuevo machacando mis oídos.

—Y bien hermanito. ¿Para qué querías verme con tanta insistencia?

Estoy tragando un trozo de pastel casero del menú y tengo que tomar un buen sorbo de agua, porque llega el momento en el que Lara me lanzará los cuchillos y me “montará el pollo”.

He elegido este bar precisamente porque está cerca de su casa, porque sus vecinos toman el café allí y porque la conocen. Tengo la sensación de que de esta manera Lara se cortará un poco y no gritará como una energúmena.

Trago con dificultad y me seco las manos en la servilleta. ¡Joder, me sudan! Me siento como de niño, aquella vez que jugando con su walkman lo rompí y mi madre me obligó a contarle mi delito a Lara. Aquel día se puso tan furiosa, que juro que le salió espuma por la boca como si fuese un perro rabioso.

—Necesito que me hagas un favor. —No tenía miedo de las balas, de los tipos con los que me enfrenté en callejones sucios, de la policía cuando nos perseguía y le temo a mi hermana. Suelto una carcajada al pensarlo y Lara me mira como si hubiese perdido la cabeza.

—¿De qué te ríes? —pregunta arrugando la frente confundida con mi extraña

reacción.

—De nada, era una cosa..., algo de lo que me he acordado.

Lara se mete una enorme cucharada de pastel en la boca, se limpia con la servilleta.

—Hijo, cada día estás más tonto. —Mueve la mano como quitando importancia a mi salida de tono—. Anda, dime, ¿cuál es ese favor?

—Necesito el teléfono de Candela. —Lo lanzo de golpe, sin anestesia, sin preparar el terreno. Los malos tragos es mejor pasarlos rápido.

Lara suelta la cuchara, se pone primero roja, luego blanca y al final..., un tono extraño entre verde y amarillo.

—¿Cómo?! —Alza un poco la voz y le hago un gesto con la mano dándole a entender que modere su tono—. Creo que no he oído bien...

—Sí lo has hecho Lara, no me obligues a repetirlo.

—¡Joder Román! —da un golpe en la mesa y los paisanos del bar se giran a mirarnos. Ellos hacen ruido con las fichas de dominó y no pasa nada, Lara le pega un batacazo a la mesa y todos nos miran.

—¡Meteos en vuestras cosas! —ladro enfadado y me obedecen al instante.

—Baja el tono joder, que yo vivo en este barrio —me reprende Lara.

—Tienes mucha cara hermana, tú eres la que está montando jaleo.

Lara resopla como una locomotora vieja.

—No puedes llegar, soltarme esto, y pretender que me quede tan tranquila. No voy a permitirte que de nuevo...

—Eso no va a ocurrir —la interrumpo, pues sé perfectamente lo que va a decir—. Solo quiero hablar con ella.

—Pero..., pero, ¿por qué? —Su mirada expresa tristeza. Deja caer ambas manos a los lados de su plato como si se rindiera.

—Porque lo necesito. —Cierro los ojos, estoy cansado de dar explicaciones, agotado mentalmente—. Porque tengo que cerrar esa puerta y quiero dejar todos los cabos atados.

Lara suspira sonoramente, niega una y otra vez con la cabeza, y saca su móvil del bolso. Comienza a toquetear la pantalla hasta que encuentra lo que busca. Puedo escuchar el sonido que indica que un *wasap* ha entrado en mi iPhone.

—Ya lo tienes.

—Gracias.

—Espero que sepas lo que haces.

Asiento.

—Noa, ella... ¿lo sabe? —me pregunta.

—Claro, no quiero tener ningún secreto.

—No la cagues hermanito.

—No. No pienso repetir errores del pasado.

—Paga la cuenta.

—Eh, ¿por qué tengo que pagar yo? Tú eres la mayor...

—Porque me debes mucho, porque has sido un enorme grano en el culo durante siete años y porque lo pasé muy mal cuando te volviste a marchar, así que es lo mínimo que puedes hacer por tu hermana.

—Visto así... —Me encojo de hombros y pido la cuenta.

Salimos del bar y decidimos dar un paseo por la playa. Son ya las cuatro de la tarde y hace una temperatura espléndida. Una brisa suave nos despeina el cabello. Caminamos descalzos por la arena de la orilla dejando que las olas besen nuestros pies. Yo cargo con los zapatos de los dos en una mano y con la otra me agarro a su cintura.

Lara se abraza a mí y recuesta su cabeza en mi pecho. Hablamos de la vida, de nuestros sueños. Descubro que lo que más desea es tener un hijo, que lo han intentado una y otra vez pero que no lo consiguen, eso le produce mucha ansiedad. Me maldigo por lo bajo, recuerdo que el primer día que la vi tras mi regreso, al tratar de cambiar de tema de conversación, pues ella intentaba sonsacarme cosas sobre mi vida en Manhattan, yo le pregunté qué cuándo me haría tío. Ahora me doy cuenta de la tremenda metedura de pata.

Me disculpo con ella, pero Lara es única y especial, ya que en vez de aprovechar la situación para hacerme sentir culpable me da un tremendo beso en una de mis mejillas y me dice que todo está olvidado.

Paseamos durante un buen rato y después nos sentamos en la arena.

—Nunca te he dicho lo impotente que me sentí al saber todo lo que te hizo Candela. Si me lo hubieses contado antes... —Mira al horizonte, al mar. Parece que el sol se fundiera en sus aguas mientras atardece. Es una imagen tan bella, que los dos nos quedamos un instante en silencio, contemplándola.

—No podía... Era como el alcohólico incapaz de expresar en voz alta su adicción.

—Y pensar que era mi mejor amiga... —Suspira con fuerza mientras juguetea con la arena. La conozco muy bien y no quiere mirarme a los ojos—. ¿Cómo no me di cuenta?

—Deja de pensar en eso, es pasado...

—No he vuelto a hablar con Cande... Nuestra amistad se rompió en el preciso momento en el que se inmiscuyó en tu relación. Tengo su teléfono..., la verdad es

que aún no sé por qué lo conservo. —Entonces clava sus ojos en los míos—. Román, dime por favor que está superado. No podría...

Acaricio una de sus mejillas.

—Sé que lo está. Candela pertenece al pasado, Noa es mi futuro.

—Me da rabia no haber protegido a mi hermanito pequeño de esa mujer. —Me retira un mechón de la frente, con tal cariño que me estremezco.

—Tú siempre has sido mi defensora. —Ambos sonreímos al recordar tantos momentos vividos en nuestra infancia—. De Candela debí protegerme yo solo, pero no fui capaz...

Dejamos de hablar y nos quedamos contemplando el mar. Lara y yo no necesitamos llenar los silencios con palabras insustanciales, con conversaciones estúpidas sobre el tiempo o la salud, podemos pasar horas sin decir nada y sentirnos cómodos. Pero también puede estar horas hablando sin parar y volverme loco. Sus contrastes me encantan, son lo que la hacen única y diferente.

Tras una llamada de Gerardo preguntando que cuándo vuelve, decidimos regresar. Después de un fuerte abrazo y dos sonoros besos en mis mejillas, subo a mi coche y ella a su casa.

Mientras conduzco pienso en mi hermana, en todo lo que en pocas horas he descubierto de ella y lo que, en mis siete años de ausencia, me he perdido. Le debo mucho más que una comida en una tasca, más que un paseo por la playa o una conversación en la cual me abra el corazón y me cuente sus más íntimos deseos y miedos. Le debo tantas cosas que nada lo podrá pagar.

Lara, mi hermana, mi amiga, la persona que me ha ayudado a crecer, a hacerme un hombre. La única que de niño me protegía de las burlas de mis compañeros y que de mayor intentó encauzar mi vida loca.

Ahora, con los años, todas sus enseñanzas dan su fruto porque he logrado convertirme en el Román del que ella siempre estará orgullosa.

Regreso a mi hotel. Llamo a Noa, le digo que tengo el teléfono de Candela y que voy a quedar con ella. Es un tanto violento mantener estas conversaciones, pero he hecho una promesa y la cumpliré: nada de engaños, nada de secretos...

Me doy una ducha y me siento en el sofá de cuero de la habitación, con mi teléfono en la mano. Marco el número y al tercer tono puedo escuchar la voz de Candela.

—¿Hola? —pregunta. Parece adormecida. Me quito el móvil de la oreja y miro el reloj para cerciorarme de que no he llamado a horas intempestivas. Son tan solo las ocho de la tarde.

—Hola Candela.

Me parece escuchar un resuello al otro lado de la línea. El silencio se prolonga tanto que tengo que tomar de nuevo la palabra.

—¿Candela? ¿Estás bien? ¿Estás ahí?

—Sí, sí...

Otra vez silencio.

—Es solo... —dice y por su tono deduzco que está llorando—. No esperaba que me llamasen.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá. Mi corazón late con fuerza y las manos me sudan, está claro que estoy nervioso, ella me altera, sigue ejerciendo un efecto extraño en mí y eso me preocupa. ¿Y si no lo tengo superado? ¿Y si vuelvo a caer? ¡No, no! Ahora soy un hombre con las ideas claras y no una..., una especie de “adolescente” babeando por una chica. Ahora es Noa o nadie. Candela no puede entrar en mis planes de futuro, ni siquiera para follar con ella, como lo hemos hecho tantas veces.

—¿Cómo estás? —pregunto de manera cordial. No quiero seguir pensando, mi cabeza parece al borde de un cortocircuito.

—Bien. Trabajando duro. —Suelta una carcajada que me hace recordar a la Candela de siempre, a la despreocupada.

—Verás yo... —No quiero demorar más el asunto por el que la he llamado—. Me gustaría quedar contigo... Para hablar, ya sabes...

Silencio.

—Bueno Román, a mí... —Un suspiro profundo sale de su boca—. Me encantaría verte de nuevo.

—Bien. Vale. ¿Cuándo te viene bien?

—Mañana tengo un par de horas libres sobre las doce de la mañana.

—Perfecto. ¿Dónde quieres que vaya?

—Ahora te paso por el móvil la dirección de una cafetería que hay al lado de mi casa.

—Gracias... —No sé por qué coño se las doy, creo que es una manera estúpida de llenar los silencios.

—Nos vemos mañana Román.

—Sí, sí...

Cuelga y yo también. Suelto el móvil como si de repente se hubiese recalentado y quemara mis manos. Me levanto del sofá, escucho el sonido que me indica la entrada de un *wasap*, seguro que es de ella dándome las señas. Miro el teléfono como si fuese un objeto peligroso y camino hacia el ventanal de mi habitación

dándole la espalda a ese objeto inanimado.

Me toco el pelo con ambas manos e intento recuperar mi agitada respiración. En este instante me doy cuenta de que estoy aterrado, muerto de miedo, porque de repente el tornado Candela entra en acción, y temo que arrase de nuevo conmigo, con mi vida.

¡Dios, deseo fumar! Cierro los ojos y apoyo la frente contra el frío cristal.

Dicen que el que ha sido fumador lo es toda la vida, aunque lo haya dejado puede recaer en cualquier momento. ¿Me ocurrirá lo mismo con Candela?

32. Otro capítulo cerrado.



Es casi la hora y la verdad, no deseo que llegue. Me abofetearía si pudiese, me daría de golpes, pues por un momento estoy tentado de anular la cita e incluso busco el número de Candela para llamarla. ¡Cobarde!, me grita mi conciencia.

Salgo del hotel con la hora pegada, tanta indecisión me ha obligado a retrasar mi partida.

¡Vamos Román, con dos huevos!, me aliento, y conduzco hasta el lugar exacto donde tendrá lugar una de las citas más importantes de mi vida, pues gracias a ella descubriré si estoy sanado de mi enfermedad llamada Candela.

Aparco lejos, tengo que caminar, tomar aire y despejarme un poco. Con las manos en los bolsillos ando hasta llegar a la cafetería.

Entro en el local e intento localizarla con la mirada. Al fondo, sentada cabizbaja, mirando distraída por la ventana, está la mujer que, durante mi infancia, adolescencia, juventud y adultez, me ha marcado de tal manera que, a pesar del dolor, del daño que ha causado en mi vida, sigo pensando en ella.

Lleva un vestido rojo sangre, nada discreto, pero no como era su costumbre porque enseñase más piel de lo debido, sino porque lo llamativo del color resalta con su piel pálida, casi blanquecina. Se ciñe a sus formas, pero no marca sus voluptuosos pechos como aquellos tops que solía llevar y que hacían que los hombres se volviesen a mirarla cuando caminaba por la calle. Está demasiado delgada, ¿dónde se han quedado todas sus curvas? Ahora apenas parece tener formas. No lleva minifalda, no muestra de manera desinhibida sus hermosas y largas piernas, ahora su vestido las cubre de las miradas indiscretas.

Entonces, con un simple vistazo, me doy cuenta de lo mucho que Candela ha cambiado. Pero es cuando me encuentro frente a ella que descubro que no queda nada de la Candela que hace siete años arruinó mi vida, de la que me clavó un cuchillo en la mano, ni de la que era tan solo sexo.

—Hola —le digo, toco su hombro para hacer que reaccione y por fin clave sus ojos en los míos.

Se vuelve hacia mí y el impacto de esa mirada verde me noquea, me deja sin respiración, no porque mi libido se despierte o porque sienta el impulso de antaño de hundirme dentro de ella, sino porque sus ojos ahora son distintos, sin

ese brillo pasional, sin rezumar sexo, sin hacerme temblar solo con mirarme. Ahora parece una mujer normal, sin recodos, ni aristas, una mujer que simplemente mira a un hombre, sin ningún tipo de pretensión.

—¡Román! —exclama con una sonrisa sincera. Se levanta de la silla con tal ímpetu que casi se cae al suelo, pero mis reflejos siempre han sido buenos y logro cogerla evitando que cause el estrépito necesario para que todos los ojos del local se claven en nosotros.

Se arroja a mis brazos y me pilla desprevenido. No lo esperaba y me cuesta reaccionar. Me quedo rígido, con los brazos colgando a ambos lados de mi cuerpo mientras que ella se agarra con fuerza a mi cuello. No es hasta que la escucho sollozar que me permito abrazarla en un intento de consolarla, de acallar su llanto. En el preciso instante en el que la envuelvo en mis brazos y ciño su cintura, me doy más cuenta de su tremenda delgadez. Se le notan las costillas, casi puedo contarlas tocándolas con los dedos de mis manos.

Con un sutil empujón la obligo a separarse. Desde que he entrado en la cafetería mi única pretensión ha sido pasar desapercibido, pero ahora con la reacción de Candela todos nos observan y los murmullos van en aumento.

—¿Nos sentamos? —propongo mirando a todos los lados.

Ella asiente, nota mi incomodidad, se seca las lágrimas con disimulo y se deja caer de nuevo en la silla.

Me acomodo frente a ella y ambos nos contemplamos por un buen rato, en silencio, hasta que llega el camarero y hacemos nuestro pedido.

—Me encanta volver a verte Román —dice al quedarnos solos otra vez—. Pensé que nunca más... —Baja la mirada, los dos nos avergonzamos de lo que sucedió la última vez que estuvimos juntos.

—Han pasado muchas cosas. —El camarero pone las bebidas delante de nosotros.

—Sí, muchas. —La melancolía asoma a su mirada cuando sus ojos regresan a los míos.

—Lara... —Carraspeo, noto la garganta seca y decido darle un buen trago a mi Coca-Cola—. Lara me dijo que te casaste con ese tipo...

—Sí, lo hice. Pero ya no estoy con él.

Asiento, esas son buenas noticias.

—Te hice caso Román. —Me mira con tal intensidad que me siento incómodo, pero no puedo apartar mis pupilas de las suyas—. No podía permitir que me tratase como lo hacía, no lo merecía, a pesar de que...

Calla de golpe y yo sé a qué se refiere.

—Yo también he metido la pata Cande, pero no por eso nos merecemos que nos maltraten.

—Ninguna mujer lo merece..., ninguna —dice estas palabras como si fueran una tarea impuesta, un mantra, una oración que alguien le ha obligado a aprenderse, a meterse en la cabeza.

—Exacto, Candela, ninguna.

—Tú me enseñaste eso Román.

Su sonrisa pasa de ser radiante a nostálgica. Ambos regresamos a esa noche en la que todo se rompió, en la que mi vida se derrumbó como un edificio antiguo cuyas vigas de madera han sido devoradas por las termitas. Esa noche en la que por primera vez Candela era una mujer normal, con una vida llena de miedos y no solo sexo. Esa noche en la que me abrió su corazón y me confesó cómo su novio la golpeaba, esa noche en la que yo le quise hacer ver que no debía permitirle que la dañara. Esa noche en la que cometí el error de olvidar el afecto por el deseo, la sensatez por la locura, el amor por el placer.

—Me alegra saber que me hiciste caso y mandaste a ese mamón a la mierda.

Se carcajea. Busca mi mano y se agarra a ella con fuerza. Me dejo porque no siento nada, ya no despierta mi libido.

Ahora es simplemente una amiga. Bueno, nunca lo ha sido en realidad, más bien la catalogaría como una conocida con la que tomo una Coca-Cola en un bar de barrio.

—Necesito pedirte perdón Román... —Baja la mirada avergonzada, intento hablar, pero me pide silencio con un gesto de su mano—. Me porté..., fui una estúpida egoísta. Tan solo pensaba en mí, en lo que deseaba, sin pararme a pensar en las consecuencias. He aprendido la lección de la manera más cruel.

—No solo fue culpa tuya.

Clava sus pupilas en mí.

—Sí lo fue Román, te usaba, utilizaba el sexo para olvidar el resto de mi vida. Metí la pata porque tú fuiste lo mejor que me había ocurrido y te perdí...

—Todo eso es pasado. No quiero volver a recordar, es doloroso.

—Lo sé..., a mí también me duele. —Sus ojos brillan anegados en lágrimas, suspira con fuerza.

—¿Qué te hizo cambiar? —pregunto con curiosidad. A mí fue la vida, mis meteduras de pata me han transformado en un nuevo Román.

—Perdí a mi hijo. —Las lágrimas comienzan a bañar su rostro—. Era lo único bueno que había hecho en mi vida y lo perdí.

—Lo siento Candela. —Esta vez soy yo quien toma su mano.

—Lo sé Román, siempre has tenido un corazón enorme, tan grande que a pesar de todo lo que te he hecho sufrir, aún me compadeces. Gracias Román.

Nos quedamos en silencio, cada uno pensando en nuestros demonios. La mirada de Candela se posa sobre la cicatriz que marca mi mano. La recorre con uno de sus dedos.

—No sé... —Cierra los ojos por un instante, parece querer retener las lágrimas—. No sé cómo fui capaz de hacerte algo así.

Busco su mirada.

—Hace años que se curó la herida, y ahora soy consciente de que mi adicción también.

Candela sonrío y a partir de este instante nuestra conversación se transforma. Pasamos de hablar del pasado a contarnos el presente y el futuro.

Le confieso que de nuevo estoy con Noa, que he logrado su perdón, y ella parece alegrarse. Me cuenta que ahora trabaja en una peluquería y que desde hace un par de meses está conociendo a un chico que, según ella, nada tiene que ver con su ex.

Pasamos un buen rato charlando, entre risas y en cierto punto, algo de complicidad.

Salimos del bar porque a ambos se nos hace tarde.

—¿Quieres? —Nada más poner el pie fuera de la cafetería Candela saca de su bolso una cajetilla de tabaco, toma un cigarro y me ofrece otro a mí.

Por un buen rato me quedo mirando, tentado de tomar uno, de fumar otra vez. Lo deseo, pero niego. No, no.

—No, gracias, no fumo —contesto con orgullo. Si he conseguido curarme de mi droga llamada Candela, también podré librarme de la nicotina.

Se encoge de hombros, vuelve a guardar la cajetilla en el bolso y se enciende su cigarro.

Caminamos juntos, codo con codo, mientras charlamos.

Me acompaña hasta mi coche. Nos despedimos con un abrazo largo e intenso. Subo, bajo la ventanilla para despedirme y entonces sé que la pesadilla ha terminado. En este preciso instante estoy curado, sanado, Candela no volverá a ser mi obsesión, y sonrío feliz.

Se queda de pie despidiéndome con la mano hasta que doblo una curva y dejo de verla.

Voy derecho a casa de Noa, estoy seguro de que ella estará nerviosa, a la espera y quiero dejarle claro que todo está superado.

Aparco justo frente a su casa y al llegar a la puerta llamo al timbre.

—Hola Román. —Me recibe la dura mirada y el tono de reproche del padre de Noa. No le he vuelto a ver desde que regresé y sé por ella que aún sigue enfadado, molesto por el daño que le hice a su hija.

—Hola Pedro. —Extiendo la mano esperando a que él la estreche, pero se limita a mirarla como si le ofreciese algo ilegal.

Bajo mi brazo, no tiene sentido seguir esperando porque Pedro no va a ser cordial conmigo y la verdad es que lo entiendo, me lo merezco.

Estoy fuera de la casa y él dentro, me observa, me reta, y con su cuerpo bloquea la entrada. Si quisiera, con un simple empujón, apenas sin hacer esfuerzo, lograría apartarle de mi camino. Pedro es un hombre delgado y pequeño, nada que ver con mi enorme cuerpo y mis abultados músculos.

—¿Está Noa? —Sé que ella me estará esperando, en eso hemos quedado. Pedro me hace sentir como cuando era adolescente e iba en busca de mi chica por primera vez a casa de sus padres y estos me analizaban y parecían mirarme como diciéndome “si tocas a mi niña te cortaré las pelotas, despacio, muy despacio...”. Las mías en este momento se encogen dentro de la bragueta de mi pantalón.

—Sí —contesta con tono seco y sigue quieto como una estatua impidiéndome el paso.

¡Joder, no me lo va a poner fácil!

—¿Puede llamarla?

—¿Para qué?

—Quiero... —No metas la pata, no metas la pata, me repito una y otra vez. Este hombre es el padre de mi chica, ella le ama y yo necesito ganarme otra vez su confianza. Nunca he sido santo de su devoción, cuando se enteró de que salíamos me lo puso muy difícil, pero después de mi cagada, después de ver cómo su niña sufrió por mi culpa, estoy seguro de que será más complicado aún —. Me gustaría hablar con ella.

Se aparta de la puerta y me deja pasar.

—Está en el jardín con Laura. —Me señala la dirección, aunque no hace falta, ya sé el camino.

—Gracias.

Comienzo a caminar, pero una de sus manos me retiene y me obliga a mirarle a esos ojos azules como los de Noa, pero que destilan odio, como si quisiera golpearme y estuviera conteniéndose.

—Espero que esta vez la cosa sea diferente. —Asiento y voy a abrir la boca, pero él continúa hablando. Así que decido callar—. No me gustas, nunca lo has hecho, pero si haces feliz a mi hija todo quedará perdonado.

Asiento de nuevo, pero esta vez con una sonrisa. No merezco nada, pero me lo dan todo. Mis padres, Noa, Pedro, Gerardo, mi hermana, Manu..., todos los que son importantes en mi vida me ofrecen una segunda oportunidad, y me juro agarrarme a ella con uñas y dientes. No les defraudaré por nada del mundo.

—Ahora bien. —Se acerca a mí con tono amenazante, hasta que quedamos frente a frente—. Si le vuelves a hacer daño, te juro que no descansaré hasta arrancarte los huevos con mis propias manos.

Me recuerda a Tomás, el médico que curó mi herida, el que tan bien cuida de Noa, velando por ella, y eso me gusta, aunque mis pelotas estén siempre en peligro.

—Le juro que...

—No, chaval. No jures, no prometas, hazlo y ya veremos...

Me suelta y sale de la casa sin despedirse.

Llego al jardín donde veo a Noa y a Laura sentadas en las sillas de hierro forjado, frente a la mesa. Sobre la dura superficie de mármol tienen hojas, colores y pinceles con los que están dibujando entre risas y miradas cómplices.

Me acerco sin hacer ruido, no quiero romper este momento entre madre e hija. Se las ve felices, desprenden amor, paz, y yo deseo introducirme dentro de la burbuja que han creado y poder disfrutar de esa tranquilidad, de esa calma, y formar parte de su unión incondicional, ser un miembro más en su pequeña familia.

Laura es la primera que repara en mí y la gran sonrisa que me regala hace que mi corazón galope y se sienta lleno.

—¡Román! —chilla encantada de verme. Le gusta jugar conmigo porque yo obedezco todas sus órdenes, hace conmigo lo que le apetece, me tiene conquistado.

Me confieso enamorado plena e incondicionalmente de una niña de cinco años.

—Ven —me dice—, ven a dibujar con mamá y conmigo.

Sé que Noa me está mirando, analizando, pues puedo sentir sus ojos azules sobre mí, así que giro la cabeza para poder clavar mis pupilas en las de ella, que parecen preguntarme en silencio “¿Cómo ha ido?”, y yo contesto también sin abrir la boca “Bien, estoy curado”.

Me siento a su lado, noto cómo pone su mano sobre mi pierna, me da un apretón cariñoso y al mirarla me guiña un ojo, me sonrío y nos ponemos los tres manos a la obra. Laura quiere dibujar un castillo y yo le regalaría uno si me lo pidiera.

33. Una pistola bajo mi almohada.



—¿Román? —Son tan solo las ocho de la mañana. Noa está abrazada a mi espalda y puedo sentir su respiración sobre mi piel, su aliento me calienta, y si no hubiera sido por esta llamada de teléfono ya la tendría tumbada en la cama, con mi polla dentro de su cuerpo. Pero el móvil ha sonado y a estas horas no es muy normal, así que sin dilación contesto. La voz que pregunta por mí es la de alguien que jamás pensé volver a escuchar.

—¿Darach? ¿Pasa algo?

Con cuidado de no despertar a Noa, que ni siquiera se ha inmutado con el sonido del móvil, me levanto de la cama. Me pongo con una sola mano el pantalón mientras que con la otra sostengo mi iPhone y salgo al salón.

—¿Cómo va? —me contesta con otra pregunta y eso comienza a mosquearme.

—Vamos tío, dudo mucho que me llames a las ocho de la mañana para preguntarme cómo estoy.

—¿Allí son las ocho? Pues no te quejes que aquí son las dos de la tarde y sigo en la comisaría.

—Ve al grano Darach. —Mi paciencia a estas horas y después de no haber dormido casi nada es nula.

—No tengo buenas noticias.

Cierro los ojos. Joder, ¿y ahora qué?

—Suéltalo *Escocés*.

—Mira, no me andaré con rodeos. —Le escucho suspirar con fuerza—. Davy se ha fugado.

Siento cómo el suelo se abre a mis pies, cómo la cabeza me da vueltas. Me llevo la mano libre al pelo y me lo echo hacia atrás, dejando mi frente despejada. Froto mi cara con energía y suelto a mil por hora todos y cada uno de los tacos que mi amiga Nancy me enseñó en su lengua nativa.

—¿Pero...? ¡Joder! ¿Cómo es posible?

—Eso mismo digo yo... Los putos policías que lo custodiaban hasta la cárcel han jodido todo el trabajo. Según parece estaba todo planeado, tu amigo tiene mucho poder...

—¡Hostia! Pero..., ¿cuándo?

—Hace unos tres días.

—¿Y cómo...? —Procuro no alzar mucho la voz, pero estoy tan asustado, tan cabreado—. ¿Cómo no me has avisado antes?

—Pensé que no iba a ser necesario, que le encontraríamos. Pero tío..., no aparece y...

—¡Mierda! —Salgo al jardín, hace un poco de frío y únicamente llevo puesto mi pantalón, pero no me importa nada, tan solo puedo pensar en Davy fuera de la cárcel, ¿y si...?—. ¿Crees que existe la posibilidad de que salga del país?

—No sé qué decirte, la verdad. —Suspira con fuerza—. Ese tío tiene muchos contactos y gente dispuesta a ayudarlo.

—¡No me descubres nada nuevo! —grito con impotencia—. Te recuerdo que conviví con él siete años. Sé perfectamente que tiene muchos contactos y gente dispuesta a devolverle los favores que en su día él hizo. No es tonto y sabe jugar sus cartas. Te dije que no le subestimaseis. ¿Cómo coño se puede escapar de un furgón policial un preso de ese calibre?

—Vale, vale... Tranquilo tío, entiendo que estés enfadado, pero yo no tengo la culpa.

—Joder, perdona... —Me dejo caer sobre una de las sillas del jardín. El césped está mojado, hace nada que los aspersores lo han regado, así que subo mis pies descalzos sobre otra de las sillas, la que está justo enfrente.

—Yo también estoy muy cabreado. Hemos hecho un buen trabajo durante mucho tiempo y ahora, en una noche, se jode todo.

—¿Qué crees que pueda pasar?

Darach es un buen policía, de los mejores, debo confiar en él y en su instinto, porque el mío está jodido, mi miedo a que algo malo le suceda a mi familia me bloquea.

—Mira, esto entre tú y yo. Consigue un arma y procura estar alerta. No creo que se le ocurra ir a por ti, pero eso lo sabrás tú mejor que yo que le conoces bien. ¿Crees que será capaz de ponerse en peligro por vengarse, o quizá tan solo busque salvar su culo?

Me quedo por un instante sopesando sus palabras e intentando imaginar el siguiente paso que dará Davy.

—No sé qué decirte, la verdad... Davy es un tío muy retorcido, si alguno de los chicos le fallaba llegaba incluso a ser agresivo con él. Si alguno se iba de la lengua le aplicaba un duro castigo... —Cierro los ojos y dejo caer la cabeza sobre el respaldo de la mullida silla de la terraza—. Por un lado, es tan cobarde, que pienso que buscará un sitio en el confín del planeta donde nadie le pueda encontrar y así salvarse de la cárcel, pero por otro... Por otro creo que hará todo

lo posible por vengarse de mí.

Silencio al otro lado de la línea.

—Jugamos con la ventaja de que él no sabe de dónde eres exactamente.

—Ya, pero tiene contactos y mucho poder... ¡Mierda! Creo que tengo que buscar esa pistola y volver a dormir con ella bajo la almohada.

Estoy tan frustrado... Parecía que la pesadilla se había terminado, había superado las trabas: Davy, Candela... Pero ahora el miedo regresa a mi vida y esta vez es uno intenso, fuerte, lacerante, porque esta vez mi familia está a mi lado y eso supone poder perderlos, pues Davy irá a hacerme daño donde más me duele, en los míos.

—Tengo que dejarte. —La voz de Darach denota cansancio—. Llevo más de veinticuatro horas en la comisaría y necesito descansar. Iré a casa, dormiré un par de horas, me ducharé y regresaré a la oficina. Intentaré encontrarle, te lo prometo.

—Darach...

—¿Sí?

Carraspeo.

—Gracias por todo tío.

—No me las des, es mi trabajo. Los polis somos los buenos, ¿lo sabes no?

—dice con tono de mofa.

—Ahora sí, pero hace tan solo unos meses eras un grano en el culo.

Suelta una de sus atronadoras carcajadas.

—Tú sigues siéndolo *Españolito*, uno enorme y molesto.

Sin más cuelga. Entonces soy yo quien suelta una carcajada. Darach ha conseguido lo imposible, que por unos segundos me olvide del problema que tengo entre manos.

Me levanto, guardo el móvil en el bolsillo de mis vaqueros y entro otra vez en casa. Regreso a la habitación que esa noche he compartido con Noa. Me quedo de pie un buen rato observándola dormida, ajena a todo, ajena al peligro, al miedo, a toda la mierda que donde voy me acompaña. Me acerco a la cama y me quedo en cuclillas cerca de su cara. Toco su pelo, retirando un mechón que le cubre los ojos. Está tan bonita, tan dulce, con sus ojos cerrados, su boca entreabierta y yo... ¿Qué hago yo allí? Bajo los ojos, apoyo mis manos en el colchón y sobre ellas mi cabeza. ¡Putá vida! ¿Y ahora qué? Me siento perdido de nuevo. He ido a Manhattan, intentando arreglar mi vida pasada para que no afectase a mi presente y no ha servido de nada, estoy en el punto de partida.

—¿Román?

Escucho su voz adormilada y elevo mi mirada, la saco del escondrijo que son mis manos para posarla en esos preciosos ojos azules, que me tienen tan enamorado.

Ella acaricia mi mentón donde la barba ya ha crecido y ambos nos sonreímos.

—¿Pasa algo Román? —Su sonrisa se congela y arruga la frente—. ¿Estás bien?

Acaricio una de sus mejillas. Debo decirle la verdad, se lo he prometido, pero...

—Todo está bien, solo miraba cómo dormías.

—Ven —dice mientras me hace sitio en la cama.

Me acuesto a su lado, uno frente al otro observándonos con los ojos vidriosos.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —pregunto.

—Lo sé.

Me acerco a sus labios y saboreo su boca mientras mis manos recorren cada curva de su cuerpo.

Poco a poco el ambiente se va caldeando, la temperatura aumenta y los besos se transforman en una manera de devorarnos, de saborearnos el uno al otro como si hiciera meses que no nos besamos cuando tan solo hace unas horas. Como si quisiésemos recuperar el tiempo que hemos estado separados, los años que hemos pasado lejos el uno del otro.

Me coloco entre sus piernas, tanteando con mi erección la entrada a nuestro paraíso, pero la ropa me obstaculiza el camino e intento arrancarla. No paro hasta que la tengo desnuda, hasta que yo mismo lo estoy y sin más obstáculos, entro, penetro dentro de mi refugio, de mi paraíso.

Bailamos juntos acompañados por la banda sonora de nuestros gemidos y jadeos.

Nos miramos buscando la manera de retener en la memoria este instante. Nos besamos, muerdo sus labios, chupo su cuello, gimo en su oído, mientras mis manos se sujetan con fuerza a sus caderas y mi pelvis embiste con potencia, con la fuerza exacta para lograr que su placer aumente hasta hacerla estallar en un potente orgasmo. Tras su clímax llega el mío, uno tan intenso que me hace apretar los dientes para no gritar su nombre por temor a despertar a medio barrio, pero permanezco con los ojos abiertos para disfrutar de su dulce mirada.

Noa cae de nuevo en los brazos de Morfeo y yo aprovecho para, en silencio, despacio sin hacer ruido, vestirme y salir de casa. Ahora tengo que proteger a mi familia. Necesito mi pistola, esa que compré y que está oculta en mi habitación del hotel. No tengo ni idea de cómo conseguiré entrar, pero lo que sí tengo muy claro es que recurriré a cualquier táctica para recuperarla.

Me subo en mi BMW y parto sin más dilación, no quiero demorarme mucho. Enciendo la radio, necesito dejar descansar un poco mi mente, pues imágenes de Davy apuntando con un arma a Noa se cuelan en mi cabeza y me producen escalofríos.

—¡Mierda! —exclamo al ver el inmenso atasco en el que de repente me veo sumergido. Tenía mucha prisa por regresar al lado de Noa y Laura. Quizá es una paranoia, pero tengo un mal presentimiento. Mis instintos me alertan y yo siempre les hago caso, pues más de una vez me han sacado de un atolladero.

Miro el reloj del salpicadero, llevo más de una hora metido en el dichoso embotellamiento. Me entran unas grandes ganas de tocar el claxon, pero de qué servirá.

La melodía de mi iPhone comienza a sonar y miro la pantalla. ¡Dios!, exclamo al ver quien me llama, y busco con precipitación un lugar donde aparcar el coche y contestar lo antes posible.

Sé que la maniobra que hago es peligrosa, precipitada, pero al ver un camino a la derecha salgo con rapidez y por ello me gano las pitadas de los coches que están parados detrás de mí, pero no hay tiempo, es cuestión de vida o muerte y temo que cuelgue el teléfono. Sé que su llamada no es para desearme un buen día.

Mis manos tiemblan al aferrar el móvil y colocarlo sobre mi oído, trago saliva y digo:

—¿Davy?

—Hola hermano. —Su pronunciación de esa palabra con tono irónico me hace estremecer—. ¿Cómo te va? —Me quedo en silencio, por supuesto no busca una charla entre amigos. Suspira con teatralidad—. Te he echado de menos colega, así que he decidido venir a verte. Por cierto, ¡joder, qué lejos vives! Pero merece la pena, esto es muy bonito. Buen clima, he pensado y todo en darme un bañito...

Comienzo a sudar copiosamente y mi corazón se acelera. Con manos temblorosas bajo la temperatura del aire acondicionado y apunto uno de los chorros directo a mi cara.

—¿Dónde...? —pregunto de manera contundente. Más o menos sé la respuesta, más bien la temo.

—Muy, muy cerca. Quiero agradecerte, en persona, las vacaciones que me has regalado tan generosamente.

Sé que Davy es retorcido, conozco su faceta más cruel, así que para nada me sorprende que haya tomado un vuelo de nueve horas tan solo para buscar venganza.

—Tú solo te lo has buscado por asesino.

—Entre hermanos nos protegemos, nos cuidamos... Eres un chivato y ya sabes lo que hacemos con los chivatos. Has jugado un doble juego conmigo y eso no te lo puedo perdonar. —Escupe sus palabras con asco.

—Primero, no eres mi hermano y nunca lo has sido. Segundo, creo que Nancy jamás sintió esa protección de la que tanto alardeas. Y tercero, si lo hice fue porque me sentí amenazado.

Suelta un fuerte grito que me obliga a retirar el teléfono del oído.

—¡Calla, hijo de puta! Creo que te conviene llevarte bien conmigo cabrón. Ahora tienes mucho que ganar... y mucho que perder...

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto con temor.

—No estoy solo, ¿sabes? y creo que mi amiga quiere saludarte. Muñeca dile hola a tu chico.

—¡Aaahhh! —A través del teléfono me llega un grito desgarrador con voz de mujer. Mi corazón se detiene de golpe.

—¡Davy! —grito desesperado—. Para, por Dios... Davy. No le hagas daño cabrón.

El grito cesa y mi corazón late frenéticamente.

—Tu chica no está muy habladora. Solo sabe gritar. ¿No te aburre?... Bueno, la verdad es que con ese cuerpazo no creo que tengas tiempo de aburrirte. ¡Mira que eres sinvergüenza! ¡Está muy, pero que muy, buena!

Cierro los ojos y deajo caer mi cabeza sobre el cuero negro del asiento del coche. ¡Noa, Dios, Noa! Me aterra pensar qué le estará haciendo ese desgraciado para que grite de esa manera. Si le pone una mano encima..., si la toca... ¡Dios, qué inútil me siento!

—Hijo de puta, te juro que te voy a matar. Te lo juro, como le vuelvas a hacer daño... —Siento tanta impotencia que las palabras salen de mi boca sin poder retenerlas. Lo que daría por ser yo y no ella quien estuviera cara a cara con el dolor.

—Ryan, procura tratarme con más respeto. Tengo algo que quieres y con un solo movimiento de uno de mis dedos puedo arrebatártelo.

—¡No, por favor, no, espera...! ¡No le hagas daño...! —suplico desesperado.

—Bien. Veo que vas entendiendo. Yo soy el que manda, y tú harás todo lo que te diga si quieres verla de nuevo viva y entera...

—Juro que te mataré —escupo entre dientes. Sale de mi boca casi sin querer, sé que no debo provocarle, pero estoy tan furioso, tan confundido y con tanto miedo, que el cerebro apenas me permite pensar.

—¡Aaahhh! —me llega otra vez el grito desgarrador de Noa. Puedo escucharla llorar, solloza...

¡Dios, mierda!, estoy aterrado.

—Para, para, por favor... —ruego.

—Pídeme perdón, ¡ahora!

Hijo de puta, pienso desesperado.

—Perdón. —Me como mi puto orgullo. La palabra me quema en la garganta y la pronuncio con los dientes tan apretados, que incluso me duele la mandíbula.

—No te he oído bien.

—¡Perdón, perdón, perdón!

Con cada perdón golpeo el volante con la mano que tengo libre hasta hacerme daño.

—Bien, así me gusta. Otra salida más de tono y volverás a escuchar cómo grita tu novia.

Estoy aterrorizado, pero tengo que tranquilizarme. Una cosa es enfrentarte a tu propio dolor y otra muy distinta al de alguien a quien amas. Este no es el camino, no pienso de forma racional y fría, debo serenarme si quiero enfrentarme a un psicópata como Davy.

—Dime a dónde tengo que ir. Iré donde tú quieras y podrás hacer conmigo lo que te dé la gana, pero Davy..., por favor... no le hagas más daño, por favor, por favor...

—¡Para! —grita—. Me levantas dolor de cabeza con tanta súplica. Mira lo que ha hecho esta perra de ti, eres débil, ella te hace ser patético, un pelele... Es tu talón de Aquiles, Ryan... No has aprendido nada durante estos años.

Sí, sí, lo es y no me importa lo más mínimo reconocerlo, ni suplicar, ni rebajarme si con eso le salvo la vida.

Pero por desgracia sé que no sirve de nada seguir suplicando, Davy está descontrolado, loco de odio y lo único que quiere es hacerme daño.

—Te mandaré la ubicación. Ven solo, sin armas, sin policía, ¡solo! Si no lo haces ella morirá...

¿Ubicación?, me parece extraño. Pensaba que la tendría retenida en casa. ¡Dios, Laura!, solo de pensar en la niña el odio hacia Davy me ciega.

—Si la matas, sabes que no descansaré hasta verte muerto.

—No me importa nada. Ya estoy muerto. —Le escucho suspirar con lo que parece... ¿pena?—. Tú has conseguido enterrarme en vida. No puedo pasar el resto de mis días en una prisión, ¡me volveré loco...! —grita con impotencia y yo pienso que ya lo está—. ¿Por qué crees que he venido? Me importa más hacerte

daño que morir. Ya no tengo nada, nada, lo perdí todo... —¿Está llorando?, pasa de la risa al llanto con tanta facilidad que me asusta. Definitivamente ha perdido la cabeza y es peligroso.

—¿Merece la pena?

—Sí hermano, la merece y mucho.

Cuelga el teléfono y mi corazón se para de nuevo. Respiro con dificultad, me falta el aire y lanzo un fuerte grito de rabia e impotencia que retumba en el coche. Con el móvil firmemente agarrado en la mano comienzo a golpear el habitáculo mientras grito.

Una voz dentro de mí me pide que pare, que deje de hacerme daño.

—¡Mierda, mierda, mierda! —Inspiro y espiro soltando lentamente el aire, vaciando mis pulmones, intentando serenarme. Cuando lo consigo miro el móvil esperando la ubicación para saber el lugar exacto donde Davy retiene a Noa y a Laura.

34. Un disparo al corazón.



El muy cabrón tarda más de quince minutos en mandarme la ubicación. Le llamo un par de veces, pero no me lo coge y mi desesperación va en aumento conforme el reloj del móvil marca el paso de los minutos. Se nota que quiere hacerme sufrir, y lo está consiguiendo con creces.

No aparto ni por un segundo mis ojos del vidrio de mi iPhone y, cuando por fin entra el *wasap*, pego un bote dentro del habitáculo del coche. Frunzo el ceño, conozco la dirección perfectamente, está en la otra punta de la isla. Yo he dejado a Noa en la cama, ¿cómo habrá hecho para sacarla de casa y llevarla hasta allí? ¿Laura estará con ella? Solo de pensar en la niña envuelta en esta trama de terror se me hiela la sangre.

Corro como un loco por la carretera, pero un toque de sensatez se cuela en mi cabeza y me obliga a pisar el freno. Si me detiene la policía por conducción temeraria Noa estará perdida en manos de ese psicópata. Así que lo mejor es respetar las señales de velocidad.

El móvil me indica que he llegado a mi destino. Es un residencial de casas de tres alturas, un barrio obrero, de gente humilde. ¿Qué hará Davy aquí? Pensé que me mandaría a un hotel, o a una fábrica abandonada, pero a una zona como esta... Conozco este lugar, he estado hace poco, cuando...

Aparco. Antes de bajarme del coche, elevo mis ojos al cielo. No soy creyente, pero necesito aferrarme a la esperanza y ruego, pido ayuda en silencio.

Bajo y cierro la puerta con fuerza, estoy cabreado. ¡Joder, si tuviese mi pistola!, pero no he tenido tiempo para llegar al hotel y cogerla. Me voy a enfrentar a Davy con las manos vacías.

Llego al portal, miro el móvil para asegurarme del piso al que tengo que llamar y pulso el botón del telefonillo. Nadie contesta, simplemente se abre la puerta.

No tengo nada planeado, voy sin saber cómo actuar, tan solo deseo salvar a Noa, sacarla de aquí y que regrese a su vida normal sin locos que intenten asesinarla, sin temor a que alguien la secuestre, sin pistolas bajo la almohada, sin mí...

Subo las escaleras de dos en dos y, al llegar al rellano, veo la puerta indicada en el *wasap* abierta de par en par.

Entro despacio “Nada de armas”, recuerdo la orden de Davy, pero cómo echo

de menos mi pistola.

—Ya estoy aquí —digo en voz alta conforme entro en el salón.

—Pasa, pasa, te estamos esperando.

Me paro de golpe. Mis ojos se abren por la sorpresa.

¡Pero serás imbécil!, me insulto. ¡Cómo no me he dado cuenta antes al ver el barrio! Seguramente ha sido culpa de mis nervios, de mi miedo. Es el mismo donde vi a Candela el día que quedamos, es el barrio donde está la cafetería en la que nos tomamos un café, y es el bloque que me señaló ella con el dedo para decirme dónde vivía. Todos estos detalles tan reveladores se me han pasado porque mi mente en lo único que ha pensado al escuchar la voz de Davy es en Noa, solo en ella y en su seguridad. Sentada frente a Davy, en una pequeña mesa de salón, está Candela y no Noa. Tiene los ojos anegados en lágrimas, el labio partido y sangrando, y las manos atadas a los reposabrazos con bridas que parecen cortar la circulación.

Davy piensa que ella es mi chica. Sé que puede sonar cruel, pero en cierto modo suspiro aliviado, Noa está a salvo. Cierro los ojos para que él no pueda notar mi alivio.

Los abro de golpe, tengo que ayudar a Candela, no merece esto, no debería estar implicada en mis mierdas, en mis problemas.

—Ya puedes soltarla, me tienes aquí...

—Siéntate Ryan.

Señala una silla que está al otro lado de la sala, lejos de Candela, lejos de él.

Obedezco. Camino despacio dándole siempre la cara, nunca la espalda, no quiero perderle de vista.

Candela me mira aterrada, el pánico se ve en sus pupilas y solloza con fuerza.

—Tranquila pequeña, tranquila. Todo va a salir bien. —Procuro serenarla, alentarla. Me duele verla así, vulnerable, golpeada y todo por mi puta culpa...

Me siento y le observo con odio.

—Deja que ella se vaya —le digo.

—Por ahora tu novia nos acompañará en la fiesta.

Davy apunta al corazón de Candela con su pistola. Se levanta de la silla sin dejar de encañonarla y se coloca a su espalda. Pasa uno de sus brazos por su cuello obligándola a recostarse sobre él mientras dirige el cañón a su sien derecha, provocando que cierre los ojos y suplique clemencia. Su manera de temblar me rompe el corazón.

Me tenso e intento ponerme de pie. La mano me pica necesitada de golpearle hasta dejarle inconsciente. Pero, en vez de demostrar el odio y la rabia que me

consumen, le ruego:

—Por favor Davy. Suéltala. Te juro que haré todo lo que me pidas, lo que sea...

—Ponte de pie muy despacito con las manos en alto.

Obedezco al instante.

Davy besa en la sien a Candela, en esa que no tiene encañonada, y se separa de ella. Da un paso a un lado y apunta directamente a su corazón.

—Nunca podré perdonar tu traición. Me dejaste tirado para volver a tu puta isla... —Toma aire con fuerza por la nariz, parece fuera de sí—. Cuando regresaste pensé que todo volvería a ser como antes, pero... ¡Eres un hijo de puta, lo único que querías era venderme a los policías! —Sus manos sujetan con fuerza la pistola, tiemblan. Está congestionado, tan cabreado que la vena del cuello parece a punto de estallar—. ¿Pensabas que no te encontraría? —Suelta una carcajada—. Si no lo hice antes fue porque sabía que tarde o temprano regresarías. El dinero lo compra todo... ¡Todo! Tengo tanto, que puedo conseguir lo que quiera. —Comienza a reír, parece haber perdido del todo el juicio—. ¿Te gustaría escuchar algo gracioso? Tú has contribuido, tú me has ayudado a obtener el dinero que he usado para llegar hasta ti. Has comprado tu propia muerte hermano. Ahora..., ahora... No dejes de mirar Ryan, no apartes la mirada...

El muy desgraciado va a matarla y con seguridad luego hará lo mismo conmigo. Reacciono con toda la rapidez que puedo. Corro como un loco y me lanzo sobre él intentando arrebatarle la pistola. Luchamos. Davy es un duro contrincante, pero la rabia y la adrenalina juegan a mi favor, haciéndome más fuerte que él. Candela grita y lucha por soltar las ataduras que aprisionan sus manos a los reposabrazos de la silla. Retuerzo el brazo de Davy y ambos caemos al suelo al perder el equilibrio, pues Davy me da una fuerte patada en la pierna derecha.

¡Bum!, suena un fuerte disparo y noto el calor de la sangre en mi mano. Davy está herido y, aprovechando el lapsus de tiempo en el que intento reaccionar, se libera de mis manos y me golpea la mejilla derecha con la culata. Instintivamente me llevo la mano a la zona herida.

Davy apunta de nuevo a Candela y sin pensarlo me arrojo sobre ella para protegerla. Ambos caemos al suelo, pero ella sale peor parada al tener que soportar todo mi peso sobre su pequeño cuerpo tembloroso.

Me vuelvo para ver cómo Davy cae de rodillas, su herida es mortal y está perdiendo tanta sangre que las piernas no le sostienen. Pero antes de morir aprieta el gatillo un par de veces impactando en la ventana del salón que está

frente a mí. La rompe en añicos y los diminutos cristales me golpean como si fueran proyectiles, solo tengo tiempo de cubrir con mi cuerpo a Candela. Cierro los ojos de manera instintiva intentando protegerlos del impacto de los cristales y elevo el brazo hasta taparlos. Noto cómo mi cara sangra, cómo los pequeños vidrios se clavan en mi carne y gimo de dolor.

Cuando los abro puedo ver el cuerpo de Davy sobre el suelo de linóleo. Sus manos se aferran a su pecho manchado de sangre y sus ojos abiertos, pero ya sin vida, se clavan en mí.

Me arrodillo a su lado y le tomo el pulso solo para cerciorarme de lo que ya sé, Davy ha muerto. Cojo el arma, se la arranco de la mano con furia.

Le había deseado la muerte, pero en este instante me dejo caer en el suelo, totalmente roto. En mi vida he cometido muchos delitos, pero jamás he matado a nadie.

Al poco rato llega la policía. Me encuentran sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared, la pistola aún en mi mano derecha y la mirada sobre el cuerpo de Davy. Sé que mi cara sangra porque noto cómo resbala por mi piel y moja mi pecho.

—¡Tire la pistola! —me grita uno de los agentes mientras me apunta con la suya. Lo miro de soslayo y la dejo caer al suelo—. Dele una patada —me ordena y la golpeo con el pie con la fuerza suficiente para que llegue hasta la otra punta del salón.

Entonces todo es muy rápido y confuso. Mientras el policía sigue encañonándome con su arma, otro me tira al suelo boca abajo y me espora. No opongo ningún tipo de resistencia, ni siquiera cuando me trata con más rudeza de la que es necesaria.

Me ayuda a levantarme del suelo y solo entonces clavo mis ojos en Candela.

Ella no deja de mirarme, llora desconsolada y otro de los policías intenta calmarla.

—¿Estás bien?! —le pregunto.

Ella asiente.

—¿Dónde le llevan? —pregunta al ver cómo me obligan a caminar hacia la salida de la casa.

—A comisaría —le contesta el agente que sujeta mi brazo derecho. Va recitando mis derechos, pero yo apenas lo escucho, no entiendo sus palabras, tan solo pienso que de nuevo mi vida se rompe en un millón de pedazos y que me toca otra vez reconstruir el puzle con paciencia. Estoy tan cansado...

Según bajo por las escaleras camino del coche, escucho gritar a Candela con

desesperación:

—¡Es inocente, me ha salvado la vida! ¡Suéltelo, es inocente!

La vida puede dar un giro de un momento a otro, en cuestión de segundos el destino te la juega y te obliga a caminar por sendas que jamás pensaste pisar. Y así me encuentro ahora, recorriendo un trayecto desconocido e inesperado. Estoy en la comisaría donde trabaja mi mejor amigo Gerardo. Delante de un teléfono, ejerciendo el derecho a una llamada y sin saber qué número marcar.

—¿Sí? —escucho al otro lado de la línea.

—Hola Noa, soy yo.

—¿Román? ¿Desde dónde me llamas? No me ha salido tu número. ¿Dónde te has metido?

—Noa... —¡Joder, otra vez a dar explicaciones!

—¿Román? —su voz suena temerosa.

—No te asustes... Estoy en la comisaría... —Oigo un fuerte suspiro.

—Por Dios Román. ¿Qué ha pasado?

Le cuento toda la historia y ella escucha en silencio, sin intervenir, hasta que termino. Entonces comienzan los reproches por mi silencio, los sollozos y las preguntas.

—¡Joder Noa, no dejes de darte problemas! Creo que lo mejor será salir de tu vida, de vuestras vidas.

—¡Román te juro que no voy a consentir que decidas sobre lo que debo o no debo hacer con mi vida, con nuestra relación! —Tengo que separarme el auricular del oído pues grita con tanta fuerza que si no lo hago me quedaré sordo—. He decidido dar un paso al frente contigo, he decidido jugármela y sé que esta vez voy..., vamos a ganar. Un escalón más que subir, pero juntos lo haremos.

Cierro los ojos y deseo con intensidad desaparecer, poder esfumarme como si ni siquiera hubiese existido, de tal manera que nadie, ninguno de mis seres queridos, tengan que volver a sufrir por mi culpa.

—Noa...

—¡Para! Ahora nos toca luchar y lo haremos juntos. Conozco a una abogada..., una que no nos cobrará mucho. Fue la mejor de su promoción y nunca, jamás ha perdido un caso... La llamaré ahora mismo.

—¡Joder Noa! Déjalo. Olvídate de mí...

—No puedo. —Solloza—. Te amo y no pienso perderte por culpa de un loco. No eres culpable, has salvado la vida de Candela, otra vez has salvado a una mujer. No eres consciente de ello, pero tienes un corazón tan grande que... — Aunque intenta evitar que la escuche, sé que está llorando.

Suspiro con fuerza. A pesar de sus bonitas palabras, ya no tengo fuerzas para luchar, me doy por vencido. El silencio se hace eterno.

—Román, vas a salir de ahí, vas a ser libre y estaremos juntos. ¿Me oyes Román?!

—Sí, sí, te escucho —digo sin ningún entusiasmo ni convicción.

—Tú no digas nada hasta que llegue la abogada, ¿entiendes? Te dejo, voy a llamarla y las dos iremos lo antes posible.

Me tenso al oírla decir que piensa venir a la comisaría.

—¡No quiero que vengas!

—Adiós Román.

—¡No vengas, me oyes, no quiero verte aquí! —Pero el inconfundible pitido que escucho al otro lado de la línea me indica que Noa ha colgado, que ya no me oye, y cuelgo con tanta fuerza que temo haber roto el auricular.

La puerta se abre y Gerardo entra sudoroso y con la cara congestionada.

—Román, ¿estás bien?

Lo miro y sonrío. Siempre a mi lado, siempre mi amigo fiel. No me regaña ni intenta cambiarme, tan solo se preocupa por mí. Me recuerda a cuando me marché por primera vez a Manhattan huyendo de todo y de todos, a él lo único que le preocupó era si estaba bien.

Siento cómo sus ojos se clavan en mis heridas, ya limpias, pero visibles. Han tenido que sacarme alguno de los cristales con unas pinzas. Seguramente quedarán cicatrices, más marcas en mi piel, señales que la vida me va dejando.

—Sí, estoy bien.

—He venido en cuanto me han avisado. Lara está fuera... ¡Joder tío, menudo marrón! —Se deja caer a mi lado, mira mis manos esposadas y el teléfono que está frente a mí. —¿Tienes abogado? ¿Le has llamado?

—He llamado a Noa, ella... Sí, según parece tengo abogado.

—Bien.

Se levanta, pero antes de salir le retengo.

—Espera... Quiero declarar.

—¿No esperas a tu abogado?

Niego con la cabeza.

—No lo hagas Román, espera a que venga.

—No, quiero hacerlo ahora.

—Está bien, no puedo obligarte, pero creo que te estás equivocando.

Declaro todo lo ocurrido mientras él toma nota. Sé que le sorprende la trama en la que he estado metido, sé que está enfadado porque le he ocultado muchas

cosas, pero también sé que me entiende y me perdona porque es mi amigo.

No dice nada, no abre la boca, tan solo cuando termino sale del despacho y me deja de nuevo solo. Apoyo mi cabeza sobre mis manos esposadas. Estoy tan agotado que creo que me quedo dormido. Despierto de golpe al escuchar cómo la puerta se vuelve a abrir y una preciosa rubia, subida en unos altos tacones y vestida con un traje chaqueta, la atraviesa.

—Hola. Soy Beatriz Olivares, su abogada.

Asiento con la cabeza y esbozo una leve sonrisa. Me ofrece la mano a modo de saludo y yo se la estrecho de manera torpe por culpa de las esposas.

Se sienta frente a mí, deja sobre la mesa un maletín de cuero, lo abre y saca un montón de papeles que coloca sobre la mesa.

—Ahora cuénteme todo. Y cuando digo todo, es todo, sin dejarse ningún detalle.

Estamos más de una hora hablando, bueno, yo soy el que lleva el peso de la conversación, ella se limita a escuchar, preguntarme alguna que otra cosa y a tomar notas.

—¿Por qué cree que Davy pensó que Candela era su chica?

—Quedé con ella hace unos días en una cafetería, creo que nos vio...

Beatriz se pone de pie y camina por el pequeño despacho que hace las funciones de sala de interrogatorios. Se apoya en la mesa con una mano y coloca la otra sobre su cadera.

—Entonces... —Me mira, parece estudiar mis reacciones. Se la ve concentrada, muy profesional. Estoy seguro de que si alguien me puede sacar de este lío es ella—. ¿Entonces dice que, por la foto de ese tipo, esa que vio en el despacho del inspector Berasategui, decidió volver a Manhattan y así ayudar a la policía a detenerle?

—Exacto.

—Luego el tipo se escapó, tomó un avión hasta Mallorca, ¿y todo por vengarse de usted...?

—Sé que parece una locura...

—Puedo asegurarle que he escuchado cosas más increíbles que lo que usted me está contando. —Se vuelve a sentar y desabrocha el botón de su chaqueta sastre dejando ver una blusa blanca—. Por lo que me dice, disparó en un forcejeo... —Asiento—. ¿De quién era el arma?

—De Davy.

—Bien. —Por primera vez la veo sonreír.

—¿Eso es bueno?

—Muy bueno para usted.

Alguien toca en la puerta.

—Pase —dice Beatriz y Gerardo entra.

—Han llamado de la comisaría de Tribeca corroborando el testimonio de Román.

Beatriz mira primero a Gerardo y luego a mí.

—¿Hizo una declaración sin estar yo presente?

—Sí, le conté todo al inspector. —Señalo a mi amigo. Chasquea la lengua, parece contrariada—. Mira..., esto... Beatriz, te agradezco lo que vas a hacer por mí, pero..., soy inocente y no tengo nada que ocultar. La pistola se disparó, yo tan solo quería proteger a Candela. Él la iba a matar. Puedo haber hecho muchas cosas malas en mi vida, pero te aseguro que jamás he sido un asesino.

Beatriz asiente.

—Todo eso me parece muy loable, pero ahora en lo que tiene que pensar es en cómo hacer las cosas bien para salir lo antes posible de la cárcel y yo estoy aquí para eso, pero tendrá que confiar en mí y hacer todo lo que le diga. —Me mira con expectación y afirmo con la cabeza—. Bien.

Noto un enorme pellizco en mi estómago, mi vida a partir de este instante no está en mis manos, ahora no soy un hombre libre.

—El tema está así. Tiene que quedarse en el calabozo hasta que el juez le tome declaración, será en un plazo máximo de setenta y dos horas. Le seré sincera, es muy difícil que se libre de pasar por prisión, pero..., la buena noticia es que, si todo sale bien, cosa de la que estoy segura, conseguiremos su absolución por el eximente de defensa propia.

Me llevo las manos esposadas a mi cabeza, desesperado. No son muy malas noticias, pero me aterra pensar que terminaré entre rejas.

—¿Estoy detenido? —Elevo mi mirada hacia ella.

—Sí Román. Pase lo que pase entrará en prisión preventiva. Ha muerto un hombre y la ley estipula que puede haber riesgo de fuga, así que se quedará encerrado hasta el juicio.

—¡Joder Román! Estás en un puto lío del que no sé cómo sacarte —interviene Gerardo que hasta entonces ha permanecido en silencio. Se apoya sobre la mesa y me mira con tristeza. Sé que me quiere como a un hermano y que hará todo lo posible por ayudarme a salir de esta, pero sus manos están atadas—. Un hombre ha muerto y tú has sido el que ha disparado el arma. —Asesta un fuerte golpe con el puño en la mesa cabreado.

—¿Qué coño querías que hiciese? ¿Qué le dejase matar a Candela? Sé que iba a

disparar..., le conozco... Iba a matarla, no podía dejar que lo hiciera.

Las cosas están más que claras. Me quedo en el calabozo como el delincuente que he sido. Es la hora de pagar, todo llega. Durante siete años he jugado contra la ley, me he metido en cosas ilegales, y no por estar ahora del lado de los buenos voy a salir impune. Los pecados se pagan y este va a ser mi purgatorio.

Noa quiere verme, pero yo no tengo fuerzas para encontrarme con ella. Mis padres también acuden a comisaría y se enteran de lo que ha ocurrido. Estoy tan desanimado que necesito meterme dentro de un agujero y no volver a asomar la nariz. Casi es un alivio quedarme en el calabozo, me permite pensar en mi nueva situación y encontrar la manera de enfrentarme a todo lo que se me viene encima.

El juez me ve en el plazo estipulado por la ley. Paso a prisión preventiva a la espera de juicio y termino en el centro penitenciario de Palma de Mallorca.

Nunca olvidaré la sensación de angustia que me atrapa cuando cruzo la verja. Entro en otro mundo, en otro plano de existencia donde ya nada depende de mí, donde todo es vigilado con rigor.

No me da tiempo a tomar aire, a intentar respirar, a asumir dónde me encuentro, cuando de repente me veo desnudo, privado de mi ropa, de todas mis cosas.

Una nueva etapa empieza y me siento aterrado.

La vida en la cárcel no tiene nada que ver con las películas que vemos de Hollywood, nada te puede preparar para la primera impresión, el primer contacto con un mundo lleno de reglas, de normas que cumplir y de gente que constantemente te vigila. A partir de mi entrada en prisión, paso a vivir pendiente de unas normas estrictas, sin apenas intimidad. Me controlan todo, absolutamente todo, pero lo peor, lo más angustiante, comienza cuando la puerta de la celda se cierra y yo me quedo solo en un pequeño espacio, encerrado sin posibilidad de salir. Me agobia, me asfixia, es una sensación claustrofóbica.

Mi vida pasa a estar programada por un horario estricto. Cada día me levanto a las ocho, de nueve a trece me asignan un trabajo en la lavandería, de trece a catorce como y a las dieciséis regreso a la celda a descansar. A las veinte treinta salida al patio o a la sala de televisión, después ducha y a las veintiuna treinta cena. Tras ella, regreso a la celda y así día tras día.

Las visitas se realizan en locutorios, sin ningún contacto físico, con un máximo de cuatro personas por encuentro. Puedo recibir dos semanales de veinte minutos cada una o una sola de cuarenta.

Llega el día en el que veré a mis padres por primera vez desde que estoy en la cárcel, y sé que quedará grabado en mi memoria para siempre. Lo deseo y temo

a partes iguales, pero debo dar la cara ante ellos. Son las personas a las que más amo y a las que más daño he hecho durante todos estos años. Sé que lo están pasando mal y que sufren por mí. Merecen que les tranquilice, aunque para ello tenga que fingir que estoy bien.

Mis padres ya están en la sala cuando entro. No puedo evitarlo y me paro en seco al verles, a pesar de saber que son ellos los que me esperan. Sus ojos tristes me miran. Mi madre sujeta con fuerza el asa del bolso que reposa en su regazo. La retuerce nerviosa. Sé que está luchando por no llorar, la conozco, y también estoy convencido de que es una batalla perdida.

Mi padre está a su lado, como siempre, de manera incondicional, apoyándola en silencio, prestándole su calor y cariño. Tiene una de sus manos sobre su hombro y puedo apreciar cómo mamá se apoya en su cuerpo, buscando su calor.

Camino despacio con nuestras miradas conectadas. Me dejo caer sobre la silla. Una sonrisa asoma a los labios de mi padre e intento corresponder, pero más bien me sale una mueca sin alegría.

—Román... —susurra mi madre con tal tristeza que mi corazón se parte en dos.

—¿Cómo estás hijo? —Él toma la palabra, parece más entero, aunque sé que es solo fachada.

—Bien, bien... No os preocupéis por mí. —Quiero quitarle importancia al terrible hecho de estar metido entre rejas.

—¿Cómo no vamos a preocuparnos? —El tono de reproche de mamá no me pasa desapercibido.

Bajo mis ojos avergonzado por la situación. Nos quedamos en silencio, pero de repente mi madre comienza a hablar, como si se hubiese estado conteniendo y ya no pudiese más.

—No lo entiendo Román, de verdad que no lo entiendo. ¿Cómo te has metido con ese tipo de gente? ¿Por qué hijo?

No sé qué contestar, porque ni yo mismo tengo excusa.

—No lo sé... Me dejé llevar...

—Debiste acudir a la policía y no enfrentarte tú solo a ese hombre, te hubiesen ayudado —dice mi padre.

—Sucedió todo tan rápido... No hubo tiempo. —Mi madre me mira y chasquea la lengua molesta.

—Si desde un principio hubieras acudido a nosotros... —Me echa en cara, lo merezco.

—Tan solo intenté protegeros y manteneros al margen de toda esta mierda.

—Pues no lo has logrado Román —contesta enfadada—, porque somos familia

y todo lo que te pase nos repercute.

—Lo siento, lo siento tanto... —Cierro los ojos y los aprieto con mis dedos intentando retener las lágrimas.

—De nada sirve lamentarse ya. Lo hecho, hecho está. Vamos a intentarlo de nuevo —añade papá y nos mira a ambos.

—Por mi parte no hay problema, eres mi hijo, no hay nada que no haría por ti. Pero..., prométeme que no volverás a excluirnos de tu vida.

Pongo la mano sobre el cristal que nos separa, deseo más que nada poder abrazarla. Ella coloca su mano sobre la mía. Es tan irritante sentir el frío del cristal y no su calor, que me dan unas ganas terribles de gritar.

A esta visita, le siguen muchas. Todas, absolutamente todas las semanas, sábado, tras sábado, vienen mi familia y Noa. Intentan animarme, pues la tristeza se ha apoderado de mí. Ellos hablan, me cuentan cosas de fuera y yo..., yo apenas abro la boca.

Al marcharse, Noa siempre me dice lo mismo “Aguanta Román, ya queda poco”. Entonces yo sonrío, pero dentro de mi celda, con las puertas cerradas, el tiempo pasa tan despacio, que los minutos parecen horas y las horas, días.

Un sábado recibo una visita que no esperaba.

Cuando llego a la sala me encuentro sentado tras el cristal a Manu con una sonrisa triste y la mirada brillante.

Me siento en la silla que está delante de él y le saludo con afecto.

Mi familia viene cada sábado y yo simplemente me limito a sentarme y escucharles, pero con Manu un nudo me aprieta con fuerza la garganta y la sensación de soledad me aprisiona con más fuerza de lo que por norma general lo hace allí dentro. No he soltado ni una lágrima, siempre me ha costado llorar, por eso frente a Manu trago el nudo que me oprime la garganta. Sé que mis ojos brillan, los cierro con fuerza, me los presiono con dos de mis dedos e intento superar la crisis lacrimógena que en estos momentos amenaza con desbordarme.

—Ay, Román. En qué lío te has metido.

Voy estando mejor y me obligo a abrir los ojos.

—Mira que te lo dije... Pero claro, ¿cuándo me has hecho tú caso? Nunca. Esa mujer...

—Lo sé, lo sé. No necesito que me eches la bronca como si fuese un niño.

—Ay, muchacho... —Suspira y arruga la nariz como si algo no le gustase nada —. ¿Desde cuándo llevas barba?

—Es lo más cómodo. —Me paso la mano derecha por la barba pelirroja que cubre mi cara.

—Pues no te queda nada bien. Así no darás buena imagen al negocio. Tienes que afeitarte y cortarte esas greñas. ¿Cuánto hace que no vas al peluquero? ¿Aquí hay peluquero?

—¿Qué negocio?

—¿Cómo que qué negocio?

—El negocio en el que dices que con barba no daré buena imagen. —Empiezo a recordar lo absurdo de las conversaciones con Manu, las vueltas que da, los saltos de un tema a otro. La verdad es que me doy cuenta de la alegría que me produce volver a verle.

—Pareces tonto Román, pues de qué negocio se va a tratar, de tu negocio.

Arrugo la frente hasta pensar que se me quedarán las marcas dibujadas para siempre.

—Pero... ¿qué negocio? —elevo la voz un poco.

—Porque nos separa este cristal, que si no te daba una colleja. —Y no lo dudo, ya he probado sus pescozones más de una vez—. El taller Román, el taller. —Pone los ojos en blanco como si fuera tan evidente lo que me está diciendo que debería de entenderlo a la primera.

Me limito a encogerme de hombros.

—A ver muchacho, sabes que me jubilo... —Niego con la cabeza, no tenía ni idea—. No es que tenga muchas ganas la verdad sea dicha, pero ya ha llegado el día de pasar el relevo a alguien más joven.

Me quedo mirándole con la boca abierta. Empiezo a entenderle y mi corazón da un salto mortal. Temo no encontrar trabajo al salir de la cárcel, es algo que me preocupa y mucho. No me faltaría el dinero por un tiempo, pues en mi época de matón he conseguido amasar una importante suma, pero no sirvo para estar ocioso, no puedo quedarme en casa y vivir de las rentas, dejar la vida pasar... y el dinero poco a poco se va gastando.

Manu me está ofreciendo una salida y me dan unas ganas tremendas de abrazarle, pero este maldito cristal...

—Sé claro.

—Te vendo el taller. Sabes que ya tengo una clientela fija y eso hace mucho para un negocio. No pido demasiado dinero...

—Gracias Manu —le interrumpo. Me emociona que, a pesar de estos siete años en silencio, en los que no ha sabido nada de mí, me siga teniendo tanto cariño como para ofrecerme continuar con su negocio, con su legado. Es más de lo que podía esperar.

—Espero que te sirva para empezar una vida legal —remarca esta última

palabra— y junto a Noa. No la fastidies de nuevo Román.

—No lo haré. Pero..., me siento tan sucio, tan... —Pienso mucho en la palabra que pueda describirme y cuando la encuentro la lanzo al aire con fuerza—. Indigno.

—No, muchacho. —Sus ojos reflejan tristeza—. No, eso no es verdad Román. Por un tiempo lo que has estado es enfermo, loco por una mujer que te llevó a la ruina. Después, sí que es verdad que la cagaste, porque te alejaste de quien más te quería, de las personas que podíamos ayudarte a sanar. Pero ahora no, no eres indigno, ahora eres un hombre que ha demostrado valor, un hombre que ha salvado dos vidas jugándose la suya propia. Ahora todos estamos orgullosos de ti y debes empezar a valorarte Román, debes quererte por lo que eres y olvidarte de lo que fuiste.

El silencio cae como una niebla espesa entre nosotros. No tengo palabras para rebatirle, necesito estar solo y desbrozar en profundidad su discurso, asimilarlo.

—Yo...

—No digas nada muchacho —me interrumpe—. Cuando salgas hablamos, cuando estés fuera nos tomamos un café en *La Tasquita*, o mejor, te invito a comer.

Dibuja una enorme sonrisa que me hace sonreír a mí también, algo que últimamente no hago mucho, y asiento. Manu me devuelve la fe, me ayuda a darme cuenta de que aún puedo encontrar gente buena, desinteresada, capaz de darlo todo por nada.

—Hasta pronto Román. —Se despide de mí y deseo con toda mi alma poder abrazarle, pero este maldito cristal...

—Hasta pronto Manu.

La vuelta a mi celda, a mi micro mundo, llega y me golpea con fuerza la sensación de soledad. Siempre la tengo, pero después de la intensa visita de Manu se hace mucho más agobiante, lacerante.

Me tiro en la cama, me abrazo a la almohada y, con ella tapando mi boca, suelto un gruñido de rabia, de impotencia.

“*Ya queda menos Román*”. Las palabras y la imagen de Noa al decirlas se cuelan en mi mente. “*Aguanta...*”.

Fuerza, la necesito y la encuentro en ese pensamiento y en el futuro que al salir de allí me aguarda.

Parecía que nunca iba a llegar, pero el juicio se celebra y el plazo máximo de seis meses se convierte en tres. Candela es testigo y Beatriz logra, por medio de videoconferencia, la declaración tanto de Caled como de Darach, que son

determinantes. Se me trata casi como a un héroe, no solo he salvado la vida de Candela sino también la de Adele, aunque no sirvió de mucho porque al final Davy la asesinó a sangre fría.

Destacan la importancia de mi infiltración, aun a riesgo de mi vida, en la casa de Davy, y de la ayuda que supuso mi grabación para poder detenerle. Las palabras de Darach me hacen sentir orgulloso y puedo ver en los ojos de mis padres, de Noa, de los míos... ese mismo orgullo.

Al final todo el dolor y sufrimiento no ha sido en vano, ha servido para hacer de mí un nuevo hombre limpio de errores, de miedos, sin obsesiones.

Consigo la libertad y además sin cargos.

Todavía me queda algo importante que resolver, una parte que cerrar. Reservo la habitación que durante un tiempo fue mi hogar. Necesito recuperar la pistola que un día compré y oculté. Debo deshacerme de ella y pienso que la mejor manera es devolverla a quien me la vendió, ya limpia de huellas.

Así cierro un capítulo más de mi vida. No solo me desprendo de un arma ilegal, sino también de la que ha sido mi historia hasta entonces.

Ahora soy un nuevo Román, libre de ataduras, de vicios, de malas decisiones. Libre para ser feliz.

Ahora comienza una nueva vida.

35. Hasta pronto.



Querido lector, llegó el final de mi historia. Mi intensa historia, eso sí que no se puede negar.

Este último capítulo lo escribo al cabo de tres años, tres maravillosos y felices años junto a mi gente.

Hoy, 11 de junio de 2016, estoy tumbado en la cama del hotel Wellington en plena calle Velázquez de Madrid. Una suite de lujo, todo es poco para mis chicas.

Escucho la ducha, seguramente Noa se estará preparando. Siempre le digo que no necesita mucho tiempo para estar guapa, pues ella es preciosa al natural, pero cuando salimos le gusta arreglarse tanto que al final tiene que levantarse con una hora de adelanto.

Me estiro perezoso en la cama, estoy de lado y abrazado a la almohada como si fuese el tibio cuerpo de mi chica. Mal sustituto la verdad, pero por el momento me tendré que aguantar.

De pronto, sin abrir los ojos, agudizo el oído. Escucho unos pasitos rápidos y sonrío. Sé a quién pertenecen y también sé lo que me espera dentro de breves instantes.

Tres..., dos..., uno...

—¡Despierta dormilón! —La voz de Laura casi me taladra el oído.

No me muevo, disimulo y me aguanto la risa como puedo cuando noto cómo Laura ayuda a Nancy a trepar a la cama. Mis princesas, que ya tienen ocho y dos años, son tan activas que consiguen agotarnos a su madre y a mí.

—¡Papá! —grita Nancy, pese a su corta edad habla como una cotorra, no para en todo el día y nos vuelve locos.

—¡Papá! —dice Laura a coro mientras las dos saltan sobre la cama, sobre mí. Pero sigo disimulando, no me muevo y aprieto la cara contra la almohada para que no me vean reír.

—¡Despierta! ¡Mamááá, no se despierta! —Laura me sacude con fuerza y Nancy intenta de manera totalmente infructuosa mover mi cara. Lo que sí consigue es pellizcar el moflete que queda sin la protección de la almohada. Trata de abrirme un ojo y casi me mete los pequeños deditos dentro.

Las escucho, mientras me muerdo por dentro los carrillos para que no me vean

reír, cómo traman entre las dos girar mi pesado cuerpo.

Cuatro manitas me empujan con fuerza, pero claro, no pueden conmigo. Decido colaborar y me muevo con disimulo, ellas creen que es su fuerza la que me gira en la cama, bendita inocencia.

Ya me tienen boca arriba, sigo con los ojos cerrados, pero tengo que apretarlos con fuerza porque la risa se está apoderando de todo mi cuerpo.

—¡Papi, papi, papi...! —gritan mientras me agitan.

Tres..., dos..., uno..., voy.

Abro los ojos de golpe y tomando a cada una con una de mis manos las acuesto sobre la cama y comienzo a hacerles cosquillas.

Gritan, ríen, patalean, y yo con ellas.

¡Mis princesas!, las adoro, las quiero, las amo con locura.

—Llegaremos tarde. —Levanto la cabeza de la tripita de Nancy, en la que estaba haciendo una pedorreta, y veo a Noa riendo con nosotros, pero intentando poner orden, ser la adulta de la familia.

Nos dejamos caer agotados los tres bocarriba en la cama, pero de repente tengo a una pequeñaja de dos años sobre mi pecho, con uno de sus dedos gordos en la boca y una expresión en la cara de total regocijo. A Laura la tengo contra mi costado, me toca la barba, le encanta hacerlo y yo la miro embelesado.

—¡Vamos, todos fuera de la cama! —ordena Noa. Qué haríamos sin ella, creo que siempre llegaríamos tarde a todas las citas.

—¡Joooooooooooo! —gritamos los tres a la vez. Pero nos levantamos.

Las niñas comienzan a correr una detrás de la otra en círculos por la habitación y yo me acerco a Noa, la tomo entre mis brazos y la beso en los labios.

—Buenos días preciosa —la saludo.

—A la ducha... —Me separa de su cuerpo, pero yo regreso a sus labios—. Para, me quitarás el maquillaje.

La suelto sin ganas.

—No te hace falta.

Sonríe, se pone un poco colorada y veo las estrellas, piso el cielo y me sumerjo en el paraíso.

—Anda tonto —dice melosa—. Tienes el desayuno en la salita.

Estos hoteles son la leche, habitación con salón y todo.

Me meto en la ducha mientras la escucho luchar con las niñas para que se vistan.

Al final llegamos tarde y Mar ya está esperando en el hall del hotel.

Las niñas se arrojan a sus brazos en cuanto la ven y ella les llena la cara de

besos. Lo que le gustan a esta mujer los niños y lo dura que es con los adultos la muy *jodía*.

—Llegas tarde. —Suelta a las niñas y se señala el reloj.

—Perdón, perdón, ha sido culpa mía... —me disculpo.

—Ya, como siempre.

Ahora vivo más relajado, lo confieso, soy un tardón, pero me gusta tanto disfrutar de mis princesas que no veo el momento de soltarlas.

—Pues nos toca ir a la carrera —me reprocha. A Mar le encanta echarme la bronca por todo, se debe de sentir realizada, es muy mandona, una Manu en mujer. Yo la llamo señorita Rottenmeier.

Noa toma de la mano a Laura, yo en mis brazos a Nancy y salimos a la calle casi a la carrera.

El Retiro es enorme, jamás lo hubiera pensado, y la caseta donde voy a firmar está en la otra punta.

Sí, sí, habéis leído bien. Voy a firmar. Me costó sacar mi libro, este que narra mi historia, pero mi querida mujercita buscó una agente editorial, Mar Montilla Ediciones. Le presentó mi manuscrito y le gustó tanto que se ha convertido en el *Best seller* del momento.

Aún no me creo el sueño que estoy viviendo. Nunca pensé hacer nada con mi libro, ni siquiera se lo había mostrado a nadie. Pero Noa lo descubrió en el ordenador, según ella por casualidad, pero yo sé que tenía la mosca detrás de la oreja. Tantas horas escuchando las teclas cuando las niñas se acostaban, la tenían muerta de curiosidad. Yo le decía que eran cosas del trabajo, pero tanta tecla para un taller...

Cuando Mar me llamó alucinaba, ¿cómo tenía mi libro? Por supuesto supe quién era la culpable, pero no la pude regañar, porque Mar me dijo que le encantaba y que una súper editorial lo quería publicar. Entonces casi me desmayo al ver los ceros del contrato, la tirada y la distribución que tendría por toda España, por todo el mundo.

Hoy firmo en la Feria del libro de Madrid, y estoy nervioso.

—¿Y si..., y si no viene nadie? —pregunto a Mar. Al fin y al cabo, no conozco a nadie en Madrid.

El libro lleva publicado un año y de momento lo he presentado en mi isla. Es mi primera salida al mundo como escritor. ¡Uff, qué grande me viene esa palabra!

—Sí, sí, nadie —dice son sorna—. Mira Román. —Señala una de las casetas. Frente a ella veo una fila enorme que da incluso la vuelta y se pierde en la

distancia.

Chicas jóvenes, señoras ya con sus añitos, hombres, niñas, niños... Todos con mi libro en la mano.

Me quedo paralizado, quieto con la boca abierta y noto cómo mi pequeño ángel me la cierra con su manita.

—¿Toda...? —Trago saliva—. ¿Toda esta gente está aquí por mí?

—Sí querido. —Mar se ríe de mí a carcajadas sin cortarse un pelo.

—¡Dios! —Alucino en colores como diría Laura—. ¡Joder!

—Román, esa boca —me regaña Noa y señala a las nenas.

—Vamos hombretón, ahora a trabajar.

Noa toma de mis brazos a Nancy, que me da un beso. Mis tres chicas me abrazan y me dicen un “Hasta luego”. Ellas se irán con Mar a recorrer Madrid mientras yo me quedo en la feria, rodeado de todas esas personas que quieren leer mi libro. ¡Guau!, aún no me lo creo.

Mar me acompaña hasta la caseta. La gente me observa, me reconocen, pero claro, un escritor de metro noventa de estatura y pelo rojo no es muy habitual. Noto el calor de la gente, su cariño, y se me pone el vello de punta.

Saludo a los vendedores de la caseta, que me miran con admiración. A mí, a un tío que no es nadie...

Me siento en una banqueta alta, desde allí diviso gran parte de la fila y de nuevo me quedo pasmado.

—Bueno Romancito, aquí te dejo campeón. Me voy con tus chicas a ver Madrid. Vive tu momento, te lo has ganado a pulso —se despide Mar, mientras coloca un ventilador. Hace mucho calor y me viene genial.

Asiento, sigo atontado, no esperaba esto...

Me da un beso en la mejilla derecha y se marcha.

Las primeras chicas se acercan. Es un grupo de tres amigas, muy jóvenes, tendrán unos veinte años. Me miran como si fuese su ídolo y a mí me sudan las manos.

—Le admiramos mucho... —dice una de ellas con timidez y poniéndose muy colorada, claro que yo en eso la gano por goleada. Debo tener hasta las orejas rojas.

—Por favor, no me llaméis de usted, me hace parecer muy viejo.

Ellas ríen de manera nerviosa y la primera pone el libro sobre la mesa. Lo tomo entre mis manos temblorosas. ¡Por Dios, qué emocionante es esto! Lo abro y me sitúo en la página donde escribiré la dedicatoria.

¡Joder, no tengo bolígrafo!, me doy cuenta en este instante. ¡Qué vergüenza!,

¡qué desastre!

Miro a los lados desorientado, no sé qué hacer.

—Toma. —Una de las chicas se apiada de mí y me ofrece un Bic, de esos de toda la vida.

—Gracias.

Voy a ello...

—¿Cómo te llamas? —pregunto.

—Candela.

El bolígrafo se cae de mi mano. Pero... ¿será posible? Me da la risa. Menuda casualidad, ellas ríen conmigo, eso me demuestra que han leído el libro.

—Pero le juro..., te juro —rectifica—, que para nada soy como ella...

—Ya, supongo. Esto sí que es una casualidad, más pensando que no es un nombre muy común...

¡Increíble! La realidad supera la ficción.

Firmo el libro con un cariño especial, porque ella ha sido la primera, con ella he roto el hielo.

—Me ha encantado, lo leí en una noche. No podía parar...

—Vaya, pues muchas gracias.

Sonreímos todos y sigo firmando libros a sus amigas.

Tomo en mi mano el que me tiende la siguiente.

—¿No te llamarás Noa? —le pregunto y ella suelta una carcajada.

—Nooo, qué va. Me llamo María.

Cuando termino de escribir las dedicatorias de las tres amigas, Candela me pregunta:

—¿Le importa...? —Carraspeo—. Huy, perdón. ¿Te importa que nos hagamos una foto?

—Pues claro que no me importa. Es más, estoy encantado.

Y así me ha ido toda la mañana. Firmas, fotos, palabras cariñosas, calor humano...

Ahora sí, ahora puedo decir que la felicidad existe, que no estoy solo, que me gusta mi vida y que soy capaz de superar todas las trabas que me ponga el destino, porque me he demostrado a mí mismo que puedo con todo. Soy fuerte y capaz de matar a los demonios que quieran hacerme daño.

Querido lector, deseo, espero y quiero que hayas disfrutado de este libro. Que en algunos de sus pasajes hayamos conectado, que logres comprenderme, que empatices conmigo y que mi historia quede en tu recuerdo, en tu memoria. Que sonrías melancólico al terminarlo pues con su última página te despidas de mí.

Hasta pronto.

Fin.

Nunca ha sido tan duro para mí ponerle fin a un libro como me ha sucedido con este. Nunca he sentido que algo muy mío se iba dejándome un vacío muy grande. Nunca he llorado tanto al terminar una historia como cuando puse fin a al libro de Román.

Bromeo con el hecho de que él ha estado dentro de mí, que me ha dictado cada palabra y susurrado esta historia. Parece de locos, ¿verdad?

Román es uno de mis libros más especiales porque le he sentido, por un tiempo ha convivido conmigo, ha comido, dormido, caminado junto a mí.

Por todos estos motivos he decidido hacer un pequeño guiño a esta historia, a su historia, y como él ha querido empezar su libro hablando con el lector, creo que es necesario que sea él quien lo termine. Que ponga el fin con una nota y con los agradecimientos, como lo hacen los escritores.

Le siento tan vivo que sé que le gustará.

Gracias Román, gracias por todo lo que me has dado, gracias por elegirme a mí para transcribir tu historia, gracias por formar parte de mi vida. Te echaré mucho de menos.

Nota de Román.

La vida me ha enseñado que de todo se puede salir y aunque el cielo esté lleno de nubes negras, el sol puede atravesarlas con sus rayos y calentarte la piel. Puede que parezca que no hay solución, que los problemas llegan para quedarse, pero siempre existe un pequeño y nítido rayo de luz que te da esperanzas.

Nosotros somos los que trazamos el futuro, nuestros errores y malos pasos son los que nos llevan a caminar por la senda equivocada, pero siempre hay posibilidad de rectificar, dar la vuelta y buscar el sol.

Yo lo he logrado, he encontrado mi sol y ahora vivo una vida sencilla en mi isla, junto a mi mar Mediterráneo, que comparto con la mujer a la que amo más que a mi propia vida, con una hija que no lleva mi sangre, pero sí mi corazón, y con una pequeña diablilla con el color de mi pelo.

Esta es la parte de mi vida con la que me quedo, la otra quedó reflejada en este libro y marcó tanto mi cuerpo como mi alma.

He aprendido una lección muy importante: nunca he estado solo, siempre he tenido a mi familia a mi lado.

Agradecimientos de Román.

Este libro trata de mi vida, nació y creció gracias a todo lo que me ha pasado, a todas las personas que me han marcado, esas que han estado a mi lado tanto en los buenos momentos, como en los malos y esas que han ido apareciendo por el camino y como una muy buena amiga mía dice: subiéndose al autobús de mi vida.

Lo primero quiero agradecer a los lectores su interés por conocerme, espero que haya conseguido atrapar vuestra atención hasta el final.

Quiero darles las gracias a mis padres, por perdonar, por no juzgarme y por estar a mi lado pese a todo lo que pasó.

A mi mujer, Noa. Te amo, sin ti nada tendría sentido. Llenas mis días, mis noches. Eres lo mejor que me ha pasado.

A mis dos hijas, mis preciosas niñas que me vuelven loco de amor, que me hacen feliz y me obligan a levantarme cada día con la intención de ser el mejor padre, mejor hombre...

A Manu, ¿qué habría hecho yo sin ti? Me diste la primera oportunidad, me regalaste sabios consejos y creíste en mí cuando ni yo mismo lo hacía.

A mi hermana Lara. Llegaste a mi vida para hacerlo todo más fácil, para complementarme y guiarme como solo lo hace una hermana mayor, lástima que no te hice caso desde un principio.

A mi amigo, a mi hermano Gerardo. Tus llamadas cuando estuve fuera de España me mantuvieron cuerdo, gracias a ti pude salir, gracias a ti el verdadero Román regresó.

A mi agente editorial. A pesar de volverme loco con tus exigencias, con tu agenda apretada, con tu mal genio, te adoro y lo sabes. Gracias por la oportunidad de vivir algo tan especial como la firma de mis libros en la Feria del libro de Madrid, gracias por luchar por mi novela con uñas y dientes.

A ese escocés cabezota, a ese policía que me salvó la vida, a Darach. Aunque lo nuestro no fue amor a primera vista, me demostraste que eres de los míos, familia.

A Nancy, nunca te olvidaré, siempre estarás a mi lado. La vida te trató de manera injusta, la muerte te llevó demasiado pronto.

Por último, quiero darle las gracias a la vida, por darme la oportunidad de errar, de rectificar, de encontrar la salida cuando parecía que todo estaba perdido, de amar, de tener hijos, de sonreír pese a no tener motivos para hacerlo, de conocer gente, de olvidar a aquellos que me hicieron daño y de sentir un amor profundo, grande, eterno por una mujer, por Noa.